



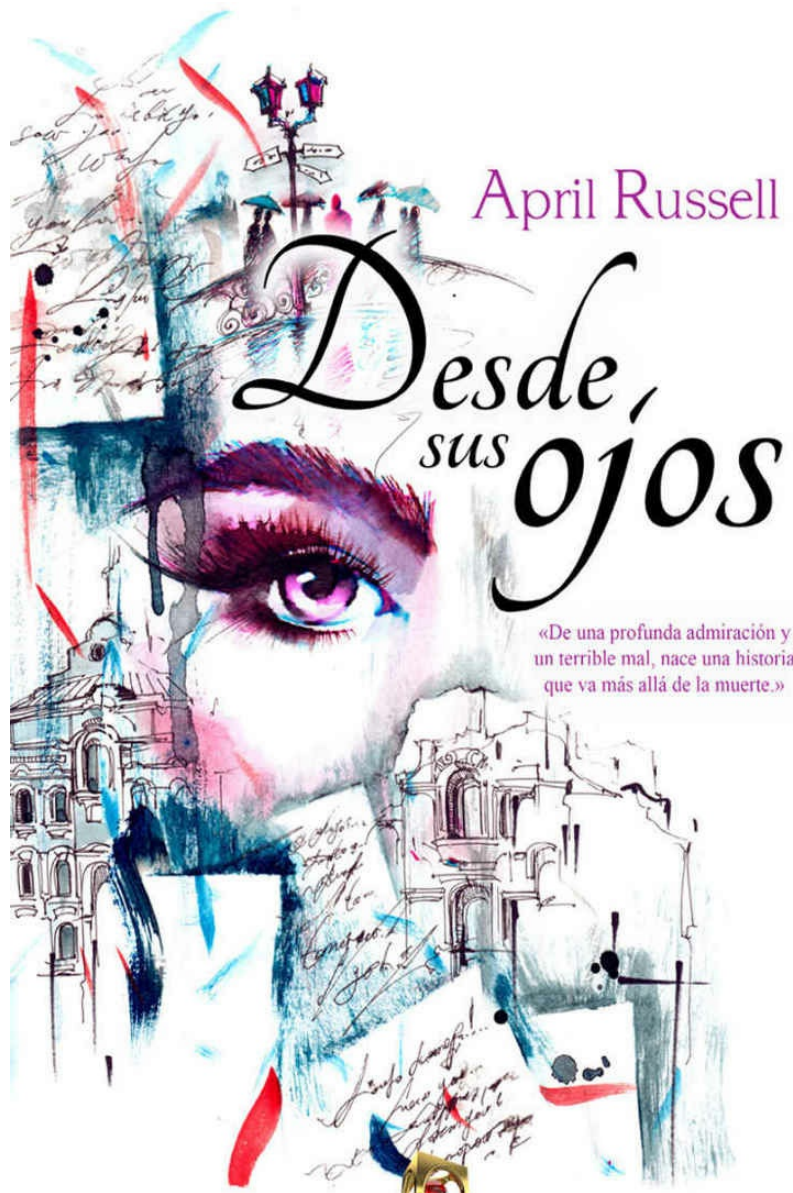
April Russell

Desde, sus ojos

«De una profunda admiración y un terrible mal, nace una historia que va más allá de la muerte.»



Bookit



April Russell

Desde, sus ojos

«De una profunda admiración y un terrible mal, nace una historia que va más allá de la muerte.»



Bookit

Desde sus ojos

**Desde
sus ojos**
April Russell



1.^a edición: Octubre 2017

Copyright

© April Russell 2017

© Editorial LxL 2017

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN:978-84-17160-36-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – Alexia Jorques

Maquetación – Rachel's Design

«Todos nuestros sueños pueden convertirse en realidad si
tenemos la valentía de perseguirlos».
— *Walt Disney*

Dedico esta historia a mis queridas lectoras, a mi grupo de fans en Facebook. También se lo dedico a la vida, por ponerme obstáculos y retos para hacerme más fuerte. Sin olvidarme de ellos, dedico esta historia a quienes la protagonizan, a Amaia, por enseñarnos que se puede amar toda la vida e. incluso. después de la muerte. A Daniel, por enseñarnos el verdadero significado de amar y darlo todo por la persona que se tiene en el corazón. Gracias por haber aparecido en mis inspiraciones.

Agradecimientos

Hay muchas personas a las que les debo el que esta historia tan conmovedora llegue a cientos de personas: Primero a Dios, por darme el don de crear mundos e historias que nos alejan de la realidad por un pequeño instante. Agradezco infinitamente a mis mejores amigas, Seicha y Zaida por su apoyo desde el inicio. A la editorial LxL por haber confiado en mi trabajo y haberme acompañado en el proceso de edición. A todos esos miles de lectores que leen lo que mi mente crea e imagina.

¡Mil gracias a todos!

Prólogo

Siempre he visto la vida diferente a los demás. Cuando apenas daba unos pasos y aún no entendía la maldad del mundo, mi madre me enseñó a amar la pintura. Porque directa e indirectamente ella juega un papel importante en la vida de cada ser humano. Amar es un arte, odiar también lo es. A veces me siento atrás en la última fila de asientos del aula y observo cómo los demás desperdician lo que la vida les ha dado de sobra. Eso que yo no tengo, y daría lo que fuera por una cuarta parte de lo que poseen. Creen que estoy loca, que miro el mundo como si se tratara de un cuento de hadas donde todo es hermoso y colorido. Esa es la manera en la que puedo aceptar mi destino, ya no espero otra intervención, mi madre ha dejado todo lo que tenía en mí y, aun así, no queda más que esperar que el color se vaya apagando de a poco en mis ojos. El lienzo, el pincel y la pintura se han vuelto la forma de capturar todo lo que en algún momento tendré que dejar ir. Para muchos sería una tragedia, para mí será el destino que me tocó, ese que tendré que aceptar, mi vida se transformará. Aunque me dolerá no haber conocido eso tan maravilloso a lo que llaman amor. Tal vez se escuche raro, pues tengo el amor incondicional de mi madre y su hermana, pero al amor al que me refiero es al de esa persona de la cual podría haberme enamorado. A mi madre, cuando la pregunto si para amar se necesita la vista, siempre evade el tema, solloza y me dice que todo estará bien. Que no debo de preocuparme por eso. También me dice que hay mucha gente que me quiere. Según ella no necesito a nadie más. No soy normal, eso lo acepté ya desde hace mucho. Aceptarme tal cual soy ha sido la clave para sufrir menos, para vivir al máximo. Cada lienzo, cada pincel que llevo conmigo intenta contarle al mundo lo que tengo dentro. Y si bien no podré admirar las bellezas de los colores pronto, sé que ellos vivirán en mi mente, en mis recuerdos. También mi admiración por él, por su arte, por su talento. Será lo único que pueda llevarme de su esencia. Recuerdo un invierno, cuando la vista se me apagó por unos segundos, caí al suelo golpeándome la cabeza. Lloré, desconsolada, pero no derramé lágrimas de dolor, sí, el cuerpo me dolía de manera horrible, pero el dolor no se comparaba con el del corazón. Preguntas comenzaron a invadir mi mente, preguntas que me hicieron ver que lo único que tengo hasta que pierda la luz es un pincel y un lienzo. Cada vez que puedo, miro a mi madre a los ojos, esos ojos verdes que me

miran con dolor y llorosa.

«¿Seré útil aun en tinieblas?».

«¿Podré alcanzar todo lo que me he propuesto?».

Derramo una lágrima melancólica y, por último, me pregunto:

«¿Me amarán como soy?».

«¿Me casaré algún día?».

Son preguntas que difícilmente tienen respuesta.

Me llamo Amaia Carlini y, aunque relate esta historia, no necesariamente termine con vida.

El lienzo de la vida

Recién salgo de la universidad, camino a toda leche a mi coche algo viejo y todo abollado, pero es azul como el cielo y me encanta ese color. Tengo exactamente una hora para llegar al museo a tiempo y no otra vez... tarde. Y es que desde que estudio y trabajo como guía en el museo tengo todo hecho un lío en mi cabeza. Conduzco, y mi móvil de la prehistoria suena, sí, es un cacharrito. Digo «cacharrito» porque aún tengo uno de esos móviles que solo tienen radio, alarma y esos juegos de cartas. Ah, e internet es una palabra futurista para este móvil. ¡Genial! Y tal vez suene raro que una chica de veinte años, en la universidad, tenga una carcacha por teléfono, pero mi trabajo a medio tiempo y las deudas no me permite tener uno inteligente o algo así. Más bien trabajo para ayudar a mamá a llevar los gastos del pequeño apartamento donde vivimos desde que tengo uso de razón. Tomo la llamada, animada.

—¡Hola, mamá!

—Hola, Amaia, ¿cómo te ha ido en la universidad?

—Bien, voy de camino al museo. Creo que sí llego para la cena.

—Me da mucho gusto, cariño. Vale, te espero. Recuerda las gotas, ah, y abrígate, hoy hará frío.

Sonriendo, dejo el móvil a un lado y, sin darme cuenta, llego al museo. Me reporto con Clara, mi jefa. Es simpática, aunque a veces tiene sus días negros y trata a todos borde. Dejo mi bolso algo gastado por el uso en mi casillero y, entusiasta, comienzo mi trabajo. Hoy me toca dar un recorrido por el área de lienzos a un grupo de jóvenes de secundaria. La mayoría son chicas y, amable, me presento recogiendo un mechón de pelo tras mi oreja.

—¡Hola! Me llamo Amaia Carlini y soy educadora del museo en el área de lienzos. Será un placer servirles de guía en su recorrido y explicarles todas las dudas que tengan. —Me siguen hasta la sala de lienzos y comienzo a informarles sobre las diversas pinturas que hay en exhibición. Uno de los jóvenes se interesa por una en específico y pregunta:

—Este cuadro se llama *Agua y sol* y solo hay muchos colores mezclados. Nada que se pueda ver. ¿Por qué se llama así el cuadro?

Me acerco a la pintura y la observo, qué daría por conocer a su pintor en persona. Sonriendo, respondo:

—No todas las pinturas tienen que ser concretas. Por ejemplo, *Agua y sol* es una de mis pinturas favoritas. Utiliza más que el pincel, los sentidos para poder interpretarla. Es abstracta.

Otra joven pregunta:

—¿Cómo se llama el autor?

—Daniel Bachelli. —Suelto un suspiro—. Es mi pintor favorito, tiene cuadros hermosos. Ahora sigamos con el recorrido.

Les enseño diversos cuadros hasta culminar la exhibición. Miro el reloj, es mi hora de descanso. Busco en mi casillero las gotas para los ojos y rápidamente dejo caer dos en cada ojo. Pestañeo un par de veces y escucho una voz.

—Amaia.

Doy un brinco.

—Oh, Eloise, me has asustado.

—Disculpa, ¿cómo vas en la universidad?

Aprieto los dientes.

—Tengo que conseguir la manera de pagar las clases, pero sé que lo lograré. La beca no me servirá para completar la carrera. Conseguiré otro trabajo a parte de este.

—¿Por qué no intentas sacarle ganancias a los cuadros que pintas?

Río escéptica.

—Pinto por distracción y desahogo. No me considero alguien profesional en el área. Pero me encantaría ser como Daniel Bacchelli. No lo conozco en persona, aunque a través de sus pinturas siento que puedo conocerlo un poco.

Eloise ríe y responde:

—Puedes ir a su exhibición. Ha pintado un nuevo lienzo. Lo ha llamado *Deseos*. Lo exhibirá en la universidad. Deberías ir, tal vez logres verlo en persona.

—¿Tú crees? Él es tan perfecto en lo que hace que no quiero causarle una mala impresión, más bien no quiero verlo porque después soy capaz de quedarme tartamuda.

Eloise ríe mientras abre su casillero.

—Ay, Amaia, él no te conoce. No tiene ni idea de que hay una chica de veinte años que vive admirando sus obras y deseando conocerlo día y noche.

Haz tu sueño realidad y conócelo.

Me callo y, mirando mi móvil, me quedo pensativa.

—¿Sabes?, mamá me ha dicho que algún día podría conocerlo. Solo tengo que ser paciente.

—Amaia, tienes tu oportunidad. Él hará una exhibición de sus más recientes obras en dos semanas. No te aseguro nada, pero puedes ir y, quién sabe, quizás termines conociéndolo.

Digo que sí con la cabeza y, despidiéndome de Eloise, salgo del museo exhausta. Miro la hora, son las seis de la tarde y aún tengo cientos de cosas que estudiar para la universidad. Conduzco mi coche viejito azul hasta el pequeño apartamento rústico donde vivo con mi madre. Abro la puerta algo demacrada y veo a mi madre guisando en la pequeña cocina, cuatro por cuatro, del apartamento.

—Hola, cariño, qué gusto que has llegado. —Se quita el delantal de cocina —. ¿Cómo están tus ojos?

Dejo la bandolera sobre el sofá y suelto un suspiro.

—Están bien, solo un poco de mareo. Nada que no pueda soportar.

Dice que sí con la cabeza.

—Tienes que ir al oftalmólogo.

Decidida, niego con la cabeza.

—Mamá, he vivido llena de restricciones y órdenes que solo me han robado momentos lindos de la vida. No pienso volver al oftalmólogo ni a ningún especialista. Ya lo acepté, hazlo tú también.

Sin decir más, avanzo a mi cuarto. Uno pequeño y algo limitado de espacio, pero en él consigo toda la paz del mundo. Tengo un pequeño balcón donde en las noches pinto con el viento acariciando mi cabello. Docenas de cuadros cuelgan en las paredes de mi deteriorado cuarto. Pero hoy no puedo pintar, tengo que estudiar para los exámenes. Me siento en mi pequeño escritorio y abro la libreta de apuntes, continuando con los estudios. Pero por más que intento concentrarme, el querer capturar cada color en mi memoria me invade por completo. Dejo a un lado las notas y agarro mis pinceles. He dejado a medias un paisaje y, sentándome frente al lienzo, antes de continuar la pintura, admiro los colores. Deslizo mis dedos sobre la textura de la pintura y sonrío tenue. Después de todo, lo único que me queda son los colores.

Paso una noche horrible con mareos y ardor en los ojos, termino levantándome temprano. Conduzco de camino a la universidad, y en el

transcurso me detengo en una librería. Hace meses que busco su libro *El lienzo de la vida*, de Daniel Bacchelli. Para mí es el mejor pintor. Entro a la librería y rápidamente pregunto por el libro. Desde luego que lo tienen, pero no creo poder comprarlo. Vale unos veinte euros y apenas tengo para el almuerzo. Triste, dejo el libro en el estante y aprieto los dientes frustrada. Aún, no entiendo por qué mi vida es como es. Estoy agradecida por la maravillosa madre que tengo y las oportunidades que he tenido de crecer entre colores, pero me entristece saber que pronto todo eso se irá. Llego a la universidad y el profesor nos recibe con una noticia. Una que no puedo digerir. Daniel Bacchelli está en el anfiteatro de la universidad dando una conferencia. Como parte del curso iremos a verle. Literal, siento que muero de la emoción. Al fin lo veré en persona. Todos en grupo nos dirigimos al anfiteatro y la emoción es extraña, tanta es mi admiración por su trabajo que sería capaz de decirlo frente a su persona. Me siento lo más cerca posible del escenario. Allí está, con esa elegancia que lo distingue. Para mí es un ejemplo a seguir en el arte. Es mucho más grande que yo, debe tener al menos unos treinta años o quizá más. Lo que sí puedo ver es que no se ríe con nadie. Es serio, muy serio. Trato de coincidir con las miradas hasta que lo consigo. Le sonrío y hago un gesto de saludo, pero me ignora. Es como si no me hubiera visto. Más bien me mira con indiferencia. Por un momento la emoción me disminuye.

—Amaia, ¿estás bien? —pregunta Eloise.

—Sí, solo que no sé. Me imaginaba a Daniel Bacchelli diferente.

Todos guardan silencio y la decana de la facultad lo presenta:

—Buenos días, alumnos, como parte del curso, están hoy aquí para participar del inédito proyecto del famoso y talentoso pintor Daniel Bacchelli. Uno que incentiva a los jóvenes amantes del arte a vivir las técnicas más en profundidad. Para darles más detalles quién mejor que el propio creador del proyecto.

La decana le pasa el micrófono a Bacchelli y este lo toma con algo de prepotencia y diría que frialdad.

—Buenos días, alumnos de la Facultad de Humanidades. No hace falta que me presente, muchos deben saber quién soy. Hace poco me surgió una idea, una que rápidamente quise poner en práctica. Muchos anhelan saber mis técnicas y métodos que aplico en el lienzo para pintar o crear bocetos. La idea consiste en hacer una competencia entre ustedes creando un boceto. Dispondrán de un mes para crearlo y presentarlo aquí. El boceto ganador

tendrá el privilegio de hospedarse en el término de un mes en mi residencia para perfeccionar su técnica. El tema es libre, pueden trabajar cualquier cosa.

Intento buscar nuevamente su mirada. Pero esta vez se me hace un poco más difícil. Recién me he enterado que Daniel da clases de pintura en la facultad y eso me tiene un tanto nerviosa. He notado que no es muy amable, pero, aun así, quiero agradecerle. Deseo ganar esa competencia y perfeccionar mi arte. Se acaba la charla y, emocionada, corro hacia él. Estrecho mi mano y animada le digo:

—¡Hola! Soy Amaia Carlini. Tengo veinte años y soy una gran admiradora de sus pinturas. Y quiero que sepa...

Me interrumpe con sequedad:

—Chiquilla, no tengo tiempo para atender a fanáticas.

Dicho esto se va dejando mi mano tendida. Mi efusividad me acompaña y lo sigo hasta el aparcamiento del campus.

—Señor Bacchelli, ¿podría tomarme una fotografía con usted? Es que lo admiro mucho.

—No acostumbro a retratarme con las personas que siguen mi trabajo.

Con una sonrisa, insisto:

—Señor Bacchelli, no le cuesta nada, y estaría cumpliendo el sueño de una admiradora.

Resopla y accede a tomarse la fotografía conmigo.

—¿Podría darle un abrazo mientras tomo la foto?

Encoge los hombros.

—Solo hágalo rápido que me da apuro.

Saco mi cámara algo vieja y, rápido, hago una linda fotografía. Mira mi cámara y, sarcástico, dice:

—Es algo tradicional. Ya esas no se usan.

Se sube a su coche y veo cómo se aleja. Pero estoy feliz. He logrado una fotografía con Daniel Bacchelli. Regreso al anfiteatro y Eloise me detiene.

—¿Cómo que te has ido tras el pintor?

—Quería una fotografía de él.

—Amaia, deberías cambiar de tecnología.

Digo que sí con la cabeza.

—Lo sé, pero todo el dinero se me va en las gotas para los ojos.

Tomo las clases que me faltan. No hago más que salir de la universidad y revelo esa fotografía. Me subo al coche, la miro una y otra vez. Es muy

hermosa. Su seriedad..., su seriedad es hermosa. Conduzco a la casa, feliz, muy feliz. Mamá recién termina de cocinar y me recibe con un beso.

—¿Cómo te ha ido en la universidad, Amaia?

—¡Genial! Mamá, he conocido a Daniel Bacchelli y ha sido algo único.

Ríe y, cariñosa, responde:

—Amaia, ¿cuál es la obsesión con ese pintor? Sí, es bueno y todo, pero creo que exageras.

—Mamá, sus pinturas tienen algo que me hacen admirarlo. Es como si en cada uno de sus cuadros dejara algo de misterio oculto.

Siempre lo he visto así. En cada línea, en cada pigmento deja algo más que una pintura. Algo que por mucho que intento descifrar no consigo. Subo a mi cuarto a toda leche y saco del armario el lienzo más nuevo y grande que tengo reservado. Pienso en qué puedo pintar, e ideas me llueven, pero por ninguna me decido. Sin querer miro mi reflejo en el espejo y veo mis ojos morados. Según los médicos oftalmólogos han dicho que tengo el síndrome de Alejandría, algo muy poco común y se supone que no tengo enfermedad alguna en los ojos, pero solo son ironías de la vida. Mis ojos me dan una idea para el boceto, además de para expresar lo que siento sobre eso que acepto, pero no supero. Eso que, aunque quiera creer que no sucederá, pasará y tendré que aprender a vivir con ello. Agarro el pincel, miro los colores y solo pienso en una cosa: ganar ese concurso.

2

Ilusión

—¡Amaia! ¡Amaia! Despierta.

Los gritos estridentes de mamá me despiertan. Abro los ojos y un dolor horrible de cabeza me invade. Rápidamente corro al cuarto de baño y al ver mis ojos en el espejo vuelvo a sentir frustración y tristeza. Están cubiertos en sangre, solo se ven mis extrañas pupilas moradas. Es nefasto ver mis ojos así. Pero según los oftalmólogos es solo presión sanguínea excesiva. Antes, iba al médico y me drenaban. Ahora, sin dinero, tengo que soportar el dolor y conformarme con las gotas para los ojos. Mamá sube a la habitación y pregunta:

—Amaia, ¿todo bien?

—Sí, dame un segundo.

Por más que quiera esconder los ojos y el horrible color rojizo que los inunda es imposible. Salgo del baño y mamá mira mis ojos.

—Otra vez..., no, Amaia, tenemos que ver al oftalmólogo. No importa el dinero, tienen que volver a drenarte.

Niego con la cabeza.

—Estoy bien. Se irá como siempre.

Mamá derrama una lágrima y odio que lllore por mi culpa. Se cubre el rostro y responde:

—No, Amaia, no estás bien. Te vas a quedar...

—Nada, mamá, eso no va a pasar y, si pasa, ambas lo enfrentaremos juntas. Como siempre lo hemos practicado.

Mi madre asiente con la cabeza dándome un abrazo y yo en el fondo quiero ser fuerte. Quiero serlo para que así ella también lo sea. Me quedo toda la mañana pintando el boceto en mi habitación aun con el dolor en los ojos. Me he decidido: pintaré un rostro hermoso, sin ojos. Ese espacio quedará vacío. Miro lo que pinto y realmente de alguna forma a Daniel Bacchelli le debe llamar la atención. Pero me conformo con que solo diga que está bonito. Alrededor del rostro sin ojos, pintaré cientos de destellos de colores brillantes y vivos. Colores que, al verlos, inspiren algo de felicidad. Estoy

todo el día creando el boceto y ya los ojos no los aguanto. Me arden horribilmente, pero intento continuar pintando sin que esto afecte a mi vida. Siento que cuando todo se apague, en mi memoria habrá colores que nadie jamás antes ha visto.

—Buenas tardes, bienvenidos al Museo de Arte Contemporáneo de Roma. Hoy seré su guía en el recorrido por el museo.

El grupo me sigue y la vista me pesa mucho. Intento contestar las preguntas que me hacen con una sonrisa, aunque apenas pueda parpadear. Terminó el recorrido y a toda leche corro al baño con la vista nublada. Me veo en el espejo y los ojos están irritados. Hasta derramar lágrimas me duele. Me echo las gotas y me coloco los lentes de sol para que nadie vea mis ojos lacerados. Eloise entra al baño y preocupada me dice:

—Amaia, ¿estás bien?

—Sí, solo necesito irme antes de la hora de salida. ¿Crees que puedes disculparme con Laura?

—Sí, sí, claro. Yo hablo con ella.

Salgo del museo con miedo. Miedo y temor a que el tiempo de aceptar mi realidad se adelante. Comienza a llover y avanzo a toda leche hasta llegar al coche. Mi móvil recibe una llamada de la universidad, extrañada, tomo la llamada, no acostumbran a hacerlo.

—¿Hola?

—¿Amaia Carlini?

—Ella habla.

—Le llamamos desde el programa de asistencia económica. Necesitamos que pase por nuestras oficinas tan pronto le sea posible.

—Vale, gracias.

Termino la llamada y enciendo el motor del coche. Aún me duelen los ojos, pero puedo soportarlo. Miro mi billetera y solo tengo cincuenta euros para todo el mes. Mi sueldo del museo es muy poco para todos mis gastos y encima los del oftalmólogo. Regreso a casa y, por suerte, mamá no está. Ha debido de ir al supermercado o a cuidar a uno de sus pacientes. Entro a mi cuarto y lo único que me levanta el ánimo es el boceto que estoy pintando. No me había dado cuenta, está casi terminado. Tengo hambre, mucha. Siempre me da hambre cuando tengo nervios o, por lo general, miedo. Abro la nevera y agarro patatas fritas del día anterior con crema agria. Tengo miedo de que mi pintura

no le agrade a Daniel Bacchelli. Me siento en el taburete de la cocina y pienso, debe de haber alguna forma de contactar a Daniel, tiene que comprender lo mucho que significaría para mí que se fijara en mi cuadro. Miro la laptop sobre la mesa del comedor. Suelto un suspiro y camino hacia ella. Me siento y enciendo la laptop que ya apenas funciona. Escribo «Daniel Bacchelli» en el buscador y aparecen cientos de resultados. Tiene su propia página web. Me lleno de emoción al ver todas sus obras. Quizá si le mando un mensaje, le llame la atención. Emocionada, le escribo a su correo electrónico con los dedos temblorosos:

De: Amaia Carlini

Fecha: 29 de enero de 2015 7:00 p. m.

Para: Daniel Bacchelli

Asunto: ¡Hola!

Sé que debe tener muchos admiradores por su trabajo y arte. Pero yo, más que admirarlo, lo veo y siento que quiero ser como usted. Soy estudiante del programa de Artes Plásticas de la universidad donde usted está afiliado. Solo quiero que sepa que soy su fiel admiradora y espero ganar la competencia de lienzos.

Pd: ¡Amo sus lienzos!

Amaia Carlini

Sin pensarlo, envío el correo y suelto un suspiro alegre. Escucho la puerta de la casa abrirse y mamá entra cargada de compras. Voy a ayudarle con la carga y le digo toda llena de rareza:

—Mamá, me hubieras avisado y te hubiera acompañado a hacer las compras.

—Cariño, tú tienes tus cosas. Puedo hacer esto sola.

Asiento con la cabeza.

—¿De dónde has sacado dinero para comprar todo esto?

Encoge los hombros.

—Eso da igual, cariño. Lo que ahora me interesa es que tú estés bien, eres lo único que me importa.

Extrañada, respondo:

—Mamá, no me ocultes nada, ¿sí?

—Vendí unas joyas que tenía. Eso es todo, unas que ya no usaba.

No sé por qué, pero no le creo. Mi madre no sabe mentir, trato de no darle importancia alguna.

—Voy a lavarme las manos para ayudarte con la cena.

—Vale, te espero, Amaia.

Camino al baño y me miro al espejo. Cada vez que puedo lo hago, así tendré suficientes recuerdos de mi rostro. Me lavo las manos y vuelvo a la cocina con mi madre. Corto las verduras mientras ella enciende la estufa. Está algo callada, no es normal en ella que esté en tanto silencio. A ella le gusta hablar, reír, chismear de vez en cuando...

—Mamá, ¿pasa algo?

—No, solo pensaba...

—¿En qué?

—Amaia, sé que ya lo has aceptado, pero yo no. Quiero buscar la manera de evitar que...

La interrumpo rápidamente:

—No hay manera, mamá. Tarde o temprano sucederá. Mejor, dejemos el asunto y hablemos de otra cosa.

Siempre evado el tema, así, siento que será menos duro y doloroso. Será un golpe menos fuerte al solo ver tinieblas a mi alrededor. Miro mi correo electrónico y nada. Daniel Bacchelli no me ha contestado. Quizá es un tipo muy ocupado o realmente no le importa hablar conmigo. Soy solo una admiradora más.

—¿Qué miras tanto en ese computador?

—Ah, nada, cosas de la universidad —le respondo a mi madre.

—¿Segura? Te veo algo frustrada.

Asiento con la cabeza, es más que frustración lo que siento en estos momentos.

—Oye, mamá, ¿crees que alguien pueda fijarse en mí aun después de lo inevitable?

—Claro que sí, Amaia, el amor no está en los ojos, sino en el corazón.

Cierro la *laptop* y, escéptica, contesto:

—Un invidente es un estorbo para cualquiera. Pero yo..., yo pienso hacer la diferencia, aunque sea para mí misma.

Mi madre se sienta frente a mí y suspira. Ella es la única que conoce mis miedos, en este mundo hemos sido ella y yo. Me duele tener que aceptar también dejar de verla en algún momento. Temo olvidar su rostro, temo olvidar el color, el cielo, el sol...

—Eso no es cierto. Y ya te dije que eso no va a pasar. Haré lo que sea para

costear tu tratamiento.

Sin esperanza alguna, agarro mi bandolera y le doy un beso en la mejilla.

—Te amo, regreso en la tarde.

Cierro la puerta del apartamento y, caminando hacia el elevador, me tropiezo con Emanuel. Él ha sido como mi hermano toda la vida y de vez en cuando me lo encuentro y logra sacarme una sonrisa. Recojo mis libros y, riendo, lo saludo:

—Hola, Emanuel, estabas algo perdido. ¿Cómo te va todo?

—Estoy bien, recién llegué de Venecia. Estaba visitando a unos parientes. ¿Cómo estás tú?

—Eh..., pues más o menos. Mucho trabajo en la universidad.

Se revuelve el cabello y, algo nervioso, pregunta:

—¿Te gustaría tomar un café y así nos ponemos al corriente?

—¿Quieres tomar un café conmigo?

—¿Por qué te extraña?

—No, por nada. Vale, salgo del trabajo y te llamo. Ahora me voy que se me hace tarde para la universidad.

Nos despedimos y bajo al aparcamiento a toda leche. Está lloviendo y el cabello se me moja un poco. Subo a toda prisa al asiento del piloto y, al cerrar la puerta, tiro la bandolera al del copiloto. Joder, voy tarde a la clase, no es nada raro en Amaia Carlini. Conduzco desesperada hacia la universidad y recuerdo la llamada de ayer. Tengo que pasar por las oficinas a ver de qué tienen que hablar conmigo. Antes de entrar al aula, paso por la oficina de asistencia económica. Me acerco al mostrador y, amable, digo:

—Buenos días, soy Amaia Carlini. Ayer me han llamado, según ustedes tienen algo que hablar conmigo.

La recepcionista me pasa con un representante y estoy algo confusa. Jamás me ha pasado algo así y ya comienzo a espantarme.

—Amaia, toma asiento, por favor.

Me siento; el rostro del señor no es muy alentador.

—Amaia, tenemos que hablar sobre tu beca de estudios.

—¿Qué ocurre con ella, señor?

Arquea una ceja.

—La beca con la que fuiste aceptada en la universidad, solo cubre parte de la carrera. Para seguir en el curso, debes cubrir los gastos de los créditos restantes.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo que no me cubre la carrera completa? Eso es imposible, señor. Cuando entré a la facultad, me aseguraron que la beca cubría todos los créditos.

Mirando el computador, me responde:

—Al parecer, la beca fue reducida. Si no paga los créditos, será dada de baja de la facultad.

—Debe de haber un error, señor. Yo no puedo dejar de estudiar. Tampoco tengo cómo pagar esos créditos. Necesito que me ayude, no sé, buscar otra beca...

Apenado, responde:

—Has bajado el promedio en las calificaciones y la beca fue cancelada. Lo más que podemos hacer por ti es darte un plazo de un mes para que consigas el dinero para pagar los créditos. Lo sentimos, Amaia.

En llanto, salgo de la oficina y siento que el mundo se me cae encima. Todo lo que tenía seguro eran mis estudios, era algo que me distraía de la realidad. Ahora, estoy a nada para salir de la universidad. «¿Cómo le diré a mamá que no podré seguir estudiando?». Me siento en una banca y, frustrada, me cubro el rostro. Mi sueño de graduarme se ha acabado. Y sin los créditos no podré participar en la competencia de Daniel Bacchelli. Vuelve el dolor de cabeza a joderme la vida. Ese zumbido en los oídos me tortura sin piedad. Solo espero a que se pase y trato de no alterarme para que no empeore.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué no has entrado a clase?

Seco mis lágrimas y, entre hipidos, digo decaída:

—Me han dicho que mi beca se acabó y no cubre el resto de la carrera. Si no pago dentro de un mes, me dan de baja del curso.

Eloise me abraza y, comprensiva, besa mi cabeza.

—Encontraremos una solución a esto. No dejarás de estudiar. Eso ni lo pienses.

Logra sacarme una sonrisa y veo al fondo a un señor muy elegante. Nunca antes lo había visto en la universidad y me llama algo la atención.

—¿Quién es?

—Es el asistente de Daniel Bacchelli. Estará ayudándolo con lo de la competencia de los lienzos.

Sin pensarlo mucho me acerco al hombre y trato de ser amable.

—Hola, soy Amaia Carlini. Me gustaría hablar con usted un momento.

—Señorita, no tengo tiempo de hablar con los alumnos. Tengo mucho

trabajo.

Lo llaman de un salón y, ajorado, se va, olvidando su móvil sobre una mesa.

—¡Señor, su móvil!

Miro la pantalla y veo que hay un mensaje sin leer de Daniel Bacchelli. El corazón se me pone al cien. Ese es el número telefónico de Daniel, noto que todo en mí se paraliza. Estoy a solo un paso de poder contactarlo y siento que muero. Lo copio en mi móvil dando brinquitos y corro a devolver el teléfono.

—Señor, se ha quedado el móvil.

—Gracias, señorita, mil gracias.

Me alejo y miro una y otra vez el número telefónico. Quiero mandarle un mensaje, pero no me atrevo. Podría molestarle, ni siquiera sabe que tengo su número. Pero mi emoción puede más y me aventuro a mandarle un texto con la opción de ocultar mi número telefónico:

Privado a las 1:33 p. m.

¡Hola! Soy su fiel admiradora.

Me encanta todo lo que hace,
en especial su libro y sus pinturas.

Espero que me conteste.

Sonrío y lo envío con mil mariposas revoloteando por mi interior. No pierdo la esperanza de que un hombre como Daniel Bacchelli se interese en el lienzo de alguien como yo.

Anónimos

Han pasado dos días desde que mandé el mensaje al móvil de Daniel. No me ha contestado, pero sé que lo ha leído porque me sale, y eso me encoge el corazón. «¿Acaso no me recuerda?». Miro el móvil esperando una sola respuesta, pero nada de nada. Tenía la tonta ilusión de que al menos contestaría «hola».

—Amaia, Amaia...

—Ah, ¿qué?

—Tu café..., se va a enfriar —dice Emanuel.

—Ah, sí, disculpa, ya es la segunda vez que salimos a tomar un café y se enfría. Es que pensaba.

—¿En qué?

Jugando con la cuchara del café, respondo:

—En la universidad, en el boceto que hice. Tú lo viste, tanto esfuerzo para nada. No puedo pagar esos créditos.

Emanuel saca de su billetera setecientos euros. Me los da y me dice:

—Anda, al menos paga una clase más y participa de la competencia que tanto deseas ganar.

—¡No! No puedo aceptar ese dinero, Emanuel. Es tuyo y no puedo.

—No creas que es un regalo, me lo pagarás con salidas después del trabajo.

—Pero...

—Pero nada, somos amigos y para eso están los amigos, Amaia.

Sonriendo, le doy un abrazo y le agradezco mil veces este gesto. Me acompaña hasta la casa y me deja frente a la puerta. Entro y mamá no ha llegado, últimamente no está en las noches. Me tumbo en el sofá y miro la bandeja de mensajes. No me ha contestado y aquí voy a insistir con mi fantasía aún viva en mi interior.

Privado a las 7:30 p. m.

¡Hola! Soy yo de nuevo.

Dígame al menos «hola», por favor,

no sabe cuánto me gustaría que me respondiera.

Dejo mi móvil sobre el sofá y me quito los pantalones, luego la playera, necesito una ducha urgente. Enciendo la radio y la escucho mientras me baño. Agarro la barra de jabón y, de momento, se torna borrosa. Pestañeo dos veces y se aclara la vista nuevamente. Cada vez me da más temor, pero nada ha de pasar, no ahora. El dolor cada vez es más agudo, más fuerte. Salgo de la ducha en albornoz y escucho mi cacharrito sonar. Corro como loca a agarrarlo y chilló de la emoción. ¡Me ha contestado!

Daniel a las 8:23 p. m.

¿Quién demonios le dio mi número privado?

Déjeme en paz.

Privado a las 8:24 p. m.

¡No! No podré dejarlo en paz hasta que me diga qué proyecto nuevo tiene en mente. Por favor, solo eso.

No quiero molestarlo, es lo menos que deseo hacer.

Daniel a las 8:30 p. m.

Mira, soy un hombre muy ocupado y no puedo estar perdiendo mi tiempo con una tonta.

¡Deja de escribirme!

«¡Pero qué grosero!». «Ay, pero no me importa, al menos me ha respondido», eso me llena de emoción. Dando brinquitos voy a mi cuarto y me visto. Jamás pensé que alguien como él contestaría a alguien como yo. Pero eso no quita de encima mi preocupación por la universidad. Tengo para pagar un solo curso de la universidad y me faltan diez para terminar la carrera. Me siento en la cama a cepillar mi cabello y pienso: «Tal vez si consigo un segundo empleo, pueda pagar todos los cursos». Escucho a mamá llegar y voy a verla. Está rara, más maquillada de lo normal y usa un sobretodo. «¿Desde cuándo lo usa?».

—Mamá, ¿dónde estabas? ¿Por qué llegas a estas horas?

Nerviosa, responde:

—Eh..., estaba con unas amigas.

—¿Amigas? Pues si tú no tienes amigas, mamá. ¿Por qué mejor no me dices la verdad?

Suelta el bolso y responde:

—Vale, he conseguido un trabajo cuidando enfermos a domicilio, y ahora estoy cuidando a una anciana hasta tarde en la noche.

Emocionada, corro a abrazarla. Al fin se ha conseguido un segundo trabajo durante la noche.

—Mamá, ahora estaremos mejor. Mira, tú tienes dos trabajos y yo buscaré un segundo empleo. Así podremos vivir mejor.

—Amaia, solo tengo un trabajo, me despidieron del café donde trabajaba porque ya no me necesitaban.

Bajo la cabeza y realmente me duele mucho que mi madre siempre tenga ese rostro de dolor. Es por mi culpa, es por mi enfermedad que casi nunca tiene el rostro feliz.

—Pero ¿por qué? Lo hacías muy bien.

—Amaia, cualquiera es mejor que yo en un área de trabajo. Nunca fui a la universidad, quedé embarazada de ti a los dieciséis años, la vida ha sido muy complicada para mí. Además, no pagaban bien.

—Pero ¿y eso qué? Puedes trabajar igual que cualquier otra persona.

—Tú... tú nunca dejes de estudiar, por favor. Quiero que seas lo que yo no pude ser. Y si para eso tengo que trabajar de lo que sea, lo voy a hacer, Amaia.

—Te quiero mucho, mamá.

—Y yo a ti, cariño, ahora vamos a cenar. Vengo muerta de hambre.

Después de cenar juntas, se acuesta a dormir. Yo no dejo de mirar la fotografía de Daniel Bacchelli y sus obras. Es que es perfecto. Enciendo la *laptop* y busco su nombre en la web. No dice mucho de su vida personal, pero sí muestra muchas de sus cientos de obras que, al mirarlas, te transportan a otro lugar. Doy un bostezo, tengo algo de sueño, pero, aun así, sigo mirando el móvil por si llega algún mensaje. Mañana es la entrega de bocetos y estoy supernerviosa. Cómo deseo que se fije en el mío, quiero esas clases, quiero ser la alumna de Daniel Bacchelli.

Privado a las 12:00 a. m.

¡Hola! Es asombroso, nunca me cansaré de decirlo.

Y estoy muy nerviosa, mañana entrego mi lienzo para la competencia y sé que se fijará en el mío.

¡Descanse!

Dejo el móvil sobre la mesilla de noche y, acostándome en la cama, apago la lámpara. Ojalá y en realidad se fije en mi lienzo. Una sonrisa estúpida se dibuja en mi rostro mientras cierro los ojos. En lo último que pienso es en él, en Daniel.

—¡Amaia! Ven, el desayuno está servido.

Me levanto algo cansada, pero recuerdo la entrega de bocetos y rápido me emociono, estoy fuera de la cama. Me cepillo los dientes a toda leche y miro el reloj, aún tengo tiempo para llegar a la universidad. Agarro mi lienzo y lo llevo a la cocina.

—¿Qué te parece? ¿Le gustará a Daniel Bacchelli?

Mi madre mira la pintura con cierto desconcierto.

—¿Por qué pintaste eso, Amaia?

Encojo los hombros.

—Fue mi inspiración. ¿Qué, no te gusta?

—Amaia, has pintado una mujer sin ojos.

Reposando el lienzo sobre el sofá me siento en la mesa a desayunar. Mamá me mira esperando alguna respuesta, pero, en realidad, no sé qué responderle.

—Mamá, es solo una pintura.

—No, no es solo una pintura, Amaia. Esa pintura y la realidad están muy relacionadas. No me gusta que pienses en eso, no me gusta que te deprimas así.

—Estoy bien, mamá.

Pongo los ojos en blanco y continúo desayunando. Miro el móvil y ningún mensaje. Daniel es algo seco y frío. ¿Qué le cuesta escribir un «hola»? ¿Qué le cuesta contestar a mis mensajes?

Privado a las 8:30 a. m.

¡Hola! ¡Buenos días! Espero que haya dormido muy bien.

Estoy emocionada, hoy lo volveré a ver.

Le mando otro mensaje y no sé si hago bien, pero en algún momento tendrá que responder. Tomo un poco de café y mi cacharrito suena. ¡Oh, Dios! ¡Me ha contestado!

Daniel a las 8:40 a. m.

Exigiré a la compañía de mi móvil que bloquee su número de móvil, para que así deje de molestarme.

Estoy muy ocupado. ¡Déjeme en paz!

Privado a las 8:50 a. m.

Pero solo quiero que hablemos.

Amo su talento y deseo compartirlo con usted.

Por cierto, hoy lo voy a ver nuevamente y,

aunque no se acuerde de mí, me sentiré muy dichosa de verlo.

Daniel a las 9:00 a. m.

Es una ridícula. Ya deje de molestar.

Me ha repetido como tres veces que me va a ver hoy.

Con su último mensaje me entristezco un poco. «¿Eso piensa de mí? ¿Que soy una ridícula? Vale, le voy a demostrar que tengo el mejor lienzo de la competencia». Agarro mi bolso y también el lienzo. Lo cubro con un manta y, despidiéndome de mamá, salgo del apartamento. Coloco el lienzo como puedo en la cajuela de mi coche viejito azul y, feliz, me subo al asiento del piloto. Enciendo mi coche y conduzco hasta la universidad. Eloise me espera en la entrada del campus y, ajorada, le dejo mi lienzo.

—Hola, ¿podrías llevarlo por mí a la sala de exhibición? Es que tengo que pasar por las oficinas de asistencia económica.

—Vale, no te preocupes.

Casi corriendo llego a las oficinas. Entro jadeando y pago el próximo curso que me toca tomar. Pero después de ese curso, no sé qué va a ser de mí. Regreso a la sala de exhibiciones y, al ver los lienzos de mis compañeros, me acobardo. Son todos espectaculares. No sé cómo voy a ganar esta competencia. A lo lejos veo a Daniel, tan elegante y distinguido como siempre. Habla con unos docentes y yo no hago más que mirarlo. Mi lienzo es muy sencillo al lado de los demás, comienzo a entristecerme y mi sonrisa se esfuma.

—¿Qué le ves a este pintor?

Brinco del susto.

—Eloise, ¡me has asustado!

—No me has contestado, ¿qué le ves a Daniel Bacchelli?

—Nada, quizá es que pensé que era de una forma y ha resultado ser de otra.

Ceñuda, inquiere:

—¿Por qué dices esas cosas? No lo conoces.

—Deben ser ideas mías, no me hagas caso. Tienes una amiga soñadora.

Me alejo un poco y veo cómo mira los lienzos. Me siento en una silla arrinconada y con el corazón bailando por todo el pecho, le mando un texto:

Privado a las 10:00 a. m.

Debería de sonreír un poco más.

Sabe, se le ve muy bien con esa americana.

Ojalá descubra mi lienzo.

Veo a lo lejos que mira el móvil y lee el mensaje, no lo contesta. Pero algo mejor sucede, ¡sonríe! Ha sonreído al leer mi mensaje y eso me pone muy feliz. Mira a todos tratando de buscar quién puede estar mandando los textos. Realmente se ha olvidado de mí. No me recuerda. Me siento en una silla esperando a que entre él y los jueces expertos en el área califiquen los lienzos. Se me ha ido un poco la esperanza de ganar esta competencia, pero al menos lo he visto de cerquita.

Privado a las 10:30 a. m.

Dígame «Hola», por favor.

Solo así podré sentirme mejor. No sea malito.

Vuelve a ver el móvil y esta vez veo que teclea en el mismo.

Daniel a las 10:31 a. m.

Mira, no te recuerdo, no sé quién eres.

Pero lo que sí sé es que estás loca.

¿Podrías dejar de acosarme?

Privado a las 10:32 a. m.

¡Dígame «Hola»! No es difícil.

Guarda su móvil en su bolsillo y no responde. Me paso toda la mañana mirándolo. Es fuerte, frío y seco con todo el mundo, o al menos eso parece. Eloise se sienta a mi lado y suelta un suspiro con cierta molestia.

—Está guapetón y todo, pero es también odioso. No ha querido hablar con ninguno de nosotros.

La miro y respondo:

—Tal vez sea así, esa es su personalidad. Pero no quita que es muy talentoso.

—Sí, pues eso sí. Está muy guapo, pero solo para comérselo con la mirada. Se nota que nos lleva un par de años.

—¿Tú crees?

—Sí, así de bueno como está, debe tener sus treinta años.

Me quedo callada. «¿Por qué me interesa tanto la edad del pintor?».

«Amaia, ¿qué te ocurre?». Sacudo la cabeza y dejo de hacerme preguntas estúpidas. Emanuel aparece en la universidad y, feliz, lo abrazo.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a apoyarte, tu madre me dijo que hoy es un día muy importante para ti.

—Gracias, Emanuel, me da mucho gusto que estés aquí.

Se sienta a mi lado y los nervios me hacen comenzar a hablar más rápido de lo normal. Hablo de muchas cosas, la mayoría sin sentido. Me pregunta si estoy bien y rápidamente asiento con la cabeza. Pero la realidad es que muero del nerviosismo. Quiero ser la que impresione a Daniel Bacchelli con mi lienzo por más simplón que sea.

—¿Te he dicho que tienes unos ojos morados hermosos?

Ruborizada, replico:

—No, no me lo habías dicho.

—Son hermosos, deberías sentirte única al tener tan peculiares ojos.

Me torno seria y respondo:

—No, no lo estoy. Yo los odio, no me gustan mis ojos. No me gusta hablar de ellos.

—Vale, no quería incomodarte.

Miro nuevamente a Daniel Bacchelli y siento que el corazón se me detiene. Está frente a mi lienzo. Lo observa con curiosidad y cierto misterio. Tarda mucho en evaluarlo junto a los jueces. Sus dedos tocan rápidamente la pintura y mira la tabla de evaluación. «¿Qué me habrá puesto?». No sabe quién soy, no sabe quién es el dueño de ese lienzo. Continúa evaluando y yo solo ruego que se decida por el mío. En otro impulso le mando un mensaje:

Privado a las 10:50 a. m.

No sabe lo feliz que me haría que fuera mi pintura la que lo cautivara por completo.

Dígame «Hola», por favor.

Se sienta en una de las mesas y toma un descanso. Jamás he insistido tanto a alguien para que me hable. Agarra su móvil y lee mi mensaje. «Ay, no, ¡va a contestar!». Noto que infarto, no..., peor aún, siento que el corazón me ha bajado al estómago.

Daniel a las 11:00 a. m.

Si le digo «Hola». ¿Dejará de molestarme?

Privado a las 11:01 a. m.

Solo quiero que me diga «Hola».

Deja el móvil sobre la mesa y lo noto pensativo. Finalmente lo vuelve a tomar y responde:

Daniel a las 11:10 a. m.

Hola, señorita Anónima.

¡Daniel Bacchelli me ha dicho «Hola»! Ese al que toda mi vida he

admirado y he deseado conocer. Esta vez, él ha sido quien ha iniciado la conversación. Una real. Aunque en el fondo sé que he sido yo quien a todas fuerzas lo he buscado.

4

Treinta días

Nos han dicho que ya han evaluado las obras y no será hasta mañana cuando sepamos quién se va un mes a la casa de Daniel Bacchelli. Yo solo quiero y deseo que al menos me diga que la pintura le ha gustado. Me siento en la banca mientras tomo mi hora de descanso en el museo y mando un texto, me he convertido en toda una acosadora, pero no puedo evitarlo.

Privado a las 2:00 p. m.

Ahora que fue usted quien me dijo «Hola»,
le diré algo, me alegra mucho que haya aceptado
una conversación conmigo.

Daniel a las 2:01 p. m.

Yo no he aceptado ninguna conversación con usted.
Ya déjeme en paz o hablaré con la policía.

Privado a las 2:03 p. m.

Si lo hace, perderá a la admiradora número uno que tiene.
No es tan tontito como para hacerlo.

Daniel a las 2:05 p. m.

¿Qué clase de psicópata es usted?

—¡Amaia! Ha terminado el descanso —avisa a una de las compañeras.

Avanzo a la recepción del museo y recibo otro grupo de visitantes. Doy el mismo recorrido que siempre cuando de pronto, todo comienza a darme vueltas y el zumbido en los oídos es cada vez más insoportable. Trato de continuar con el recorrido, pero apenas puedo distinguir los cuadros. Apenada, digo:

—Disculpen, no me encuentro bien, Eloise seguirá con su recorrido.

Camino hacia el tocador y no me da tiempo a llegar. Todo se vuelve oscuro y me desplomo en el suelo. Al despertar veo a todos alrededor de mí y siento que el aire me falta con tanto abrumo.

—Amaia, ¿estás bien? —preguntan mis compañeras de trabajo.

Aun veo algo borroso, pero ya no siento el zumbido. Asiento con la cabeza y me pongo de pie.

—Sí, estoy bien. Solo ha sido un desmayo tonto. No he descansado.

—¿Segura? Podemos llamar a emergencias.

—¡No! Ya he dicho que estoy bien. Voy a continuar trabajando, y ni se les ocurra decir nada de esto.

Lloro en silencio, lloro por dentro. Me siento en la sala de descanso y seco mis lágrimas con un pañuelo. Trato de tranquilizarme para que no me duelan los ojos, hasta el privilegio de derramar lágrimas he perdido. Odio llorar, pero es lo único que me desahoga y por pequeños instantes me hace sentir mejor. Me echo en los ojos las gotas y seguido miro el móvil. Lo único que me alegraría es que Daniel contestara mi mensaje. Me llena de emoción saber que de tantas admiradoras, soy yo quien puede hablar con él. No tengo con quién conversar y desahogarme. Sin pensarlo le mando otro mensaje:

Privado a las 6:00 p. m.

Tal vez no le importe. Sí, no le importa,
pero de todas maneras se lo diré.

Mi vida es absurda y vacía.

Solo sus cuadros e inspiración me ayudan a continuar.

Daniel a las 6:01 p. m.
Consígase un psicólogo.

Privado a las 6:03 p. m.

Son muy caros, no tengo dinero.

Me conformo con ver sus obras en el lugar donde trabajo.

Daniel a las 6:20 p. m.
Creo que exagera.
¿Quién es? ¿Cómo se llama?

Privado a las 6:23 p. m.

No importa mi nombre, lo importante es
que llevo toda una vida admirándolo.

Buenas noches.

Guardo el móvil y, al terminar de trabajar, conduzco hasta casa. Al entrar la misma historia de ayer, mamá no está. Me toca cenar y sufrir sola. Quiero parecer alegre y llena de vida ante todos, de cierta forma me ha ayudado a sobrevivir mi situación, pero la verdad es que siento que cada día que pasa se suma en mi contra. Y de pronto pienso en el futuro, uno que de seguro tiene como elemento principal la soledad. Me pongo a leer unos libros y me imagino cómo sería mi vida si no tuviera los ojos morados y este mal no me

acompañara. Joder, podría ser muy distinta. Dejo el libro a un lado y justo cuando voy a dormir me llega un mensaje:

Daniel a las 11:30 p. m.

Cuando se cree que todo está perdido,
es precisamente cuando se tiene mucho que ganar.

Buenas noches, señorita Anónima.

Al leer el mensaje sonrío, pero también me confundo, es un bipolar de lo peor. Primero me trata feo y ahora me da palabras de aliento. «¿Y a este quién lo entiende?».

Dios, las piernas me tiemblan, los dientes me castañean y no creo poder con tanta tensión. Hoy dirán cuál es el boceto ganador y, aunque para otros es una exageración ponerme tan nerviosa, para mí es todo o nada el día de hoy. Me he puesto mi mejor vestido y me he arreglado más de lo normal. Presiento que mirará mi pintura. Algo me lo dice, siento que mi esfuerzo brillará. Ahí está, tan serio e inexpresivo como siempre.

Privado a las 9:39 a. m.

Gracias por el mensaje de anoche.

Me ayudó mucho.

Sigo creyendo que es muy serio.

Lee el mensaje y mira a todos los presentes tratando de descifrar quién le manda los mensajes.

Daniel a las 9:40 a. m.

¿Estás aquí? ¿Estás en la universidad?

Privado a las 9:41 a. m.

¡Sí! Y ahora mismo lo estoy viendo.

Es usted tan..., tan..., ay, tan talentoso.

Pero hay mucha gente mirándolo.

No podrá descifrarme, y no quiero que lo haga.

Lee mi mensaje y vuelve a sonreír. Guarda su móvil y se dirige al grupo de alumnos que nos encontramos esperando su respuesta. Yo lo miro toda sonriente y atontada.

—Antes de decir quién ha sido el ganador, quiero explicar en qué consistirá el premio. Durante un mes, el ganador estará hospedándose en mi residencia para recibir lecciones de arte y técnicas para perfeccionarse. Además, tendrá la oportunidad de pintar un cuadro en conjunto conmigo el

cual se estará exhibiendo en museos de toda Italia. También, luego del mes, costearé por tres años lecciones de cualquier especialización en el área de las artes plásticas con un profesor particular. —Lo escucho y deseo con todas mis fuerzas ser yo quien gane ese premio. Será como un sueño hecho realidad. Para mi madre es un capricho, pero para mí..., para mí es como lograr algo antes de que todo se apague. Hace una pausa y añade—: El lienzo que he escogido me ha llamado mucho la atención. No por la técnica ni la nitidez del mismo, sino por lo que proyecta al verlo. Da la impresión de que el autor de la pintura siente un sentimiento difícil de descifrar y logra transmitir a través de un pincel el misterio. Es por eso que he elegido como mi aprendiz por un mes al autor del lienzo titulado *Tinieblas*.

Todos aplauden y yo siento que me voy a desmayar. Literalmente, me voy a desmayar. No puede ser, es imposible que haya elegido mi obra. ¡Es real! Veo mi lienzo a su lado y derramo una lágrima. Sí le ha gustado, sí se ha interesado en lo que he pintado. Me quedo en trance, no me lo creo. «Es una broma, tiene que ser una jodida broma». Saliendo del trance, emocionada, subo al escenario y al verme me felicita algo serio. Pero no me importa, he ganado, he ganado y nadie va a empañar mi felicidad.

—Felicidades, será mi alumna y huésped por un mes, señorita...

—Soy Amaia, Amaia Carlini, señor Bacchelli.

Asiente con la cabeza.

—Pues, siéntase halagada, señorita Carlini, su lienzo me ha llamado mucho la atención. Luego hablaremos de él.

—Vale.

Sin poder creerlo, salgo afuera del lugar y llamo a mamá, emocionada. No tengo palabras para describir la felicidad que siento en estos momentos.

—Hola, Amaia, ¿cómo estás cariño?

—¡He ganado! Mamá, ¡he ganado la competencia de Daniel Bacchelli! ¡Seré su aprendiz por un mes!

—Felicidades, mi amor. Te mereces ese triunfo. Jamás pensé que algo así te llenaría de felicidad. —No sabes cuánta, al menos podré estar rodeada de colores y todo lo que algún día voy a perder.

La voz de mi madre se torna triste.

—Eso no va a ocurrir, Amaia. Ya estoy reuniendo el dinero para que te vuelvan a operar.

—No, mamá, olvídalo, soy feliz, y si ese es mi destino, nada podrá

cambiarlo. Ahora..., ahora haré lo que sea por vivir. Cuando llegue ese momento, lo enfrentaré, aunque duela.

—Te amo mucho, Amaia, no sabes cómo, hija.

—Yo también, mamá, mucho mucho.

Cuelgo el móvil y, soltando un suspiro alegre, vuelvo con el pintor. Cruzo las manos tras mi espalda y, mordiendo mi labio, tímida, le pregunto:

—Señor Bacchelli, ¿cuándo iré con usted?

Seco, responde:

—Mandaré por usted mañana en la tarde, un chofer la buscará y la llevará a mi casa.

Asiento con la cabeza.

—¿Le dejo en una notita mi dirección? —dice que sí con la cabeza y lo miro confusa—. ¿De verdad no me recuerda? Soy aquella admiradora con la que se tomó una fotografía en el aparcamiento del campus.

—La de la cámara obsoleta..., sí, ahora la recuerdo. Vaya, tiene suerte.

Me arrebató de las manos la dirección y sin despedirse se va llevándose mi lienzo y desapareciendo de la pequeña fiesta que hay organizada. Es un antisocial, pero el corazón se me quiere salir del pecho. «¡Voy a convivir con mi pintor favorito!». Sin pensarlo regreso a casa para hacer mis maletas. O, bueno, un intento de maleta. Solo dispongo de una y la ropa que tengo es poca. Elijo la mejorcita y, llena de emoción, doy gracias a Dios de que me haya permitido esta oportunidad. Termino terriblemente cansada, pero, aun así, estoy feliz. Agarro el móvil y continúo con mi hostigamiento:

Privado a las 5:00 p. m.

¿Cómo le ha ido en su actividad en la universidad?

Yo lo noté muy serio.

Daniel a las 5:01 p. m.

Me ha ido bien, la autora de la obra que elegí ha resultado ser una tonta inocente, pero, en general, bien.

«¿Me cree tonta? ¡Es que es un creído!».

Privado a las 5:05 p. m.

Debería sonreír más.

Así se vería más guapo y menos gruñón.

Daniel a las 5:20 p. m.

No sé ni qué hago hablando con una desconocida.

Privado a las 5:21 p. m.

Pero no soy una desconocida.

Soy tu admiradora número uno.

Y tal vez hablas conmigo porque te gusta charlar en realidad,
si no ya me hubieras reportado a la compañía del móvil.

Daniel a las 5:22 p. m.

Sí, me gusta charlar con gente que conozco,
no con la señorita Anónima. Adiós.

Suelto un suspiro feliz. Le gusta hablar con esta tontita inocente. Mamá llega más temprano, pero con el sobretodo negro que ahora la acompaña. Voy a recibirla y veo que trae una caja.

—Te he traído tu pastel favorito para celebrar tu triunfo.

—Gracias, mamá, ¿pero no estabas cuidando de un anciano enfermo?

Tartamuda, replica:

—Eh..., sí, pero... ese anciano ha muerto y tengo que esperar a que me surja otro enfermo.

Me siento en la mesa y, partiendo el pastel, le comento, feliz, cómo gané la competencia. Ella me escucha encantada y parece agradarle mi felicidad. ¡Es que la quiero un montón! Su mirada dulce, su sonrisa tierna me hace sentir la hija más querida del mundo.

—Mañana pasan por mí en la tarde para llevarme a la casa del pintor.

—Hija, ¿pero no será peligroso? No conoces a ese pintor y tú eres muy joven.

—Ay, mamá, claro que lo conozco. Es el pintor más inteligente y perfecto que he conocido. Y lo mejor de todo es que me va a enseñar sus técnicas.

—Sí, Amaia, pero estarás alejada y necesitas descansar la vista y no forzarte.

Comiendo mi pastel, le digo que no se preocupe, que haré todo para que mis ojos no den la lata. Lavo los platos y de la nada suelto un grito: «¡Sí! ¡No puedo creerlo aún! ¡He ganado!». Salgo a botar la basura y veo a Emanuel sentado en la entrada del edificio. Mira los coches pasar y, tras tirar la basura, me siento a su lado.

—Oye, ¿por qué tan solo?

—¿Por qué tan feliz? Ah, se me olvidaba lo de tu premio.

Lo miro y lo noto extraño. Algo le pasa y no es capaz de decirlo. Sigo insistiendo y finalmente dice que me va a extrañar mucho. La verdad, yo

también a él, pero solo será un mes. Un mes pasa volando.

—¿De verdad te sientes bien sabiendo que vas a convivir con un extraño?

—Es el extraño que más admiro. Me siento muy honrada en ser su aprendiz y también su huésped.

—Vale, pero al menos cuídate, ¿sí?

—¡Ay, vale, me cuidará! —digo riendo.

—Amaia, eres tan inocente y dulce que temo que te lastimen.

Me levanto y, risueña, le planto un beso en la sien. Me cuida y eso me hace sentir protegida, pero es un exagerado. Subo a casa y luego de ducharme trato de dormir un poco, pero solo pienso en que después de esta noche, por treinta días, dormiré a solo pasos de Daniel Bacchelli.

5

Palacio del arte

Tengo todo listo, excepto los nervios, esos siguen traicionándome. Estoy sentada en el sofá y cuento los minutos para que aparezca el chofer de Daniel. Miro la maleta y verifico que todo esté en orden. En una hora me voy y quiero que todo sea perfecto. Deseo que este mes jamás pueda olvidarlo.

Privado a las 3:00 p. m.

Hola, señor Perfecto,
¿cómo le ha ido en el día?

Daniel a las 3:01 p. m.

No tengo que contestarle a una desconocida
cómo me ha ido el día.

Privado a las 3:02 p. m.

Pero ya le he dicho que no soy una desconocida.

Soy su admiradora.

Daniel a las 3:03 p. m.

Me ha ido bien. Ahora, déjeme en paz.

Tocan la puerta y mi corazoncito brinca de la emoción. Debe ser el chofer de Daniel. Mi madre me abraza con fuerza y su rostro triste me hace sentir como si me fuera por una década. ¡Solo será un mes!

—Mamá, todo estará bien. Yo te llamaré todos los días y cada vez que pueda pasaré por aquí.

—Hija, no es eso lo que me preocupa. No sé, algo me dice que será más de un mes lo que vas a pasar en casa de ese pintor.

—Mamá, estás así porque me quieres mucho. Pero te prometo que todo me saldrá perfecto.

Arrastro las maletas hacia la puerta y un señor con lentes de sol en traje negro, con seriedad pregunta:

—¿Amaia Carlini?

—Sí, soy yo.

—El señor Bacchelli la espera en su residencia.

Feliz, me voy con el chofer y por alguna razón siento que estas lecciones

de pintura me ayudarán mucho en eso de capturar colores en mi mente. Me subo al coche; nunca en mi vida había subido a uno tan caro. Me siento algo desubicada. El chofer no habla, solo conduce. Y, bueno, a mí no me gusta el silencio. Hago ruidos con la boca, juego con el operador del vidrio y termino hablándole:

—¡Hola! Soy Amaia, un placer conocerlo. ¿Cómo se llama usted? —Se queda callado y me ignora por completo. «¡Pero qué grosero!». «Ya he entendido el mensaje, no quiere hablar Amaia Carlini». Miro por el vidrio de la puerta y parece que nos alejamos de la ciudad. Todo comienza a tornarse rural y desolado. Me asusto un poco y las manos comienzan a sudar. «¿Dónde vivirá el señor Perfecto?»—. Oiga, ¿falta mucho para llegar a la casa de Daniel Bacchelli? —Vuelve a ignorarme y ahora sí que no se lo permito—. Señor, le estoy hablando. ¡No sea grosero!

—Está prohibido que hable con las visitas del señor Bacchelli, señorita — responde serio.

«¿A dónde coño me he metido? ¿A un campo de concentración?». Sigue conduciendo hasta desviarse por un sendero adornado por lindas enredaderas y flores silvestres. El sendero lleva hasta una enorme casa de campo muy moderna. Todo es en vidrio, las paredes, las puertas... Bajo boquiabierto del coche y me quedo mirando como una tonta. El chofer agarra mi maleta y la mete en el recibidor de la casa enorme. Entro supertímida, lo primero que veo es al pintor sentado en el balcón de la sala de estar, pintando un lienzo en chándal y con el torso descubierto. «¿Qué manera de recibirme es esta?». Pero no importa, pinta hermoso y eso es lo que me llama. Entra a la sala de estar y dice sin mirarme:

—Bienvenida, Carlini.

Trago saliva y respondo temerosa:

—Gracias, señor Bacchelli.

Se acerca a mí con el cabello revuelto y los ojos parecen tener un brillo extraño.

—Venga, le enseñaré cuál va a ser su habitación.

No digo nada, solo lo sigo muerta de la curiosidad. Tiene las paredes llenas de lienzos que me imagino él pintó. Son hermosos y llenos de mil sensaciones. Arrastro mi maleta junto a él y me lleva a una habitación enorme, juraría que es del tamaño del apartamentito que tengo con mi madre. Tiene una gran cama con dosel, un balcón con vistas al bosque, y un tocador hermoso,

¡con *jacuzzi*! Nunca antes había podido tener la oportunidad de tener uno.

—¿Todo esto puedo usarlo?

—Será su habitación, por lo tanto puede usar todo lo que hay en ella.

Mirando la decoración sonrío y, feliz, replico:

—¿Cuándo empezaremos con las lecciones?

—Mañana en la mañana, luego del desayuno.

Afligida, argumento:

—Señor Bacchelli, yo estudio y también tengo un trabajo que no puedo perder por ningún motivo.

—En ambos lugares has sido excusada. No tienes de qué preocuparte.

Le sonrío emocionada y le digo lo mucho que lo admiro, pero a él parece no importarle. Sale de la habitación y cierra la puerta. En segundos agarro el móvil y mando uno de mis tantos textos:

Privado a las 6:00 p. m.

¿Cómo le cae su aprendiz?

¿Sigue creyendo que es una niña tonta?

Daniel a las 6:01 p. m.

¿Por qué te importa lo que piense de esa mocosa?

Privado a las 6:10 p. m.

No sé, simple curiosidad.

Daniel a las 6:12 p. m.

Aún no lo sé, apenas la conozco.

Suelto un grito: «¡Sí! Aún tengo tiempo para caerle bien y que deje de pensar que soy una mocosa tonta». Llena de emoción desempaco mis cosas y pongo mi ropa en el buró. «Oh, no, los ojos, comienzan a arderme». La cabeza me duele horrible y no puedo evitar llorar del dolor terrible. Tengo mucho miedo, comienzo a ver halos en mi vista y solo ruego que se pase rápido. Soporto el ardor y continúo guardando las cosas. Poco después tocan a la puerta.

—La cena está servida, señorita —avisa una voz femenina.

—En un momento bajo.

Me echo las gotas en los ojos y el ardor disminuye. Voy a cenar con Daniel Bacchelli, aún no lo puedo creer. Me pongo un vestido rosado y dejo el cabello suelto en ondas. Salgo de la habitación y no sé dónde queda el comedor. Me toca aventurarme a buscarlo hasta que lo encuentro. Es un comedor enorme y muy lujoso. Lo veo sentado en una de las cabeceras y mi

lugar está alejado de él. Trago saliva y, temerosa, pregunto:

—¿Puedo sentarme?

—Adelante. —Me siento y miro el plato. Jamás en mi vida pensé que podría cenar algo así. Me mira, siento que estudia mis movimientos. Evalúa cada paso que doy, cada cosa que hago. Eso me pone muy nerviosa. Agarro el tenedor y, muerta de los nervios, comienzo a comer—. Amaia, ¿podrías contarme sobre ti?

—Eh..., bueno, eso creo. Nací en Roma, nunca conocí a mi padre, vivo con mi madre y amo el arte y la pintura. Creo que eso es lo más relevante.

—¿Por qué amas la pintura?

—El porqué no me gusta recordarlo. Solo puedo decirle que a través de la pintura, de los colores, podré ganar mucho en un futuro. La pintura ha sido muy importante en mi vida.

Arquea una ceja, confuso.

—¿Hablas de dinero?

—No, en absoluto. Toda mi vida he sido pobre y me he acostumbrado a ello. No necesito dinero para ser feliz. Me refiero a los colores que me llevaré conmigo.

Extrañado, inquiere:

—¿Llevarte colores? Hablas cosas sin sentido.

—Para muchos..., solo me entiendo yo. —Bebo un poco de vino—. ¿Usted no necesita los colores para sonreír?

—Los colores son mi herramienta de trabajo, no una fantasía, esa en la que vive. Habla como si viviera en una burbuja aislada de la realidad.

Bajo la mirada y no respondo. Continúo comiendo y siento que clava su mirada en mí, instigador.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte —contesto sumisa.

—Aún eres una niña.

—No, no lo soy, señor Bacchelli. Sé de la vida más de lo que usted cree.

Toma un sorbo de vino y responde con sarcasmo:

—Todas las mujeres son iguales, predecibles y parece que están hechas con el mismo molde.

—¿Por qué dice eso?

—Nada, yo me entiendo.

Mira mis ojos y se queda extrañado por mis pupilas moradas.

—¿Usas lentes de contacto?

—No, es el color de mis ojos.

—¿Morados? Nunca había visto algo así.

Lo miro; me observa intrigado. Realmente quiere saber cómo puedo yo tener los ojos morados. Soltando un suspiro respondo:

—Nací con un síndrome que según los médicos es raro. Se llama síndrome de Alejandría. Me hace tener los ojos morados.

Sin decir nada continúa cenando. Es raro, solo habla cuando le apetece, aunque yo tenga mil preguntas por hacerle. Sin avisar se levanta de la silla y se retira. Me siento algo fuera de lugar. Este hombre no parece ser lo que yo tenía pensado. Es frío y su actitud es de soberbia. Termino de cenar y, desorientada, trato de recordar dónde está mi habitación. Entro y agarro mi móvil. Esto de mandar mensajes se me ha hecho una costumbre y me encanta sentir las maripositas cada vez que envío uno.

Privado a las 8:30 p. m.

De sus obras, la que más me gusta es

Sol de madrugada es muy bonita y

cada vez que puedo la aprecio en el museo.

Daniel a las 8:31 p. m.
Vaya, señorita Anónima,
sí que tiene buen gusto.

Privado a las 8:32 p. m.

¿En qué pensó cuando lo pintó?

Daniel a las 8:33 p. m.
Quizá en el amor, también podría ser en la soledad.

Privado a las 8:40 p. m.

¿Cree en el amor?

Daniel Bacchelli a las 8:41 p. m.
No.

Miro su respuesta y difícilmente puedo encontrar una razón para que piense de esa forma. Me recuesto en la cama y miro la luna hermosa que adorna el cielo. «¿Cuántas lunas más podré ver? ¿Cuántas estrellas más podré contar?». Sigo haciéndome preguntas estúpidas que en el fondo, conozco la respuesta: no lo sé. Ladeo y veo un balcón a mi derecha. La luz de esa habitación está encendida y distingo la silueta de Daniel quitándose una camisa. Solo veo su sombra, pues las cortinas lo cubren. Camina de lado a lado y mira el móvil

por lo que me doy cuenta. No sé por qué, pero me río estúpidamente. Mis mensajes, como la «señorita Anónima», lo ponen, digámoslo así, en jaque. Nunca responde cosas concretas. Decidida a ver cómo se sumerge en su confusión de ideas, mando otro texto:

Privado a las 11:00 p. m.

Sabe, sí creo que cree en el amor.

Si no, ¿cómo pudo pintar *Eterno*?

Es un lienzo lleno de romanticismo.

Daniel a las 11:03 p. m.

Veo que está muy informada de mis obras, señorita Anónima.

Sonrío, creo que me he informado más de lo que una admiradora normal lo hubiera hecho. «¿Qué estoy haciendo?». Sin proponérmelo he creado un personaje totalmente a parte de Amaia Carlini para hablar con el pintor. «Señorita Anónima» parece comenzar a caerle bien a Bacchelli.

Me despierto muy temprano, más de lo normal. No quiero parecer una osa dormilona. La cama es la más suave y cómoda que mi cuerpo ha tocado. He dormido mejor que nunca. Muy distinto al colchón duro e incómodo que tengo en mi cuarto. Busco ropa en el buró y lo único que tengo son vestidos holgados con flores y sandalias en tiritas. Me pongo uno púrpura con flores de colores y las sandalias. Me miro en el espejo y dejo el cabello suelto, sujetado por una diadema de flores. Mis ojos están algo rojizos, no dejan de darme la lata. Me echo las gotas y, soltando un suspiro alegre, agarro el móvil.

Privado a las 7:40 a. m.

Buenos días, señor Perfecto,
me parece hoy un día hermoso.

Salgo de la habitación y me topo con la doméstica. Con amabilidad, me guía hasta el comedor, aún Daniel no ha bajado a desayunar. En la mesa hay servidos deliciosos bocadillos y frutas frescas picadas en trozos.

Daniel a las 7:50 a. m.

Me ha despertado, señorita Anónima.

Privado a las 7:53 a. m.

¿No tiene una aprendiz que atender?

Daniel a las 7:55 a. m.

Ah, ella, es una chica tonta.

No creo que aprenda nada de lo que le enseñe.

Privado a las 7:56 a. m.

Por algo ha escogido su lienzo
como el ganador, señor Perfecto.

Tal vez la note tonta,
pero quizá se lleve una sorpresa con ella.

Guardo el móvil rápidamente al ver que llega al comedor. Se sienta y no me dice nada. Solo se sirve el café y no me queda más remedio que ser yo quien rompa el hielo:

—Buenos días, señor Bacchelli.

Algo pensativo, responde:

—Amaia, dime, ¿eres algo más de lo que todos podemos ver a simple vista?

Me quedo callada, pero sé que esa pregunta surge por mi mensaje. No sé qué responder. No creo que sospeche que señorita Anónima y Amaia son la misma persona.

6

Primera lección

Cuando hablo con él por mensajes, siento que puedo decirle todo como lo pienso, pero cuando lo tengo en frente, me acobardo. Aprieto los dientes y, tímida, respondo:

—No entiendo su pregunta, señor Bacchelli.

—No creo que seas tan tonta. Sí me has entendido.

Respiro asustada y, temerosa, respondo:

—No hay nada más de lo que ve ahora sentada en esta mesa, señor Bacchelli. Soy solo esto, no pretendo ser más ni menos. —Asiente con la cabeza y no vuelve a decir nada sobre el tema. Solo se escuchan los tenedores chocando con los platos. Este silencio es horrible, no lo soporto—. ¿Con qué empezaremos hoy, señor Bacchelli?

—Creo que por lo más básico, las sombras.

—Señor, eso es muy elemental.

Imperturbable, me mira con superioridad. Esa mirada me intimida y me hace sentir que frente a él no soy nada. Solo una tonta admiradora que no es tomada en cuenta.

—El que dará las lecciones seré yo. No he pedido que opines.

Asiento con la cabeza, asustadiza. Ahora veo que se queda mirando mi vestido holgado de flores. Lo mira con disgusto, o al menos esa es la impresión que me da su gesto.

—Estás muy... florecida.

Arqueo una ceja.

—¿Le gustan las flores?

—Las detesto —responde serio.

Detesta las flores y yo estoy llena de ellas hoy. En definitiva, no estoy acumulando puntos con Daniel. Se levanta de la mesa y, como siempre, pretende irse así porque sí, sin decirme qué vamos a hacer.

—Señor Bacchelli, tengo una pregunta, ¿pueden venir a visitarme? Es que sé que no tardaré en extrañar a mi madre y a mi mejor amigo.

—Amaia, no recibo visitas de nadie. Estás aquí porque ganaste un premio,

de lo contrario tampoco estarías.

Digo que sí con la cabeza y me pongo de pie dejando la mesa. Le pregunto qué haremos ahora y solo se limita a decir que lo siga hasta donde me dará las lecciones de pintura. Llegamos a una habitación enorme, equipada con todo tipos de instrumentos de pintura, grabados, líneas..., en fin, es para mí como estar en el paraíso. Amo la pintura como a mi vida. Me extraño al ver un diván frente a unos lienzos tapados. No logro comprender, pero me quedo callada. Solo miro todo y a mi lado veo un boceto de un paisaje a medias. Voy a mirarlo y le pregunto:

—¿Está haciendo un nuevo lienzo para exhibir? Es hermoso.

—Amaia, hay algo que debes leer y firmar antes de comenzar con las lecciones.

Extrañada, indago:

—¿Qué es eso que debo firmar antes de comenzar las lecciones?

—Es una especie de acuerdo donde te comprometes a tomar las lecciones en su totalidad y a cumplir con lo que se te exija para el aprendizaje.

Confusa, lo miro y no creo que sea necesario firmar nada. Trago saliva y, escéptica, contesto:

—No se me habló sobre dicho acuerdo. No creo que sea necesario para tomar unas lecciones, señor Bacchelli.

—Para mí sí lo es. Solo firma y comenzaremos cuando gustes.

Saca de una gaveta un sobre y me lo estrecha. Pide que lo lea con detenimiento, para ello me dará todo el día. ¡Yo nunca he firmado un acuerdo legal de nada!

—A ver, no sé mucho de esto, pero creo que necesito un abogado para entender mejor.

—Amaia, Amaia..., creo que eres lo suficientemente capaz de interpretar ese papel sin ayuda. Solo léelo y te darás cuenta de que no te afecta en nada.

—Vale, lo haré.

Sonríe, por primera vez lo veo sonreír como lo ha hecho. Sale de la habitación y me dice que saldrá y no regresará hasta la tarde. Subo a mi habitación con el sobre; las manos me tiemblan. No entiendo por qué, pero este papel me ha puesto muy nerviosa, me siento en la cama, saco del sobre el acuerdo y comienzo a leerlo:

Contrato

Día de 2015

(fecha de inicio)

Acuerdo legal entre Daniel Bacchelli (parte contratante) y Amaia Carlini (parte contratada).

Los siguientes puntos son los términos que ambas partes deben aceptar con el fin de, en treinta días, cubrir la mayor cantidad posible de aprendizaje para la parte contratada. Así como otras variantes dentro de lo que se considera arte.

Términos principales del acuerdo:

1. La parte contratada deberá cumplir en su totalidad las lecciones en un término de treinta días sin subterfugio alguno.

1.1. La parte contratada deberá guardar silencio, no opinar acerca de los métodos de enseñanza del contratante.

1.2. La parte contratante debe cumplir con lecciones de ocho horas diarias.

1.3. La parte contratada deberá aceptar todo tipo de métodos y prácticas como desnudos y semidesnudos entre otros.

1.4. Al irse, al término de treinta días, deberá mostrar lo que ha aprendido creando un lienzo sin modelo, solo usará la imaginación.

1.5. Donde únicamente podrá opinar, será al crear el lienzo junto a la parte contratante.

Al leer dichos términos, ambas partes los aceptan y se comprometen a cumplirlos. De romperse algún termino, la parte infractora deberá pagar una cantidad de cinco mil quinientos euros como penalización.

Firma de la parte contratada

Firma de la parte contratante

Lo leo y no lo creo. Jamás pensé que para estar aquí tendría que firmar un papel. Pero, aun así, algo me dice que no pasará nada. Todo lo que he leído lo he entendido y creo poder cumplirlo. Firmo el documento y vuelvo a meterlo al sobre.

Privado a las 12:00 p. m.

Hola, señor Perfecto.

Dígame, ¿cómo le va en su día?

Daniel a las 12:01 p. m.

Te contestaría si no fueras señorita Anónima
y tu número no fuera privado.

Sonrío y, divertida, respondo el mensaje:

Privado a las 12:03 p. m.

¿De verdad le interesa realmente mi número?

Yo creo que no.

Daniel a las 12:04 p. m.

Es extraño, señorita Anónima,
logra sacarme una sonrisa.

Privado a las 12:10 p. m.

¿Aun sin conocerme?

Daniel a las 12:11 p. m.

Aun sin conocerla.

La sonrisa me la saca él a mí. Por primera vez, aunque no vea mi rostro ni sepa mi nombre, alguien importante se voltea y me presta atención. Pasa el rato y Daniel llega a casa con unas compras. Ha traído lienzos y pinceles nuevos. Me acerco y me dice frío:

—¿Comenzaremos con tu primera lección?

—¿Por qué lo preguntas?, creo que sí.

—¿Has firmado el acuerdo?

Le estrecho el sobre.

—Está firmado. Espero que comencemos ya con las lecciones.

Curva la comisura y pide que lo siga hasta la habitación de la otra vez. Me facilita un delantal y él se pone otro. Me da unos pinceles y me deja saber que serán los que usaré en todas las lecciones.

—Bien, Amaia, muéstrame qué sabes de sombras en grafito.

Hay una mesa al fondo con libretas de papel para dibujar y unos lápices. Trago saliva y me siento en la mesa. Agarro el lápiz, temerosa, le enseño lo que sé. Me mira atento, bueno, atento a lo que dibujo, no a mí. Yo para él soy la niña tonta e inocente que ha ganado su competencia.

—¿Solo eso sabes? ¿No te han enseñado más en la universidad?

—Señor, no lo entiendo. Le he demostrado lo que ha pedido. No comprendo su tono sarcástico.

Se aleja y busca en un armario unas hojas de papel con sombras hermosas.

—Esto sí son sombras de calidad. Lo que has hecho lo hace un niño de jardín.

Me siento terrible, muy mal. Jamás me imaginé que mi ídolo, el hombre que más admiro me trataría tan borde. No puedo evitar llorar y cubrirme el rostro. Al escuchar mis sollozos, su rostro se suaviza y comenta:

—¿Esta es tu primera lección y ya estás llorando? Amaia, llorando no conseguirás nada en la vida, solo la lástima de las personas.

Seco mis lágrimas y respondo entre hipidos:

—¿Debería sentirme mejor con lo que ha dicho?

Niega con la cabeza.

—No, definitivamente, no. Pero o aprendes a ser fuerte, o la vida te va a enseñar a golpes.

Me quedo callada y pensativa. Él dibuja unas sombras e, inconsciente, inquiero:

—¿Lo dice por experiencia propia?

Deja el lápiz sobre la hoja de papel y me mira serio. Una mirada que penetra mis pupilas y me hace sentir intimidada. Ceñudo, advierte:

—No quieras saber más de lo que puedes ver aquí, Amaia, solo lienzos y pinceles.

Dicho esto, sale de la habitación de pinturas a toda leche. «¿Qué he dicho mal?». Solo quería hacer conversación. Me siento y extrañamente soy yo la que recibo un texto:

Daniel a las 1:30 p. m.

¿Cómo haces para escapar del mundo por un rato?

Privado a las 1:33 p. m.

Me paro frente a un lienzo que sus manos han pintado, cierro los ojos y me creo parte de la obra.

Daniel a las 1:38 p. m.

¿Tan maravilloso me cree?

Privado a las 1:40 p. m.

Lo maravilloso puede que sea usted, como puede que sea lo que hay tras de usted.

Agarro un pincel y mojo las cerdas en la pintura color carmesí que tengo a mi derecha en la mesita de madera caoba, frente al lienzo. No estoy segura de lo que quiero demostrarle, pero sí que deseo impresionarlo. Pinto una línea, una donde me quedo pensativa, una línea que transporta mi mente a otra parte fuera de Italia. Algo lleno de luz, lleno de color y efervescencia, donde la vista se abastezca de colores. Y, de momento, pienso en Las Vegas, o quizá también en Río de Janeiro. Son lugares llenos de vida y, sobre todo, colores. Pero nunca he ido a esos lugares para poder pintarlos como quisiera. «¿Y si pongo ambos lugares en un mismo lienzo fusionando lo más colorido de los

dos?». Sonríó y, decidida a darle rienda suelta a mi imaginación, comienzo a crear muchas líneas de diversos colores, creando así, un lienzo melancólico, donde sobra lo que a mí... me faltará: colores.

—¿Puedo preguntar?

Daniel asiente con la cabeza y, dejando el tenedor sobre el plato, responde:

—¿Qué quieres preguntar?

—Es que extraño a mi madre, mejor amiga y amigo. Me gustaría salir a verlos mañana después de las lecciones. ¿Puedo?

—Sabes que durante...

—Lo sé, durante este mes no debo salir de su casa, pero de verdad necesito ver a mi mamá.

Me mira una y otra vez y finalmente responde:

—Mañana iré a la ciudad a una galería donde expongo mis lienzos. Luego te llevaré a ver a tu madre.

Confusa, indago:

—¿Me llevará usted? Pero puede hacerlo el chofer.

Vuelve a tomar el tenedor y continúa comiendo. Se queda callado y eso me enoja. Me deja en el aire. «¿No piensa contestar? ¿Por qué siento que me mira como si fuera una tonta?». Lo miro y veo alrededor de él ese halo que aparece seguido de las cosas por culpa de mi vista. Pestañeo dos veces y aún persiste.

—¿Me disculpa? Necesito usar el baño.

A toda leche me levanto del comedor y, caminando en zancadas por el corredor, siento un intenso dolor de cabeza. Uno que logra sacarme las lágrimas. Más que el dolor, me asusta el hecho de que cada vez mi realidad se acerca más y más. Pestañeo muchas veces y el halo desaparece poco a poco. Cierro los ojos y, llorando, rezo en susurros:

—Sé que esto es inevitable. Pero ahora no, por favor. Solo... solo permíteme completar este mes con el pintor. Es lo único que pido.

Recuesto la cabeza en la pared esperando a que el dolor se vaya por completo. Al rato su voz suena tras de mí, interrogando:

—¿Estás bien?

—Oh, sí, sí estoy bien. Un poco de dolor de cabeza nada más.

—¿Segura?

Asiento con la cabeza.

—¿Qué tal si te tomas unos analgésicos? Creo que será lo mejor.

Tratando de no recibir claridad en los ojos, bajo la cabeza y le pregunto con timidez por qué se preocupa por mí. Se queda helado con la pregunta. De hecho, no se la esperaba. Traga saliva y lo arregla todo diciendo que mientras esté en su casa, debe velar por mí.

—¿Podemos seguir con las lecciones?

—¿Segura?

Afirmo impaciente.

—Vale, te espero en la habitación de lienzos.

Veo cómo se aleja por el corredor y agarro rápidamente el móvil.

Privado a las 3:30 p. m.

Dígame algo, señor Perfecto,

¿cree que esa aprendiz que tiene en su residencia es solo una aprendiz?

Daniel a las 3:31 p. m.

No entiendo la pregunta.

Privado a las 3:33 p. m.

En otras palabras,

¿qué puede ver a través de su mirada?

Daniel a las 3:34 p. m.

Una inocencia que jamás había visto en mi vida.

¿Por qué lo pregunta?

Decido no responder, porque ni yo misma lo sé. Solo sé que cada vez Daniel Bacchelli me intriga más y también comienza a desilusionarme.

Algo anda mal

Sostiene el pincel y mira el boceto que está terminando. Me ha pedido que lo observe cómo usa los matices y colores para crear paisajes. Yo, gustosa, lo miro. Es emocionante ver una obra de mi pintor favorito en proceso para luego ser exhibida en algún museo o galería. Me quedo como tonta mirándolo, es interesante ver cómo piensa las líneas, los colores, lo que quiere transmitir.

—¿Cómo se llama esa obra?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Se le olvida que usted es algo así como mi modelo a seguir. Cuando estaba en preparatoria, le dije a mi mamá que quería ser igual que usted. Alguien grande, alguien que a través de lo que pinta, también logra hablar. — Se queda callado y deja el pincel sobre la paleta de colores. Su silencio me desconcierta. Parece pensativo—. ¿He dicho algo malo?

—Amaia, no desees ser como yo. Sé tú, no pretendas ser algo que no vale la pena.

Pestañeo y, confusa, pregunto:

—¿Por qué dices eso? Siempre lo he deseado. Quiero llegar a ser tan talentosa como tú.

Enojado, lanza el pincel y la paleta de colores al suelo. Me repite que no vuelva a desear ser como él. Yo no tengo idea de por qué pide semejante cosa. Solo veo en sus ojos un vacío y desprecio por todo lo que hay fuera de esta casa que me desconcierta. Se va y me deja sola en la habitación con su boceto a medias. Recojo la paleta y los pinceles del suelo y me quedo observándolos por unos segundos, Daniel Bacchelli comienza a preocuparme y aún no logro entender por qué.

Privado a las 6:15 p. m.

Señor Perfecto, ¿cómo está?

Espero desesperada una respuesta. Ver la pantalla de mi cacharrito encenderse me emociona.

Daniel a las 6:20 p. m.
¿Por qué habría de decírtelo?

No eres más que una extraña a la que no conozco.

Privado a las 6:21 p. m.

Por eso creo que es más fácil hablar.

¿Por qué no me dice lo que siente?

Daniel a las 6:23 p. m.

Siento... siento... No siento nada, señorita Anónima.

Dejé de sentir hace mucho.

Privado a las 6:30 p. m.

Ay, claro que siente, si no ¿cómo pinta los lienzos?

Sin inspiración no hay lienzo y

sin sentimiento no hay inspiración.

Daniel a las 6:31 p. m.

Su filosofía es algo cierta,

pero parece que yo soy la excepción.

Avanzo a mi cuarto y, al cerrar la puerta, me veo frente al espejo. Mi vestido de flores y mi diadema me hacen ver algo tonta; tonta e inocente. Quizá es realmente lo que soy. Y de pronto Daniel me viene a la cabeza. Lo pienso y sonrío, ¿tanto lo admiro? Solo sé que cuando lo tengo al lado siento que mi interior se descontrola. Debe ser de admiración, de emoción por tenerlo tan cerca. La doméstica toca la puerta y la invito a pasar. Anuncia la cena y yo no tengo mucho apetito. Pero sí quiero ver a Daniel. Mi cacharrito suena, es mi madre y, feliz, respondo:

—¡Mamá! Me alegra escucharte. Disculpa por no llamar, es que he estado muy liada con esto de las lecciones.

—Descuida, cariño, dime, ¿cómo te va?

—Pues bien, todo lo que me he encontrado en la casa de Daniel Bacchelli es diferente a lo que imaginaba, pero, aun así, es genial.

—Y tus ojos, ¿cómo están?

Resoplo, odio hablar del tema.

—Me estoy echando las gotas y solo tengo dolores de cabeza pasajeros. Lo mismo de siempre. Nada para preocuparse.

—Amaia, aunque digas que no, te vas a operar. Estoy ahorrando dinero y tengo la esperanza de que podamos hacer algo por tus ojos.

Bajo la cabeza y, serena, respondo:

—Mamá, sé que es difícil, pero podré seguir viviendo y...

—No será lo mismo, Amaia. Estarás en tinieblas y la vida será dura.

Derramo una lágrima y comento nostálgica:

—Lo único que voy a lamentar es no haber conocido el amor, mamá.

—Mi vida, puedes enamorarte igual. Nos enamoramos con los ojos del alma, no con la vista.

Vuelvo a derramar otra lágrima y, cambiando el tema, le comento:

—Mañana paso a verte. El señor Bacchelli me ha dado permiso y podré darte un abrazote.

—¡Qué alegría! También Emanuel quiere verte y darte un gran abrazo. Dice que te extraña mucho.

—Mamá, lo que llevo son dos días separada de ustedes. Son unos exagerados —digo sonriendo.

—Aunque sean horas, estás con ese pintor del que solo conoces sus lienzos. Cuidado que no se propase contigo, Amaia, porque ahí sí que...

—Tranquila, mamá. Daniel Bacchelli es muy grande. Debe tener unos treinta años. Además, no creo que crea en el amor.

—Y tú, Amaia, ¿qué piensas del pintor?

Su pregunta me incomoda enormemente, pero no comprendo la razón. Termino la llamada dando como excusa la cena. Realmente no creo poder contestar esa pregunta. Bajo al comedor y Daniel ya ha comenzado a cenar.

—Llegas tarde...

—Lo sé, estaba hablando con mi mamá y se me fue el tiempo.

Me siento en mi lugar y me ve la ropa nuevamente.

—¿No se cansa de andar florecida por la casa?

—Señor, me gustan las flores. No veo nada de malo.

Lleva la copa de vino a sus labios. Me mira con cierta curiosidad, una que me pone algo nerviosa.

—¿De qué parte de Italia eres?

—Nací en Florencia. Nunca conocí a mi padre. Él abandonó a mi madre cuando yo tenía dos años.

—¿Y qué haces en Roma?

—Mamá había conseguido trabajo en una empresa de telas aquí en Roma, pero lo perdió y ya no supo cómo regresar a Florencia. La vida se le hizo difícil y más por mí...

Me callo, no debo contar a nadie esto que me afecta. Traga saliva y, curioso, pregunta:

—¿Y qué, Amaia?

—Nada, fue duro sostenernos económicamente.

—Me da la impresión de que estás mintiendo. ¿Por qué no quieres decírmelo? Según tú, soy tu ídolo.

Nerviosa, dejo el tenedor sobre el plato y bajo la cabeza.

—Hay cosas que no se cuentan a todo mundo, señor Bacchelli. Ni siquiera a usted.

—Entiendo, hay cosas que jamás le diría a una admiradora como tú, Amaia.

Juego con el brócoli mientras siento que sus ojos no dejan de buscar algún defecto más allá de mi insulsez e inocencia.

—¿Por qué te gusta la pintura?

Curvo la comisura, y bonitos recuerdos me vienen a la mente. Recuerdo cuando tenía seis años, mi madre regresaba del trabajo en la fábrica y con ella llevaba un pequeño lienzo y unas pinturas. Era mi cumpleaños, yo me sentía muy feliz, no esperaba nada, pues sabía que mamá no tenía mucho dinero. Me dijo que quería que le pintara algo muy bonito para colgarlo en la cocina. Ese día mi madre me hizo sentir como una gran artista. Soltando un suspiro contesto:

—Porque con él crecí. Con la pintura aprendí a ver la vida diferente a los demás. Miraba los colores, los lienzos y veía en ellos una forma de crear mil historias.

Asiente con la cabeza y me atrevo a preguntar:

—Y usted, ¿por qué le gusta la pintura?

Me mira y, algo reacio a responder con claridad, contesta:

—A diferencia de ti, yo no crecí con la pintura. Tuve que meterlo en mi vida en un momento muy difícil. Desde ahí, comprendí que a través la pintura, podía desahogarme sin necesidad de contar a todos de mi desdicha.

—Aunque no lo crea, son cosas parecidas las que nos han llamado a ambos a amar la pintura como a la vida, señor Bacchelli.

Se recuesta en el espaldar de la silla, e imperturbable, refuta:

—Yo no amo la pintura, creo que para mí, es un mal necesario. Quizá no lo entiendas, pero no todos hacemos algo porque nos guste o nos haga felices.

Se levanta de la mesa y, limpiando su boca con el pañuelo, se retira.

—Que pases buenas noches, Amaia.

Otra vez una plática se queda a medias. Nunca logro saber más del hombre que admiro. Lo último que me queda es recurrir a ser la señorita Anónima.

Privado a las 9:00 p. m.

Señor Perfecto, ¿sabe?, trabajo en un museo aquí en Roma.

Cada vez que veo sus obras me llama la atención una sola cosa:

¿Por qué en todas utiliza colores tenues para los paisajes?

Daniel a las 9:01 p. m.

¿A qué viene esa pregunta, señorita Anónima?

Privado a las 9:03 p. m.

Realmente no lo sé, simple curiosidad.

Daniel a las 9:10 p. m.

Quizá...

Privado a las 9:20 p. m.

¿Tiene una musa? ¿Una mujer con la cual se inspire?

Daniel las 9:23 p. m.

Creo que la he conseguido después de tiempo buscándola.

Ojos morados y pureza de mente y alma...

buenas noches, señorita Anónima.

Me quedo helada. «¿Qué habrá querido decir?». Lo que sí sé es que su mensaje me ha producido cosquillas en la panza. «¡Qué tonta eres, Amaia!».

Me he levantado supertemprano. Pensé que el chofer de Daniel nos llevaría a la ciudad, pero no, el mismo Daniel conduce y yo me siento algo incómoda. Su silencio es desesperante. Le comento queriendo destensar un poco el ambiente:

—¿A dónde iremos primero?

—Te llevaré a ver a tu madre.

—¿Quieres conocerla?

—No, tengo cosas más importantes que hacer.

El viaje a la ciudad se va en silencio y constante incomodidad. Solo me habla para preguntar la dirección de mi madre. Al llegar, antes de dejarme bajar, me dice:

—En una hora paso por ti. ¿Tienes el móvil que te di al llegar a mi casa?

—Sí, señor.

Me bajo del coche y veo cómo acelera a toda prisa. Pero nada me va a empañar la felicidad que siento de poder ver a mi madre, aunque sea una hora. Subo al apartamento y toco la puerta, pero nadie me contesta.

—¡Mamá! ¡Mamá, soy yo!

Insisto en seguir tocando, pero no responde. Saco de mi bandolera algo deshilada las llaves del apartamento y entro preocupada. Mamá no está y ella sabía que venía a verla hoy. Avanzo a su cuarto y la cama está puesta. No ha dormido en casa y eso me preocupa. Algo me llama la atención sobre su mesilla de noche, hay una especie de agenda. Curiosa, la agarro y me siento en la cama a ojearla. Al principio pensé que se trataba de su trabajo con los enfermos, pero realmente no lo sé. Hay muchos nombres apuntados con números de teléfonos. Todos son de hombres, quizá son los enfermos que está cuidando. Realmente no lo sé. Vuelvo a poner la agenda en la mesilla de noche y escucho ruidos en la cocina. Voy a ver si se trata de mi mamá, pero no, es solo Emanuel.

—¡Emanuel!

—Perdón, pensé que era Clarisse la que estaba dentro.

—Mi madre no está. ¿No sabes a dónde salió?

Emanuel cierra la puerta y niega con la cabeza.

—Clarisse no vino a dormir a su casa. Quizá se quedó cuidando a uno de sus enfermos.

Digo que sí con la cabeza.

—Sí, tal vez.

Otra vez comienzo a sentir que todo me da vueltas. La cabeza me duele mucho y me entran unas ganas de vomitar horribles. Corro a toda leche al baño y devuelvo el desayuno en el retrete. Emanuel intenta entrar, pero se lo impido, debo de dar muy mala imagen. El médico me advirtió que esto pasaría si sigo sin el tratamiento. Pero no puedo hacer nada más que esperar mi realidad sentada. Me cepillo los dientes antes de salir del baño y luego me miro al espejo, aún siento ese horrible dolor de cabeza y el ardor en los ojos. Me miro al espejo y los ojos están ensangrentados. Lo único que se ve son mis pupilas moradas débiles y dilatadas. Guiño los ojos y vuelvo a abrirlos. No puedo salir así, Emanuel preguntará qué le pasan a mis ojos y no quiero responder. Saco de mi bandolera unos lentes de sol y rápidamente me los pongo. Tomo un suspiro y salgo del baño.

—Amaia, ¿estás bien?

—Sí, algo debe de haberme caído mal.

Me mira y pregunta extrañado:

—¿Por qué tienes lentes de sol puestos?

Trago saliva y busco cómo justificarme. Aprieto los dientes y replico:

—Tengo algo de dolor de cabeza y la claridad me molesta.

—¿Estás segura?

Asiento con la cabeza. Odio mentir, pero este mal solo puedo y debo cargarlo yo, nadie más. Comienzo a sentir que solo vivo para sufrir.

Reacción extraña

Emanuel me sigue mirando extraño. ¿Tan mal miento? Antes de irme de la casa algo triste por no haber visto a mamá, paso por mi cuarto y recojo algunos libros para leer en mis ratos libres en la casa de Bacchelli. Noto que Emanuel quiere decir algo desde hace rato. Salimos del apartamento y pregunto curiosa:

—¿Pasa algo?

—No..., bueno, sí, ay, Amaia, pensé en invitarte a un café en la cafetería de aquí, en la esquina. Para que no pierdas el viaje, claro.

Sonrío amable y asiento con la cabeza.

—Solo hay un problema, no tengo dinero. Bueno, ese no es un problema, se ha convertido en parte de mi vida.

Ríe y replica, divertido:

—¡Mujer! ¡Te estoy diciendo que invito yo!

Salimos del condominio y caminamos hacia la cafetería hablando de todo un poco. Parece estar feliz con eso de la escritura. Aunque según me cuenta, sigue desanimado, cree y confía en lo que escribe, pero ninguna editorial le da la oportunidad de publicar. Vale, que no es el único que vive frustrado. Nos sentamos en la misma mesa de siempre al lado de la vitrina y tomo un sorbo de café.

—¿Y por qué no sigues intentándolo? Los grandes escritores no surgieron de la noche a la mañana.

Desanimado, responde:

—La semana pasada mandé un manuscrito a una editorial y hasta ayer no recibí la respuesta, rechazando la propuesta. Hay veces que los ánimos por luchar decaen.

—Mírame a mí, Emanuel. ¿Realmente crees que pueda ser la gran pintora que anhelo convertirme? Sé que no, pero no dejo que eso me quite el sueño y al menos lo intento.

—Siempre tienes un comentario positivo en tus palabras.

—¿Eso es malo?

—No, reconforta.

Su mano sobre la mía me hace sentir un poco incómoda. No solo su mano, también la forma en que me mira. Bajo la mirada y, tartamuda, comento:

—Gra... gracias por el café.

Emanuel sonrío, aún sigue tocando mi mano. En ese incómodo momento, para mi sorpresa, aparece Daniel en el café. Al verme en la mesa con Emanuel, avanza con el rostro algo enojado hacia nosotros.

—¿Señor Bacchelli? ¿No quedó en que me llamaría? ¿Cómo ha sabido dónde estaba?

—El móvil que te di tiene un rastreador. Es hora de irnos.

Me levanto y le presento a Emanuel, temblorosa.

—Señor Bacchelli, él es Emanuel. —Miro a Emanuel—. Él es Daniel Bacchelli.

Emanuel le estrecha la mano para saludarlo cortésmente y este se la deja tendida.

—He dicho, vámonos, Amaia.

Me despido de Emanuel amistosamente y salgo del café con Daniel. Camina más rápido de lo normal y parece estar enojado.

—¿Pasa algo, señor Bacchelli?

—¿Es tu novio?

Río divertida.

—¿Emanuel mi novio? No, solo es mi mejor amigo. ¿Por qué lo pregunta?

—No te mira como un amigo precisamente.

Ceñuda, le indago:

—Y según usted, ¿cómo me mira?

Serio, continúa caminando y termina respondiendo algo mosqueado:

—Con deseo, con interés por ti.

—¿Y eso es malo? ¿Le molestaría que así fuera? —Mi pregunta lo pilla por sorpresa. Se queda algo patidifuso y no sabe muy bien qué contestar. Acelera el paso y yo le alcanzo—. Oiga, no me ha respondido a la pregunta.

—¿Por qué tendría que importarme? Si estás en mi casa y a mí lado durante un mes no es por gusto, solo cumplo con el premio que ganaste.

Su respuesta me hace sentir un tanto menos. No vuelvo a preguntar y solo lo sigo hasta el coche. Conduce de camino a su casa y en todo el viaje tengo un nudo en la garganta feo, muy feo. No entiendo, ¿acaso le ha molestado que fuera a tomar un café con Emanuel? Entramos a casa y le pregunto, tímida:

—¿Le ha molestado que haya tomado un café con Emanuel?

Avanza hacia mí con ímpetu y, deteniéndose a centímetros de mi cuerpo, responde resoplando:

—Me molesta que me desobedezcan. Te dije que te recogía donde te dejé, en una hora.

—¿Cuál es el problema? No estaba tan lejos, solo tomaba...

—¡Y no me importa! Las reglas son claras y firmaste un contrato.

Brinco del susto y bajo la cabeza amedrentada. Siento su respiración sobre mí y eso me pone nerviosa y más tonta de lo que soy.

—Disculpe, no volverá a pasar.

Doy unos pasos para retirarme y me detiene su voz.

—Te quiero en media hora en la habitación de pinturas.

Corro hacia mi habitación a toda leche. Jamás pensé que el hombre que más admiro en este mundo podría gritarme de esa forma. Cierro la puerta y comienzo a llorar, me quito los lentes de sol y me tumbo en la cama con el corazón encogido de tristeza. No sé por qué, pero me duele que me grite. Es mi ídolo y para él solo soy una mocosa que ha ganado su concurso. Quizá no le caiga bien mi forma de ser, mis vestidos floridos y mi poca inteligencia para la mayoría de las cosas. Se nota que Daniel Bacchelli es alguien de mundo y acostumbrado a otro tipo de personas. Yo solo soy una niña. Saco mi cacharrito de mi bandolera y miro la bandeja de mensajes, seco mis lágrimas y le escribo un texto:

Srta. Anónima a las 12:00 p. m.

Señor Perfecto, ¿cuándo hace una nueva exposición?

Daniel a las 12:10 p. m.

No lo sé.

Srta. Anónima a las 12:11 p. m.

Quizá su alumna le pueda ayudar.

Daniel a las 12:13 p. m.

Esa tonta no sabe ni lo que lleva en el cerebro.

Srta. Anónima a las 12:14 p. m.

¿Por qué no confía en ella?

No juzgues a un libro por su portada...

Daniel a las 12:15 p. m.

Si la portada no llama la atención,
mucho menos su contenido.

Srta. Anónima a las 12:16 p. m.
Inténtelo...

Daniel a las 12:20 p. m.

Una vez lo intenté, me arrepiento de haberlo hecho.

Vuelvo a derramar una lágrima. «¿Por qué siendo “señorita Anónima” es menos grosero?». Me meto al baño para ver cómo siguen mis ojos. Están volviendo a la normalidad y puedo quitarme los lentes ante Daniel. Bajo a la habitación de pinturas y aún no ha llegado. Aprovecho y veo los lienzos a medio terminar que tiene en toda la habitación. Para mi sorpresa, entre ellos está el mío. Ese que hice para la competencia. Lo miro y la melancolía regresa a mí. Por más que intento, no logro mantener la sonrisa por mucho tiempo sin sentir que me quiebro por dentro. Creo que estaría de más preguntarme por qué a mí. Llevo toda una vida haciendo esa pregunta y no logro comprender por qué precisamente a mí la vida me privará de los colores, de la luz. Daniel entra y al verme sin el delantal me lo estrecha con sequedad.

—No perdamos tiempo, te enseñaré técnicas con el óleo.

Pensativa, pregunto:

—Señor Bacchelli, ¿para pintar se necesita la vista?

—¿Qué pregunta tonta y ridícula es esa?

—Sé que se escucha tonto y ridículo, pero no lo es. ¿Sabe quién es Esref Armagan?

Asiente con la cabeza.

—Es un pintor turco.

—Y es ciego de nacimiento. Ha logrado hacer retratos y nunca en su vida ha visto lo que le rodea.

Confuso, responde:

—¿A qué viene todo esto? En teoría, sí, una persona ciega podría pintar. Se desarrollan otros sentidos como el tacto y la perspectiva entre otros para poder pintar.

Trago saliva y siento que no todo está perdido. Aunque esa es mi realidad, no tendré que dejar mi sueño a un lado.

—Era simple curiosidad. Ahora..., empecemos con la lección —digo en trance.

En esta lección me ha pedido que intente crear un paisaje sin ningún modelo. Quiere que lo cree de mi imaginación, uno que sea mío propio. Hago lo que me pide en un pequeño lienzo y al verlo, sorprendentemente, no lo critica.

—Quedó más o menos bien. Estás progresando.

—¿En verdad lo cree?

Asiente con la cabeza y yo, emocionada, corro hacia él y le doy un fuerte abrazo. No me lo he pensado, solo lo he abrazado porque me ha nacido hacerlo. Al abrazarlo siento una extraña sensación que se apodera de mí. Siento afecto, uno que jamás he sentido antes. No quiero soltarlo, solo deseo seguir abrazando su cuerpo y sentir su corazón latir en mi oído. Justo cuando me doy cuenta de que lo incomodo me alejo de él.

—Disculpe..., solo estoy feliz por mi progreso. No volverá a suceder, se lo prometo.

Se queda callado y me mira de una manera extraña. No logro saber si está enojado o no le ha molestado mi abrazo.

—Continuemos con la lección.

Estamos toda la tarde en la habitación de pinturas. Siento que cada vez aprendo más y más. Luego de cenar, extrañamente, Daniel me invita a hablar un poco en la terraza de la casa. Yo acepto y, feliz, inicio la conversación toda animada:

—Tiene usted una casa muy bonita, señor Bacchelli.

—Es muy grande para una sola persona, ¿no cree?

Asiento con la cabeza.

—La verdad, sí. ¿Por qué no se casa? Así tiene hijos y una esposa que llene la soledad de su casa.

Mirando la noche serena que hace, se queda algo pensativo. Como si buscara la forma de responder lo que le he preguntado. Finalmente responde:

—Estuve casado, pero ella..., para ella no significué lo mismo.

—¿Por qué dice eso?

Frío, replica:

—Eso no te importa. No he debido decir nada.

Aprieto los labios y suelto un suspiro.

—Señor Bacchelli, las lecciones de pintura duran toda la mañana y la tarde es libre. Estaba pensando en si me da permiso para salir y despejarme un poco.

Toma un poco de vino.

—No puedes salir de la casa.

—¿Pero puedo salir a los alrededores? Desde mi balcón se ve un hermoso manantial parte de sus terrenos, me gustaría ir a verlo.

—Haz lo que quieras. Buenas noches, Amaia.

Se levanta y se va sin decir más. Me quedo sola en la inmensa mesa y mi cacharrito luego de un rato recibe un mensaje:

Daniel a las 10:00 p. m.

Señorita Anónima, necesito algo de usted.

Me siento emocionada. Por fin dice que necesita de mí.

Srta. Anónima a las 10:01 p. m.

Diga usted, señor Perfecto.

Daniel a las 10:02 p. m.

Dígame, ¿qué ven las mujeres en un hombre?

Srta. Anónima a las 10:03 p. m.

No puedo hablar sobre ese tema, señor Perfecto.

Nunca me he enamorado, y nadie se ha enamorado de mí.

Sabe, creo que nunca me casaré.

No soy lo suficientemente atractiva para gustarle a alguien.

Daniel a las 10:10 p. m.

¿Por qué se autodenigra así?

No la conozco en persona, pero algo me dice que usted es hermosa e inteligente.

Srta. Anónima a las 10:12 p. m.

Ahora dígame usted, señor Perfecto,

¿para usted, el amor tiene edad?

Daniel a las 10:20 p. m.

No, comienzo a cambiar de opinión.

Lástima que sea un poco tarde para mí.

Este hombre cada vez me hace suspirar como tonta. Subo a mi cuarto y luego de ducharme y echarme las gotas en los ojos, apago la lámpara y, mirando hacia la ventada acostada en la cama, sonrío sin saber por qué. Creo que Daniel Bacchelli me hace sentir cosas que nunca antes he experimentado. Siento una revolución en mi interior y el causante es el pintor a quien más admiro.

Me he puesto el vestido más lindo y menos usado que tengo. No sé por qué, pero quiero impresionar a Daniel. Este tiene flores, pero no tantas. Me dejo el cabello suelto y hoy me pondré unos tacones negros muy bonitos. Me miro al espejo y lo único que daña la imagen son mis ojos rojizos e hinchados. No les

hago mucho caso y me maquillo un poquito. Bajo a desayunar y veo que solo está puesto mi lugar. Extrañada, le pregunto a la doméstica dónde está Daniel y me dice que el señor no va a bajar a desayunar. Me enojo, me enojo mucho. Me trata como si fuera parte del inventario de su casa. «Amaia, ¿qué estás exigiendo?». «¡Daniel Bacchelli no es nada tuyo!». La comida no me sabe a nada, y mucho menos la disfruto. Dejo el plato a medias y decido ir a buscarlo a su cuarto, aunque luego me regañe. Voy a salir, quiero salir. No toco la puerta, solo entro y me quedo boquiabierta con lo bonita que es su recámara. Sobre la cama veo su ropa. Inconsciente me acerco y agarro su camisa. Sonrío estúpidamente, la ducha del baño está abierta, debe estar bañándose y ni cuenta se ha dado de que he entrado. Dejo la camisa sobre la cama y la ducha deja de sonar. La puerta del baño se abre y yo no tengo a dónde coño correr para esconderme. Esa voz tan intimidante como melodiosa suena retumbando en mis oídos.

—Señorita Carlini, ¿qué hace en mi habitación?

Me giro lentamente y con solo una toalla cubriéndolo de cintura hacia abajo, me mira esperando una respuesta. Estoy liada, solo a mí se me ocurre entrar a la habitación y quedarme con cara de lela sin saber qué decir.

Algo se ilumina

El corazón me late a mil por segundo. «Amaia, ¿en qué lío te has metido?». Nos miramos por unos segundos y respiro, nerviosa.

—Estoy esperando una respuesta.

—Yo... quería, quiero hablar con usted.

Asiente con la cabeza y deja caer la toalla, quedando desnudo frente a mí. Me quedo helada, las palabras no me salen. Nunca antes había visto a un hombre desnudo. Muero de la vergüenza, me imagino mi rostro todo sonrojado.

—¿Podría cubrirse?

—No. Esta es mi habitación y en ella estoy desnudo la mayor parte del tiempo. Ahora dígame qué hace aquí. ¿Qué es tan urgente que no puede esperar?

Trago saliva, ver su cuerpo desnudo, viril y lascivo no dejan que mis ideas se concentren. Bajo la mirada y, tímida, respondo:

—Quiero ir a la ciudad. Necesito algunas cosas personales.

Se pasea por la habitación, desnudo, y yo no sé dónde meterme de la vergüenza. Jamás imaginé que vería a Daniel así, y mucho menos tan cerca de mí.

—Mi chofer puede ir por eso que necesitas. ¿Algo más?

—Sí, pero necesito que se cubra. No puedo concentrarme teniéndolo desnudo frente a mí.

Se detiene frente a mí con su cuerpo aún húmedo por la reciente ducha que se ha dado y contesta algo sarcástico:

—¿Está dándome órdenes? Es mi habitación, usted es la que ha entrado sin permiso. Además, no entiendo su exalto, ¿nunca ha visto a un hombre desnudo?

—Eso a usted no le importa. Por favor, cúbrase.

Niega con la cabeza.

—Este es mi cuarto le he dicho ya. No pienso cubrirme. Diga lo que tiene que decir.

Bajo la mirada intentado no ver su cuerpo desnudo, verlo me provoca

sensaciones extrañas que no quiero sentir.

—Vale, le diré lo que quiero. Quiero que de ahora en adelante, en las lecciones de pintura, me enseñe las técnicas que usaría una persona ciega para pintar lienzos.

—¿Y para qué? Es estúpido perder el tiempo en eso.

—He sido yo la que he ganado el premio y quiero que me enseñe lo que he pedido.

Indiferente, dice que sí con la cabeza.

—Vale, será como quieras.

Avanzo a toda leche a la puerta y salgo de la habitación sin decir más. «Joder, joder y joder». «¿Cómo ha sido capaz de desnudarse frente a mí? ¿Acaso se burla?». Sacudo mi cabeza que en estos momentos tiene un lío horrible. «Vale, Amaia, no es tan grave, podrás dejar de ver la imagen de tu ídolo con el pene descubierto mientras te mira con sarcasmo». Me encierro en mi habitación y agarro el móvil, tengo tres llamadas perdidas de mi madre. Estoy muy enojada con ella. Le marco y rápidamente contesta efusiva:

—¡Hola, cariño! Te he marcado varias veces y no me tomas la llamada.

—Estaba algo ocupada. Mamá, ayer pasé por casa tal y como quedamos y tú no estabas.

— Lo sé, Amaia, quería disculparme, pero se me presentó una urgencia con un enfermo. Me tocó cuidarlo toda la noche y mañana.

No sé por qué, pero su explicación no me convence. Siento que me oculta algo.

—Mamá, quiero saber exactamente dónde cuidas a esos enfermos.

—¿Para qué quieres saberlo? No es necesario que lo sepas. Tú debes de preocuparte por terminar el mes con ese pintor y luego continuar los estudios.

Trago saliva y recuerdo la beca que ya se me ha agotado. Desganada, le contesto:

—Respecto a eso, ya no podré seguir estudiando. La beca se me terminó y me han informado que si no sigo pagando los créditos me darán de baja de la carrera.

—Tú no te preocupes por nada, yo estoy segura de que conseguiré el dinero más rápido de lo que crees. Ah, y tienes cita con el oftalmólogo en dos semanas.

Patidifusa, pregunto:

—¿Cómo? Si no tenemos dinero para pagar la consulta.

—Por eso tú no te preocupes. Habla con el pintor y explícale que tienes esa cita.

—Mamá, quiero saber cómo estás consiguiendo el dinero. —Hace una pausa quedándose en silencio por unos segundos—. Mamá...

—Amaia, solo quiero que sepas una cosa. Haré lo que sea para que estés bien. Si tú estás bien, yo también lo estaré. No debe de preocuparte nada más.

—Pero ¿cómo no me voy a preocupar si eres lo único que tengo, mamá?

—Amaia, tú eres lo más importante para mí y haré hasta lo imposible para que tus ojos no se apaguen a la luz.

Derramo una lágrima y un mal sabor de boca se me materializa. Odio que lo recuerde, odio que todo lo que haga gire en torno a mis ojos.

—Eso, ni tú ni yo ni nadie podrá evitarlo. Espero verte pronto.

Termino la llamada y no puedo evitar llorar como tonta. Es inútil preguntar el porqué de la vida, constantemente lo hago y solo recibo dolor en los ojos. Veo mi móvil sobre la mesilla y, secando mis lágrimas, lo agarro.

Srta. Anónima a las 10:30 a. m.

Señor Perfecto, lo necesito.

Necesito hablar con alguien y tal vez usted,
que no me conoce, me entienda y me ayude.

Daniel a las 10:32 a. m.

¿En qué podría ayudarte yo?

Ni siquiera puedo ver tu número telefónico.

Srta. Anónima a las 10:33 a. m.

¡Mi vida es un desastre!

Trato de mostrar una sonrisa todo el tiempo y fingir.

Sé que a usted esto no le importa porque soy una total desconocida,
pero usted es mi ídolo y no sabe cómo envidio su vida,
parece ser perfecta. En cambio la mía..., la mía es un asco.

Daniel a las 10:40 a. m.

¿Por qué ha llegado a la conclusión de que mi vida es perfecta?

Ante todos parece serlo, pero ¿sabes?,
hay días en los que deseo que solo sea el último.

¿Por qué dices que tu vida es un asco?

Srta. Anónima a las 10:41 a. m.

Porque lo es. No tengo padre, mamá...,
ella ha hecho todo por mí. Le he dicho que para mí ella

lo es todo y que no necesito un papá,
pero la verdad es que sí lo necesito.
Siempre lo he necesitado, me pregunto
si he hecho algo mal para no tener un papá.

Daniel a las 10:45 a. m.
¿Por qué no tienes un papá?

Srta. Anónima a las 10:49 a. m.
Realmente no lo sé. Mamá nunca ha querido
decirme quién es mi padre.
En fin, mi vida es un asco.
Solo sus obras extrañamente me animan.

Daniel a las 11:00 a. m.
Me alegra que mi trabajo te sirva de inspiración.

Srta. Anónima a las 11:01 a. m.
Ojalá algún día podamos hablar frente a frente,
pero dejando a un lado a señorita Anónima y señor Perfecto.
Que pase un lindo día.

Daniel a las 11:03 a. m.
Igualmente, señorita Anónima.

Me retoco el maquillaje y bajo para tomar la lección de pintura. Allí está
pintando uno de sus lienzos mientras me espera con la mirada algo perdida.

—Aquí estoy, empezemos.

Se gira y deja la paleta de colores a un lado. Avanza hacia mí y me
estrecha un pañuelo.

—De ahora en adelante, tus ojos, en las lecciones, estarán vendados.
Deberás transmitir lo que quieres pintar a través del tacto.

—¿Eso se puede?

—Usarás la perspectiva y el tacto.

Nerviosa, pregunto:

—¿Y cómo hago eso?

Curva la comisura de sus labios y venda mis ojos con el pañuelo. Me lleva
hasta el lienzo en blanco y solo puedo confiar en lo que él me diga que haga.
Se siente horrible la oscuridad, esta incertidumbre de no saber qué ha de pasar
conmigo, con mi alrededor. Aprieto los dientes y pregunto:

—¿Cómo sabré los colores? ¿Cómo podré saber que estoy pintado algo
cuerdo?

—Quieres hacer todo de una vez. Desarrollar una pintura a través del tacto lleva su tiempo.

Agarra mi mano con suavidad y la lleva hasta el lienzo. Desliza la yema de mis dedos por sus bordes, luego me hace sentir la textura del material y susurra en mi oído:

—Memoriza cada textura que tus manos experimenten, ellas serán como tus pinceles de importantes.

—¿Cómo diferencio las texturas?

—Tú sabrás cómo hacerlo.

Niego con la cabeza.

—No, no sé hacerlo, enséñeme.

Siento su aliento tras mi nuca y mi piel se eriza un poco. Y, joder, ¡cuando estoy nerviosa no puedo decir las palabras corridas y eso me hierve!

—¿Qué sientes? ¿Qué sientes al tocar el lienzo?

—Algo áspero pero suave a la vez. No sé cómo eso ayuda.

Sigue deslizando mis dedos por el cuadro y pregunta con curiosidad:

—Amaia, ¿confías en ti?

—Confío en ti.

—Debes confiar en ti primero, para poder luego confiar en los demás. Pierde el miedo a expresarte y a decir lo que piensas.

Respiro profundamente y me concentro en memorizar la textura del lienzo. Cada fibra, cada centímetro de la áspera tela.

—Ahora, ¿cómo sé dónde comenzar?

—Cuando deslices el pincel por el lienzo, creará un relieve mínimo, que solo podrás notar si te concentras.

Asiento con la cabeza y pregunta qué deseo plasmar sobre el cuadro que tengo frente a mí. Realmente muchas ideas locas pasan por mi cabeza. Quizá algo colorido, muy colorido, como un paisaje o una noche iluminada por fuegos artificiales.

—¿Qué deseas pintar?

Pienso y finalmente me decido por algo más brillante.

—El sol.

—Vale, ahora solo tienes que imaginarlo y, a través de tus dedos, pintarlo simultáneamente.

—¿Cómo sabré los colores?

—He conseguido una paleta especial. Cada color tiene un espesor

diferente; el rojo es espeso, el azul, ligero, y el amarillo, viscoso. Solo utilizarás los colores primarios por ahora, pero antes debes marcar lo que vas a pintar con un lápiz de grafito.

Me da uno y no dejo que me siga diciendo cómo hacerlo. Quiero confiar en mí, quiero creer que no necesito ver para plasmar una idea sobre una superficie. Antes de usar los colores, repaso la textura del lienzo, sus bordes y límites para plasmar mi idea. Con el lápiz de grafito, comienzo a dibujar en lo que creo que es el centro del cuadro un círculo tal y como lo imagino. Debe de verse muy elemental.

—¿Qué tal? —pregunto a ciegas.

—No está mal para ser tu primera vez pintando a ciegas.

Sonrío y busco con las manos la paleta de pintura. Recuerdo los espesores y busco el viscoso, pues quiero usar el amarillo. Meto la punta de mi dedo en la pintura para asegurarme de que sea viscoso. Luego mojo el pincel en la pintura y, algo nerviosa, busco el relieve donde he trazado el dibujo del sol. La mano me tiembla, no me siento segura de lo que hago aún.

—Lo haces bien, Amaia.

—Creo que ya... —respondo.

Me quita las vendas y al ver lo que he pintado me sorprende, no es tan horrendo como creía para ser la primera vez que pinto a ciegas.

—No está mal... —comento.

—Eres muy talentosa, Amaia, creo que te subestimé antes de tiempo, al menos pintando.

Me ruborizo y debo parecer una paletita de colores. Lo miro y luego a mi dibujo. Una esperanza de seguir haciendo lo que me gusta sigue viva.

—¿Por qué quieres aprender a pintar a ciegas?

Pestañeo dos veces nerviosa y respondo con un nudo en la garganta:

—Me gustaría saber cómo es la técnica. Solo es curiosidad.

—¿Por qué no logro creerte? Hay algo tras esa respuesta, algo más.

Intentando no llorar, replico:

—Quizá..., salir de la rutina, salir de la norma.

—¿Quieres salir de la norma?

Dejo la paleta de colores a un lado y suelto un suspiro.

—Quiero encontrar mi sitio en este mundo. Quiero encajar en algún lado. Quiero hacer algo de lo que me sienta útil e importante. Quizá se escuche alocado, pero es lo que quiero.

—Se oye real, y lleno de sensatez para una joven de tu edad.

Sonrío y pretendo llevar los pinceles a la mesa junto a él y, por torpeza mía, tropiezo con su cuerpo, cayendo al diván sobre él. Me quedo inmóvil, helada y jodidamente asustada. Mis labios están a solo centímetros de los suyos. Siento su aliento acariciar mi rostro y mi cuerpo estremecerse raramente. Me mira, lo miro y nos quedamos así por unos largos segundos.

—Perdón, soy una tonta.

Se queda callado y solo me mira. Eso me pone los nervios a mil. Me alejo de él y me dice hipnotizado:

—Tienes unos ojos hermosos.

—Yo los odio. Quisiera no tenerlos.

Sacude la cabeza y, entrando nuevamente en sí, replica serio:

—Es todo por hoy. Tienes la tarde libre para hacer lo que gustes.

Sale de la habitación a toda leche y yo..., yo sonrío como tonta. Algo en mí está cambiando. Algo brilla en mi interior y no sé qué es eso que me hace sentir así, solo sé que su sonrisa ilumina la oscuridad y tristeza que arropa mi mente.

Cuatro cosas

Se me antoja ir al manantial que se ve a lo lejos desde mi balcón. Me pongo un bañador y me recojo el cabello en una coleta. Daniel tiene caballos hermosos, no creo que le moleste que tome uno para montar hasta allí. Me miro al espejo y suelto un suspiro. Siempre lo hago, siempre me miro al espejo para cuando ya no pueda hacerlo, al menos recordar cómo soy, cómo luzco. Agarro un labial y me pinto los labios color rosado. No sé ni por qué lo hago, no me maquillo porque no me gusta andar pintada y ahora..., ahora inconsciente le doy color a mis labios. Camino por el corredor y veo la puerta del cuarto de Daniel abierta. Me asomo y no hay nadie dentro, ha salido y mis impulsos me traicionan. Entro y doy unos cuantos pasos mientras inhalo el perfume que impregna la habitación, sonrío inconsciente, toco sus sábanas y termino sentándome en su cama. Aquí donde duerme, donde recuesta su cuerpo. Y aquí voy a recordar su cuerpo. El primer hombre que veo desnudo, y el primero que me hace sentir tantas sensaciones extrañas en mi interior. Pero no tengo derecho a pensarlo, mucho menos a creer que alguien tan elevado como Daniel Bacchelli podría mirar hacia sus pies a alguien tan insignificante como yo. Agarro uno de sus caballos. Tiene uno blanco hermoso. Monto el caballo y cabalgo hasta el manantial. Sin darme cuenta, me he alejado considerablemente de la casa. No me preocupa mucho, quiero paz y creo que necesito también un momento conmigo misma. Bajo del caballo y me acerco a la orilla del manantial. Es precioso; aguas cristalinas y una vegetación hermosa alrededor. Me siento feliz, pero también entristecida. Esto que mis ojos ven, quizá mañana ya no puedan volver a apreciarlo. Soltando un suspiro, me quito el camisón holgado que me cubre el bañador y de un salto entro al agua hasta tocar el fondo con la yema de mis dedos. Está tibia y es agradable sentir el agua cubrir mi cuerpo, los rayos del sol, quemar mi piel, mis ojos, ver el cielo con nostalgia... Nado y luego dejo mi cuerpo flotar sobre la superficie, mientras pequeños pétalos y hojas de los árboles caen al agua y el sol calienta mi piel. Sonrío y muevo mis brazos mientras el agua hace pequeños remolinos. La alegría pronto se torna en melancolía. De mis ojos brotan

lágrimas que se vuelven inconsolables. Nado hasta la orilla y un arranque lleno de dolor me hace llorar sin parar. Me aferro a una roca y, mirando al cielo, pregunto:

—¿Por qué a mí? ¿Por qué yo? ¿Qué hice? ¿Qué mal hice para pagar con la vista mi precio? No quiero perder la vista, no quiero quedar ciega.

Pensé que estaba resignada, pero ahora me doy cuenta de que todo era una falacia. Quiero ver, quiero sentir, quiero vivir mirando mi alrededor. No quiero vivir amarrada a la oscuridad. Miro mi reflejo en el agua y seco mis lágrimas, pero otras salen inevitablemente. Mi móvil está sobre mi ropa en una piedra y lo tomo deseando que pueda responderme.

Srta. Anónima a las 2:23 p. m.

Señor Perfecto..., necesito ayuda.

Daniel a las 2:24 p. m.

¿En qué puedo ayudarla yo, señorita Anónima?

Srta. Anónima a las 2:25 p. m.

¿Usted está enamorado o al menos ha sentido ese sentimiento por alguien a quien no se lo puede decir porque es alguien así como prohibido?

Tarda un poco. «¿He debido preguntar tal cosa?». «¡Ya qué demonios! Debe estar leyéndolo». Mando otro mensaje:

Srta. Anónima a las 2:30 p. m.

Olvide lo que le he preguntado.

Es una tontería que no tiene por qué contestar, señor Perfecto.

Daniel a las 2:35 p. m.

Sí he sentido amor,
pero si preguntas por el presente,
diría que no hay nadie en mi vida,
o quizá no me he dado cuenta.

Siento maripositas en el estómago y no sé por qué. Cada vez lo pienso más y cuando lo hago me sonrojo.

Srta. Anónima a las 2:39 p. m.

Señor Perfecto, creo sentir maripositas en el estómago por alguien a quien solo creía admirar. ¿Qué debo hacer?

No me he dado cuenta, pero ya no estoy húmeda, solo el cabello está aún algo mojado. Me pongo el camisón y recibo su respuesta:

Daniel a las 2:40 p. m.

Cuide su corazón, puede perderlo para siempre
si confía en el amor a ciegas, podrían lastimarla y
hacerle sentir ilusiones que no existen.

Srta. Anónima a las 2:44 p. m.

Lo admiro tanto que no tiene ni idea.

Me gustaría, algún día, conocerlo antes de que mis ojos
se apaguen para siempre y no pueda más que recordar su rostro.

Suelto un suspiro melancólico. Sí, es la realidad y no logro comprender
cómo puedo hablar con él tan directo por mensajes. Señorita Anónima y señor
Perfecto se han vuelto buenos amigos, aun sin verse las caras.

Daniel a las 2:50 p. m.

¿Por qué dice eso, señorita Anónima?

Srta. Anónima a las 2:59 p. m.

Señor Perfecto..., solo yo me entiendo.

Guardo el móvil y otra lágrima sale de mis ojos. Regreso montando a casa
y es la hora de la comida. Entro y veo a Daniel sentado en la sala de estar algo
pensativo. Tímida, me acerco y pregunto:

—¿Puedo sentarme?

Asiente con la cabeza.

—¿Qué es eso en lo que tanto piensa, señor Bacchelli?

Traga saliva y pregunta:

—Amaia, ¿por qué me admiras tanto? ¿Por qué crees que soy un ejemplo a
seguir?

Sonrío y contesto:

—Cuando entré a secundaria, tomé una clase de Arte y conocí de sus
obras. Aun sin saber quién era usted, me enamoré de su trabajo, es único, es
hermoso. Desde ahí, quise ser como usted, quise tener ese talento que a usted
le sobra. ¿Por qué lo pregunta?

Me mira y luego mira hacia la puerta corrediza en vidrio de la sala de estar
para observar el jardín.

—Hay muchos que me admiran y yo aún no encuentro el porqué.

Lo miro y no puede ser que sus ojos, su boca, su rostro, todo lo que es él
me hagan vivir en una constante utopía. Pestañeo y sacudo suave la cabeza.

—Si se pudieran decir tantas cosas, todo sería algo menos tensado.

Arquea una ceja.

—¿Qué quiere decir?

Encojo los hombros.

—¿Podría preguntar y usted contestar con toda sinceridad?

—Eso intentaré.

Respiro y me armo de valor para preguntar:

—Cuando me mira... ¿qué ve?

Mi pregunta lo ha pillado por sorpresa. Pestañea dos veces y, algo confuso, responde:

—A una chica de veinte años que ha ganado mi concurso y después de que pase este mes, no volveré a ver. Tomará su rumbo y yo el mío.

Quiero llorar, no sé por qué, pero quiero llorar. Se me encoje el corazón; ¿Solo eso ve en mí? ¿Una chica que ganó su concurso? Trago saliva y me levanto del sofá.

—Ya entiendo, gracias por responder, señor Bacchelli.

Subo las escaleras desanimada y me encierro en la habitación. Los ojos comienzan a arderme otra vez, la vista a nublarse. Seré una ciega inútil y sin la oportunidad de ser feliz realmente. Me miro en el espejo por unos minutos. Lo único llamativo y resaltante en mí, son mis pupilas, esas que también me llevarán a la oscuridad. Daniel ha salido, aprovecho para pedirle al chofer que me lleve a ver a mamá de sorpresa. Estoy feliz porque la veré y hace dos semanas que no la veo. El chofer me espera en la entrada mientras yo subo al apartamento. Veo a un hombre charlar con mi madre, es elegante y parece ser pudiente. De por aquí no es. Pero lo que más me extraña es ver el aspecto que ha tomado mi madre. Está maquillada con colores algo llamativos, los labios rojos y el cabello suelto en ondas y un camisón algo traslúcido. En nada se parece a la mamá que siempre he visto. El señor se va y mi madre lo despide con una sonrisa. Extrañada, me acerco y al verme se queda helada.

—Amaia, ¿qué haces aquí? —pregunta nerviosa.

—¿Quién era ese hombre, mamá?

Con evasivas, responde:

—No tiene importancia, Amaia.

—No, sí la tiene. ¿Qué hace ese hombre aquí viéndote?

Entra a casa y, llevándose las manos a la cabeza, suelta un suspiro.

—Era... era el esposo de una paciente que estaba cuidando. Vino a avisarme de que su esposa ha muerto y ya no necesitará que vaya a cuidarla.

Me cruzo de brazos y la miro fijamente a los ojos. No le creo ni la última sílaba.

—Mamá, hay teléfonos.

—Sí, pero quiso venir personalmente.

—¿Por qué estás así tan maquillada y escotada?

Se mira y, tartamuda, argumenta:

—Eh..., quise arreglarme. ¿Te molesta?

—Me molesta que me mientas. —Suelto un suspiro—. Si tienes un admirador o algo así, no me importa. Al contrario, tienes derecho a ser feliz.

—Ay, Amaia, nadie se fijaría en una atrasada como yo. Solo te tengo a ti, y tú eres mi único motivo para seguir dando batalla a la vida.

La abrazo con fuerza y le digo lo mucho que la quiero. La quiero mucho más que a mí misma. Es la única familia que tengo en el mundo. Nos sentamos en la mesa del comedor y charlamos un poco.

—Amaia, Emanuel está pendiente de ti. Todas las noches pasa y pregunta por ti, tiene ansias de que regreses ya.

—Es un buen amigo.

Mamá arquea una ceja y responde:

—Ese muchacho te quiere, pero no con ojos de amistad. Emanuel está enamorado de ti, Amaia.

Me quedo ojiplática. Mi madre está viendo cosas donde no las hay.

—Ay, por favor, mamá. A Emanuel lo conozco desde que éramos niños. Es el hijo de tu mejor amiga. Es imposible, es como un hermano para mí.

—No es imposible, Amaia. Y ¿sabes?, es un buen hombre y me gustaría que le dieras una oportunidad.

Trago saliva y suelto un suspiro desconsolado.

—No puedo, mamá.

—¿Por qué no? Es muy guapo, educado, correcto...

—Y no lo amo ni nada parecido, mamá. Yo..., yo estoy algo confundida.

Mi madre me mira con ganas de saber más. Realmente no sé si debo contarle sobre esto que creo sentir. Se hará ideas locas en la cabeza y será todo un jodido lío.

—Mamá, creo sentir algo por otro hombre. Siento que lo quiero, pero no sé cómo decirle. Me cree una niña tonta e insignificante.

Mi madre pone los ojos más grandes que dos platos.

—¿Cómo? ¿Y ahora me lo dices?

—Es que no estoy segura, mamá.

—¿Es un chico de la universidad? No vengas a decirme con que es el

pintor porque no lo voy a permitir. Él es un hombre muy mayor para ti y no...

La miro y, justo cuando pretendo decirle que sí es el pintor el que me hace sentir maripositas en el estómago, me callo. Mejor no le digo por ahora. Le hago creer que es un tío de la facultad y no se tranquiliza del todo. Quiere conocerlo y yo estoy más liada que nunca.

—Hice pastel de terciopelo. Quédate un poco más para que lo pruebes, cariño.

Digo que sí con la cabeza y para mi grata sorpresa, mi móvil recibo un mensaje:

Daniel a las 12:30 p. m.
Señorita Anónima, ya que usted y yo
hablamos más de lo debido.
He decidido tenerla en mi móvil
como «Señorita Anónima».

Srta. Anónima a las 12:39 p. m.

¿Se ha tomado la molestia de agregarme a sus contactos?

¡Muero!

Daniel a las 12:40 p. m.
Señorita Anónima..., me ha dejado algo pensativo
respecto a lo último que me dijo.

Srta. Anónima 12:41 p. m.

Olvide eso, yo lo hago.

Vivo el presente para cuando ese día llegue,
no arrepentirme de nada.

Daniel a las 12:43 p. m.
Me inspira su positivismo, señorita Anónima.
Cómo quisiera conocer quién está tras las letras.

Sonrío, y mamá trae la rebanada de pastel. Sigo sonriendo y me mira con esa típica mirada de «mamá indagando».

—Amaia, dime, ¿qué sientes?

Con miedo, frustración e ilusión, respondo:

—Creo que estoy enamorada de una persona para quien solo soy alguien insignificante y sin importancia.

Pienso y solo sé cuatro cosas: la primera, en algún momento me quedaré ciega; la segunda, jamás seré importante para algún hombre; la tercera, Daniel Bacchelli nunca se fijaría en una mujer como yo; y la cuarta y la que más

miedo me da, creo que estoy perdidamente enamorada del hombre al que más admiro.

Vibra el corazón

Me despido de mamá antes de que Daniel se dé cuenta de que me he escapado un rato. El chofer me devuelve a la casa y recién llego mando un texto:

Srta. Anónima a las 3:31 p. m.

Señor Perfecto,

¿cree usted que se podría amar a alguien a primera vista?

Daniel a las 3:35 p. m.

¿Por qué lo pregunta?

Srta. Anónima a las 3:40 p. m.

Creo que me está pasando.

Daniel a las 3:45 p. m.

Mentiría si le dijera que no me intriga y atrae, señorita Anónima.

Doy un brinco y chillo. Al menos mi otra yo en el móvil lo atrae.

Srta. Anónima a las 3:49 p. m.

Hablemos de otra cosa.

Dígame, ¿qué otra obra tiene en mente crear?

Muero por ir al museo y verla.

Daniel a las 3:54 p. m.

Aun no sé, he detenido mi obra para darle las lecciones a Amaia.

Srta. Anónima a las 4:00 p. m.

¿Y quién es Amaia?

¿Es esa chica a la que le ha llamado tonta?

Daniel a las 4:03 p. m.

Sí. Necesito decirle a alguien, y qué mejor que usted, que no me conoce ni yo la conozco.

Srta. Anónima a las 4:04 p. m.

Muero por saber, señor Perfecto.

Antes de que pueda recibir la respuesta, lo veo llegar al entrar por la

puerta, guarda el móvil. Me ve sentada en el sofá y solo me mira por unos segundos. Se acerca a mí y, extrañamente, comenta:

—Tu ojos... son hermosos. No me canso de decirlo.

—Yo los odio.

—¿Por qué?

Trago saliva.

—Cosas de la vida, señor Bacchelli. —Suspiro—. ¿No me va a dar las lecciones?

Niega con la cabeza.

—Hoy no. Hoy quiero enseñarte algo que me ayuda mucho a inspirarme.

—¿Y qué es eso?

—Ya lo verás.

Digo que sí con la cabeza. Se sienta a mi lado un poco despegado, y parece que quisiera preguntar algo, pero no logra atreverse.

—¿Ha salido alguna vez de Italia?

Apenada, niego con la cabeza.

—No. Nunca he podido salir de aquí.

—Mal hecho, para inspirarse, un artista tiene que viajar y conocer nuevos aires, nuevos paisajes.

—No tengo dinero, señor Bacchelli.

—Si pudieras viajar a algún lugar del mundo... ¿a dónde te gustaría ir?

Tímida pero emocionada, respondo:

—Me gustaría ir a Ámsterdam, también a París. Pero no puedo porque apenas tengo para la universidad.

Se queda callado y solo piensa. Yo lo miro y es como si su rostro, su mirada me hipnotizara. Debo de hacer algo o pronto será demasiado obvio lo que este hombre me hace sentir.

—¿Por qué me miras tanto? —inquieta.

Muero..., muero de la jodida vergüenza. Mi rostro se pone como un tomate y, tartamuda, respondo:

—No... no, nada, no lo estoy mirando.

Se acerca un poco más y sonrío. Ahora es él quien me mira y pregunta:

—¿Y tu amigo?

—Oh, ¿Emanuel? Él... está bien. Me escribe a veces y está muy pendiente de mí.

—Debe de quererte mucho ese amigo tuyo.

Ruborizada, replico:

—Mamá dice que él está enamorado de mí, pero creo que son cosas de ella.

Su rostro se vuelve enojado, más que enojado, furioso. No comprendo por qué. Lo disimula apretando las manos. Vale, que no entiendo nada.

—¿Y tú lo estás? ¿Estás enamorada de ese hombre?

—Yo... yo quiero a otro. Solo que ese otro ni siquiera sabe lo que siento.

Traga saliva.

—¿Por qué no se lo dices?

—Porque tengo miedo de que se burle de mis sentimientos.

—Eres muy miedosa y tímida. Típica niña tonta. En la vida, si quieres algo solo lo tomas y ya.

Levanto la mirada y siento que una revolución de emociones se vuelve en mi contra. Su aliento acaricia mi rostro, su mirada adorna la mía, y lo único que se me ocurre responder es:

—¿Que le gustaría tomar, señor Bacchelli?

Me mira unos segundos y finalmente, responde:

—Tomaría sus labios ahora mismo y los besaría con deleite, señorita Carlini.

Siento que todo mi cuerpo se estremece al escucharlo. Desea besarme, desea probar mis labios y yo deseo que lo haga.

—Hágalo..., ha dicho que en la vida hay que tomar lo que se quiere.

No sé ni lo que he pedido. Pero es lo que deseo. Deseo que sea Daniel Bacchelli el primero que pruebe mis labios. Sin pensarlo, me toma por la nuca y asalta mi boca con deleite, avidez y fuerza. Penetra mi boca con su lengua y yo, extrañada por la sensación, tímidamente rozo la mía contra la suya. Una extraña pero placentera sensación se apodera de mi cuerpo. Sus enormes brazos me rodean y vuelve a besarme abrazándome y acariciando mi espalda. Con timidez agarro su labio y lo succiono. Jamás pensé que este día llegaría, jamás imaginé que besaría a Daniel. Se detiene y mira mi rostro, yo sonrío enamorada y le pregunto:

—¿Contento por haber tomado lo que ha querido de la vida?

—No te entiendo.

Sacudo la cabeza ruborizada.

—Es..., olvídalo.

—Olvide que la he besado. No ha debido ocurrir, ha sido un error.

Siento que se me encoje el corazón. Para mí ha sido más que mi primer beso, ese beso era lo que necesitaba para convencerme de que muero de amor por Daniel Bacchelli.

—¡Espere! —Se gira para verme la cara—. ¿Solo me ha besado por capricho?

Me mira con cierta gelidez y responde:

—Ya le he dicho que de la vida tomo lo que se me antoja. Tus labios han sido uno de esos antojos. Nada especial.

—¿Solo eso?

—Un beso no significa nada, Amaia.

Dicho esto, se va y yo me quedo maravillada con sus labios, y herida con su actitud. Pasan unos minutos y recibo un texto:

Daniel a las 4:50 p. m.

Señorita Anónima, Ahora soy yo quien necesita de usted.

He besado a la tonta de mi aprendiz y no sé qué coño pasaba por mi mente al besarla.

Srta. Anónima 4:54 p. m.

Quizá está enamorado de ella.

Daniel a las 4:55 p. m.

Yo no puedo sentir eso, señorita Anónima.

En primera, porque no creo lo suficiente en el amor.

Y en segunda, porque esa mocosa es solo eso: una mocosa.

Srta. Anónima a las 5:00 p. m.

Entonces, ¿por qué la ha besado?

Quizá ella sienta algo muy bonito por usted.

Parece admirarlo mucho y esa admiración

se ha convertido en amor, señor Perfecto.

No vuelve a responder. Pestañeo dos veces y los ojos comienzan a arderme. «Oh, no, otra vez no». La vista se me nubla y suelto un gemido de dolor. Me cubro el rostro y me recito a mí misma que de seguro pasará pronto. Dejo los ojos cerrados unos diez segundos y luego los abro lentamente. El dolor ha cesado un poco. Me pongo en pie y cada dolor, cada vez que siento que la vista se agota, solo deseo pintar. Hacerlo como si fuera la última vez. Entro al cuarto de pinturas sin que Daniel lo sepa y retomo el lienzo que comencé a ciegas. Me he cubierto los ojos con una venda. Quiero confiar en mí, quiero confiar en mis instintos y esta vez sin guía alguna. Busco los

relieves en el lienzo y agarro la paleta de colores, ya me he aprendido los trucos para diferenciarlos y eso me ayuda mucho. Estoy una larga hora encontrándome conmigo misma y, al terminar, me quito la venda y veo lo que he hecho. Sin ver, he logrado perfeccionar algo la pintura. Sonríó feliz y la mirada inconsciente se desvía hacia unos lienzos amontonados. Entre ellos está el mío, el que hice para ganar la competencia. Lo miro y veo en él reflejado mi destino, ese que por más que odio, tengo que aceptar. Deslizo mis dedos por la tela del cuadro y suelto un suspiro. Saco el móvil de mi bandolera y miro la bandeja de mensajes. No me ha contestado y aquí voy a mandarle otro mensaje:

Srta. Anónima a las 6:00 p. m.

¿Sabe?, no pierdo la esperanza de conocer el amor algún día.

Siempre intento sonreír, hablar con positivismo y ser feliz con lo que tengo. Pero, señor Perfecto, me he dado cuenta de que la vida es injusta.

Quizá me he dado cuenta tarde, quizá sus pinturas me mantuvieron en una burbuja la cual ya ha reventado.

Con esto le digo que no lastime a nadie creyendo que ha sufrido más que esa persona, pues las apariencias engañan

Daniel a las 6:12 p. m.

Lo dice por mi aprendiz, ¿cierto?

Srta. Anónima a las 6:18 p. m.

Por ella y por cualquier mujer que se cruce en su vida.

No le haga daño. Si ese beso no significó nada para usted, dígaselo, no la ilusione.

Daniel a las 6:20 p. m.

Eso haré..., le diré..., en fin hablaré con esa niña.

Señorita Anónima, se ha vuelto una especie de confidente y ¿sabe...?, cada vez me intriga más.

Srta. Anónima a las 6:33 p. m.

Señor Perfecto, espero verlo y decirle qué significa usted en mi vida.

Guardo el móvil, me quito el delantal y lo cuelgo en los ganchos de la pared. Huele exquisito, el olor me guía hasta la cocina y, al ver quién prepara la cena, me quedo patidifusa. Daniel está ahí en toalla frente a la estufa y aún no se ha dado cuenta de que estoy aquí viéndole.

—¿Señor Bacchelli?

Se gira y verlo en toalla me hace sonrojarme como una tonta.

—Amaia, tenemos que hablar...

Trago saliva.

—¿Por qué está usted en la cocina?

—La doméstica se fue de vacaciones. Me toca a mí cocinar.

Sonrío, se ve atractivo cocinando. Da unos pasos hacia mí y sus ojos se ciernen en los míos. Me arrincona en una esquina y aquí voy yo a ponerme roja como un tomate.

—¿Qué es eso que debe de hablar conmigo?

—Amaia... —Mira mis ojos, luego mis labios—. El beso fue...

—Fue hermoso, ha sido el primero.

Desconcertado, me mira y pregunta confundido:

—¿Qué? Entonces tú... eres ¿virgen?

Su pregunta me incomoda y no sé si realmente quiero contestarla. Me sentiría tonta diciendo que no. Pero es obvio, él no es tonto. Bajo la cabeza ruborizada y respondo:

—Nunca he tenido sexo.

—¿Por qué no? Si se puede saber.

Trago saliva.

—Porque nadie se ha enamorado de mí y yo... yo nunca voy a enamorar a nadie.

—¿Por qué dices eso?

Encojo los hombros.

—Pues, soy muy tonta. Usted mismo lo ha dicho. Yo aún creo en que el amor existe y muchos ya no son creyentes.

Me mira y, estupefacto, pregunta:

—¿De qué burbuja de cristal has salido? Eres tan diferente a las demás que parece que fuera mentira.

—¿Diferente a quiénes?

Niega con la cabeza.

—Olvídalo, come. Yo voy a vestirme.

Sale del comedor y, sentándome en el taburete, derramo una lágrima. No se ha dado cuenta de que es el primero que me ha hecho sentir estas maripositas rebeldes en mi estómago. Muero porque me vuelva a besar. Miro la comida y no tengo hambre. Solo tengo un terrible dolor de cabeza y esas náuseas que

van y vienen. Aprieto los dientes y el móvil suena, he recibido un texto y, creyendo que es de Daniel, lo leo:

Emanuel a las 7:30 p. m.
Amaia, ¿cómo estás? Te extraño mucho.
Pensé que podríamos vernos.

Amaia a las 7:34 p. m.
No puedo, todavía estoy en el mes
de lecciones con Bacchelli.

Emanuel a las 7:35 p. m.
Necesito hablar contigo.

Amaia a las 7:36 p. m.

Yo te dejaré saber cuándo podemos vernos.

Me siento horrible. Sé lo que siente por mí y eso me incomoda mucho. Escucho la puerta principal abrirse. Daniel recibe a una mujer muy bonita y atractiva. Yo, al lado de ella, soy solo un intento de mujer. Me mira de pies a cabeza y le pregunta a Daniel:

— ¿Y esta niñita quién es?

Daniel cierra la puerta y, besando sus labios entre risas, responde:

— ¿Ella? No es nadie importante.

Mis ojos sollozan y bajo la mirada rápidamente. Me trago las lágrimas y la mujer burlona me dice:

— ¿Usas lentes de contacto para sentirte más «bonita»?

Niego con la cabeza.

— No uso lentes, estos son mis ojos. Ahora, me retiro para no molestar.

Subo las escaleras a toda leche y en estos momentos siento que mis ilusiones se fueron al demonio. No soy nadie, para Daniel Bacchelli, no soy nadie. Mi corazón está todo arrugado y pisoteado en estos instantes.

Desnudos

La noche fue horrible. Dejando a un lado el dolor y ardor en los ojos; escuchar las risas y ruidos provenientes de su habitación me encogen el corazón. Llora en silencio. Aún no amanece, son las cinco de la mañana y todavía no duermen. «¿Pero de qué me quejo? Solo soy su aprendiz. No tengo derecho a exigir ni celar nada. Soy una tonta que pensó que un hombre experimentado como él se fijaría en alguien como yo». Me levanto de la cama y las náuseas me ganan. Corro al baño y vomito. Odio vomitar, odio todo lo que me ocurre. Odio mis ojos, me odio a mí misma por no poder aceptar lo que soy, mi realidad. Salgo llorosa del baño y busco en el armario uno de mis vestidos para ponerme. Elijo uno rosado con sandalias blancas y diadema del mismo color. Me visto y recuerdo que hoy tengo cita con el oftalmólogo que mamá ha conseguido. Agarro el bolso y bajo a la segunda planta de la casa. Tratando de no tartamudear, entro al comedor y veo a Daniel sin camisa, sentado en la cabecera, y la mujer a su lado, cubriéndose con la camisa de Daniel, muy risueña.

—Buenos días, Amaia.

—Buenos días, señor Bacchelli.

—Siéntate —ordena.

Niego con la cabeza.

—No. Solo he venido a decirle que no tomaré las lecciones hoy. Tengo un asunto personal que atender. Regreso en la tarde.

Sin esperar respuesta alguna, salgo del comedor y mi corazón se estruja en mi pecho. El chofer de Daniel me abre la puerta del coche y subo a la parte trasera del mismo. Ahora sí, me permito soltar una lágrima. Yo... soy una tonta ilusa. El chofer conduce y miro mi móvil, trago saliva y mando un texto;

Srta. Anónima a las 9:00 a. m.

Señor Perfecto...

Daniel a las 9:10 a. m.

Buenos días, señorita Anónima.

Srta. Anónima a las 9:11 a. m.

Me preguntaba qué tipo de pintura tendría que usar para un óleo.

Daniel a las 9:12 a. m.
Una que su base sea aceite.

Srta. Anónima a las 9:13 a. m.
Gracias. Perdona que pregunte,
pero ¿ya habló del beso con su aprendiz?

Daniel a las 9:14 a. m.
Ese asunto quedó resuelto.
Ella es solo una tonta niña de colegio
que usa vestidos florecidos y
sandalias de niña fresa.

Srta. Anónima a las 9:15 a. m.
Entonces... ¿ella no significa nada para usted?
¿No le importa lo que pueda ella sentir por usted?

Daniel a las 9:20 a. m.
En absoluto.

Trago saliva y guardo el móvil. Hago que el chofer se desvíe de casa de mamá al consultorio del oftalmólogo. Deseo ir sola para que mi madre no tenga más preocupaciones por mi enfermedad.

—La esperaré aquí, señorita Carlini.

—Gracias. Espero no tardar.

Entro al consultorio y me anoto en la lista de espera. Todos me miran y de seguro observan el color morado extraño en mis ojos. Uno que es inusual en el resto de las personas. Una niñita se me acerca y me mira los ojos fijamente, hipnotizada. La mamá temerosa de que me moleste le llama la atención:

—Oye, es de mala educación mirar a la gente así.

La niñita me sonrío y me dice inocente:

—Tienes unos ojos muy bonitos. Quiero tus ojos.

Le respondo la sonrisa:

—Créeme que no querrías tenerlos. Pero gracias de todas formas, linda.

—¡Amaia Carlini! —llama la recepcionista.

Parece que es mi turno. Me levanto de la silla y, temerosa, paso al despacho del oftalmólogo. Al ver que he venido sola, extrañado, pregunta:

—¿Y Clarisse?

—Quise venir sola, doctor. No quiero que mi madre se entere de nada de

lo que hablemos aquí. Pero quiero que sea sincero conmigo.

Asiente apenado con la cabeza.

—Será como quieras, Amaia. Vamos a revisarte y luego vemos los resultados de los últimos estudios.

Me subo a la camilla y examina mis ojos. Estoy nerviosa, sé que serán terribles las noticias. Termina de examinarme y, serio, se sienta a ojear los resultados. Levanta la mirada con pesar y me dice:

—Amaia, hay que intervenirte lo antes posible. La presión sanguínea en tus ojos es excesiva.

—Doctor, eso no ayudará en nada. Usted mismo me ha dicho que es inevitable el que quede ciega.

—Sería menos doloroso para ti, Amaia. Otra opción es el trasplante de córneas, pero además de ser una cirugía costosa, hay que apuntarse a una lista de espera y no creo que tus ojos dispongan de tanto tiempo.

Trago saliva y trato de no entrar en el nerviosismo que no me deja ni pensar.

—Doctor, hable claro. Desde la última vez que me vio, ¿ha empeorado mi condición?

—Además del glaucoma agudo que tienes, la miopía y astigmatismo no ayudan a tu situación, Amaia.

—Pero me había dicho que la miopía y el astigmatismo que tengo es leve.

Revisando los resultados, niega con la cabeza.

—Amaia, además de todo eso, tienes esa anomalía en las córneas que tarde o temprano te privarán de la vista. Debes someterte a cirugía ya.

—No puedo, doctor, no puedo costear esa intervención. Mejor sigo con las gotas que me recetó.

—Amaia, ¿cada cuánto te dan los dolores de cabeza?

Bajo la mirada. Antes me daban cada dos semanas, pero, con el pasar del tiempo, ahora es todos los días, acompañado de los vómitos y pérdida de visión momentánea. Suelto un suspiro y respondo:

—Todos los días, doctor.

—Amaia, como médico no puedo seguir aceptando que no quieras intervenirte quirúrgicamente. Tu enfermedad es progresiva y si no haces algo, quedarás ciega en cualquier momento.

Reteniendo las lágrimas, pregunto:

—¿Cuánto tiempo me queda con vista?

—Es difícil precisarlo. Seis meses, quizá un año. Como mucho dos años.

—Vale, pues en ese tiempo, haré todo para disfrutar de mi vida, de ver todo lo que deseo mirar antes de que pierda la vista. Vendré para drenarme si consigo el dinero. Es lo único que puedo hacer, doctor. Gracias por haberme ayudado en todo desde que tengo memoria.

Con pesar en sus palabras, responde:

—Ojalá consigamos esas córneas y podamos salvarte de esa ceguera. Eres muy joven para vivir toda una vida en tinieblas.

Me quedo callada. Sé que esa no es opción. Ahora mi única opción es vivir..., vivir los días que me quedan con luz. Tengo que aceptar que en unos meses, quizá años, dejaré de ver el mundo como lo hago ahora. Salgo de la consulta y tengo el móvil casi a punto de estallar de llamadas perdidas de mi madre. Subo al coche y el chofer de Daniel me pregunta a dónde quiero ir. Le digo que a casa y asiente con la cabeza. Derramo lágrimas, muchas lágrimas. Quiero hacer muchas cosas, pero mi situación económica no me lo permite. Llego a casa y mi madre me recibe con un fuerte regaño. Me recrimina el que no haya ido con ella a la cita del oftalmólogo. Pregunta cómo me ha ido y le hecho mentiras para que no se preocupe.

—Estoy bien, mamá. El oftalmólogo me ha dicho que si sigo drenándome como de costumbre todo estará bien.

—Amaia, ¿segura? Él nos habló de un trasplante de córneas.

—Sí, pero no es muy necesario ese trasplante todavía. Con las gotitas es suficiente.

Escéptica, niega con la cabeza.

—Amaia, voy a seguir trabajando para poder costear esa operación.

—Mamá, así tengamos el dinero, si no hay donador, no hay córneas.

Dicho esto camino hacia mi cuarto y agarro mis pinceles personales y unos cuantos libros cursis de esos que me hacen enamorarme más del amor. Me siento en la cama y abro la mesilla de noche. Había olvidado que tengo un cuaderno con cientos de noticias sobre Daniel. Lo admiro tanto... Y ahora siento que, al parecer, lo único que vale de él es su talento por la pintura.

Daniel a las 1:23 p. m.

Señorita Anónima, ¿está ocupada?

Srta. Anónima a las 1:26 p. m.

Algo, ¿por qué?

Daniel a las 1:29 p. m.

Quiero comentarle una cosa.

Srta. Anónima 1:30 p. m.

¿Qué cosa?

Daniel a las 1:35 p. m.

¿Acaso sabe cómo se hace para quitarte de la mente a alguien en quien no puedes dejar de pensar?

He intentado hacerlo, he estado con otras mujeres e incluso intento alejarla de mí, pero siento que la deseo y no me lo permito.

Srta. Anónima 1:40 p. m.

¿Siente amor?

Daniel a las 1:45 p. m.

No lo creo. Solo es un... capricho.

Srta. Anónima a las 1:46 p. m.

¿Ese capricho es su aprendiz?

No recibo respuesta. Pero cómo deseo saberlo. Y si él supiera que habla con la misma persona, se enojaría mucho. También si supiera que estoy enamorada de él, se aprovecharía de mí. Guardo el móvil en la bandolera y mi madre entra a mi pequeño cuarto.

—¿Cómo te va con esas lecciones?

—Bien.

—Ese «bien» no me convence.

Resoplo.

—Creo que bien. Daniel es raro, no es el tipo que imaginé.

Arquea una ceja.

—¿Por qué lo dices?

—Porque cree que soy tonta, que jamás podré apreciar la pintura como él, porque soy una cursi, en fin, piensa distinto.

—¿Y te importa mucho lo que piense?

Niego con la cabeza, nerviosa.

—Eh..., no, no, para nada. ¿Cómo te va en el trabajo a ti?

Tartamuda, responde:

—Bi... bien. Nada que contar. Me va bien.

Asiento con la cabeza.

—Vale, ya me tengo que ir a las lecciones. Luego vuelvo a pasar para verte.

—Cúdate mucho, cariño.

Salgo del edificio y me topo con Emanuel. Al verme sonrío y, feliz, me dice:

—Qué alegría verte por aquí, Amaia. Pensé que podríamos salir al cine.

—Eh..., tengo mucho que hacer. Con esto de las lecciones, estoy hecha un lío.

—¿Segura que es eso?

—¿Qué más sería?

—Siento que me estás evadiendo.

—Estás equivocado. No... no lo hago. Solo estoy ocupada. Nos vemos luego.

Salgo del edificio y me subo en el coche que conduce el chofer de Daniel. Me regresa a la casa de Daniel y yo entro algo tristonera. Escucho el piano y al fondo lo veo tocando. Cabizbaja, me acerco a él.

—Ya he llegado, señor Bachelli.

Asiente con la cabeza.

—¿Qué has estado haciendo?

—No es de su incumbencia, señor, son asuntos personales.

Se queda callado y deja de tocar el piano. No veo a la mujer esa por ninguna parte. Parece que ya se ha ido. Se levanta de la banca y mira mis ojos con una mirada que me causa una revolución de mariposas en mi interior.

—¿Podemos comenzar con las lecciones?

—Hoy comenzaremos una diferente...

—¿Una diferente?

Roza su pulgar en mi mentón, respondiendo:

—Los desnudos.

Trago saliva.

—¿Y cómo será eso, señor Bachelli?

Me mira con detención y yo muero de la vergüenza. Da unos pasos hacia mí y pregunta en voz baja:

—¿No ha escuchado de la técnica de los desnudos?

—Sí, claro, pero no pensé que realmente lo fuéramos a tocar.

Asiente con la cabeza.

—Esta noche, comenzaremos con la técnica.

«¡Dios! Cómo deseo que vuelva a besarme». Es mucho mayor que yo, no debería ser, pero siento que cada vez lo quiero más. Aprieto los dientes y,

tímida, le pregunto:

—Señor Bachelli, podría..., olvídelo.

Me sujeta la cintura, llevándome hacia su cuerpo y besa mis labios con una pasión y deleite que jamás pensé llegar a sentir. Sus labios rozan los míos y comienzo a temblar. Mil emociones se despiertan en mi interior, no sé si esto que ocurre está bien. Solo quiero que no acabe. Todo mi cuerpo lo quiere cerca. No puedo evitar sentir esto que me llena cada día más. Lo quiero, lo quiero mucho y sé que él a mí no. Para él solo soy una niña tonta que pronto se irá de aquí. Deja de besarme y bajo la cabeza rápidamente. Derramo una lágrima y trato de que Daniel no se dé cuenta, pero se me hace imposible ocultarla.

—¿Por qué lloras?

—Perdóneme, señor Bachelli, perdóneme por ser tan tonta para usted. Últimamente lloro por nada, pero no lo puedo evitar.

—No te disculpes por un beso, por una lágrima. Deseaba besarte con locura.

Sus palabras me derriten, su mirada tiente a ese calorcito en mi cuerpo que solo se calma dejando de imaginarlo, de dejar de pensar en esos labios que, al rozar los míos, despiertan el deseo y la pasión.

Guerra de sensaciones

«Amaia, es muy mayor. Podría ser... no sé qué podría ser. Pero Daniel Bachelli te lleva diez años. Nunca se fijaría en alguien como tú», me digo. Aunque me haya besado, sé que lo hace por hacer, no porque le nazca. Con sus besos solo ha logrado que me enamore más, aunque lo haga en silencio.

—Te espero en la habitación de lecciones.

—Señor...

—Dime.

—¿Es muy necesario que me quite toda la ropa?

—Si le avergüenza que la vea desnuda, pierda cuidado. He pintado muchas.

Trago saliva y, tímida, replico:

—¿Luego podemos seguir con las lecciones de pintura a ciegas?

—Como quieras.

Más que rápido subo a mi habitación y estoy caliente. Una sensación extraña y agradable se apodera de mi cuerpo al recordar su beso. Siento calor, ardor, mi cuerpo experimenta cosas que creía, jamás experimentaría.

Señorita Anónima a las 3:00 p. m.

Señor, ¿qué hace?

Me intriga saber en qué piensa
un hombre como usted.

Daniel a las 3:05 p. m.

En nada en especial.

Quizá en unos labios o
tal vez en el deseo de volver a besarlos.

Señorita Anónima a las 3:09 p. m.

Señor Perfecto, dígame, sea sincero.

¿Se enamoraría de una mujer ciega?

¿Se fijaría en ella?

Daniel a las 3:20 p. m.

¿Quiere sinceridad?

Realmente no podría enamorarme de una mujer ciega.

No me fijaría en una invidente.

Para mí la vista es muy importante.

Derramo una lágrima al leer su respuesta. Si él no se fijaría en una ciega, ¿Quién lo haría? No podré conocer ese sentimiento con nadie, nadie se enamorará de alguien como yo.

Srta. Anónima a las 3:30 p. m.

Gracias por su sinceridad, señor Perfecto.

Me cubro el rostro y solo respiro profundo. Esto solo me ocurre a mí. Me he enamorado del hombre que más admiro, tiene diez años más que yo y jamás se fijaría en una ciega. Me quito la ropa y miro mi desnudez al espejo. Ni siquiera mi cuerpo luce deseable. Soy insulsa y de todo menos atractiva. Llorosa, me cubro con un albornoz y bajo a la sala de pinturas, desganaada. Ha hecho todos los lienzos a un lado y ha colocado el diván junto al alféizar de la ventana. Me mira y su mirada es algo desconcertante. Aprieto los dientes y pregunto:

—¿Es necesario que me vea desnuda? Nadie lo ha hecho.

—Solo veré en su cuerpo un objeto de trabajo. No deseo, ni erotismo. Usted no emana sensualidad alguna. —Me aguanto las lágrimas y, cabizbaja, me acerco al diván—. Deja caer el albornoz.

Con una vergüenza horrible hago lo que me pide y me desnudo frente a los ojos del hombre que más admiro y del primero que me enamoro y también el primero que acaba de romperme el corazón. Siento que se me eriza la piel al ver sus ojos escanear mi cuerpo. Todo se queda en silencio y él solo me mira sin reacción. Trago saliva y muero de la vergüenza.

—Recuéstate en el diván.

Camino hasta el diván y me recuesto tensada. No deja de mirar mis pechos y su mirada me hace sentir extraña.

—¿Qué le mira tanto a mis pechos?

Responde fascinado:

—Son perfectos, rosados...

Trago saliva, ruborizada.

—¿Rosados?

—Tus pezones... son hermosos.

—Para la pintura, ¿cierto?

Asiente con la cabeza y eso me relaja. Me acomodo en el diván y el

silencio reina. Puedo escuchar mi respiración, mi corazón latir a mil por segundo y su pincel golpear la paleta de colores. Lo miro con detención y mi cuerpo se eriza. Jamás pensé estar desnuda frente al hombre que más admiró y, ahora, del que vivo enamorada en secreto. Me mira y sus ojos se clavan en cada centímetro de mi piel, ocasionando que sienta cosas que jamás antes pensé sentir.

—Te noto nerviosa.

—Estoy nerviosa, señor.

Deja la paleta de colores a un lado y se levanta de su banca, agarrando mi albornoz.

—Podemos continuar mañana.

—Gracias.

Me mira una y otra vez y, dándome el albornoz, traga saliva.

—Ya..., cúbrete, por favor.

Agarro el albornoz y me cubro rápidamente. Me dispongo a salir de la habitación cuando sus manos me arrebatan esa posibilidad. Me arroja entre sus brazos y asalta mi boca con gran pasión. Yo siento que mi cuerpo se estremece al volver a probar sus labios. Penetra mi boca con su lengua, buscando con celeridad la mía; la acaricia y siento que mi cuerpo descarga electricidad y todo lo que soy se entrega a ese beso. Noto que lo que crece en mi corazoncito se fortalece con sus besos, con su aparente atracción hacia mí. Derramo una lágrima mientras sus besos me hacen ver una pequeña posibilidad. Me siento tonta, de aquí la que saldrá dolida y quebrada seré yo.

—¿Por qué lloras?

Bajo la mirada y, entre hipidos, respondo:

—No vuelva a hacerlo, no vuelva a besarme, no lo haga, por favor. No me obligue a desnudarme más. No sabe cómo deseo tener dinero para pagar la penalidad del contrato y poder irme de aquí.

Intento salir de la habitación, pero me detiene.

—Amaia, ¿qué ocurre?

Lloro como tonta, respondiendo:

—Que soy una tonta, eso es lo que me ocurre. Una tonta que se deja ilusionar, una tonta que se deja besar por el hombre que más admira en el mundo. Uno al que no verá más luego de estos treinta días. Una tonta que cree que esos besos son por afecto y no por puro capricho.

—Amaia, no he querido ofenderte.

—No, no lo hace, señor Bachelli. Sabe, quizá se equivocó al escoger mi lienzo, yo no debí haber entrado nunca en su casa, menos probar sus labios. Es solo un error.

Salgo de la habitación entre lágrimas y subo a mi habitación con ganas de dejar de sentir. Cierro la puerta azotándola. Cierro los ojos y miro hacia el balcón. Camino lentamente hacia él y salgo a tomar algo de aire. Me siento en una banca y no hago más que llorar mientras veo las estrellas. Estas que no podré más que recordar algún día en mi memoria. Seco las lágrimas y ya me niego a seguir llorando por más que quiera hacerlo.

Srta. Anónima a las 9:34 p. m.

¿Sabe?, siempre pensé que cuando me enamorara,
lo haría y sería muy feliz.

Ahora lo estoy y derramo lágrimas.

Quizá no le importe, pero necesito decirlo.

Daniel a las 10:10 p. m.

Quizá no le importe saber que pierdo la razón
por una niña que solo debe ser para mí una aprendiz.

Y siento que de alguna manera la he lastimado.

Srta. Anónima a las 10:20 p. m.

¿Por qué lo dice?

Daniel a las 10:22 p. m.

La he besado y hecho llorar.

La miro y siento que es de esas mujeres
que son sensibles al dolor.

Srta. Anónima a las 10:23 p. m.

Señor, no juegue con ella.

Quizá ella sienta algo muy bonito por usted y
solo logra al besarla ilusionarla más.

Daniel a las 10:25 p. m.

Dígame cómo hago yo para no volver a besarla.

Srta. Anónima a las 10:27 p. m.

No lo haga, así no la ilusiona más.

Daniel a las 10:28 p. m.

¿Alguna vez ha sentido que necesita liberar lo que siente?

Srta. Anónima a las 10:29 p. m.

Sí, solo que nunca lo hago por miedo

a lastimarme a mí misma.

Buenas noches, señor Bachelli.

Suelto un suspiro desgano y otra vez siento que mis ojos me recuerdan que pronto se apagarán para siempre. He despertado y no quiero bajar a desayunar. Tampoco verle la cara a Daniel. No quiero llorar como tonta estúpida nuevamente. Me miro al espejo y cepillo mi cabello con la mirada ida. Pienso en muchas cosas, por ejemplo, en el estorbo en el cual me convertiré para mi madre cuando ya no vea, lo sola que me sentiré sabiendo que nadie podría amar a una ciega. Lo desconsolada que estaré al saber que el único hombre que ha logrado enamorarme y hacerme sentir cosas lindas, es diez años mayor que yo y jamás se fijaría en una ciega. Tocan la puerta y dejo pasar, es la doméstica y, con vergüenza, me dice:

—Amaia, el señor quiere que bajes inmediatamente a desayunar con él.

Al aparecer las supuestas vacaciones de la doméstica no duraron mucho.

—Dígale a su señor que no tengo hambre, que no quiero desayunar.

—Pero, Amaia...

—No quiero. También dígame que he amanecido horrible y no podré pintar hoy.

Asiente con la cabeza.

—Vale, a ver cómo se lo toma.

Cierra la puerta y siento algo de miedo. Lo he contradicho y odia que lo haga. Me grita y me dice que soy una niña tonta. Otro vestido florecido, y sandalias de tiritas. Y cada vez que me pongo uno, recuerdo sus palabras «niña tonta», niña tonta por ser virgen a los veinte, por no haber dado su primer beso hasta los veinte años. Por ser adulta y, sin embargo, no conocer muchas cosas de la vida. Quizá por eso me mira como algo fuera de raya, fuera de norma. Al rato entra sin tocar la puerta. Su rostro es molesto, y me da un miedo horrible. Me arrincono en la cama y, sin preguntar si puede sentarse, se sienta en ella.

—¿No debía tocar antes de entrar?

—No tengo que tocar puertas en mi casa.

Trago saliva.

—¿Podría irse? Quiero estar sola.

Niega con la cabeza.

—Tú y yo tenemos que hablar.

—¿Sobre? Me han gustado las lecciones de pintura, he aprendido mucho

sobre técnicas y...

Me interrumpe con la mirada e inevitablemente me callo. Me mira y se queda en silencio. Acaricia con suavidad mi mentón diciendo en voz baja:

—¿Dónde hoy en día consiguen mujeres como tú, Amaia?

—¿Mujeres, cómo?

—Tan inocentes y ajenas a la realidad como lo eres tú.

Asiento con la cabeza.

—Tontas como yo.

—No he dicho eso.

—Sí lo ha dicho. Ha dicho que soy una niña tonta.

Me mira, y sus ojos se ciernen en los míos causando que todo mi cuerpo se estremezca del nerviosismo.

—Qué equivocado estaba contigo, Amaia. Eres como un diamante que aún no se ha descubierto.

Sonrío tímida.

—Usted me descubrió, señor Bachelli.

—No, Amaia, no lo he hecho. Lo hará el hombre que se enamore de ti.

Bajo la cabeza e intento no llorar. El hombre del que estoy enamorada, me trata como una niña, como si no pudiera ver en mí esa mujer que se ha enamorado de él desde el primer beso que recibió de sus labios.

—Solo quedan diez días, señor.

—Lo sé, Amaia.

—Quiero seguir con las lecciones a ciegas.

Dice que sí con la cabeza.

—Si es lo que quieres, lo haremos.

Trago saliva y, mirándolo temerosa, le pregunto a los lugares donde ha ido para inspirarse a pintar. Suspira y comienza a mencionar. Son cientos de lugares y yo jamás he salido de Italia. Curiosa, pregunto:

—¿Sería muy costoso ir a Ámsterdam? Es que me gustaría ir antes de...

—¿Antes de qué, Amaia?

—Eh..., antes de graduarme de la universidad.

Asiente con la cabeza.

—Algo costoso para ti.

Me arrinconan aún más y sus ojos verdes penetran mi mirada. Trato de no ponerme nerviosa, pero es imposible.

—Amaia...

—¿Qué, señor?

—Es única, su forma de ser no la cambie por nada ni por nadie.

—¿La de niña tonta?

Sin responder, se levanta de la cama y se va. Me deja como siempre, en el aire. Y yo queriéndolo más. Mi móvil al rato recibe un mensaje y yo emocionada lo leo, pero luego la emoción se esfuma:

Emanuel a las 10:00 a. m.

Amaia, ya no hablamos como antes.

Extraño hacerlo.

¿Podemos vernos y hacerlo como solíamos?

Amaia a las 10:01 a. m.

Emanuel, no creo que pueda.

Estoy muy liada y solo tengo diez días para aprender todo lo que me resta con Daniel.

Emanuel a las 10:03 a. m.

¿Ahora es Daniel?

Antes lo llamabas señor.

¿Acaso ahora es distinto?

Me quedo algo confusa. No comprendo por qué me pregunta tal cosa. Busco la manera de responder, pero no la consigo. Para mí no es solo Daniel Bachelli, el famoso pintor italiano misterioso del que nadie sabe de su vida más que lo que plasma en sus lienzos. Para mí es el hombre del que vivo enamorada. Sin poder ocultarlo, respondo el mensaje:

Amaia a las 10:04 a. m.

Es que para mí, no es solo Daniel.

Emanuel, me he enamorado de él.

Siento que no puedo dejar de pensar en Daniel, es algo que no logro evitar.

Emanuel a las 10:10 a. m.

Increíble...

Amaia a las 10:13 a. m.

¿Qué ocurre? ¿Te ha molestado?

Emanuel, contesta, por favor.

Miro el móvil por unos largos minutos y no recibo respuesta. Se ha enojado. Y comienzo a temer que eso que mi madre me dijo, es cierto. Emanuel siente algo por mí y odio la idea, odio la idea de amar a Daniel y que

él solo me vea como a una alumna a la cual tiene que soportar durante un mes para cumplir con un premio.

Último día

Es algo vergonzoso ver cómo evalúa mi trabajo a solo dos días de irme de su casa. Hemos pintado juntos un lienzo hermoso. Ha sido lo más maravilloso del mundo, pintar junto a él, observar su rostro y ver cómo sonríe al verme a mí nerviosa me pone aún más nerviosa. Pero no me ha vuelto a besar. Aunque sé que muere por volverlo a hacer. Su mirada lo delata y sus actos lo traicionan.

—Y bien, ¿qué le parece lo que hemos pintado?

—Aprendes rápido, aún, no comprendo por qué quisiste pintar a ciegas.

—Pues..., porque lo encuentro interesante.

Suelta un suspiro y responde escéptico:

—Siento que me ocultas la verdadera razón, Amaia.

—No lo hago. Vale, ahora voy a ducharme porque estoy toda llena de pintura y me siento incómoda.

Subo a la habitación y comienzo a desvestirme con celeridad. Me miro por accidente en el espejo y miro mis pezones. Son rosados y algo pequeños, tal como los describió. Los toco y me da vergüenza hacerlo. Nunca antes los había tocado con detención. Es agradable la sensación de tocarlos. Una que me provoca seguir. Nunca me he detenido a ver mi cuerpo, nunca lo he hecho buscando erotismo alguno. De momento sacudo la cabeza y, sonrojada, dejo de hacerlo. Abro la llave del grifo y, mientras dejo caer el agua sobre mi cuerpo, pienso en ese momento cuando tenga que decir adiós a esta casa, y a la posibilidad de tener a Daniel cerca. Quizá si fuera más experimentada y no fuera virgen le llamaría más la atención. Pero soy una tonta ilusa que aún no conoce el sexo, ni la mayoría de los placeres de la vida por el miedo de extrañarlos y luego necesitarlos y no poder tenerlos porque una ciega le estorba a cualquiera. Salgo de la ducha y al salir, miró mi vestido florecido sobre la cama. Me acerco y lo tomo en las manos. Odio ser niña tonta. Ya en unos días me voy de su casa y eso me pone algo triste. Me visto rápido y cepillo mi cabello mientras pienso en mamá, en mi rutina. En mi trabajo y en lo que será mi vida luego de estos treinta días. Comienzo a empacar todo en

las maletas y su aroma se cuela por mi nariz al abrir la puerta. Me giro y me mira detenidamente.

—¿Pasa algo, señor?

—No me digas señor.

Se acerca a mí dejando solo unos pocos centímetros de distancia. Otra vez siento su aliento acariciar mi rostro erizando mi piel como la primera vez que probé sus labios. Su cercanía me intriga.

—Señor, no puedo llamarlo de otra forma.

—Me llamo Daniel.

Asiento con la cabeza.

—Lo sé, pero...

—Pero nada.

Respiro asustada y, temerosa, replico:

—Vale, Daniel.

Sonríe con picardía y eso me pone nerviosa. «¡Maldita sea!». Toca mi rostro y yo me deleito con su toque cerrando los ojos y sonriendo como estúpida. Siento la calidez de sus labios tomar posesión de los míos y, como tonta enamorada, vuelvo a caer derretida entre sus brazos. Abraza mi cintura y su cuerpo desploma el mío sobre mi cama. Lo tengo sobre mí, besando mi cuello, luego mis labios con gran avidez. Se mueve sobre mí, clavando su dureza sobre mi sexo y una agradable sensación de placer y calor invade mi cuerpo. Todo es nuevo para mí, para la tonta Amaia. Es la primera vez que siento un pene erecto sobre mi cuerpo, deseándome. Me desea, mi cuerpo inexperto lo excita y eso me hace morir de la vergüenza. Lo detengo y, mirándolo a los ojos, le susurro:

—Le pedí que no me besara, señor.

Vuelve a tomar mis labios con suavidad retando mi petición. Levanta mi vestido florecido inocente y, tonto como él, lo visualiza mientras sus cálidas y profundas manos magrean mis muslos. No lo comprendo, tampoco lo entiendo. No puede desear a algo tan insípido y poco atractivo como yo.

—Deseo besarte, deseo hacerte mía. Lo deseo como un loco, Amaia.

—¿Quiere hacerme el amor?

Besa mi cuello con sutileza y susurra lascivo:

—Quiero que te descubras, Amaia, no es posible que seas tan ajena a la realidad.

Trago saliva y, haciéndolo a un lado, me siento en la cama bajando mi

vestido.

—Daniel, no creo que llegue a hacer el amor con nadie. Pero si la vida me da esa oportunidad, quiero hacerlo con el hombre que amo, por amor. No por placer.

Haciéndolo a un lado, salgo como un rayo de la habitación y ya quiero que estos dos días se vayan volando. Salgo a la terraza y, desconsolada, llamo a mi mejor amiga, la única que, aunque sea más experimentada que yo, suele saber comprenderme.

—¡Amaia! Pensé que te habías olvidado de mí.

—No, Eloise, no te he olvidado. Es más, he pensado mucho en ti. Necesito hablar contigo.

—¿Sobre? Ya me estás asustando. Tus ojos, ¿estás bien?

—Mis ojos siguen igual, es inevitable. Pero de lo que necesito hablar es sobre otra cosa.

—¿Sobre qué?

Suelto un suspiro y, casi a punto de gritar de frustración, respondo con la voz entrecortada:

—¿Recuerdas cuando te dije que cuando me enamorara serías la primera a quien se lo diría?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues me he enamorado. Elo, estoy enamorada de Daniel.

—¿De tu pintor? ¡Ay, qué emoción!

—Para nada, él... solo me ve como algo insignificante.

—Amaia, ¡no puede ser! Conquistalo.

—Elo, no puedo conquistar a nadie como soy, menos con mi condición. Además, mi mamá se moriría al enterarse de que se trata de un hombre mucho mayor que yo.

—Amaia, por favor, basta de ser tan niña buena, intenta cambiar, no sé, verte más interesante. Quizá así se fije en ti.

—No, ya me voy en dos días y no lo volveré a ver. Mejor así.

—Ay, Amaia, eres terca, pero bueno. Sabrás cómo lo haces. Al menos ya regresas a la facultad y podremos hablar mejor.

—Vale, te veo en unos días.

Cómo deseo que los días se agoten. Quiero irme y tratar de olvidar de que estuve aquí. Me pongo en pie y todo se me torna oscuro, siento que la cabeza me quiere reventar. Comienzo a llorar del dolor y la desesperación, noto que

la oscuridad me acecha y arrincona de una manera que no me queda más que claudicar. Cada vez se hace más y más agudo el dolor. «Que pase rápido, que todo se aclare». No quiero que Daniel se dé cuenta. Logro sentarme en la tumbona y la vista regresa gradualmente. La sensación de no poder ver es horrible y pronto me tocará estar en tinieblas por el resto de mis días sin opción alguna.

Srta. Anónima a las 3:40 p. m.

Señor Perfecto, ¿puedo preguntar?

Daniel a las 3:55 p. m.
Dígame, señorita Anónima.

Srta. Anónima a las 4:00 p. m.

¿Cuándo expone su última obra?

Necesito verla antes de que todo termine.

Daniel a las 4:02 p. m.

¿Qué va a terminar?

Srta. Anónima a las 4:09 p. m.

Mis ansias por ver su trabajo.

Es que no sé si habrá escuchado de un blog que hay en internet.

Se llama *Lienzos de la Vida*, lo creé hace tiempo y tengo muchas ganas de publicar la noticia de que va a exponer su obra.

Daniel a las 4:23 p. m.

Sí, había escuchado de él.

Pero no le presto mucha atención a los blogs.

Srta. Anónima a las 4:33 p. m.

Oh, qué mal. Es que me gustaría entrevistarle.

¿Le molestaría?

Daniel a las 4:50 p. m.

No, cuando la conozca y sepa más allá de la señorita Anónima quién es usted, con gusto me dejo entrevistar.

Srta. Anónima a las 4:56 p. m.

Oh, vaya. Pero quiero decirle que jamás

sabrá quién soy y menos con

lo que comienzo a sentir.

Daniel a las 5:10 p. m.

¿Algo como qué, señorita?

Creo que está confundiendo la admiración
con algún otro sentimiento.

Srta. Anónima a las 5:12 p. m.
Amor por alguien que conozco,
pero, sin embargo, no conozco.
Sé que es algo contradictorio.
Pero sé que me entenderá.

Daniel a las 5:15 p. m.
Ya, creo que sí, señorita. Ama mis pinturas y,
por ende, ama mi forma de pintar.
Ese alguien que no conoce pero conoce soy yo.

Srta. Anónima a las 5:18 p. m.
Sí, señor Perfecto, supongo que es eso.
Dejo el móvil a un lado, pensé que sería capaz de decirle lo que siento.
Pero no. Ahora menos que nunca. Se burlaría de mí, y me rechazaría al
enterarse que pronto seré ciega. Pero no pienso seguir sucumbiendo cada vez
que se le antoje besarme. Escucho el piano sonar, una dulce y hermosa
melodía se hace escuchar. Lo observo a escondidas tocar y sonrío. Sus labios,
su rostro, sus perfectas manos, todo él es perfecto.

—Sé que estás ahí. —«¡Mierda!»—. Amaia, ¿por qué te escondes?

Salgo de mi escondite y me acerco al piano de cola. Anda sin camisa y
tienta a esa pequeña vocecita instigadora a que me comporte más abierta y
menos niña tonta.

—No quería molestar. —Sigue tocando y yo lo escucho. Además de pintar,
toca el piano hermoso. De momento se detiene y, extrañada, pregunto—: ¿Qué
ocurre?

—Estaba pensando...

—¿En qué piensa?

—En muchas cosas, incluyendo en que te vas en dos días.

Asiento con la cabeza tristonera.

—Sí. Es cierto. Vuelvo a mi vida rutinaria y no volveré a verlo, señor
Bacchelli.

Continúa tocando y yo lo escucho. Su melodía es hermosa y hasta cierto
punto algo nostálgica. Mientras toca, pregunta:

—¿Qué hará luego de que se vaya de aquí?

—Supongo que lo que hacía antes de venir. Trabajar y estudiar.

—Bien.

—Y usted, ¿qué hará?

—Seguir pintando y viviendo entre lienzos.

—Bien —respondo—. Ya he recogido mis pinceles y pertenencias de la habitación de pinturas.

—Vale, mañana es tu último día aquí y haremos algo para recordarlo.

—¿Algo como qué?

Sonríe.

—Pintaremos un lienzo, juntos, me encantaría exhibirlo y compartir tu talento con otros.

—No haga eso. Mi pintura solo dañaría su trabajo.

Niega con la cabeza.

—¿Por qué no confías en ti y en lo que puedes dar?

—Porque siempre me han llamado como usted lo ha hecho. Para todos en la facultad, soy una niña tonta por no saber nada de sexo o de fiestas los viernes. Además, sé que no soy lo suficientemente inteligente para llamar la atención de alguien. —Se queda callado y vuelve a tocar unas notas. Yo lo miro recostándome en el piano y una pregunta algo estúpida se asoma a mi cabeza—: Daniel, ¿crees que si cambio mi forma de ser, mis vestidos florecidos y mi timidez, sí se volteen a verme?

—¿Por qué piensas que llamarías la atención así?

—Pues porque no sería más una niña tonta.

Deja el piano y se levanta de la banca clavando sus pupilas sobre mi cuerpo. Trato de no ponerme nerviosa y arquea una ceja con un tono regañón.

—No pretendas ser algo que no eres, Amaia.

—Entonces..., siendo como soy solo tendré la lástima y pena de los demás.

—Y de otros el deseo y las ganas de tocarte y besarte.

Trago saliva y cada vez que me habla de esa forma, siento que me enciendo por dentro. Maripositas revolotean en mi estómago y voy deseando también que me toque y haga todo eso que quiere hacerme. Lo miro y pregunto impulsiva:

—¿Yo le gusto? ¿Me encuentra atractiva?

Niega con la cabeza.

—Eres una niña, yo no... Aún no sabes lo que quieres. Yo sí lo sé.

—No soy una niña. Y si no me encuentra atractiva, ¿por qué me ha besado más de una vez?

—Porque suelo hacer lo que se me antoja. Pero me he dado cuenta de que ha sido un grave error. Eres una niña.

Algo enojada, respondo:

—¡No soy una niña! Tener veinte años no me hace tonta, ser virgen no me hace ser frígida. Usar vestidos florecidos, no me hace dejar de sentir ni de desear. Está muy equivocado, señor Bachelli, si piensa que soy una niña que solo sirve para llevar vestidos inocentes.

Me mira algo perplejo y da unos pasos hacia mí. No logro evitar sentirme amedrentada, pero, aun así, lo miro a los ojos.

—¿De verdad? Entonces demuéstrelo, no solo hable por hablar. Porque lo que sentí en su habitación fue una niña tonta, frígida y temerosa de tener sexo.

Trago saliva.

—Cuando yo haga el amor lo haré por...

Me interrumpe.

—Deja de ver películas y novelas cursis donde pitan al sexo como «hacer el amor». Para follar no hay que amar y para amar no hay que follar. Por eso sigues virgen, Amaia. Esperas a un príncipe azul, y esos no existen.

—Tal vez, quizá tenga razón. Pero le aseguro que si llego a tener sexo, no será con usted. No será usted quien me desvirgue. Es un prepotente que se cree que sabe todo. En estos treinta días, me ha hecho sentir mal innumerable de veces. Y ¿sabe?, es algo duro que la persona a la que más admiras en el mundo, te vea como una estúpida a la que puede manejar y jugar con sus sentimientos. No sabe cómo me alegro de mañana dejar esta casa y alejarme de usted. Desde luego que no es el hombre admirable del que creí estar profundamente maravillada por su forma de ser.

Jamás me había enojado como ahora. Nunca pensé que le hablaría así. Pero, en estos momentos, más que admiración, siento indignación por su forma de ser. Quiero irme de aquí cuanto antes. Y si es posible, no volverlo a ver nunca más.

A la normalidad

Arrastro mis maletas hasta la entrada del edificio. El chofer me ha dejado horas antes de lo previsto. Así lo he deseado, prefiero llegar a la realidad de una vez. Algo desanimada subo al apartamento y otra vez lo encuentro vacío. Dejo mis maletas en mi pequeña y modesta habitación y, sentándome en la cama, miro mis lienzos. Al menos, estoy de vuelta a la normalidad y así debe seguir. Entro a la habitación de mi madre, y veo la cama tendida. Otra vez ha pasado la noche con esos enfermos. No me gusta que se pase cuidando enfermos de noche sin ella descansar. Sin mucho que hacer, desempaco mis cosas y coloco los pinceles en mi pequeño cajón de madera junto al balcón para que las cerdas puedan tener aire fresco. Acomodo mi ropa en la cómoda y siento mi móvil vibrar en mi bolsillo.

Daniel a las 11:00 a. m.
Me siento algo extraño.

Srta. Anónima a las 11:01 a. m.
¿Por qué, señor Perfecto?

Daniel a las 11:20 a. m.
Me he acostumbrado a la presencia de esa
joven inocente y ajena a los placeres de la vida.

Srta. Anónima a las 11:21 a. m.
¿Por qué no va y se lo dice en persona?

Daniel a las 11:30 a. m.
Porque siento que esa niña es de esas
que se ilusionan rápido,
y se quiebran rápido también.

Srta. Anónima 11:34 a. m.
¿Piensa volverla a ver algún día?

Daniel a las 11:39 a. m.
No. Amaia Carlini se ha ido ya,
y yo seguiré con mi vida,
pintando lienzos y sumido en una soledad

que yo mismo elegí.

Srta. Anónima a las 11:40 a. m.

¿Por qué no dice lo que siente o lo que quiere expresar?

Dígamelo a mí y así se libera.

Escucho la puerta de casa abrirse. Camino a la sala de estar y mamá ha llegado, otra vez la noto rara. Su forma de vestir, su maquillaje e incluso su esencia han cambiado un poco.

Tiene unas compras en las manos y, al verme las suelta, sorprendida.

—Amaia, ¿qué haces aquí?

—Ya he regresado. ¿No te da gusto verme?

Corre hacia mí y, abrazándome, responde:

—Claro que sí, Amaia. Eres lo más importante para mí. Pero no te esperaba hoy.

La miro y arqueo una ceja.

—¿Dónde estabas tú a estas horas?

—Ah, pues, en el trabajo. Cuidando uno de mis enfermos. Mira, he comprado unos vestidos para ti que están hermosos.

Me los enseña y me quedó atónita. Hace mucho tiempo que dejamos de comprar ropa por la falta de dinero. Ahora, ella la compra y mantiene el frigorífico lleno. Estoy liada.

—¿De dónde sale tanto dinero, mamá? No eres enfermera como para ganar dinero de esta manera.

Suelta un suspiro y, bajando la mirada, algo hermética, replica:

—Cuido muy bien a los enfermos y debe de ser por eso que gano más de lo debido. Anda, come algo mientras te acomodo los vestidos en tu armario.

Digo que sí con la cabeza y algo dentro de mí, me hace dudar. Pero no tengo más que aceptar lo que me dice. Me como unas galletas mientras leo una revista y ya estoy ansiosa por volver a la universidad y trabajar para ayudar a mi madre. Al rato ella sale de su habitación con un grupo de billetes amontonados. Se sienta frente a mí sonriendo y me dice:

—Cariño, ya reuní el dinero para que te drenen la presión sanguínea en los ojos.

—Es imposible, mamá. Eso cuesta mucho dinero. Cuatro mil euros o quizá más.

Asiente con la cabeza.

—Yo los tengo. Logré ahorrarlos cuidando a los enfermos.

—Pero ¿y los gastos de la casa? ¿Cómo lo has hecho?

—Cuidando más de un enfermo a la vez, me ha sido posible. También quiero que dejes de trabajar. Quiero que te concentres en tus estudios.

—¡No! Obvio que no, mamá. Yo seguiré trabajando en el museo. Voy a seguir ayudándote con los gastos.

Mi madre insiste en que puede correr con los gastos sola, pero me niego. Gana mucho dinero como para ser una simple cuidadora de enfermos. Agarro las llaves de mi coche viejito y conduzco hasta el museo. Ya necesito volver a trabajar. Feliz, entro y a toda leche pido hablar con mi jefa a la que hace mucho no veo. Me recibe con ánimo y yo suspiro tranquila, aún conservo el empleo y podré seguir ayudando a mi madre. Mañana comienzo a dar recorridos nuevamente por el museo y algo extraño se apodera de mí. Es algo raro sentir que todo vuelve a la normalidad luego de haber convivido un mes con Daniel Bacchelli. Regreso a casa y me encuentro con Emanuel. Pretende seguir sin saludarme. «¿Qué le pasa?». Le llamo y, extrañada, lo detengo.

—Hola, Emanuel.

—Hola, Amaia.

—¿Ocurre algo? Ya no estoy tan ocupada y podemos tomar ese café que tanto has querido invitarme.

—No. No puedo. Ando ocupado, Amaia. Quizá después, cuando me desocupe un poco.

Algo confusa, pregunto:

—¿No quieres tomar el café porque te dije exactamente lo mismo cuando me lo preguntaste?

—No, Amaia. Realmente estoy ocupado. Tú regresaste de tu sueño rosa, pero aquí la vida continuó. Trabajo para sobrevivir igual que tu madre, igual que todos.

—Oye, yo lo sé. Pero no entiendo por qué me tratas así, Emanuel.

Abre la puerta de su apartamento y, antes de entrar, responde:

—Amaia, ya lo he comprendido con aquel mensaje. Pero, al parecer, aún tú no. Sigue estudiando y admirando las obras de un tipo que te trata como a una estúpida. Quizá es lo que te gusta, que te maltraten.

Azota la puerta y me quedo fría, helada y sin entender un carajo. «¿Por qué de la nada me trata tan cortante?». Algo aturdida, entro al apartamento y veo a mi madre arreglándose para salir de nuevo.

—Oye, ¿a dónde vas, mamá?

—Me ha surgido otro enfermo. Tengo que cuidarlo toda la noche. Pero pagará bien. Así que ya podemos mirar la fecha para tu cirugía.

Me cruzo de brazos.

—Vale, mamá, dime dónde cuidas a esos enfermos.

—Es en un hospicio para enfermos. Ya se me hace tarde. Dejé veinte euros sobre el frigorífico por si quieres pedir algo de cenar. Te amo, cariño.

Sin más, se va y algo en mi interior insiste en que aquí algo anda mal, muy mal. «¿Dejarme veinte euros para la cena?». Nunca nos hemos podido dar un lujo así. Miro los correos electrónicos y tengo trabajo que no parece acabarse. Vale, trabajar me hará dejar de pensar en Daniel y el hecho de que no lo veré más. La pantalla de mi móvil se enciende y recibo un mensaje. Algo nerviosa, lo leo:

Daniel a las 6:30 p. m.

¿Estás ahí?

Srta. Anónima a las 6:35 p. m.

Sí, aquí estoy, señor Perfecto.

Daniel a las 6:40 p. m.

Siento que no duraré mucho
sin buscar a mi aprendiz.

Srta. Anónima a las 6:44 p. m.

¿Para qué quiere buscarla?

Ya no tiene sentido que lo haga.

Ella se fue, los treinta días caducaron.

Ahora ambos siguen con su vida por separado.

Daniel a las 6:50 p. m.

Tiene razón.

Pero siento que necesito verla.

Srta. Anónima a las 7:00 p. m.

¿Para qué quiere verla?

Daniel a las 7:01 p. m.

No lo sé, pero quiero verla.
Quiero volver a tenerla cerca.

Srta. Anónima a las 7:04 p. m.

Esa niña tonta, como usted la llamó,
no lo será siempre. Y vendrá quizá alguien
que le haga darse cuenta de ello.

Y luego, para usted, ya será tarde.

Buenas tardes, señor Bacchelli.

No entiendo, mucho menos comprendo cómo puede ser tan inestable. Quisiera que dejara de hablarme, pero cada vez que lo hace, me siento obligada a contestar por este estúpido sentimiento que ha nacido en mí hacia él. Me sumerjo en los trabajos atrasados de la universidad hasta tarde en la noche. Los ojos comienzan a arderme y lanzo el bolígrafo con hastío. Cierro los ojos y luego los vuelvo a abrir. No logro ver nada con claridad. Apenas puedo ver sobras y me lleno de desesperación. Tocando las paredes y cualquier cosa a mi alrededor, camino hasta el baño. Agarro las gotas y, al echármelas, la vista regresa de a poco. Me siento en el retrete y suelto una lágrima. Quiero hacer tanto antes de quedar ciega que al saber que no podría hacer ni siquiera una, me deprimó en mi realidad.

—¡Amaia!

Eloise corre como loca hacia mí y abrazándome me dice cuánto gusto le da volver a verme luego de un mes de estar separadas. A mí también me da mucho gusto volver a verla, regresar a la normalidad.

—¿Ya tienes los trabajos hechos?

—Sí, hice todos los que me dijiste.

—Vale, entonces no hay nada de qué preocuparnos.

A lo lejos veo a Daniel. Está hablando con una mujer junto a la entrada de la biblioteca de la universidad. Elo se da cuenta de que Daniel está y me dice con picardía:

—Ay, ¡ha venido a verte!

—No ha venido a verme. No sé qué hace aquí. Mejor entremos al aula.

—Amaia, es obvio que ha venido por ti. Un hombre como él no aparece en una universidad a menos que tenga una exposición.

Resoplo.

—A ver, Daniel Bacchelli es solo un pintor y yo he sido su aprendiz durante un mes. Nada más. Eso se acabó.

—Sí, pero tú me dijiste que estás enamorada de él, Amaia.

—Eso creía, pero no. No lo estoy. Y ya vamos a entrar a clase que estamos perdiendo tiempo.

Entro al aula y me siento atrás como siempre. Algunos me miran raro, pero no le doy importancia. Estoy durante toda la clase como si me hablaran en

chino. Trato de ponerme al corriente, pero no logro captar nada de nada.

—¿Tú también cuidas enfermitos, Amaia?

Ladeo la cabeza y uno de los hombres, que nunca me ha hablado en dos años, ahora cruza palabra conmigo.

—Es mi madre la que los cuida. Además, ¿quién te ha hablado sobre eso?

Riendo, responde:

—Tiene muy buenas referencias. Parece que cuida y atiende muy bien a los enfermos. Y tú podrías ayudarle un poco. Así cuando me enferme, me cuidas.

Confusa, replico:

—No te entiendo, idiota.

—Tú nunca entiendes nada, tarada. No sé ni cómo sigues en la facultad. Eres lo más tonto que he visto.

Todos salen del aula y yo me quedo atónita. «¿Qué coño ha querido decir?». Comienzo a creer que tienen razón, que soy una lela que no logra entender el mundo que la rodea.

—Amaia... —llama el profesor.

Con temor me acerco y, antes de que diga algo, comienzo yo:

—Profesor, sé que tengo atrasado un mes, pero le aseguro que voy a reponerlo todo y estaré a la par con la clase.

—Amaia, tranquila. Ya has entregado los trabajos. No es eso lo que tengo que decirte.

—¿Y qué es entonces?

—Te requieren en asistencia económica.

«Ay, no, otra mala noticia no». Casi llorando salgo del aula sin esperar a Eloise. Corriendo, aparezco en la oficina y, por jodidas casualidades de la vida, Daniel va saliendo. «¿Qué demonios hace en asistencia económica?».

—Hola, Amaia.

—¿Qué hace aquí?

—Asuntos personales, Amaia.

Asiento con la cabeza.

—Espero que realmente sea eso. No quiero que me ande rondando y mucho menos en la universidad.

—No lo hago, Amaia.

Se aleja y, cabreada por su actitud estúpida y creída, entro a la oficina. Una de las consejeras me atiende y yo solo espero que no me digan que me tengo que irme de la universidad.

—¿Amaia Carlini?

—Sí, soy yo.

—Tenemos noticias para ti.

Bajo la cabeza.

—Déjeme adivinar. Ya estoy jodida. No tengo ni beca, ni ayudas ni ninguna puñetera forma de costear la carrera. ¿Es eso? ¿Cuándo tengo que irme?

—Amaia, tu carrera ha sido saldada en su totalidad. Puedes continuar estudiando sin preocuparte por los pagos ni matrículas y nada por el estilo.

Me quedo ojiplática. Eso es imposible. Hace un mes me arrastraba para pagar las matrículas y ahora, ¿estudio gratis?

—No, debe de haber un error. Es que es imposible.

—No, no lo es. Han apadrinado tu carrera, Amaia.

—¿Y quién ha hecho tal cosa?

—El que ha costeado tu carrera ha pedido total anonimato.

¡Me lleva el demonio!

—No, tengo derecho a saber. Quiero saberlo.

—Lo siento, Amaia. Pero no se puede.

Salgo enojada de la oficina. Se supone que debo estar feliz porque es una carga menos, pero no, no lo estoy. Ha sido él, quiere que vaya a reclamarle, pero se va a quedar con las jodidas ganas. Justo cuando quiero que Daniel Bacchelli salga de mi mente y de mi vida, es cuando más presente desea estar.

Inevitable

Ay, es que quiero gritarle, decirle que no sea metido, ¡que no quiero nada suyo! Y tener que ir a trabajar con tan mal humor. ¡Lo que me faltaba! Tenerlo tras de mí jodiéndome la vida. Llego algo enojada al museo y, antes de comenzar a hacer los recorridos, me echo las gotas en los ojos. Cada vez soporto menos la presión en ellos. Pero, bueno, si pienso en cosas lindas, olvido que pronto quedaré ciega. Vuelvo a la rutina de los recorridos, me encanta mi trabajo y hacer lo que me gusta. Me duelen algo los pies de tanto caminar, pero, aun así, solo me detengo para tomar un poco de agua.

—¡Amaia! —llama mi jefa.

Voy corriendo a ver qué se le ofrece y al ver a quien tiene al lado de lo único que tengo ganas es de gritarle.

—Amaia, mira quién está aquí. Tu pintor favorito. Nos ha venido a visitar para dejarnos saber que quiere exponer unas nuevas obras en nuestra sala de temporadas. ¿Por qué no vas y se la enseñas?

—Eh..., es que estoy en pleno recorrido.

—No importa, te cubro con otra chica.

«¡Maldición!»». Fusilándolo con la mirada le ordeno que me siga. Lo hace y yo quiero que se vaya ya. Lo llevo hasta la sala de temporadas y lo paro en seco.

—¿Qué haces aquí? Deja de seguirme y hostigarme. Me tienes hasta la azotea.

—No vengo a verla a usted, señorita Carlini. Además de tener afiliación con este museo, he venido a ver a una amiga que trabaja aquí.

Me cruzo de brazos.

—¿Ahora tiene amiguitas precisamente donde yo trabajo?

Me mira unos segundos y finalmente replica:

—Las escenas de celos nunca me han gustado, señorita Carlini.

—¡No estoy haciendo ninguna escena de celos, idiota! Me está siguiendo.

—No, no lo hago. ¿Sabe dónde está Cristina?

Ceñuda, respondo:

—¿Qué? ¿Conoce a Cristina?

—Le invité a un café. ¿Podría llamarla?

—No, va y la llama usted. Yo estoy en horario de trabajo.

Salgo de sala más enojada de lo que entré. Se va con otra a tomar un café y me lo dice así, es un estúpido. Es un imbécil y yo, hasta hace unos días atrás, lo creía la maravilla hecha humana.

Daniel a las 5:30 p. m.

Señorita, ¿está ahí?

Srta. Anónima a las 5:35 p. m.

Déjeme en paz. Tengo mucho que hacer.

¿Sabe?, no debí hablar con usted.

Ahora me arrepiento de haberlo hecho.

Daniel a las 5:38 p. m.

¿Qué ocurre? ¿Dije algo mal?

Srta. Anónima a las 5:39 p. m.

No, no hizo nada.

Solo necesito que me deje en paz un tiempo.

Guardo desganada el móvil y siento que después haber estado un mes con ese señor, nada volverá a ser lo mismo por más que yo lo quiera así. Agarro mi bolso del casillero y a toda leche salgo del museo. Veo a Daniel solo. «¿No iba a tomar un café? Amaia, ¡¿Qué te importa?!». Conduzco de regreso a casa y al llegar esta vez sí está mi madre, pero durmiendo algo temprano. Se ve muy cansada y sonrío mientras la veo dormir. De lado veo su bolso y me entra la curiosidad de ver qué hay dentro. Necesito saber dónde está exactamente ese hospicio en el que trabaja. Pero no encuentro ninguna dirección. Solo su libreta de apuntes con cientos de nombres y direcciones residenciales. No entiendo nada. Tiene dinero en su bolso, como nunca antes hemos tenido. Despierta y me pilla con las manos en su bolso y su libreta de apuntes. Con mucho enojo, salta de la cama y grita:

—¿¿Qué demonios haces entre mis cosas?!

—Mamá, yo solo...

—¡Nada! No tienes nada que hacer en mi bolso. Ahora sal de mi habitación.

—Mamá, déjame...

—¡Que te vayas!

Sin más remedio salgo de su habitación. Nunca me había gritado así. Mis

ojos sollozan, pero no llego a soltar ninguna lágrima. Me encierro en mi pequeño cuarto y, tumbándome en la cama, suelto un suspiro cansado. En estos momentos, mandarme textos con Daniel me ayudaba, pero él ahora me daña igual que muchas cosas. Para todos soy una jodida tonta o no soy lo suficientemente inteligente para tomarme en cuenta. Miro la pila de lienzos que tengo junto al armario y siento que todo lo que hago es sin razón, sin sentido. Pinto cuadros para luego dejarlos amontonados en un rincón. No comprendo para qué estuve un mes con ese hombre aprendiendo técnicas que jamás usaré porque una persona ciega no tiene muchas posibilidades. Al rato, mi madre toca la puerta y me quedo en silencio. Entra con el rostro lleno de pena y algo cabizbaja.

—Amaia, linda. ¿Hablamos?

—Te escucho.

Se sienta a mi lado y yo aún sigo dolida por su reacción. Aprieta los dientes y, llorosa, dice:

—No he debido tratarte así. Perdóname, Amaia, por favor.

—¿Por qué has gritado así?

—Pues porque hay cosas que son solo mías y es mejor que no estés involucrada en ellas.

—¿Qué cosas, mamá? Por favor, nunca me has ocultado nada.

—Y no te lo oculto. Amaia, son deudas. No quiero que te alarmes por ellas.

—¿Y si le pedimos ayuda a Sara? Sé que mi tía nos puede ayudar.

Niega con la cabeza.

—Mi hermana está en Londres con sus propios problemas, Amaia.

—Sí, pero nos puede ayudar un poco.

—Ya yo estoy consiguiendo el dinero para que tú no tengas que vivir con problemas que solo me corresponden a mí.

Asiento con la cabeza y no me queda más que aceptar que mi madre comience a ocultarme qué hace para ganarse la vida. Pero no me sorprende que todos hagan cosas pasando de mí.

Tiempo después...

Daniel a las 9:30 a. m.

Señorita Anónima, llevamos ya casi un mes sin hablar.

Extraño sus charlas. Extraño sus consejos.

Necesito uno de ellos.

Srta. Anónima a las 9:39 a. m.
¿Qué consejo necesita?

Daniel a las 9:50 a. m.
¿Cómo hago para hacer las paces
con una chica sentimental y cursi?

Srta. Anónima a las 10:00 a. m.
¿Para qué quiere hacer algo así?

Daniel a las 10:03 a. m.
Necesito hacerlo.

Srta. Anónima a las 10:04 a. m.
Supongo que hablando se entiende la gente.
Sorpréndala con algo que le guste.
Un lindo detalle no está de más y puede ayudar mucho.

Daniel a las 10:10 a. m.
Gracias, no sabe cuánto me ha ayudado,
señorita Anónima.

Me quedo algo extrañada. «¿Ahora qué piensa hacer?». Es un gilipollas, pero cuando habla con «señorita Anónima» cambia radicalmente.

—¿Podrías dejar el móvil?

Levanto la mirada, y Emanuel me mira algo indignado.

—Oh, disculpa. Cosas de estudios.

—¿Para qué insististe en este café?

Trago saliva.

—Vale, pues porque quiero hablar sobre muchas cosas.

—¿Sobre?

—Emanuel, tú eres un hombre excepcional. Cualquier chica estaría encantada de estar a tu lado. Pero creo que hay cosas que debemos dejar claras.

—Vale, pongamos las cosas claras. Amaia, creo que he sido más que obvio contigo. Estoy enamorado de ti desde hace mucho. Tú como que te has encerrado en tu mundo de pintura y luego en esa odiosa admiración por ese pintor por el que pasaste de mí. Eres la única chica que deseo a mi lado. Sé que ahora crees estar enamorada de ese idiota, pero te aseguro que solo es admiración.

Me quedo paralizada y siento que me muero de la vergüenza. Juego con un

terrón de azúcar, nerviosa.

—Emanuel, estás confundiendo sentimientos. Me conoces desde que éramos niños. Debe de ser cariño y no amor lo que sientes por mí.

—No quieras saber y decir por mí lo que siento o dejo de sentir. Amaia, llevo años enamorado de ti y tú parece que vives en una burbuja y no te das cuenta de nada.

—Emanuel, yo... yo nunca te he visto más allá de un amigo. Quizá por eso es que no me di cuenta de tus sentimientos.

—Amaia, sé que podría hacerte feliz.

Antes de que pueda contestar, mi móvil suena:

Daniel a las 12:00 p. m.

Por primera vez
no sé cómo acercarme a una mujer.

Srta. Anónima a las 12:01 p. m.

¿No será que por esta sí siente algo?

Daniel a las 12:09 p. m.

Ojalá no sea así. No otra vez.

Srta. Anónima a las 12:14 p. m.

No se cierre a la oportunidad de amar.

Emanuel me mira y ya anda enojado. Le bulle que conteste los mensajes a Daniel.

—Amaia, no puedes andar en dos canales. Es con el móvil o conmigo.

—Ya, lo siento.

—Te da igual lo que yo sienta, ¿verdad?

—Emanuel, seré clara contigo. Estoy enamorada de otro hombre. No puedo corresponderte como deseas. Ahora, me voy, tengo mucho trabajo atrasado que hacer de la universidad. Gracias por aceptar el café.

Salgo de la cafetería y siento que no podría seguir hablando del tema con él. Conduzco con la cabeza ida y no dejo de pensar en Daniel. Cada vez se me hace más y más difícil. El dolor de cabeza vuelve a apoderarse de mí. «Se irá, sí, se irá». Súbitamente la vista se me apaga y todo se vuelve negro. Entro en un nervio horrible. Estoy en plena autopista y no veo nada. Derramo lágrimas y siento que hasta aquí he llegado. Pestañeo muchas veces y no logro conseguir ver.

Solo consigo que el dolor se intensifique. Escucho los coches hacer sonar sus bocinas y en segundos, noto que me impacto contra algo y al golpearse mi

cabeza con el volante, pierdo el conocimiento. Abro los ojos de a poco y escucho murmullos a mi alrededor. La vista me ha regresado. Hay policías y paramédicos. Todo me da vueltas y la cabeza me duele mucho.

—Señorita, ¿cómo se llama? Necesitamos su nombre.

—Amaia —respondo atontada.

Me toco la cabeza y tengo mucha sangre. Me asusto y, nerviosa, pregunto:

—¿Qué me ha pasado?

—Se ha desviado de carril y ha chocado con una valla de seguridad. En unos segundos será trasladada al hospital.

Ha sido horrible perder la vista en plena autopista. Mi coche ha quedado inservible, no tengo dinero para repararlo y ahora para llegar a la universidad será un lío. De camino al hospital, en la ambulancia, me piden un número de alguien cercano a mí. No quiero que mi madre se preocupe. Así que prefiero decir que no tengo familia. Me hacen cientos de estudios al llegar y yo solo quiero que el dolor de cabeza ceda. Ahora otro problema pasa por mi mente. «¿Cómo voy a pagar la cuenta del hospital?». No tengo seguro médico y apenas tengo para pagar el combustible de mi coche viejo. Estoy sola en una habitación de hospital y siento que todo lo malo se me viene encima. No quiero quedar ciega, quiero una vida normal. Ser una gran artista y poder ver el mundo que me rodea. Quiero ser algo que nunca podré ser. Mi cabeza está vendada y me han colocado un collar cervical. Estoy inmóvil y me temo que cosas como esta van a seguir ocurriendo. No quiero andar con nadie como lazarillo que me haga sentir ciega antes de tiempo. Ahora más que nunca me doy cuenta de que necesito ver todo lo que deseo porque a mis ojos les queda muy poco con luz. Miro mis manos, las paredes azul cielo de la habitación, la ventana, y derramo una lágrima. Cosas tan sencillas como estas, pronto ya dejarán de ser vistas por mis ojos. Temo olvidar cómo son los árboles, las nubes, el rostro de mi madre, el de Daniel, temo olvidar una vida, sumida en tinieblas. Pienso en esto que siempre he querido hacer, viajar a *Ámsterdam*. Quiero hacer cientos de cosas antes de convertirme en un estorbo para la sociedad. Cae la noche y, al creer que pasaría la misma sola, una enfermera entra y me dice:

—Señorita Carlini, tiene visita.

—¿Cómo? Es imposible. No le he dicho a nadie dónde estoy. ¿Quién es?

—Dice ser su esposo.

Pongo los ojos como platos. «¿Esposo? ¿De dónde? ¿Desde cuándo ando

casada y no lo sé?».

Polos apuestos

—Eso es imposible. Tal vez se equivocó de habitación.

La enfermera niega con la cabeza.

—Está en el corredor, dice ser su esposo, señorita. Quiere ver a Amaia Carlini, y usted es la única registrada bajo ese nombre en el hospital.

—Vale, hágalo pasar. ¿Ha dicho su nombre?

—No, solo dice que es su esposo.

Asiento con la cabeza y estoy casi segura de saber de quién se trata. ¡Me hostiga! Al rato, entra a la habitación con unas flores y mi interior se emociona. Nunca me han regalado flores hasta ahora. Pero estoy enojada, muy enojada.

—¿Qué hace aquí? Deje de seguirme, ¿cómo se ha enterado? ¿Quién demonios se cree para decir que es mi esposo?

Sonriendo, deja las flores sobre una mesita y suelta un suspiro.

—Para poder verte, he tenido que decir que eres mi mujer. Están dejando pasar a los familiares solamente.

—Es un abusivo. Usted no es nada mío, ya ni siquiera lo admiro. Y llévese sus flores. No me importa cómo me ha encontrado, solo quiero que se vaya.

No pretende irse y eso me enoja mucho. Estoy inmóvil y no puedo hacer que se largue. Se sienta en una banca a mi lado y me mira idiotizado.

—Tus ojos son hermosos, podría mirarlos sin cansarme.

—Vete, déjame en paz. Ya todo acabó, terminó. El mes de lecciones caducó.

Es un jodido abusivo. Pero no puedo evitar emocionarme al tenerlo cerca. Me mira y yo no puedo hacer más que mirarlo con los ojos llorosos.

—¿Qué hace aquí? ¿Por qué sigue buscándome?

—¿Está mal que esté aquí?

—¿Cómo ha sabido lo que me ha ocurrido?

Suelta un suspiro.

—Yo..., no importa cómo. Lo importante es que lo sé.

—No quiero verlo. Quiero que se vaya y me deje en paz.

Me mira y solo logro sentir maripositas en el estómago con sus ojos paseándose por mi cuerpo.

—Sí sé qué hago aquí, señorita Carlini.

—¿Qué hace aquí?

Curva la comisura y acerca sus labios a los míos. Siento que quiero morir, me derrito entre sus labios y mi cuerpo experimenta una agradable sensación que jamás antes había sentido. Respondo a su beso, su lengua se mueve con deseo dentro de mi boca y extrañamente la mía busca la suya. Un amar de sensaciones se abalanzan sobre mí y lo único que deseo es que no acabe. Se recuesta a mi lado y, mientras me besa, acaricia mi cuerpo. El nerviosismo se apodera de mí y no sé cómo reaccionar al sentir sus manos tocar mis pechos y sus labios desgastar los míos.

—¿Por qué tiembles?

Susurrando, respondo:

—Estoy nerviosa, me pone nerviosa cómo me tocas.

Sonríe y, besando mi labio inferior, responde:

—No tienes por qué, llevaba un mes sin besarte y sentía que enloquecía.

—Vete, por favor.

Niega con la cabeza.

—No me iré, no ahora.

Trago saliva y, mirándolo con una vergüenza horrible, respondo:

—Yo... yo soy tonta para ti. Y para muchos también. No sé por qué sigues buscándome.

—Porque te deseo, Amaia. Desde que vi tu cuerpo desnudo, no puedo conciliar el sueño sin tener la imagen de tu desnudez en mi cabeza.

—Me dijiste que no era atractiva.

Besa mi cuello y ya yo siento que todo mi cuerpo se calienta. ¡Maldición!

—Se me escapó una mentira. Pero la realidad es que tu cuerpo me tiene deseándote constantemente, Amaia.

—No te creo. Tú no puedes desear a alguien como yo. Soy insípida y para nada atractiva.

Vuelve a tomar mis labios y me quedo inmóvil sin hacer nada que me haga parecer más tonta e ingenua de lo que soy.

—Llevo tres pajas antes de dormir pensando en ti.

Me ruborizo por completo. Quiero que se vaya y deje de decir esas cosas que me ponen nerviosa. Trago saliva y, mirando sus ojos, pido:

—No digas cosas así, por favor. Sé que soy tonta respecto al tema del sexo. Que para tener veinte años, vivo aislada del mundo. Pero, por favor, no te burles de mí. No lo hagas.

Mira mis ojos morados y se queda serio. No sonrío, no hace ningún gesto. Toca mis labios y cierro los ojos dejándome llevar por lo que su toque me provoca. Finalmente responde convencido:

—Seré yo quien te haga sentir, quien te haga despertar al sexo, eso te lo aseguro.

—Lo siento, pero no será así. Quiero casarme y luego hacer el amor con el hombre que amo.

Sonríe algo burlón.

—Amaia, serás mía cuando menos te lo esperes.

Sus palabras me hacen levitar y querer oír más. También deseo descubrir el sexo con él, lo amo en silencio y deseo que sea él quien me desvirgue. Pero Daniel solo me ve como un trofeo, como algo que quiere ganar y luego tirar. En cambio, yo lo amo y me duele saber que él jamás amaría a una ciega. Presa de mis temores, respondo:

—Váyase, por favor. ¿No entiende que tenerlo cerca es absurdo? Usted es muy mayor, yo soy aún una niña tonta, como dice.

Parece no comprender que no deseo seguir teniendo su presencia cerca. Vuelve a besar mis labios terminando con una sutil mordida y susurra:

—No puedes quedarte sola. Soy tu esposo y debo cuidar de ti toda la noche hasta la mañana.

—No es mi esposo, ahora, váyase.

—Ajá, pero las enfermeras no lo saben. Así que me toca quedarme toda la noche.

«¡Qué jodido remedio!».

Los rayos de sol penetran mis párpados y me despiertan de a poco. Rápidamente busco a Daniel con la vista y no lo veo por ninguna parte. Pero, en su lugar, hay una nota junto a las flores que me obsequió. Como puedo, agarro la nota y la leo:

Querida esposa de mentira:

Fue un placer verla dormir toda la noche. Ya ha amanecido y supongo que ya he cumplido con mi papel de esposo de mentira. Espero que se recupere pronto.

Daniel Bacchelli

Sonrío de solo volver a leer la nota. Ojalá fuera su esposa. Me casaría con él sin pensarlo si fuera menos bipolar. Veo que tengo cientos de llamadas perdidas y no sé cómo decir que estoy en un hospital.

—Hola, mamá, perdón por no contestar el teléfono. Es que se me quedó sin pila y no traía el cargador conmigo.

—¿Dónde coño estás, Amaia?

—Eh..., estoy con Eloise. Estuve hasta tarde estudiando y me quedé con ella.

—Vale, pues anda, regresa a casa, no me gusta que estés fuera sin avisar.

—En la tarde voy. Te quiero, mamá.

—Yo también, cielo.

Odio tener que ocultarle cosas, pero solo así le puedo dar paz y no se mata tanto cuidando a esos enfermos. Lo que me tiene hecha un lío es el coche. Está todo abollado y cuando mi madre lo vea, va a preguntar y tendré que decirle que he quedado ciega momentáneamente, conduciendo en la autopista.

Daniel a las 10:30 a. m.

Ya no sé qué hacer, ayúdeme.

Srta. Anónima a las 10:33 a. m.

¿Sobre? ¿Tiene un nuevo lienzo?

Daniel a las 10:34 a. m.

No, mi lienzo ahora es una chica, una que quiero hacer sentir mujer, una que no sabe que ya ha crecido y que después de todo, ya no es una niña.

Srta. Anónima a las 10:35 a. m.

¿Habla de Amaia, su aprendiz?

Daniel a las 10:40 a. m.

Sí, Amaia me tiene acaparado los pensamientos.

Trato de estar con otra mujer, pero no puedo.

La deseo a ella. He buscado mujeres y he tenido sexo y, mientras lo hago, deseo que sean de ella las piernas entre las que me encuentro.

Srta. Anónima a las 10:50 a. m.

De seguro, ella desea lo mismo.

Pero quizá tiene miedo de decepcionarlo en la cama.

Pues, como dice que es niña tonta...

Daniel a las 10:57 a. m.

Estoy seguro de que no será así.

Su cuerpo me ha inspirado a pintar un lienzo, cuando termine el boceto, te doy una idea de lo que es para que lo pongas en tu blog. Te lo mereces.

Srta. Anónima a las 10:59 a. m.

Gracias, señor Perfecto.

Cada vez que intento odiarlo o repudiarlo, algo hace que lo ame más y me concentre en desear que me ame tanto como yo lo amo a él. En la tarde me dan el alta y tengo el cuello inmovilizado. Se me olvidaba ese jodido detalle. «Bien, ¿cómo hago para que mi madre no me vea el collar cervical?». «Piensa, Amaia, piensa». Algo dolorida me siento en una banca del vestíbulo del hospital y no me queda más remedio que marcarle a Emanuel.

—Hola.

—Hola, Amaia.

—¿Estás ocupado?

—Bueno, algo, estoy editando unas cosas. ¿Por qué?

—Tuve un accidente y he estado en el hospital hasta ahora. No quiero que mi madre se entere. Por eso necesito que me busques al hospital y luego no sé..., me lleves a la casa de Eloise. Solo hasta que termine de usar el collar cervical.

—Clarisse debe saber lo que te ha pasado, Amaia. Ella es tu madre y tiene todo el derecho de saber.

—Emanuel, ya lo he decidido. No se va a enterar. Por favor, ayúdame.

—¿Por qué no te ayuda el pintor al que tanto idolatras?

—Porque él no es mi amigo, tú sí. Por favor, no me dejes sola.

Suelta un suspiro y responde:

—Vale, en media hora paso por ti.

Si pudieran entender la diferencia entre admiración y el sentimiento que siento por él, las cosas serían mucho más fáciles de aceptar, al menos para Emanuel. Pasa por mí y durante todo el camino se lo pasa callado e indiferente. Me lleva en brazos hasta la habitación y digo:

—Gracias por traerme.

Emanuel me mira y algo serio responde, acomodándose en la cama:

—Yo dormiré en la sala de estar.

—¿Por qué no me has dejado con Eloise? Ella podría cuidarme.

—Eloise no tiene tiempo para andar de enfermera, Amaia. Si no anda trabajando, anda de fiesta en fiesta.

Asiento con la cabeza. Tiene razón, pero me siento superincómoda en su casa. Quiero que este collar cervical lo tenga que usar el menor tiempo posible. Suelto un suspiro y me dice:

—Voy por algo de cenar. Debes tener hambre.

—Vale, estaré bien. No te preocupes.

Sale de la habitación y siento algo de paz. «¡Por fin algo de comodidad!». Las palabras de Daniel no dejan de rondar mi mente. Me ha dicho que se masturba de solo pensar en mí y eso de cierto modo me ha trastocado. Nunca imaginé que haría tal cosa un hombre por desear a alguien como yo. Me toco los labios y sonrío como idiota, deseo volver a sentir los suyos sobre los míos. Miro mis pechos y, algo avergonzada, los toco, no son atractivos, tampoco voluptuosos. Son... son feos. Como dicen, lo único que me hace llamar la atención, son el fenómeno de mis ojos morados. Fuera de ahí, soy una tonta insípida que muchos no saben que también quedará ciega en algún momento

Srta. Anónima a las 8:25 p. m.

¿Cuándo fue su primera vez?

Sé que no debo preguntar, pero tengo la curiosidad.

No tiene que contestar si no gusta.

Daniel a las 9:00 p. m.

Es raro, nunca me habían preguntado tal cosa.

Mi primera vez..., vaya, hace mucho que no pensaba en la primera vez que tuve sexo.

Fue en primer año de universidad.

Estudiaba Arte con una chica monísima, de esas que usaban faldas supercortas aunque estuviéramos en pleno invierno.

Todos decían que era una zorra, que debía de haberse acostado con media facultad.

En fin, yo me enamoré de ella y no tardó en voltear a verme.

Comenzamos a salir y a medida que la fui conociendo me di cuenta de que lo que decía la gente eran solo habladurías para dañar.

Aun con la ropa provocativa que se ponía,

era virgen.
Me confesó que se vestía así para llamar
la atención de los chicos,
ya que siendo como ella era realmente,
nadie la volteaba a ver.
La primera vez que ambos tuvimos
sexo fue en un coche.
No fue una experiencia del todo satisfactoria.
Ambos terminamos detenidos
por exhibicionistas o algo así.
Nos pillaron en el acto y nos tocó
dormir una noche tras barrotes.
De eso ya van muchos años.

Srta. Anónima a las 9:10 p. m.

Jamás hubiese pensado que su primera vez hubiera sido así.

Me lo imaginaba todo macho dominando a una niñita inexperta.

Pero los dos lo eran, qué mal.

Pero se nota que la quiso mucho, ¿dónde está ella?

¿Qué fue de su vida?

Daniel a las 9:20 p. m.

Ella murió.

Se cayó de su caballo y se golpeó la cabeza.

Srta. Anónima a las 9:21 p. m.

Lo siento. ¿La amaste mucho?

Daniel a las 9:23 p. m.

Fue una relación linda,

pero no creo que llegara a amarla.

Éramos jóvenes y unos inmaduros
sin saber qué hacer con nuestras vidas.

Srta. Anónima a las 9:26 p. m.

Entonces, señor Perfecto...

¿ha amado alguna vez en su vida?

Daniel a las 9:30 p. m.

Sí, sí amé, y esa fue mi condena.

Amé sin darme cuenta de que
esa persona no lo merecía.

Buenas noches, señorita Anónima.

Miro su mensaje unas cuantas veces más. Sí amó, sí cree en el amor. En mi corazón se aloja una esperanza, una que se debilita al recordar que no se enamoraría de una ciega, pero creo que es inevitable sentirme esperanzada. Cómo desearía que me amara, que me dijera que me necesita tanto como yo ando necesítándolo a él. Somos como dos polos opuestos que luchan contra su naturaleza e insisten en permanecer separados. Por orgullo o por miedo a ser lastimados.

Más fuerte que un no

Han pasado tres días y, aunque me han dicho que tengo que tener el collar cervical una semana, yo me lo quito al tercer día. Quiero regresar a casa y dejar de estar aquí, con Emanuel alimentando una esperanza que él solo se inventa.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Ya no me duele tanto el cuello. Quiero regresar a mi casa.

—Puedes quedarte más.

Niego con la cabeza.

—No. Ya quiero regresar con mi madre. Gracias de todas formas.

—Vale, entonces déjame al menos llevarte a tu casa.

La verdad, sí acepto que me ayude. Aún tengo el cuerpo jodidamente dolorido y caminar sin muletas para que mi madre no se dé cuenta de que tuve un accidente será superdoloroso. Me lleva hasta casa y mi madre, otra vez no está. Antes nos veíamos todos los días, ahora apenas durante el día y una que otra noche. Veo una nota pegada en el frigorífico y la leo:

Amaia

Tuve que resolver unos problemas fuera de la ciudad. No es nada grave, pero no estaré en casa durante tres días. He dejado en la mesita de tu cuarto poco más de setecientos euros. Creo que con eso te da para estar estos días sin mí.

Te quiero

Mamá

«No, ya esto no está bien. Esa cantidad para ¿tres días?». Avanzo a mi cuarto y abro la gaveta de la mesita. ¡Sí ha dejado setecientos euros! Agarro el móvil y, algo indignada, le marco.

—Amaia, ¿cómo estás, cariño?

—¿Dónde estás? ¿Cómo es eso de que te has ido de la ciudad?

—Eh..., sí. Tengo unos asuntos que resolver sobre algunas deudas. Pero pronto regresaré. ¿Has leído mi nota?

—Sí, sí la he leído y no comprendo de dónde sacas tanto dinero. Mamá,

con setecientos euros vivíamos a duras penas el mes y ¿ahora me los dejas para tres días?

—Estamos mejorando, ¿eso no te da gusto?

—Por alguna razón que no logro comprender, no me hace mucha ilusión que de la nada haya dinero, mamá.

—Amaia, deja de seguir con lo mismo. Tú preocúpate por tus estudios y deja de estar queriendo saber más allá de lo que debes.

—Vale, entonces al menos dime dónde trabajas exactamente.

—En la clínica que está a unas cuadras de la casa, Amaia. ¿Feliz?

Resoplo.

—Algo.

—Cuando regrese te vas a intervenir los ojos. Ya hablé con el oftalmólogo y en una semana tienes la cirugía para drenar la presión.

—Mamá, no tenemos seguro médico.

—No importa. Ya he pagado. Solo tienes que estar tranquila. Todo va a salir bien. Al menos eso te ayudará con los dolores de cabeza y los mareos.

—Vale, espero que sí ayude. Ya los soporto cada vez menos. Mamá, vuelve pronto, por favor.

Termino la llamada y lanzo el móvil a la cama. Abro la *laptop* y al encenderla comienzo a ver imágenes de Ámsterdam. Es bello, hermoso. ¡Quiero ir! Pero no tengo suficiente. Quiero ir antes de que tenga que depender de un bastón para ciegos y un perro de servicio. Abro otra pestañita y reviso mi correo electrónico. Me emociono al ver un correo de Daniel. Lo leo como si de algo grande se tratara:

De: Daniel Bacchelli

Fecha: 1 de diciembre de 2015 8:30 p. m.

Para: Amaia Carlini

Asunto: Invitación

Señorita Carlini:

¿Tomaría con café conmigo? Prometo no contarle cuántas pajas me hago pensándola. Sé que eso la traumatiza.

Pd: No me niegue el café.

Daniel Bacchelli

De: Amaia Carlini

Fecha: 1 de diciembre de 2015 8:50 p. m.

Para: Daniel Bacchelli

Asunto: Vale

Señor Bacchelli:

Si es solo un café... Vale, acepto. Pero luego me regresa temprano a casa.
No me gusta llegar tarde.

Pd: Lugar y hora.

Amaia Carlini

De: Daniel Bacchelli

Fecha: 1 de diciembre de 2015 9:00 p. m.

Para: Amaia Carlini

Asunto: Vale

Señorita Carlini:

La regreso temprano a su casa, no se preocupe. Y respecto a la hora y el lugar; en el café frente a su universidad me parece bien, mañana a las tres.

Pd: No haré nunca nada que no quiera usted.

Daniel Bacchelli

Mi corazón late muy fuerte. Quiero morir del nerviosismo. Es el primer hombre que me invita a tomar un café de esta forma. No sé si he hecho bien en aceptar, pero quiero verlo, aunque hay veces en las que no lo soporto. Pero siempre termino suspirando por él. Doy un salto de la cama y abro mi armario. Todo lo que tengo son vestidos florecidos y a él no le gustan. ¡Pero es que a mí me encantan! Miro mis zapatos y casi todos son sandalias de tiritas. Quiero cambiar para, de alguna manera, sorprenderlo, pero no tengo nada distinto en el armario a flores y más flores. Agarro uno rosado con flores moradas y este sí me gusta mucho para tomar el café con Daniel. Lo coloco sobre la cama y me froto la barbilla. Tengo que tener unos tacones por algún lado. Oh, mi madre debe tener. Entro a su habitación y abro su armario. Me quedo algo confusa. Tiene ropa que, hasta donde yo creía, era muy descubierta para su gusto. Me agacho para ver sus tacones y muchos están cubiertos de polvo. Agarro unos negros bonitos y los miro quitándole el polvo. De seguro que le van al vestido. Justo cuando me voy a poner de pie nuevamente, me golpeo la cabeza con una caja y esta cae al suelo. De ella se salen cientos de conjuntos de ¿lencería? «¿Desde cuándo usa estas cosas? ¿Para qué?». Algo nerviosa las recojo y las vuelvo a poner en la caja. Ojalá no se dé cuenta de que me he metido a su habitación. Pienso en maquillarme, pero no sé si será acertado, quiero cambiar un poco como él me ve. Como niña tonta. Miro los labiales y todos son tonos suaves pasteles. Vale, que al parecer no dejaré de ser esta

estúpida que solo sabe de arte y no de la vida. «Amaia, ¡calma!». Ay, el nervio me mata. Pasa por mí en media hora y aún no me decido cómo peinarme. ¿Cabello suelto o recogido? ¿Coleta o moño alto? ¡Ay, no puedo sola! Ya, pelo suelto con onditas. Me miro al espejo y miro el vestido, no se ve mal. Espero que no le desagrade tanto. Me pongo los tacones y sonrío, hace mucho que no me pongo unos. «Amaia, ¡solo vas a tomar un café!». Sí, pero quiero impresionarlo. Quiero que vea que no soy una niña tonta. Que puedo también tener un toque de picardía. «Sí, Amaia, sobre todo. ¡Eres una sosa!». Con labial transparente y sombra rosadita pareces mocosa de quince. Pero así me siento bien. Con un rojo intenso me veo ridícula. Miro el móvil y sonrío.

Daniel a las 2:00 p. m.
Señorita Anónima, increíblemente
me he atrevido a invitarle un café.

Srta. Anónima a las 2:01 p. m.
¿A quién, señor Perfecto?

Daniel a las 2:02 p. m.
A la niña tonta, esa que me trae loco.

Srta. Anónima a las 2:03 p. m.
Dígame algo, ¿qué pretende con ella?

Daniel a las 2:05 p. m.
Se supone que te tengo que decir
que solo sexo ocasional
y luego no volverla a ver.
Pero no es así.
Siento que no puedo dejar de verla
con esa sonrisa tierna
e inocente que siempre lleva en el rostro.

Srta. Anónima a las 2:06 p. m.
Su corazón se ha enamorado,
pero aún su razón no se entera.

«¿Será posible? ¿Será posible que pueda estar enamorado de mí?». Siento una revolución de maripositas revoloteando en mi interior. Y, al escuchar que el timbre suena, noto que voy a morir. «Tranquila, Amaia, tranquila». Voy y abro la puerta y ahí está con un enorme ramo de rosas. Quiero llorar. Nunca me han regalado flores.

—Buenas tardes, Amaia.

—Hola...

Estrecha las rosas.

—No sé cuáles te gustan, pero supongo que a toda mujer le agradan las rosas. ¿Te gustan?

Digo que sí con la cabeza, mirándolas emocionada.

—Sí, me gustan mucho. Gracias por las rosas.

—Un «gracias» no me basta.

Arqueo una ceja.

—¿Y qué quiere a parte de un «gracias»?

Sonriendo, sin previo aviso, aprisiona mi cintura con sus brazos y, acercándose a él, besa mis labios. Me quedo otra vez inmóvil y no me siento capaz de responder.

—¿Por qué me besas?

—Porque lo deseo.

Curva la comisura.

—Anda, hazlo tú, bésame sin miedo.

Trago saliva y miro sus labios. Temo disgustarlo. Nunca he hecho algo así por mi propia iniciativa, pero sus ojos me insisten. Temerosa, acerco mis labios a los suyos y agarro su inferior temblando sin poder evitarlo. Más tonta no puedo ser.

—¿Por qué tiembles?

Bajo la mirada.

—Porque me haces sentir cosas extrañas.

Levanta mi mirada y sus ojos se ciernen en los míos, besa la punta de mi nariz, y responde:

—Estaba muy equivocado. Eres... eres una chica que aún no ha despertado a la vida, pero no eres tonta.

Sonrío y no sé qué responder. Mira mi vestido, luego mis tacones y, ruborizada, digo:

—Me he puesto el que menos flores tiene. Es que los uso todos con flores. Lo siento.

—Estás hermosa.

—¿No mientes?

Niega con la cabeza.

—No, no miento.

Dejo las rosas en un jarrón con agua y agarro mi bolso, animada.

Me sujeta de la cintura para salir y me siento algo incómoda. No me atrevo tan siquiera a moverme. Durante el camino en coche vamos en silencio. De vez en cuando desvía la mirada para mirar mis piernas y coloco el bolso para cubrirme lo más posible.

—Amaia.

—¿Sí?

—¿Tienes planes para la semana entrante?

—Eh..., sí, creo que tengo. ¿Por qué?

—¿No puedes posponerlos?

Suelto un suspiro. Mis ojos no pueden posponerse.

—No, no puedo. ¿Por qué?

—Tengo que viajar primero a Suiza para una exposición. Luego pensé pasar por Ámsterdam para que lo conozcas. Me comentaste que te gustaría conocer el lugar.

Lo miro y me quedo anonadada. «¿Ámsterdam? ¡Muero!». Pero no puedo ir con él. No debo, se vería muy mal y sé que buscaría la forma de llevarme a la cama. Y yo, yo no quiero.

—Me encantaría ir, de verdad. Pero no tengo dinero, además, tengo otros compromisos.

Aparca el coche y me mira con ganas de decirme otra vez niña tonta.

—No tendrías que pagar nada, yo te invitaría. Y no hay problema, pospongo la exhibición hasta que tú puedas viajar.

Bajamos del coche y entramos al café. Sigue insistiendo en que lo acompañe al dichoso viaje, pero está mi mamá, el trabajo y también la universidad. Me siento y no deja de mirarme esperando una respuesta.

—Tengo universidad, Daniel.

Arquea una ceja.

—La semana entrante comienzan las vacaciones, Amaia. No hay excusas.

Y sí que no las hay. Pero yo no quiero ir a ese viaje. No después de lo que me ha dicho en el hospital. Tomo un sorbo de café y, con las manos algo temblorosas, argumento:

—No puedo ni quiero viajar contigo. No puedo porque nunca lo he hecho. Nunca he viajado y menos con un hombre. Uno mayor que yo y que sé que tiene otros intereses conmigo. No perderá el tiempo para intentar llevarme a la cama. Y luego... luego se irá y seré yo la dañada en toda esta situación.

—Amaia, ¿por qué te reprimes al sexo? Lo ves como algo fuera de lo

común.

—No, no me reprimo. Simplemente es un tema que no tengo por qué tratar contigo. No eres ni mi novio, ni mi prometido y mucho menos mi esposo. Ni siquiera sé lo que eres en estos momentos para mí. ¿Yo qué soy para ti?

Curva la comisura y, cruzándose de brazos, contesta:

—Para mí eres un reto, ¿sabes por qué lo eres? Porque jamás me he topado con una mujer tan dulce y tierna como difícil y frígida. Y me he puesto como objetivo romper con esa frigidez.

—¿A cuenta de qué? ¿Qué ganas tú haciendo eso?

—De pronto, quizá nada. Pero sé que estaré puliendo de a poco un hermoso diamante que aún no se da cuenta de su valor.

—Dices eso para que me lo crea y diga que sí a ese viaje.

—Digas que sí o digas que no, no dejaré de pensar lo que pienso sobre ti.

—¿Qué piensas sobre mí?

Agarra una de mis manos y, sonriendo, contesta:

—Que eres una flor a punto de florecer a la vida. Eres única, Amaia.

No puedo evitar sonreír y llegar a pensar que su sonrisa pueda ser más fuerte que un «no» a ese viaje.

A colores

—Ya es tarde, debo regresar a casa —digo ruborizada.

Sonriendo, paga la cuenta y yo siento que su mirada no deja de perturbarme y hacer que me ponga mucho más nerviosa de lo que suelo estar.

—Vale, te llevo a tu casa.

Me levanto de la silla y vuelve a tomarme de la cintura. «¿Por qué lo hace?». Me pone más nerviosa todavía. Abre la puerta del coche y subo temblando. Parece que él lo sabe y sonrío cada vez que me siente nerviosa. Es un burlón y me hace parecer tonta cada vez que me mira.

—Amaia, debes estar menos tensa. No pasa nada porque te tome de la cintura.

—No me gusta.

—¿Por qué?

—Porque me tocas raro.

Vuelve a reír mientras conduce y contesta:

—A ver, no te toco raro, te toco como me gustaría tocarte siempre.

—¿Y lo dices así tan fresco?

—Vale, ¿cómo quieres que lo diga? No miento, se me hace difícil. Y tú me traes loco. Esa es la verdad.

Me cruzo de brazos, ruborizada.

—Solo te burlas de mí. No estás loco por mí ni nada parecido.

—Oye, que mi amigo no miente.

Lo miro confusa.

—¿Qué amigo?

—Amaia, ¿es en serio?

—¿Qué amigo no miente? ¿Estás hablando de un amigo?

Riendo, algo anonadado, replica:

—A ver, cuando digo «mi amigo» me refiero al pene, Amaia.

Me pongo de todos los colores posibles y resoplo.

—Si mi madre me agarra contigo a esta hora fuera de casa y, más aún, tú hablando las cosas con dobles sentidos que yo no comprendo, me va a ir muy

mal.

—Tienes veinte años, ya no eres una niña.

—Pero mi madre se preocupa por mí. Eso no tiene nada de malo.

—Te tiene encerrada en una burbuja de cristal.

—Sí, para alejarme de los hombres como tú que solo buscan sexo.

Otra vez ríe y siento que a cada rato se burla de mí. Es un creído.

—A ver, Amaia, si quisiera solo sexo, ¿crees que estaría perdiendo mi tiempo tomando un café contigo en vez de estar follando duro con alguna de las tantas mujeres que tengo a mi disposición?

—¿Por qué tienes que ser tan gráfico?

—¡Joder, que el sexo no tiene otro nombre! Así se le llama, sexo, follar, coger o de las tantas maneras que hay. ¿Cómo lo llamas tú?

—Hacer el amor. —Se ríe y esta vez a carcajadas. «¿Pero he hecho un chiste para que este se ría?». No para de reír y ya yo me estoy cabreando—. Oye, ¡no te rías! No he hecho un chiste.

—Ya, vale, no me río. ¡Pero es que estás de urgencias! A ver, si sigues pensando que tu príncipe azul te hará el amor y luego viviréis felices por siempre, terminarás muriéndote virgen, en tu burbuja de cristal.

—Pues no, fijate. Yo sé que voy a encontrar alguien que vaya con mis ideales.

—Ay, Amaia. ¡Qué difícil eres!

Llegamos al edificio de apartamentos y pretende llevarme hasta la puerta de la casa. ¡Pues no!

—No tienes que acompañarme, puedo ir sola.

—No te estoy preguntando, te voy a acompañar. Así me presentas a la suegra —dice burlón.

—No seas payaso y deja de decir estupideces. Mi madre no está.

—Con más razón te acompaño.

Con este hombre no se puede. No quiero llevarlo hasta donde vivo. Un apartamento que ya mismo se nos cae encima.

—Hasta aquí. Ya puedes irte. Mi puerta es la que sigue. Gracias por el café.

—¿No me invitas a pasar?

—Es tarde y estoy sola.

—Son las siete, no es tarde.

«¡Maldición!».

—Vale, pero solo un rato.

Acepta y aún no me creo que a mi casa cuatro por cuatro vaya a entrar Daniel Bacchelli. El hombre que por tanto tiempo he admirado y ahora del que vivo enamorada. Abro la puerta y hago que se siente en la sala de estar. «Eh..., nunca he tenido visita a parte de Emanuel, ¿cómo lo trato? Vale, ¿le ofrezco café? Tonta, ¡ya hemos tomado café! ¿Pues algo de comer? ¡No! Se quedaría más tiempo».

—Eh... ¿quieres algo de tomar o de comer?

Mirando la sala de estar, las paredes y demás, replica:

—De tomar, no. Y sí quiero comerme algo que aún no me han dado ni el anticipo.

—No te entiendo.

—Ya, con que me entienda yo basta.

Mira los cuadros que están colgados en la pared y pregunta curioso:

—¿Esa es tu mamá?

—Sí, solo somos ella y yo.

—Es muy joven para ser tu mamá.

Me siento mirando la fotografía y suelto un suspiro.

—Me tuvo muy joven. A los quince o dieciséis años. Nunca he sabido de mi padre.

—Te pareces mucho a ella.

—Sí, dicen que hasta parece mi hermana mayor.

—¿A qué se dedica?

«Ay, cómo quisiera saberlo yo». Algo escéptica cruzo mis piernas y replico:

—Cuida enfermos en las noches.

—¿Nada más?

—Antes trabajaba en una fábrica textil, pero cerró y se quedó sin trabajo. Ahí comencé a trabajar en el museo y luego ella consiguió este cuidando enfermos. Pero desde que tiene ese trabajo, ya no nos vemos mucho.

Me viene a la mente todos los lienzos que he pintado inspirados en él y me lleno de emoción. Quiero enseñárselos todos. Me levanto del sofá y lo agarro de la muñeca.

—Ven, te quiero enseñar algo.

Feliz, lo llevo hasta mi habitación y enciendo la luz. Se queda ojiplático viéndolo y yo me siento algo mal. Sí, sé que es pequeño y apenas se puede

caminar, pero aquí están todos mis lienzos y muero por enseñárselos.

—Mi cuarto es una cajita de cerillas, pero quiero enseñarte todo lo que he pintado soñando con que algún día tú los vieras. Mira..., este lo pinté cuando tenía quince. Este otro cuando tenía diecisiete.

Los mira con detención y sonrío al ver que siempre debajo de mi firma escribía su nombre.

—¿Qué es eso que tanto admiras de mí, Amaia?

—Tu forma de pintar y de transmitir emociones. Me ha ayudado mucho en mi condición.

«¡Mierda!».

—¿Qué condición?

—No, ninguna. Me refiero a mi situación económica. Me has ayudado mucho a sonreír en vez de llorar.

Mirando mis lienzos, noto que su rostro se torna algo serio. Ya su semblante sarcástico y burlón desaparece. Observa uno que pinté a los dieciocho, ese que hice al escuchar el diagnóstico del oftalmólogo. Mi visión tenía fecha de caducidad. Estaba muy triste y pinté una mujer careciendo ojos. Extrañado, pregunta:

—¿Por qué la pintaste sin ojos?

—Pues porque... porque..., en ese momento, no deseaba ver ni observar nada. Estaba en un momento duro de duelo conmigo misma.

Asiente con la cabeza dejando el lienzo en su lugar. Mira mis pinceles, los pequeños bocetos a medias y vuelve a sonreír

—¿A todo esto te inspiro?

—Sí, tus obras me despertaron el amor por la pintura. Me gustan mucho los colores, las pinturas..., en fin todo lo que tiene que ver con pintar.

—No entiendo por qué le tienes amor a algo tan común. Sí, es lindo y eso, pero no como para desvivirse como tú lo haces.

Toco las cerdas de mis pinceles; cómo me gustaría decirle por qué no concibo la vida sin la pintura. Pero me dejaría o tendría pena. Una niña ciega que lo único que tiene en el mundo es la pasión por la pintura y la admiración hacia su persona.

—Quizá porque es la única forma en la que me encuentro conmigo misma. Es la única forma en la que me siento útil para algo sin estorbarle a nadie.

De pronto el silencio sucumbe y sus ojos no dejan de mirarme. Bajo la cabeza y, aclarando la garganta, comento;

—Ahora sí es tarde, debes irte.

Da unos pasos hacia mí haciendo que caiga a la cama llena de nerviosismo. Trago saliva y, con voz entrecortada, digo:

—Ya vete, por favor.

Se suspende sobre mí, apoyando una de las rodillas en la cama y sonriendo pregunta:

—Dime algo, Amaia, ¿me dejarás entrar algún día?

—¿Entrar a dónde?

—A tu burbuja de cristal, para enseñarte que desde acá fuera, la vida tiene otro sentido.

Curvo la comisura y susurro:

—No lo sé, me da miedo salir lastimada.

—Puede que salgas lastimada, así es la vida. Pero también vas a vivir, a sentir y a darte cuenta de que lo que llevas dentro de esa burbuja, no es vida.

Me quedo callada y pienso en si tendrá razón. «¿Estaré perdiendo estando donde estoy ahora mismo?». Es que no comprenden que con el sufrimiento de saber que seré ciega me basta. No soportaría otro golpe a mi vida.

—Jamás entenderías. Quizá fue un error que te conociera en persona. Sabes, ahora te veo, veo tus ojos, tu rostro. Tu sonrisa burlona y tu cabello cobrizo, eso es lo que quiero grabar en la mente. Para que nunca se me olvide, quedará ahí no importa el tiempo que pase, podré recordarte tal y como eres ahora.

—Amaia, no te entiendo. ¿Por qué dices eso?

Sonrío llorosa.

—Con que yo me entienda basta. Ahora, vete y si es posible, ya no me busques.

—Lo que pides, se me hará imposible. Porque vas a viajar conmigo. Quiero que salgas por unos días de la burbuja.

—Y yo quiero hacerlo, pero sería inútil, ya es tarde para eso.

Siento su aliento acariciar mi rostro y cierro los ojos. Por un momento intento olvidar que así serán todos mis días, oscuros y sin nada que admirar. Noto sus labios besar los míos y cada vez que lo hace, recuerdo sus palabras. Jamás amaría a una ciega. Amaia, ¿por qué permites esto? Lo alejo de mí y, quebrándome por dentro, exijo:

—Vete, no te lo vuelvo a pedir amablemente.

Sin insistir más, se va y al cerrar la puerta no hago más que llorar y llorar.

«¿Por qué a mí?». «¿A quién le hice un mal tan grande para merecer esto? Seco mis lágrimas y solo deseo una cosa: que Daniel Bacchelli no aparezca más en mi vida.

—Ya he entregado el último, ¿cuál falta? —pregunto.

Eloise busca en sus cuadernos el último trabajo de la clase y me lo da.

—Es este, lo haces en unas tres horas. Es un ensayo, tema libre. Pero el profesor lo dejó para presentar recién comiencen las clases. Tienes tiempo para redactarlo.

Asiento con la cabeza.

—Vale, pues me pondré a buscar tema para el ensayo.

—Respecto al trabajo, el museo entra en receso hasta año nuevo.

—Vale, más tiempo libre para estar sin hacer nada y, por ende, pensar en cosas horribles.

Cierra su cuaderno mirándome con pena.

—Lo dices por tus ojos, ¿cierto? ¿Cuándo te los drenan? No puedes seguir usando esos lentes.

—Mañana. Y tengo que usarlos porque ya están muy dañados con la presión. Se ven horribles. Pero ya mañana se mejorarán.

—¿Y no tienen donadores de córneas aún?

Niego con la cabeza.

—La lista de espera es interminable. Ya he perdido esperanza alguna. Sin ese trasplante quedaré ciega pronto.

Esa es la palabra que más odio. Sin mucho que hacer con mi situación, intento seguir mi vida lo más normal posible.

Daniel a las 3:30 p. m.
Hola, señorita Anónima.

Srta. Anónima a las 3:34 p. m.

Hola, señor Perfecto. ¿Qué tal su día?

Daniel a las 3:38 p. m.

Algo mal. Primero, no he logrado convencer a Amaia de que viaje conmigo y deseo mucho que lo haga.

Y segundo, no me he sentido bien estos últimos días.

Creo que ya me toca aumentar la dosis.

Srta. Anónima a las 3:40 p. m.

¿Qué dosis? ¿De qué habla?

¿Cómo? ¿Está enfermo?

Daniel a las 3:45 p. m.
Digamos que son cosas de la vida.
Con píldoras se controla.
Además, de algo nos moriremos todos.

Srta. Anónima a las 3:46 p. m.
Dígame qué tiene. Me ha preocupado mucho.
Por favor, no me deje así.

Daniel a las 3:48 p. m.
Es..., solo migraña. Nada grave.
Que pase linda tarde, señorita Anónima.

No sé por qué, pero siento que me ha mentido. Sus mensajes me han puesto muy ansiosa.

—Amaia, ¿estás bien?

—Eh, sí eso creo —respondo.

Eloise me mira y pregunta curiosa:

—¿Te sigues mensajando con ese pintor en el anonimato?

—Sí, pero pensé que solo lo haría durante ese mes en que estuve en su casa. Pero no puedo dejar de hablar con él.

—¿Y de qué hablan?

Sonrío pensativa. Juego con un lápiz mientras busco qué responder.

—Muchas cosas, por ejemplo, de la vida, de la pintura. Me he convertido en una especie de confidente. Igual él para mí. «Señorita Anónima» lo escucha, lo aconseja y habla de cómo acercarse a una mujer. Mientras que el «señor Perfecto» trata de hacer que mi mundo cuadrado, como él dice, cambie y sea más abierta, que disfrute de este mundo a colores que la vida regala.

Eloise me mira y sonrío con picardía. Yo bajo la cabeza y ella, tan traviesa como suele ser, me dice con tono juguetón:

—Oh, ¡ya mismo te nos casas! Te oyes superenamorado de ese pintor.

Soltando un suspiro y mirando hacia lo lejos la puesta de sol, respondo:

—Lo estoy, Elo, lo estoy. Pero de casarme, eso nunca sucederá.

Intervención

Mi madre no se separa de mi lado. En unos minutos me suministran la anestesia y ya estoy acostumbrada a esto. Sería una de tantas veces que entro a un quirófano por mis ojos. Elo también está aquí. Me reprocha el que no le haya dicho a Daniel que hoy me operan. Pero ¿para qué? Mejores cosas tiene que hacer de seguro.

—Te amo mucho, cariño.

—Yo también, mamá. Pero no te pongas así. No es la primera vez que estamos en esta situación. Todo va a salir bien. Yo sé que sí.

—Lo sé.

Elo entra a la habitación con un lindo detalle. Esas trufas que tanto me gustan. Sonrío y me dice cariñosa:

—Estas te las comes luego de que salgas de la operación.

Digo que sí con un gesto.

—Gracias, Elo.

—Oye, Emanuel quiere verte antes de que entres al quirófano.

Trago saliva.

—Vale, dile que pase.

Mi madre, junto a ella, salen de la habitación y al rato entra Emanuel. Intento sonreír y él me mira algo indignado.

—¿Qué ocurre, Emanuel?

—¿Por qué no me habías hablado de tu condición?

—No es algo que me guste contar. Es algo muy mío, es mi cruz. No tengo que andar diciendo que seré ciega.

—Nos conocemos desde críos, ¿no confías en mí?

—Emanuel, sí confío, pero no me es fácil hablar de esto. Ya debes irte. En unos minutos vendrán por mí.

Me pone una pulsera en cuero muy linda. Sonriendo, me dice:

—Desde hace mucho te la he querido obsequiar, pero no encontraba el momento. —Traga saliva—. Te amo, Amaia, te amaré igual cuando tus ojos se apaguen. Me casaría contigo de todas maneras.

Derramo una lágrima. Cómo quisiera escuchar eso de los labios de Daniel. «¿Por qué me ocurre esto solo a mí?».

—Emanuel, eres muy lindo, pero me lastima no sentir lo mismo que tú. Yo te quiero, no te amo.

—Amas al pintor ese, ¿cierto? Ese hombre es diez años mayor que tú. A leguas se ve que solo quiere follarte y luego dejarte.

—Dices eso porque te duele que lo ame a él. Pero yo sé que eso no va a ocurrir.

Traga saliva tensando los labios.

—Vale, espero que todo salga bien con tus ojos. Adiós, Amaia.

Se va y no me deja contestar. Se ha enojado y me duele que tome las cosas así.

Daniel a las 4:40 p. m.

¿Cómo está? Me tiene algo abandonado.

Srta. Anónima a las 4:50 p. m.

He estado algo ocupada.

Cuando me desocupe, le hablaré mucho.

Me gusta charlar con usted.

Que tenga lindo día.

Guardo el móvil y, derramando una lagrima, cierro los ojos. «¿Cuándo será el día en que tenga que preocuparme por otra cosa que no sean mis ojos?».

—Amaia, linda, abre los ojos, cariño.

La voz de mi madre me consuela aún atontada. Abro los ojos lentamente y todo me da vueltas. Mi madre está a mi lado como siempre lo ha estado. Acaricia mi cabello mirándome con ternura y cariño.

—Mamá, ¿ya acabó la cirugía?

—Sí, cariño. Ahora solo debes descansar. En unas horas sentirás menos pesados los ojos. Ya han estabilizado la presión sanguínea.

—¿Por cuánto tiempo? ¿Cuándo tengo que regresar a que me drenen?

Con pesar, responde:

—Tu enfermedad va en progreso. El oftalmólogo quiere volver a intervenirte en dos meses. Y está haciendo todo lo posible por conseguir las córneas.

No me hago ilusiones por algo que no pasará. Suelto un suspiro y, sonriendo con tenuidad, respondo:

—Vale, mamá, gracias por todo lo que haces por mí.

—Haré lo que sea necesario para que estés bien y no te falte nada. Ahora, tengo que irme a trabajar, pero Eloise se queda contigo, ¿vale?

—Vale, no te preocupes. Estaré bien.

Dándome un beso en la frente, se despide y sale de la habitación. Solo en soledad me permito derramar una lágrima. Cada vez, lo inevitable, se acerca más y más.

Daniel a las 2:00 p. m.

¿Cómo está, señorita Anónima?

¿Le ha gustado la entrevista para su blog?

Srta. Anónima a las 2:34 p. m.

Sí, me ha gustado mucho.

Ya lo puse y todos comentan.

Por cierto, quiero que me diga para cuándo exhibe el próximo lienzo.

Daniel a las 2:45 p. m.

Me alegra, señorita Anónima.

Srta. Anónima a las 2:49 p. m.

Y a mí.

Guardo el móvil y termino de preparar la cena. Llevo tres días recién intervenida y no me va tan mal. Solo una que otra molestia. Pero cocino para solo comer yo. Otra vez mi madre se desvive trabajando. Pero ya se me está haciendo costumbre. Tocan la puerta y, quitándome el delantal, voy a ver de quién se trata.

—Buenas noches, Amaia.

—¿Qué haces aquí, Daniel?

Sonríe, me roba un beso y se cuelga en mi casa derritiéndome con sus labios. Me tumba en el sofá y yo solo puedo responder a su beso con pasión. Toca mi cuerpo con deseo de levantar mi vestido y tocar mi piel, pero se detiene y me dice:

—No sabes cómo deseo que seas mía, Amaia.

No digo nada, solo lo miro y me quedo callada. Cada vez lo amo más y no puedo hacer nada por evitarlo. Acerco mis labios a los suyos y los beso con timidez. Esbozo una sonrisa y rápidamente se convierte en tenuidad.

—¿Por qué insistes en buscarme? Puedes tener a otra mujer.

—Cualquiera no eres tú. Te quiero a ti.

—¿Aunque sea una tonta inexperta?

—Serás mi aprendiz, pequeña.

Siento el corazón a mil. Todo mi interior es un mar de sensaciones nuevas y extrañas. Pero tengo miedo. Muero por él, pero no quiero salir lastimada.

—Tengo algo para ti.

Se levanta del sofá y me entrega un sobre algo emocionado.

—¿Qué es? —pregunto curiosa.

—Ábrelo.

Abro el sobre y veo dentro unos boletos de avión para viajar a Suiza y luego a Ámsterdam.

—Quiero que vengas conmigo, Amaia. Nunca pensé que estaría rogándole a una mujer. Generalmente ellas piden ir conmigo. Pero esta vez, quiero que tú me acompañes. Por favor, no digas que no.

Miro los boletos y el miedo a lo desconocido me consume. Niego con la cabeza rápidamente.

—No, no iré. No está bien. No puedo ir a un viaje a solas con un hombre que sé que quiere tener sexo conmigo. Lo siento.

Su mirada se entristece y responde:

—Amaia, por favor, acompáñame. No haré nada que tú no quieras.

—No estoy segura.

Enojado, alza la voz:

—Amaia, ¡tienes veinte años! Puedes hacer con tu vida lo que quieras.

—Tengo miedo, no confío en mí misma y lo acepto.

—Amaia, solo quiero tu compañía. No te tocaré si eso es lo que te preocupa.

Estoy hecha un lío. Quiero que se vaya. Que desaparezca de mi vida. No quiero seguir enamorándome más de Daniel.

—No quiero verte más. Déjame en paz. Si no dejas de buscarme, iré a la policía. ¿No puedes entender que no quiero viajar contigo?

Por primera vez veo en su rostro desconsuelo y tristeza por mi respuesta. Algo confundido, responde:

—Pero... pensé que te gustaría ir a Ámsterdam.

—Sí, pero no contigo. Iré sola. Ya deja de buscarme.

Daniel traga saliva y asiente con la cabeza.

—Vale, ya he entendido. Descuida, Amaia, no te molesto más. Jamás ha sido mi intención incomodarte.

Sin decir más, sale de la casa y yo no sé lo que acabo de hacer. Veo el sobre con mi boleto de avión y derramo una lágrima. Será mejor así. Vuelvo a la cocina y sirvo la cena desganada. Elo siempre llama en los momentos menos oportunos.

—Hola, Elo, ¿qué ocurre?

—¿Cómo están tus ojitos?

—Están mejor. Ya no me arden tanto. Gracias por llamar.

—Oye, ¿y sigues hablando con el pintor?

—Sí, ay, Elo, estoy hecha un jodido lío. Ha estado aquí hace un rato y me ha dejado un boleto de avión. Quiere que viaje con él, pero yo no me siento capaz. Es mucho mayor que yo, nunca he salido de Italia y sé que lo único que desea es follarme y luego tirarme como un trapo viejo.

—Amaia, ¡no seas tonta! No lo conozco bien, pero se nota que muere por ti, aunque no te lo diga.

—Elo, yo lo amo. Y siento que si voy a ese viaje, terminaré cediendo a lo que él quiere. Luego él se irá y yo sufriré mucho.

—Amaia, vive el momento. No puedes estar pensando siempre en el futuro sin vivir el presente.

—Tengo que colgar, Elo. Te quiero mucho.

Termino la llamada y ahora tengo un problema, un lío. «¿Debería hacerle caso al corazón? ¿O seguir los instintos de la razón?».

Han pasado siete días, miro las maletas una y otra vez. Solo me falta cerrarlas. «¿Lo hago o no lo hago?». Quiero viajar, pero muero del miedo.

Daniel a las 6:30 p. m.

Hoy viajo, solo.

No pude convencerla, señorita Anónima,
y no sabe cómo me entristece.

No sé de Amaia desde hace una semana.

Supongo que ya no sabré de ella.

Srta. Anónima a las 7:00 p. m.

¿A qué hora sale su vuelo?

¿Sabe?, puede llevarse muchas sorpresas.

Daniel a las 7:03 p. m.

En una hora viajo a Suiza.

Me consuela hablar con una admiradora
anónima como usted.

Srta. Anónima a las 7:04 p. m.

¿Realmente desea a esa aprendiz a su lado?

Daniel a las 7:05 p. m.

Sí, mucho. Pero ya eso qué importa.

Buenas noches, señorita Anónima.

Siento mariposas en el estómago. Antes de que mi madre regrese, debo irme. Agarro un papel y le dejo una nota:

Mamá

Voy a estar ausente unos días. Te prometo que estaré bien. Iré a Suiza y luego a Ámsterdam. No te enojas, por favor. Prometo que te llamaré todas las noches y me voy a echar las gotas.

Pd: Te amo mucho

Amaia

Algo temerosa arrastro las maletas hasta la salida y cierro la puerta. Espero no estar haciendo algo de lo que me pueda arrepentir luego. El taxi me espera abajo y no dejo de mirar la hora.

—¿A dónde, señorita?

—Al aeropuerto —replico.

Srta. Anónima a las 7:20 p. m.

Señor Perfecto, diría yo que usted no viaja solo.

Daniel a las 7:23 p. m.

Viajo solo. Por primera vez.

¿Sabe lo que significa eso?

Cero diversión, cero sexo, cero charlas,
pero, sobre todo, cero compañía.

Srta. Anónima a las 7:24 p. m.

¿Le teme a la soledad?

Daniel a las 7:25 p. m.

No, la soledad la he tenido siempre.

Le temo a la compañía de una mujer,

a esa que por un momento piense

que es permanente y resulte ser solo algo pasajero,

sin importancia.

Llego al aeropuerto y, tras pagar el taxi, bajo del mismo con mis dos maletas. Los nervios hacen que mis piernas tiemblen y mi corazón bombee sangre a mil por hora. Me he puesto uno de mis vestidos florecidos, pero he

elegido el que menos flores tiene. A Daniel le desagradan las flores y no deseo incomodarlo. Camino lentamente entre la gente buscando el terminal y lo veo al fondo sentado de espaldas algo solitario. Sonrío y no logro saber por qué. Solo sé que me hace sentir plena al estar a unos pasos suyos. Avanzo hacia él y al verme se queda anonadado. Se levanta de la silla y cuando ve las maletas esboza una sonrisa.

—¿Aún puedo viajar contigo? Lo he pensado mejor y la verdad es que deseo hacer ese viaje.

Reacciona abrazándome y yo respondo muriéndome de amor por dentro.

—Me alegra verte aquí, Amaia. Pensé que no vendrías.

Sonrío.

—Quiero conocer Ámsterdam y así podré hacerlo.

Me mira de pies a cabeza y siento que observa mi vestido detenidamente.

—Trato de conseguirlos con pocas flores.

—Estás haciendo que comiencen a gustarme las flores, Amaia.

Nos llaman a abordar el avión y yo nunca he estado en uno de esos. Me da algo de miedo y me torno inestable. No sé siquiera entrar ahí.

—Tengo miedo, nunca he subido a uno.

—Todo está bien. Nada va a pasar.

—Pero ¿y si se cae el avión?

Sonriendo, toma mis maletas y besa mi frente con ternura. Me quedo inmóvil. Nunca lo ha hecho y he sentido más que deseo, afecto. Ojalá no sea solo mi corazón creyendo cosas e inventando sentimientos que no existen.

—Abordemos ese avión, señorita Carlini, prometo ser un excelente guía turístico.

Curvo la comisura y, caminando a su lado, suelto un suspiro, ya mi corazón está perdido con este hombre.

Nuevos aires

No quiero parecer tonta. Miro a todos lados y, según Daniel, lo peor ya pasó. Parecía una tonta miedosa cuando el avión despegaba. Pero él me dio la mano y me hizo sentir protegida. Miro a todos los pasajeros y duermen. Yo no puedo, yo me siento muy nerviosa.

—¿Estás bien?

—Eso creo. Solo es algo de ansiedad.

—¿Por qué no intentas dormir un poco?

Niego con la cabeza.

—No, no podría.

Me mira y, curioso, pregunta:

—Amaia, ¿qué te hizo viajar? ¿Qué fue lo que te hizo cambiar de opinión?

Sonrío y respondo:

—No lo sé en realidad. Solo sé que he querido viajar contigo. Pero no niego que tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—Como tú dices, he salido de mi burbuja por unos días. No conozco nada allá afuera y eso me asusta.

—No tienes por qué. Allá fuera hay un mundo lleno de cosas hermosas que debes conocer.

Sonrío y asiento con la cabeza.

—Sí, comienzo a creerlo.

Luego de un rato en silencio, suelto un suspiro y comento:

—Después de este viaje, ¿qué sucederá? ¿Qué pasará? ¿Ya no nos vamos a ver?

—Si tú quieres, podemos vernos.

Lo miro y trago saliva.

—Sí, pero tú debes seguir tu vida, casarte nuevamente y tener muchos hijos.

Esboza una sonrisa y acerca sus labios a los míos. Dejo que los bese, yo también deseo que lo haga. Mirando mis ojos morados extraños y enfermos me

dice:

—Mi vida está aquí, en el presente. No miro al futuro.

—¿No quieres casarte y tener hijos?

—¿Eso quieres tú?

Asiento con la cabeza.

—Me encantaría casarme y tener hijos.

Me mira un rato y finalmente responde:

—Vas a tener un esposo e hijos. Eres muy hermosa y no tardarás en conseguir un hombre que quiera estar a tu lado.

Me quiebro por dentro, al único que amo es a él y parece no darse cuenta.

—¿Qué es este lugar?

—Es Ginebra. Nos quedaremos en un hotel que está a solo minutos de aquí.

—¿Y luego?

—Luego tengo que pasar por el museo donde va a ser la exhibición para firmar unos documentos. Después podemos comer algo y dar una vuelta.

Digo que sí con la cabeza. Sonrío al ver un lugar nuevo y diferente. Camino junto a Daniel y a cada cosa que veo le pregunto sobre ella.

—Ay, ya sé que estoy preguntando mucho, disculpa.

—No te preocupes. Dije que sería tu guía turístico personal.

Esbozo una sonrisa.

—Pensé que te molestaba. Bien, pues te voy a preguntar mucho.

—Pregunta lo que quieras.

—¿Tiene que ser necesariamente sobre Suiza?

Niega con la cabeza.

—Pregunta lo que se te venga a la mente.

—¿Qué pretende con este viaje? No me creo el cuento de que solo quiere traerme aquí y luego a Ámsterdam porque es el más bueno de todos.

Se detiene y me mira a los ojos, algo intimidante pero a la misma vez burlón.

—Dime, ¿tú qué pretendes con este viaje? Sabes perfectamente lo que deseo. Nunca te lo he ocultado.

—Yo pretendo conocer Ámsterdam.

—No te creo nada, Amaia, nada.

—¿Por qué? No puedo pretender nada más. Solo vi la oportunidad de salir

de Italia y conocer otros lugares.

Me toma de la cintura y, teniendo mis labios a unos centímetros de los suyos, replica y reta mi cordura:

—Yo le diré qué es lo que pretende con este viaje. Desde el momento en que toqué tu cuerpo y besé tus labios, ha despertado en ti el deseo por más que quieras ocultarlo tras esas flores y cara inocente.

—Eso no es cierto. No deseo nada más que conocer Ámsterdam y que usted me lo enseñe.

—Cada vez que te beso, cada vez que te susurro al oído te humedeces y odias no saber por qué te ocurre tal cosa. Te informo, querida Amaia, que ese es el deseo materializado. Tu cuerpo desea tanto como el mío que te toque, que te bese, que te folle. Desea sentirse mujer.

Sacudo la cabeza y ya comienzo a creer que ha sido mala idea venir a este viaje.

—Ya basta de hablar de eso. No me ocurre nada de lo que ha dicho y no necesito sexo. Estoy bien así. No es indispensable el sexo para vivir, Daniel.

—Eso es lo que quieres creerte, pero estás que mueres porque te folle.

—¡Basta! Ya te he dicho que si tengo sexo, será cuando me case. Deja de hablar del tema.

Riendo, replica:

—El tema te hace sentir cosas que te sonrojan. Estás colorada.

—¡Que no estoy sonrojada!

—Ya, vale.

Llegamos al hotel y me quedo viendo el vestíbulo como una niña pequeña. Es todo hermoso y rústico. En todo momento sigo a Daniel, me pierdo aquí y me lío. El botones nos lleva hasta una puerta de habitación de hotel y yo me extraño. ¿No se supone que son dos?

—Disfruten su estancia —dice el botones.

Yo rápidamente le pregunto a Daniel que por qué solo hay una habitación y él se ríe. ¡Me siento estúpida!

—Solo hay una habitación disponible.

—Pero, yo no puedo dormir contigo.

—¿Por qué?

—Pues porque no, no es correcto.

Me hace entrar a la habitación y cierra la puerta con esa sonrisita burlona. Veo la cama y es muy amplia, aun así, no deseo dormir a su lado.

—Entonces duerme en el sofá.

—Cabemos los dos en la cama. Es muy amplia.

—¿Y? Quiero dormir sola.

Quitándose la camisa vuelve a sonreír y, antes de entrar al baño, responde:

—Si te preocupa el que te hostigue sexualmente, no te preocupes, no pienso tocarte hasta que de tus labios escuche que lo pides. Solo te follaré cuando tú me lo pidas.

—Ja, espera sentado. Eso no va a suceder.

—Si tú lo dices, señorita.

Se encierra riendo en el baño y yo quiero creerme que puedo soportar. Desempaco mis cosas y las acomodo en la cómoda. Pienso en mi madre y es raro que no me haya llamado hasta ahora. Siempre está pendiente de lo que hago, de mí.

Amaia a las 6:14 p. m.

Mamá, ya estoy instalada en el hotel.

¿Cómo estás?

Clarisse a las 6:15 p. m.

Amaia, ¿estás bien? ¿Tus ojos?

¿Ese pintor se ha propasado contigo?

Amaia a las 6:17 p. m.

No, mamá. No lo ha hecho. Tranquila.

Te hablo mañana en la mañana.

Te amo mucho.

Clarisse a las 6:19 p. m.

Yo también te amo mucho, cariño.

Escucho la puerta del baño abrirse y me giro rápidamente. ¡Es un fresco perverso! ¡Ha salido desnudo del baño y se le ve todo!

—¿Quiere cubrirse?

—¿Por qué?

—Porque estoy yo aquí.

—Un pene no es algo fuera de lo común. Además, ya me has visto desnudo. Trago saliva.

—Cúbrete, por favor, o juro que regreso a Italia.

Da unos pasos hacia mí y yo doy unos hacia atrás. Las gotas de agua se deslizan por sus brazos y su cabello, aún está húmedo y su mirada parece querer seducirme cada vez que puede. Me arrinconan y cierro los ojos.

—¿Qué te asusta, Amaia? ¿El que esté desnudo o el hecho de que comienzas a tener deseo de tocarme?

—¡No tengo ningún deseo de tocarte! Te crees que eres lo último en la avenida. Te paseas desnudo y hasta lo tienes pequeño.

Sonríe, acorralándome aún más y yo no sé en dónde coño me he metido. Si me hubiera quedado en Italia...

—Amaia, el único pene que has visto es el mío. Y no creo que pienses que es pequeño. Más bien te acobarda que esto te penetre.

—¿Y tú qué sabes? He visto otros, muchos otros.

—Mientes fatal y te digo algo. Puedo asegurar de que en estos momentos, tienes la braga empapada.

—¡Basta ya! No me hables más así.

Asiente con la cabeza y comienza a vestirse. Parece que va a salir y yo siento celos, muchos, al no saber qué va a hacer.

—¿A dónde vas?

—Hay un prostíbulo cerca de aquí. Quiero sexo. Jugaré con alguna mujer toda la noche. Anda, tú quédate a dormir con el pijamita. Regreso en la mañana.

Aprieto los dientes y no quiero que se vaya. Quiero llorar y pedirle que se quede.

—Oh, entonces eres de esos hombres que solo buscan en una mujer sexo. Eres un asqueroso.

—¿Asqueroso por querer tener sexo? Cómo se nota que eres una virgencita encerrada en su burbuja de cristal.

—Debería de darte asco acostarte con esas prostitutas. Anda, lárgate. Voy a cenar sola.

Se mira al espejo y, rociándose ese perfume que me hace suspirar, abre la puerta de la habitación.

—Hay disponible canales de novelitas románticas en el televisor. Mientras follo, tú puedes ver una.

Riendo, sale de la habitación y derramo una lágrima llena de celos. «Pero ¿a qué estoy celando? No soy nada suyo». Me levanto de la cama y me entran unas náuseas horribles. Corro al baño y devuelvo lo último que he comido. La vista se me nubla y me recuerda mi pronta ceguera. También me recuerda que Daniel jamás me amará como yo lo amo a él. Me duele saber que se ha ido a ese prostíbulo. Quiero que regrese, no quiero que tenga sexo con otra. Entre

lágrimas me echo las gotas y me toca cenar sola. Pero no dejo de pensar en Daniel y a lo que ha ido.

Srta. Anónima a las 7:23 p. m.

Señor Perfecto, ¿Dónde está?

¿Qué hace?

Daniel a las 7:24 p. m.

En el bar de un hotel,
tomando un vino mientras escucho jazz,
con ganas de follar. Qué suerte la mía.

Srta. Anónima a las 7:26 p. m.

Pues debe de haber muchas mujeres dispuestas a irse a la cama con usted. Incluso por dinero.

Daniel a las 7:30 p. m.

Sí, hay algunos prostíbulos aquí en Ginebra,
pero no me gustan las prostitutas.

Además, la mujer que deseo sigue pensando en florecitas.

Srta. Anónima a las 7:31 p. m.

Quizá tiene miedo de acostarse con usted
y luego ver que solo quería satisfacerse usted
sin importarle lo que ella sienta.

Daniel a las 7:33 p. m.

Hablas como si la conocieras,
como si pudieras afirmar que ella está
enamorada de mí o algo parecido.

Srta. Anónima a las 7:35 p. m.

No tengo que conocerla para percibir que
ella siente algo por ti.

Buenas noches, señor Perfecto.

Ojalá encuentre con quién tener sexo y
no muera de abstinencia.

Suelto un grito de alegría. El muy gilipollas me ha hecho creer que se iba con prostitutas y solo está tomando una copa. Sonrío como una estúpida mientras ceno; Daniel piensa en mí. No de la manera que quisiera, pero lo hace. Pronto sucumbo a lo que mi cuerpo pide sentir y experimentar.

Por fin dejamos Suiza. Ahora hemos llegado a Ámsterdam y me siento muy

feliz. Voy a poder conocer todo antes de quedar ciega. Daniel ha cumplido con su promesa y me ha traído. Estaremos una semana y siento que es muy poco para conocer todo lo que quiero ver.

—¿Qué tal si vamos a un museo?

—Trabajo en uno, así que no lo encuentro interesante.

—No es el mismo museo, Amaia. Anda, luego nos tomamos algo.

—Ay, vale, vamos al museo.

Caminamos junto a unas tiendas y pasamos cerca del escaparate de una de ropa muy elegante. Una ropa que yo ni en sueños podría ponerme y mucho menos pagar. Pero que sí puedo observar y admirar. Me detengo junto al escaparate a mirar un maniquí con un vestido rosado muy lindo. Lo observo por unos minutos y Daniel pregunta:

—¿Qué le ves a ese vestido?

—Es muy bonito. ¿Qué tienda es esta?

—Es una *boutique* de Louis Vuitton, ¿por qué?

Miro mi bolso y veo unos pocos euros. Suelto un suspiro y pregunto:

—¿Es muy cara esta tienda?

—Es un diseñador, sí, es costosa.

Suelto un suspiro, mejor seguimos caminando. Pretendo seguir el camino y Daniel me detiene.

—Entremos.

—¿Para?

—Te ha gustado ese vestido.

—No tengo dinero para comprarlo. Mejor seguimos.

—Yo te lo quiero regalar. Se vería mucho más bonito en tu cuerpo que en ese maniquí.

Niego con la cabeza.

—No, no tienes por qué regalarme ese vestido tan caro. Es mucho dinero.

—Amaia, el dinero me sobra y quiero que te lo pongas para cenar esta noche.

—Ya tengo otros. Mejor sigamos caminando.

Me agarra de la muñeca y me hace entrar a la *boutique* junto a él. Una mujer nos recibe amable y Daniel pide que le busquen el vestido que me ha gustado. Al ver el precio creo que infarto. ¡Cuesta lo que gano en un mes!

—Daniel, es mucho, es muy costoso y yo no podría ponerme uno de esos.

—¿Por qué no?

—Pues porque eso es para personas importantes, con dinero.

Agarra el vestido y me lo estrecha con seriedad. Su sola mirada me hace no insistir más en no llevarlo. Me lo mido y pide que se lo luzca. Inconsciente lo hago y, sonriendo, pide:

—Da una vuelta.

Doy una vuelta y, tímida, pregunto:

—¿Te gusta cómo queda?

—Mucho, parece hecho para ti.

Mientras lo paga me lo quito en el vestidor, lo miro y vuelvo a mirar. Nunca he tenido un vestido tan caro como este. Luego de ir al museo y tomar algo en un café, regresamos al hotel. Todo me parece hermoso aquí en Ámsterdam. Pero cada vez que estoy a solas con Daniel me viene a la mente eso que me ha dicho hace unos días. Ha sugerido que me toque y yo apenas pude entender. «¿Por qué haría tal cosa?». Sonrojada, lo miro y, con un nudo en la garganta, digo:

—¿Puedo preguntar?

—Sí, dime, Amaia.

—¿Por qué me dijo hace unos días que me tocara?

—No lo sé, quizá así, tocándote dejes la frigidez de a poco.

—Jamás lo haría.

—¿Por qué no? —Muriendo de vergüenza me quedo callada. No sé la respuesta a eso. Nunca me la he hecho antes. Deja su abrigo sobre el sofá y se acerca mirándome fijamente a los ojos—. Dime, Amaia, ¿por qué no puedes hacerlo?

Bajo la mirada.

—Quizá porque no sé hacerlo, me avergüenza y no lo veo correcto.

Curva la comisura y sus manos levantan ligeramente mi vestido. Todo en mi interior se descontrola. Sus manos ascienden por mis muslos hasta tocar mi braga color carmesí. Quiero detenerlo, pero me quedo inmóvil. Solo se me ocurre decir:

—Dijiste que no me tocarías hasta que yo lo pidiera.

—Dime, ¿quieres que me detenga?

«¡Maldita guerra interna!». Quiero que lo haga, pero muero de miedo. Sus ojos me tientan y me incitan a actuar por impulsos.

—Tócame, así como lo haces. Hazlo.

Sonríe acercando mis labios a los suyos y magreando la cara interna de

mis muslos, responde:

—Hago solo lo que tú deseas.

Sedución

Besa mi cuello con pausa al igual que sus manos estudian mi piel y yo dejo que lo haga algo retraída. No me muevo, solo dejo que me toque y susurra en mi oído que no esté tensa. Que no tengo por qué estarlo. Pero la verdad es que muero de la vergüenza. Hace a un lado la ropa interior y quiero detenerlo. Lo miro y, casi temblando, le susurro:

—Espera..., no. Nunca me han tocado y pue...

Besa mis labios callándome y logra acaramelar mis miedos. Me lleva hasta la cama y, recostándome sobre la misma, resbala sus dedos por mi hendidura y muerde mi labio inferior.

—No hables, ahora solo siente. Deja de pensar por un momento.

Asustada, replico:

—¿Qué me vas a hacer?

—Nada que no te dé placer.

Me quita la braga y ya la voy extrañando. Me separa las piernas y yo las cierro avergonzada. Las vuelve a separar y mira mi vagina de una forma que apenas puedo entender y eso me asusta. Trago saliva y digo en voz baja:

—No estoy preparada para tener sexo, Daniel. No quiero, no creo poder hacerlo.

—¿Qué te avergüenza?

—Mi cuerpo, toda yo, todo lo que soy.

No responde y frota suavemente sus dedos sobre mi clítoris y una descarga eléctrica se libera por todo mi cuerpo haciendo que sienta sensaciones que jamás he sentido antes.

—Yo creo que sí estás preparada, creo que lo deseas tanto como yo.

—No, no es cierto. Yo...

Aumenta ligeramente la rapidez en sus dedos y odio la idea de sentir la extraña necesidad de querer que no se detenga.

—¿Qué he dicho de hablar?

Me quedo callada y aún muy tensa. Se supone que él solo es el pintor al que más admiro, que solo siento admiración y respeto. Y ahora me encuentro

de piernas abiertas con sus dedos corrompiendo lo que pienso.

—Cierra los ojos —musita.

—¿Por qué?

—Solo hazlo.

Cierro los ojos con el corazón a mil, y mi cuerpo algo caliente. Aprieto los labios y el nervio me carcome. No veo lo que hace y eso me ruboriza. Siento su aliento sobre mi vagina y desliza la humedad de su lengua sobre mi clítoris succionando con suavidad. Quiero abrir los ojos, pero mejor no. Verlo entre mis piernas me mata de vergüenza. Mis latidos se aceleran junto con los respiros. Inconsciente, reposo mi mano sobre su cabeza, enredando mis dedos en su cabellera y un gemido tímido y culposo se libera de mi garganta. Su sonrisa lasciva me hace sentir que estoy cayendo en su juego de seducción, y lo peor es que lo consigue. Por más que quiero detenerlo, quiero que siga haciendo eso con su lengua en mi vagina. De abrupto, se detiene y baja mi vestido besando mis labios. Me quedo idiota, pero lo más extraño, me ha dejado con ganas de más de eso que hacía.

—Arréglate para ir a cenar.

Me quedo helada, no sé cómo reaccionar y mucho menos qué decir a lo que ha hecho. Se encierra en el baño, azotando la puerta, y siento que está algo molesto. Me arrincono en la cama y me siento como una idiota. No he debido permitir esto. Quiero esperar, y si nunca me caso, no seré de ningún hombre. Escucho ruidos raros que provienen del baño. Ruidos que me llaman la atención y, curiosa, me acerco a oír a escondidas. Son como pequeños jadeos y me hace pensar muchas cosas. Quiero tocar la puerta para ver qué le ocurre, pero no. Mejor no. Vuelvo a la cama y miro mi vestido. «Piensa en otra cosa, Amaia, en todo menos en lo que acaba de suceder hace unos minutos». Cierro los ojos y los pensamientos lascivos se apoderan de mi cabeza. No quiero pensar en eso, pero parece ser inevitable. La puerta del baño se abre y veo salir en toalla a Daniel. Lo miro y, tímida, pregunto:

—¿Todo bien?

—¿Por qué lo preguntas?

—Es que he escuchado..., nada, olvídale. Voy a arreglarme.

La incomodidad aumenta y ahora no sé ni cómo mirarlo a la cara. ¡Ya quiero regresar a Italia! Quiero irme porque sé que no falta nada para que termine rindiéndome ante él.

—¿Y esto qué es? —pregunto sosteniendo la copa.

—Es un vino de aquí. Pruébalo.

Me llevo la copa a los labios y pruebo el vino. Me mira esperando una respuesta sobre mi opinión y, sonriendo, respondo:

—Sabe muy rico, pero no tomo.

—Un vino no le hace daño a nadie. Vive un poco más.

Miro mi plato y lo que más me gusta de aquí, es la comida. Mientras como, él me mira y otra vez siento vergüenza.

—¿Qué me miras tanto?

—No me has dicho qué has sentido hace unas horas cuando te saboreaba.

Dejo caer el tenedor y no sé qué contestar. Me avergüenza hablar de esto con el que se supone que es solo mi pintor preferido. Del que me he enamorado tontamente.

—Yo..., no sé explicar.

—¿Por qué no dices las cosas tal y como las piensas?

—Porque no es correcto. Nunca antes me habían hecho eso.

—Aún no has respondido a mi pregunta.

Suelto un suspiro levantando la mirada para mirarlo a los ojos.

—Sentí una sensación de agrado. De momento no quería que parara. Pero no ha estado bien, no volverá a ocurrir.

Frunce el ceño y parece que mis respuestas lo hastían.

—A eso se le llama placer. ¿Acaso tu madre te ha tenido encerrada toda la vida?

—Ella solo desea protegerme y yo se lo agradezco. Quizá soy muy tonta y por eso necesito que me cuide como lo hace.

—No eres tonta, tienes miedo a vivir que es distinto. Tienes miedo al sexo, miedo a lo nuevo. Te avergüenza todo, tienes miedo a decir lo que sientes, tienes miedo a ser normal.

Miro hacia afuera y, viendo los coches pasar, derramo una lágrima. No me avergüenza todo, todos me tienen pena que es distinto. No soy alguien que merezca ser vista. Aún no comprendo qué hace un hombre como él cerca de mí.

—No tengo miedo a vivir, tengo miedo a salir lastimada. Bastante sufro ya con cosas que para mí son inevitables. Sé que nadie se fijaría en alguien como yo. Solo llaman la atención mis ojos, y es porque parezco un fenómeno con ojos morados. ¿Quién tiene ojos morados? Soy alguien anormal. Tengo miedo

de entregarme a un hombre por amor y que luego se vaya sin más. Que me diga cosas lindas solo para obtener lo que todos buscan.

—¿Y crees que yo soy así?

Niego con la cabeza.

—No lo sé. Eres extraño, no sé nada de ti. Solo lo que todos los que te admiramos sabemos. Pero nunca me has dicho nada de ti que me haga conocerte.

—Porque no hay nada. Solo es eso.

Bajo la mirada y un impulso que no logro controlar se me escapa.

—¿Qué pretende conmigo? ¿Por qué quiere llevarme a la cama si hay cientos de mujeres que estarían dispuestas a hacerlo?

Toca mi mano y, con esa mirada seductora y persuasiva, replica:

—Porque a la que deseo hacer mía es a ti.

—Es absurdo.

—¿Por qué lo es?

—Porque solo tendré sexo cuando me case.

Se ríe y siento que se burla. ¿Por qué? Siempre lo he deseado. Siempre mi madre me ha dicho que así debe ser. Sigue riéndose y no responde. Pero la realidad, muy en el fondo, es que muero por sentir nuevamente lo de hace unas horas. Ha dejado su huella y parece que no se borrará tan fácil. Tomo vino y hablamos de todo un poco. Me cuenta de su carrera como pintor y yo le cuento de mi afición por la pintura.

—Desde los seis años pinto. Cuando mi madre trabajaba en la fábrica de textiles, me pagó unas clases de pintura. Me encantaban, pero luego las tuve que dejar porque no podía pagarlas más. Mi tía, que vive en Londres, me regaló una maleta llena de pinceles y paletas de colores. Con lo que aprendí sola seguí pintando.

—¿Y por qué me admiras tanto?

Sonrío.

—Porque solo tus obras me han hecho inspirarme en momentos muy difíciles de mi vida. —Sonríe y odio cuando lo hace; se queda callado—. ¿Y qué te ha hecho querer tenerme?

—Tu forma de ver la vida, al principio, me chocó. Pero luego te vi como una maravillosa chica que solo tiene que salir del sueño rosa para despertar a la realidad.

Mientras habla sonrío y mi corazón insiste en creerle y ceder a lo que mi

razón constantemente niega. Mi móvil suena y me disculpo para tomar la llamada. Salgo afuera del restaurante y, soltando un suspiro, hablo:

—Hola, mamá.

—¿Por qué no me has llamado? Llevo dos días sin saber de ti. ¿Ese hombre te ha hecho algo? ¿Te ha tocado? Amaia, no me ocultes nada.

—Mamá, estoy bien. Y si no te he hablado es porque no he tenido tiempo. Daniel me ha llevado a ver muchos sitios y apenas nos hemos detenido.

—Amaia, sabes muy bien lo que hemos hablado. Ese hombre es muy mayor para ti y de seguro quiere solo llevarte a la cama. Amaia, regresa cuanto antes a Italia.

—Mamá, no soy una niña. Y no me quiere llevar a la cama como dices. Estoy bien, te lo prometo. Me duele la cabeza de vez en cuando y los ojos me arden, pero con las gotas se alivia.

—Quiero que regreses. Allá no puedo cuidarte.

—Puedo cuidarme sola. Ya pronto estoy en Italia. Te quiero.

—Mañana me hablas, por favor, ¿vale? Te quiero también, cariño.

Es la primera vez que le miento así a mi madre. Me siento fatal. Sí quiere llevarme a la cama, pero si se entera, es capaz de viajar acá y traerme de regreso a rastras. Regreso a la mesa y noto a Daniel algo pálido. Arqueo una ceja y pregunto:

—¿Te sientes bien?

—Sí, estoy bien.

—Estás pálido.

—Deben ser ideas tuyas.

Me siento y suelto un suspiro. Me mira esperando que le diga de quién era la llamada. Curvo la comisura y comento:

—Era mi mamá. Quiere saber de mí y cómo estoy. También preguntarme cuándo regreso.

—Aún falta una semana.

—Lo sé. Y, además, aún no quiero regresar.

Sonríe.

—¿Por qué?

—Aún no he visto todo aquí en Ámsterdam.

Lo miro y la sonrisa se me borra del rostro. Palidezco al verlo y, algo asustada, le digo:

—Daniel, te está sangrando la nariz.

Rápidamente agarra un pañuelo y se limpia, pero lo hace sin nervio alguno.

—¿Por qué sangras?

Tartamudo, responde:

—Eh..., seguro que me he dado un golpe y no me he enterado. No es nada.

Asiento con la cabeza.

—¿Seguro?

—Te he dicho que estoy bien.

Paga la cuenta y luego de que le sangrara la nariz, se pone de muy mal humor. Antes de ir al hotel pasamos por un helado y su actitud ha cambiado radicalmente. Está callado y pensativo.

—Oye, ¿qué pasa? ¿Te ha molestado que pregunte sobre tu sangrado?

Niega con la cabeza.

—Hay veces que ciertas cosas te hacen recordar otras amargas. Pero no es nada grave.

—¿Qué cosas?

Resopla apretando los dientes.

—Amaia, solo puedo decirte una cosa. No te enamores, darás todo a cambio de nada. Solo vive sin atarte a nadie. Evitarás sufrir.

Bajo la cabeza y trago saliva, sollozando. Para mí ya es tarde. Vivo enamorada en silencio y él no cree en el amor, al parecer.

—¿Por qué lloras?

—Porque soy tonta. Estas cosas del amor me hacen ser cursi. Me dices eso y yo sueño con casarme con alguien que me quiera tanto como yo a él.

—Solo te digo que vas a salir lastimada. De una manera u otra. Amar lastima, y más cuando la persona que amas te traiciona y te das cuenta de que nunca te amó.

No digo nada y me termino la paleta de helado. Vuelve a quedarse pensativo y de cierto modo percibo que intenta convencerse a sí mismo que no cree en el amor. Sonrío y le comento:

—No sé qué te pasó, pero no todas las mujeres son así. Hay unas que amamos y lo hacemos con sinceridad. No todas traicionamos.

Sonríe tenue y acaricia mi mejilla mirando mis ojos. A veces siento que me mira como si mirara a una niña. Acerca sus labios a los míos y, besándolos con suavidad, me dice:

—Sé que eres única. El hombre que se case contigo será muy afortunado.

—Creo que no me casaré. El hombre que me importa y del que vivo

enamorada, tiene una mentalidad muy distinta a la mía. Además, nunca querría una familia con alguien como yo.

—¿Por qué dices eso?

Cruzo los brazos.

—Porque es la realidad.

—Nunca digas nunca, la vida da sorpresas. Buenas y malas, pero las da.

Eso último me ronda la cabeza durante todo el camino hasta el hotel. «¿Será que tiene razón?». Abre la puerta de la habitación y le agradezco por la cena. Asiente con la cabeza y camina hacia el baño. Siento que, aunque mi razón diga que no, mi corazón pide a gritos que entregue el cuerpo y de una vez el alma esta noche, en esa cama. Muero de miedo, pero a la vez, siento que es lo que quiero. Quiero ser suya, aunque luego me arrepienta y termine sufriendo.

—Daniel...

Se gira y yo me acerco a él temblando del nerviosismo.

—¿Sí?

Lo miro y, apretando los dientes, suelto un suspiro nervioso.

—Quiero ser tuya, lo deseo.

Sonriendo, besa la comisura de mis labios, mascullando:

—Lo serás, Amaia, lo serás.

Entregada al amor

Su brazo rodea mi cintura y besa mis labios con esa picardía que me hace sentir en las nubes. Cierro los ojos y me estoy odiando por desear esto. Estoy faltándome a mí misma, pero cada vez que intento detenerlo sus besos me ganan.

—¿Por qué tiemblas? —susurra.

—Tengo miedo.

Baja la cremallera del vestido caro que me ha comprado dejándolo caer al suelo. Bajo la mirada para no morir de vergüenza y rápidamente la levanta quitándome con lascivia el sostén.

—No bajes la mirada. Eres hermosa.

La levanto con miedo y ahí está su sonrisa seductora que me ha hecho estar desnuda frente a él.

—¿Quieres tocarme? —pregunta—. Hazlo, no tengas miedo, bonita.

Temerosa, acerco mis manos a su pecho y le quito la americana negra que lleva puesta. Él toca mis pechos y sus manos cálidas erizan mi piel cada centímetro que arropa. Me lleva hasta la cama y, tumbándome sobre ella con suavidad, se recuesta a mi costado. Inmóvil, estoy inmóvil. No sé qué me va a hacer, estoy muy nerviosa y no puedo evitar estarlo. Me llena de besos y caricias que gradualmente hacen que la vergüenza vaya desapareciendo. Me concentro en lo agradable de sus labios sobre mi piel. Rompe la fina braga que me cubre y susurra:

—Te llevaré a conocer las estrellas, Amaia.

Todo en mi interior se dispara. Sus manos descienden por mi costado sin dejar de mirarme a los ojos e incitarme con cada beso, con cada caricia. Separa mis piernas y esta vez dejo que sus manos exploren mi cuerpo mientras yo lo siento y deseo.

—Abre los ojos —ordena.

Los abro y mis morados se chocan con sus verdes y, frotando mi centro del deseo suavemente y besando mi cuello, susurra:

—¿Te gusta?

Asiento con la cabeza.

—Sí, mucho —digo jadeante.

Aumenta la velocidad de sus dedos sobre mi hinchazón y suelto gemidos que me hacen sentir morbosa y para nada correcta.

—Te voy a hacer mía, Amaia. Serás mía. No sabes cómo lo deseo.

Detiene sus dedos y quitándose el pantalón que lleva puesto, libera su pene endurecido y rígido. Al verlo me acobardo y pregunto:

—¿Va a doler?

—Iré despacio.

Se coloca entre mis piernas y, rasgando la envoltura de un preservativo, se lo pone mientras me mira con libidinosidad. «Va a doler, esa cosa es muy grande». Tengo miedo. Sus manos quedan al nivel de mis hombros y todo su cuerpo suspendido sobre el mío. Besa mi labio inferior rozando su erección en mi sexo, entra con suavidad y me quedo inmóvil cerrando los ojos y haciendo gestos de dolor.

—¿Estás bien?

—Duele.

Se queda callado y llenando mi cuello y labios de besos salteados entra y sale de mí con delicadeza. La molestia y el dolor van desapareciendo siendo reemplazadas por placer y deseo de seguir sintiendo cómo me hace suya. Toco su piel, su espalda baja y sus caderas moviéndose sobre mí y siento que no me reconozco. Lo disfruto, por más que deseo no sentir. Muevo mi pelvis hacia su cuerpo y un gemido libidinoso se escapa de su garganta quebrándose en suspiros. Dejo de ser Amaia, dejo de lado el sonrojo y la vergüenza.

—Daniel...

Sonríe jadeante.

—Dime.

Embiste con un poco de fuerza y doy un respigo soltando un chillido.

—Quiero más.

—¿Más qué?

—Más de ti.

Tira de mis muñecas y, quedando sentado en la cama, me sienta a horcajadas sobre él. Me penetra sin desviar la mirada de mis ojos y siento cómo mi piel se enciende. Magrea mi espalda y se detiene susurrando en mi oído:

—Muévete.

Hago lo que me pide con temor y noto su erección entrar y salir de mi cuerpo electrificando cada fibra que me compone. Mis caderas parecen bailar sobre su pene buscando el máximo placer donde el límite es un gemido asolador y mis fluidos derramándose junto con él. Tiemblo entre sus brazos y siento que lo amo más que antes. Abrazo su cuerpo y comienza a moverse haciendo que su erección se mueva dentro de mí y suelte gemidos en su oído. Juega con mis pechos y yo lo miro mientras deseo que no se detenga por nada del mundo.

—Amaia, me enloqueces.

—Y tú a mí —respondo inconsciente.

Mi espalda vuelve a estar reposada en la cama y su cuerpo perfecto sobre mí, robando placer con cada embestida que da a mi interior. Se desploma sobre mí y, oprimiéndose con fuerza en mi vagina, gime y balbucea en mi oído. Yo tiritó y tiemblo aún más. De mis labios solo salen gemidos y jadeos que parecen avivar sus perforaciones. Da una última embestida y yo siento que puedo levitar, pongo los ojos en blanco clavando mis uñas en las sábanas y mi cuerpo transpirable se arquea experimentando el dolor y el placer unificados en mi vagina. Deja de moverse y, quedándose dentro de mí, besa mis labios y, magreando mi cuerpo, susurra extasiado:

—Eres mía, toda tú eres mía.

Cierro los ojos y, dejando que sus labios rocen mi piel, pienso que soy suya y ahora lo amo más que nunca. La claridad del sol me despierta. Mi cuerpo aún desnudo está a medio cubrir por las sábanas. Doy un bostezo mientras las miro. Muero de la vergüenza al verlas manchadas con sangre. Miro hacia el lado y no veo a Daniel. En su lugar están las sábanas. Le llamo y no contesta. Me levanto de la cama, lo busco en el balcón y no está. Comienzo a sollozar. Se ha ido, ha tomado lo que quería y se ha marchado. Y yo tonta que se lo he dado. Me siento horrible. A parte del dolor físico, me duele el corazón porque confié creyendo que no se iría y me ha dejado sola. Regreso a la cama y ver las sábanas manchadas me llena de enojo. «¡Soy una tonta!». Las hago a un lado y descubro algo que me deja helada y me recompone por completo. Las sábanas esconden una bella rosa roja y una nota de parte de Daniel. Rápidamente agarro la nota y la leo:

Buenos días, hermosa:

Espero haber cubierto todas tus expectativas hace unas horas. Gracias por darme el privilegio de ser el primer hombre en tu vida. Eres única,

nunca dudes de eso, Amaia.

Pd: He tenido que salir a resolver unos contratiempos. Estoy de regreso para la comida. No me he ido, sé que eso debes de haber pensado minutos antes de leer esto.

Daniel Bacchelli

Mi corazoncito enamorado brinca en mi pecho. No se ha ido, ha dicho que soy única y es el primer hombre que me regala una rosa. Agarro la rosa y la miro sonriendo. Ojalá se enamorara de mí como yo lo estoy de él. Pero también me siento defraudada conmigo misma. Siempre había querido guardar este momento para cuando me casara y no lo he hecho. Quizá ahora nadie quiera casarse conmigo. Y menos cuando sepan que soy una ciega en proceso. Agarro mi móvil y, mordiendo mi labio inferior, mando un mensaje:

Srta. Anónima a las 9:40 a. m.

Señor Perfecto, ¿Cómo le va?

Hace mucho que no sé de usted.

Daniel a las 9:50 a. m.

Me va..., joder, no sé cómo me va.

Debería decir que bien, pero no es así.

Ando confundido y eso me jode.

Srta. Anónima a las 10:00 a. m.

¿Por qué anda confundido? ¿Será el amor?

¿O tiene que ver con la pintura?

Daniel a las 10:02 a. m.

Le digo esto porque no la conozco en persona
y da igual si se lo digo o no.

Hace unos años amé intensamente a una mujer,
incluso me casé con ella.

Pensé que sería para toda la vida.

Pero, al pasar el tiempo, me di cuenta de que
nunca me había amado, que solo estaba a mi lado
por la fama y la posición que yo podía proveerle.
Pero hubo un tiempo en el que enfermé gravemente
y ella aprovechó y se fue con otro.

Los descubrí en mi cama teniendo sexo.

En la misma cama donde dormíamos ambos.

Luego de eso, me di cuenta de que es mejor estar solo.

Como lo he estado todo este tiempo.

Sin compromisos,
sin ataduras emocionales ni nada que se le parezca.

Srta. Anónima a las 10:03 a. m.

¿Y por qué eso lo confunde ahora?

Daniel a las 10:04 a. m.

Porque cuando me ocurrió eso,
me jure a mí mismo que no voltaría atrás y
no habría cabida para el amor
ni para otra mujer en mi vida.
Y ahora siento que vivo un infierno.

Srta. Anónima a las 10:10 a. m.

¿Por qué no confía nuevamente en el amor?

No lo conozco personalmente,
pero por lo que me dice,
siento que usted se ha enamorado y no lo sabe.

Daniel a las 10:11 a. m.

Me odiaría si así fuera.
No me perdonaría caer en lo mismo una segunda vez.
Pero ¿sabe?, no creo que sea amor.
Solo que sentirla ayer, me hizo creer cosas que no son.
Además, no me alcanzaría la vida para volver a amar.

Srta. Anónima a las 10:20 a. m.

¿Por qué dice que no te alcanzará la vida para volver a amar?

Habla como si no fuera a vivir por mucho tiempo.

Daniel a las 10:23 a. m.

Yo me entiendo, mientras,
intento vivir sin preocupaciones.
Así las cosas duelen menos,
te hieren y casi ni duele.
Pero, en fin, he decidido que pintaré cuadros
hasta que dé mi último respiro.

Srta. Anónima a las 10:30 a. m.

No hable así, como si nada tuviese sentido.

Entiendo lo que quiere decir y después de conocerlo a usted,
aunque fuera por este medio, mi vida cambió.

Sentí que tenía alguien en el mundo
al que sí le interesaba hablar conmigo,
que para alguien existo.

Daniel a las 10:34 a. m.

Se ha convertido en alguien muy especial,
aunque no le conozca el rostro.

Sonrío y dejo el móvil sobre la mesilla de noche. Me doy una ducha mientras pienso en lo que ha sucedido hace unas horas. Aún no sé cómo mirarlo a los ojos después de haber sido suya. Cada vez que lo recuerdo, una sonrisa se me escapa. Cierro los ojos y la sonrisa se esfuma, siento punzadas en la cabeza y un dolor intenso inmoviliza mis sentidos. Me toco la cabeza dolorida y, dejándome caer, me arrinconó en la ducha entre lágrimas. La vista se nubla y no quiero que suceda ahora que me siento tan feliz. «Que pase ya, no quiero seguir así». Espero a que el dolor cese entre lágrimas. Hasta llorar me duele. Pestañeo dos veces y, aún, la vista sigue nublada. Escucho la puerta del baño abrirse y Daniel, al verme, arrinconada entre lágrimas, se mete a la ducha sin importarle mucho mojarse. Hace a un lado mi pelo y, colocándolo tras mi oreja, levanta mi cabeza.

—¿Qué tienes? ¿Te he lastimado? ¿Por qué lloras, Amaia?

Niego con la cabeza.

—No, no me has lastimado. Y no tengo nada. Solo un poco de dolor de cabeza.

Me mira a los ojos y pone cara de espanto.

—Amaia, tus ojos están... están mal.

Cierro los ojos y pido que se vaya, pero no me hace caso, me carga en brazos y, envolviéndome en una toalla, me saca del baño. Debo tener los ojos rojos y no sé qué excusa decirle para justificar lo que ha visto. Besando mi sien me sienta en la cama poniéndose él de cuclillas frente a mí.

—Amaia, nena, mírame. —Niego con la cabeza—. ¿Qué tienes?

—Nada, estoy bien —respondo con los ojos cerrados.

—Abre los ojos.

—No.

—¿Qué tienes en los ojos, Amaia?

Trago saliva.

—Me los he frotado con los nudillos y los he lastimado. Eso es todo.

Me pasa un pequeño espejo y me lo da a sostener. Abro de a poco los ojos

y miro el reflejo de ellos en el espejo. Están horribles, ensangrentados, ese color rojizo que los hace lucir jodidos y hechos un asco. Aprieto los dientes y bajo la cabeza desganaada, cada vez es más frecuente, más doloroso, más intenso, hasta que un día, ya solo sea oscuridad lo que me acompañe hasta que muera. Me aferro a la esperanza del amor, aunque ni eso me hará ser feliz, Daniel jamás me amará, jamás amaría a una invidente. Desde que me lo dijo aquel día siendo yo solo «señorita Anónima» mi corazón se ha ido quebrando de a poco, ha ido perdiendo la fe en el amor.

Nadando contra la corriente

Veo que ha traído consigo unas compras. Agarra una de ellas y me la da mirándome a los ojos. Me pide que lo abra, pero yo no quiero desviar los ojos para ningún lado y él siga viendo lo horrible que se ven.

—Anda, míralo.

Tímida, lo abro y veo dentro un lindo vestido florecido como me gustan. Es muy lindo, es rosado y tiene flores hermosas. También hay unos tacones rosa pálido muy lindos. Mirando los tacones pregunto:

—¿Y estas cosas?

—Has hecho que ame las flores. Cada vez que veo una me acuerdo de ti.

Sonrío.

—Si amas las flores porque te recuerdan a mí, entonces, ¿me amas a mí?

Su rostro se torna ruborizado y, tartamudo, responde:

—Eh..., no..., no me he sabido explicar. Las flores me recuerdan a ti, pero no es porque te ame.

Su respuesta me hace sentir horrible. Me lo ha dicho de frente: no me ama. Y yo en cambio siento que daría la vida por él.

—Si no me amas, si no sientes nada por mí, ¿por qué te acostaste conmigo?

—Porque tú me lo pediste.

—Sí, porque pensé que tú sí sentías algo por mí también.

—Sí, deseo, atracción. Pero eso es muy distinto al amor.

Dejo caer una lágrima asintiendo con la cabeza. He cometido el peor error de mi vida. Me he entregado por amor, pero él solo vio en mí una más a la que se le antojó.

—Está bien, no tienes que darme ninguna explicación. La tonta fui yo y la que entendió las cosas mal, también fui yo.

Me levanto de la cama, cubriéndome con el albornoz y busco entre sollozos algo que ponerme en la cómoda.

—No he querido ofenderte, Amaia.

—No, no lo has hecho. Que te digo que la tonta he sido yo. Es estúpido pensar que alguien como yo pueda interesarle a alguien como tú. O a cualquier

otro.

—Amaia, yo... no quiero que te sientas así.

Me detengo y, mirándolo con dolor, aprieto los dientes.

—Quiero regresar a Italia. No quiero seguir aquí.

Asiente con la cabeza.

—Vale, como quieras. Iré a separar los boletos.

Agarra su abrigo y sale de la habitación. Mirando la puerta me derrumbo en llanto. No me quiere, solo me desea. «Eres una tonta, Amaia, una jodida tonta». Frustrada, comienzo a hacer mis maletas y no dejo de llorar. El móvil suena y veo que es mi madre, ¡maldición!

—Hola, mamá, ¿cómo estás?

—Amaia, ¿estás llorando?

— No, estoy algo enferma, creo. Me ha dado gripe y por eso sueno así. Creo que pronto regresaré a Italia.

—Quiero verte ya, Amaia. Has estado demasiado tiempo lejos de mí. Te extraño mucho.

—Yo también, mamá. Necesito un fuerte abrazo tuyo. Lo necesito urgente.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás tan decaída?

—No, no lo estoy. Es simplemente que me entristece dejar este lugar.

—¿Segura que es por eso?

—Sí, mamá, es eso. Te veo pronto. Te amo.

—Igual yo, cielo.

Y me doy cuenta de que el único amor sincero y seguro que tengo en la vida es el de mi madre. Amo a un hombre que no me ama ni me quiere, soy una chica tonta inexperta que le atrae. Más nada. Me siento sobre la cama y, cubriéndome el rostro, descargo lágrimas y los ojos me arden horribles. Pero no puedo evitar llorar.

Srta. Anónima a las 3:30 p. m.

Señor Perfecto, tengo que decirle algo.

Tengo que decírselo a alguien.

Daniel a las 3:31 p. m.

Dígame, quiero leerla.

Srta. Anónima a las 3:33 p. m.

Necesito decirle a alguien lo que siento.

Muero de amor por un hombre que apenas nota mi presencia.

Siento que no podría amar a más nadie como lo amo a él,

y me frustra saber que jamás seré para él lo que es él para mí.
Me he entregado a él y siento que he cometido un gran error.
Sabe, fue único, me sentí amada, feliz,
aunque haya sido solo producto de la misma ilusión.
Pero me he entregado completa a alguien que quizá era el incorrecto.
Quizá pido demasiado para lo que soy yo.
Me tocará seguir sin amor,
porque si él no está a mi lado, no podré ser feliz.

Daniel a las 3:45 p. m.

Qué grave error has hecho al enamorarte.
¿Sabes?, yo lucho por no volver a sentir eso
por esa chica de la que al principio solo veía
como una tonta inútil,
ahora se ha convertido en todo para mí.

Srta. Anónima a las 4:00 p. m.

¿Por qué no se lo dice?

Quizá ella sienta lo mismo por usted.

Daniel a las 4:05 p. m.

No quiero volver a sufrir por el mismo mal,
el jodido amor.

Miro su respuesta y me siento ahora más confundida que nunca. «¿Siente o no siente algo por mí?». Me toca comer sola entre lágrimas y la verdad es que no me quiero ir, pero seguir aquí es como poner mi corazón a sufrir más de lo que ya sufre. Al rato regresa con los boletos de avión y no le digo nada, sigo comiendo y hago como si no estuviera.

—Amaia, ¿sigues enojada conmigo?

Niego con la cabeza.

—¿Por qué habría de estar molesta contigo?

Se sienta a mi lado y me mira fijamente a los ojos.

—Porque creo que lo estás, que te he lastimado esta mañana.

Trago saliva y soy una jodida estúpida. No puedo retener las lágrimas ni fingir que no me duele saber que no me quiere.

—Déjame, por favor.

—Amaia, ¿por qué lloras? Dime, ¿qué te ocurre? Me duele verte llorar por cualquier cosa.

Dejando caer lágrimas como si fueran cascadas mis ojos, un impulso me

domina y estallo:

—¿Es que acaso no te das cuenta? ¿Es muy difícil darte cuenta de que muero por ti? Me enamoré de ti desde que entré a tu casa. No hay momento del día en que no te piense y sonrío como estúpida. Te admiro, también te amo. Me he entregado a ti porque eres el hombre que amo, al que elegí para que fuera el primero en mi vida. Y ¿sabes?, serás el último. Sé que soy una niña tonta, que estás acostumbrado a estar con mujeres experimentadas y yo solo soy una bobita con sueños rosas que se ha enamorado estúpidamente de un imposible. Tú jamás me amarás, y eso lo tengo claro, pero no puedo evitar que me duela. —Bajo la cabeza—. Siento hacerte pasar por esto, perdóname, perdóname por haberme enamorado de alguien a quien solo debí admirar.

Se queda callado y me mira. Seca con su pulgar mis lágrimas mientras parece querer decir muchas cosas a la vez. Justo cuando me doy cuenta de que le he dicho lo que siento a Daniel, me ruborizo y, muriendo de la vergüenza, me levanto de la mesa e intento irme de su lado, pero me detiene con su voz.

—Espera.

—No he debido decírtelo, discúlpame. Ahora, haz como si no hubiera dicho nada.

Niega con la cabeza.

—No podría hacer eso, Amaia. No quiero lastimarte, ha sido un error ser el primero en tu vida. Me has entregado algo que no merezco.

Apretando los labios, entre pequeños sollozos, respondo:

—Quizá ha sido un error, pero ha sido el mejor que he cometido. Si no me entregaba a ti, no lo hacía con nadie. Ahora, ríe, búrlate de mí.

Vuelvo a intentar irme. Pero me detiene. Esta vez hace que mi cuerpo se repose en su regazo y, acariciando mi rostro, sus ojos sollozan, pero ni una lágrima cae de sus lagrimales. Reposo su frente contra la mía y susurra:

—¿Por qué todo es tan difícil? Amaia, cómo desearía que dejaras de sentir eso por mí. Créeme que sería lo mejor. No sufrirías tanto como al estar cerca de mí. Eres una chica llena de posibilidades, no pierdas tu tiempo amando a alguien que no puede sentir.

—Yo sé que quizá tengas tus razones. Pero yo me enamoré aun sin querer. Quizá si me dejaras, podría hacer que te enamoraras de mí.

—Amaia, eres tan dulce que a veces no te das cuenta de que hay quienes decidimos no volver a amar y esa decisión jamás cambiará.

—No puedes impedir que mi corazón siga amándote, aunque para ti solo

sea una llorona a la que le has quitado la virginidad.

—Amaia, te quiero mucho. Te he tomado mucho cariño. Pero amor, ese me niego a sentirlo por nadie.

—Pero yo jamás te lastimaría. Viviría por ti, te cuidaría y trataría de hacerte feliz todos los días.

Sonríe y siento que me ve como si fuera una niña que le cuenta cómo quiere vivir con su príncipe azul. Pienso y recuerdo una charla que tuve con mi madre años atrás, cuando tenía dieciséis. No comprendía por qué yo era diferente, no solo por mi enfermedad, sino por mi forma de ser, quería intentar ser como las demás, pero siempre surgía la tonta Amaia. Tampoco ningún chico me miraba, ni siquiera se daban cuenta de que existía. Le cuestioné eso a mi madre y lo que me respondió de momento no lo comprendí hasta ahora que tengo a Daniel frente a mí. Trago saliva y añado:

—Cuando tenía dieciséis mi madre me dijo algo que hasta ahora no comprendía. Me dijo que hay personas que viven para amar y otras aman para vivir. Unos viven casados dos décadas y no conocen el amor, otros en días pueden sentir que se aman. —Sonrío—. Sabes, yo creo que soy de las que viven para amar. No podría dejar de amarte. Solo me bastó un mes para darme cuenta de que eres el amor de mi vida. Y tal como dice mi madre, solo se ama una vez de verdad. Y ese amor es para toda la vida. Así es el mío, aunque no me quieras a tu lado siempre sentiré esto por ti.

Aturdido, niega con la cabeza, frustrado.

—No digas eso, Amaia, aún eres joven, una chica que comienza a vivir. Lo que sientes por mí es una ilusión, no es amor. Crees amarme porque confundes la admiración con algo más.

—Si de algo estoy segura, es de lo que siento por ti. Pero no te preocupes, yo... yo entiendo. No puede ser.

Me levanto de su regazo y, encerrándome en el baño, me permito desplomarme entre lágrimas silenciosas que ahuecan mi corazón. Toca la puerta y pide que le quite el seguro. Pero no, yo quiero estar sola, basta que me tenga pena y por eso me busque. Quiero regresar cuanto antes a Italia y que todo vuelva a la normalidad.

—Amaia, abre la puerta. Por favor, sé que te lastimo y me duele hacerlo.

—Déjame, quiero estar sola. Sufro por mi culpa, fui yo la que se enamoró, fui yo la estúpida.

—Lo siento, Amaia, lo siento mucho.

Yo lo siento más. Me equivoqué. Nunca debí dejar Italia. Nunca debí dejar que mi vida saliera de la «burbuja» de cristal en la que me encontraba. Al menos en ella no sufría por lo que ahora sufro. «¿Por qué no puede tan siquiera intentarlo?». No pierde nada, yo haría todo por no lastimarlo. Solo tendría ojos para él, sería esa mujer que no logra tener a su lado. Jamás lo dejaría por nada del mundo. Pero para Daniel eso no parece ser suficiente. No lo soy para nadie.

—Amaia...

Ladeo lentamente, cabizbaja.

—¿Sí?

Cerrando una de sus maletas suelta un suspiro.

—¿Sabes?, tienes más agallas que yo en muchos sentidos.

—¿Por qué lo dices?

Deja la maleta a un lado y se sienta en la cama mirando hacia el balcón de la habitación algo confundido. Aprieta los dientes y responde:

—Porque tienes la valentía de decir lo que sientes, demostrarlo, aun sabiendo que puedes salir lastimada.

Arqueo una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Que quizá yo sea un cobarde. Tal vez el miedo y el dolor me ha convertido en alguien que evita vivir.

—No soy valiente, si lo fuera no lloraría por todo, no me lastimaría el que no me quisieras. Lo aceptaría y pasaría de las lágrimas.

—Eres sensible, y también eres valiente.

Ambos nos quedamos en silencio por unos minutos. Me mira y esta vez siento que sus ojos delatan lo que su razón le prohíbe.

—Amaia, has hecho que vaya en contra de mis propias barreras.

—¿Por qué dices eso? —replico sonrojada.

Tomando mis mejillas y acercando mis labios a los suyos, me besa haciendo que mi corazón lo quiera siempre a su lado. Con voz baja y rendida, cansado de luchar contra lo inevitable, contra corriente, responde:

—Amaia, has logrado que haya una guerra interna en mi interior. El corazón y la razón no se ponen de acuerdo, pero de algo estoy convencido y no puedo seguirlo callando. Me he enamorado de una chica hermosa de ojos morados que usa vestidos florecidos y vive la vida llena de ilusiones.

—No tienes que...

Me calla reposando su índice en mis labios y añade convencido por primera vez de algo que creía ya superado:

—Te amo, Amaia, y odio hacerlo.

Una oportunidad

Creo que estoy alucinando. Sí, eso debe de ser. Tanto deseo que me lo diga que ya lo ando imaginando. Bajo la mirada y digo en trance:

—No te burles de mí, por favor. Debes estar haciendo una broma de mal gusto.

Niega con la cabeza besando mis labios.

—Te amo, Amaia, no me burlo de ti. Sin darme cuenta te has metido dentro de mí y no sé cómo sacarte.

—¿Me amas? ¿En serio? No tienes que decírmelo para hacerme sentir bien.

Asiente con la cabeza.

—Hablo en serio. Eres lo único que me hace sentir que lo que resta de vida tiene sentido.

Sin pensarlo, rebosante de alegría y felicidad me lanzo a sus brazos y lo lleno de besos. ¡Me ama! Me ama igual que lo amo yo él. Ya no me importa más que él, más que Daniel en mi vida.

—Ahora tengo algo que preguntarte, Amaia.

—¿Qué quieres preguntarme?

Me mira y, agarrando mis manos, las besa con ternura.

—¿Quieres ser la novia de este pintor solitario y ajeno a la sociedad?

Quiero decir que sí, pero me acobardo, nunca he tenido un novio, no sé cómo es eso y mi madre odiará la idea de que Daniel sea mi novio. Temerosa, niego con la cabeza.

—No lo sé. Yo... yo jamás he tenido uno. Además, mi madre se enojará mucho si se entera de que me he enamorado de ti.

—Hablaré con ella.

—Pero... ella no te escuchará. Cree que eres muy mayor.

—Lo soy, Amaia, pero no creo que sea problema.

—Para mí eres perfecto.

Sonríe y me abraza y yo siento que todo en mi interior se contrae de felicidad. Pero en cambio, hay algo que a él no le permite sonreír del todo. Lo

miro y, tratando de buscar una respuesta, pregunto:

—Oye, ¿tienes algo? No sé, te noto extraño.

—No tengo nada, pequeña. Solo deseo tenerte a mi lado el mayor tiempo posible.

Me quedo callada y, tras pensar en todo lo que me dice o responde, siento que siempre oculta algo tras esas palabras. «¿Por qué no me lo puede decir?».

—Daniel, siento que me ocultas algo. Parece como si no quisieras compartirlo con nadie. Te prometo que si me lo dices, no se lo diré a nadie. Me lo guardaré.

Él sonrío acariciando mi rostro y me mira con ternura. Yo dejo que me acaricie respondiendo también con una sonrisa y contesta:

—Eres única. Tu inocencia, tu pureza ante la maldad son increíbles. Anda, agarra tus maletas que ya se nos hace tarde para ir al aeropuerto.

Digo que sí con la cabeza, voy a buscar mis maletas y él se encierra en el baño. Cada vez que lo hace me extraño. Parece que hace algo dentro que no quiere que vea y siempre sale pálido. Esta vez ha dejado su móvil sobre la cama y entra una llamada de un tal doctor Cabral. Miro la llamada y estoy a punto de contestarla cuando Daniel sale del baño y al verme con el móvil me lo arrebató de las manos, gritándome todo nervioso:

—¿Qué haces con mi móvil?!

—Solo lo estaba viendo yo...

—¡Yo, nada! No tienes por qué agarrarlo.

Llorosa, pregunto:

—¿Quién es el doctor Cabral?

Al escucharme preguntar por el doctor se enfurece más.

—¡No te importa! ¡No te metas en mis cosas! No tienes por qué hacerlo.

Sus gritos me hacen sentir un profundo vacío. Bajo la cabeza y no respondo nada. Tomo mis maletas y seco mis lágrimas. Él toma las suyas y sale de la habitación, enojado. Antes de yo hacer lo mismo, entro al baño y veo en el bote de basura, papeles sanitarios manchados con sangre. Al verlos, recuerdo aquella vez en que le sangró la nariz y me dijo que solo se había dado un golpe. Trago saliva y, agarrando mis maletas, salgo tras de él y ahora más que nunca sé que me oculta algo. Así como se lo oculto yo. Subimos a un taxi y no me habla en absoluto. Lo miro de reojo y su mirada está desviada hacia el vidrio de su puerta. Apretando mis labios, digo:

—Perdón por haber tomado tú móvil. No lo volveré a hacer.

Ahora me mira y toma mi mano. La besa y, afligido, responde:

—Perdóname tú a mí. No he debido tratarte así.

Curvo la comisura.

—Te perdono. —Hago una pausa—. Eh..., no sé si por ser tu novia debo saberlo todo, disculpa. Nunca he tenido novio y quizá he violentado tu privacidad.

—Tienes derecho a ver lo que quieras de mí, excepto el móvil. Solo eso me lo reservo para mí.

—Vale, no lo vuelvo a agarrar. Pero ¿podrías decirme quién es el doctor Cabral?

—Es... es un cliente que me compra cuadros para su mujer.

—Oh, vale.

Suelto un suspiro, me recuesto en su hombro entrelazando mis dedos con los suyos y cierro los ojos. «¿Por qué aún sigo intranquila?». Tengo nervios, muchos. Ya hemos llegado a Italia y estamos a solo pasos de la puerta de casa. Daniel besa mis labios y pregunta:

—¿Quieres que hable con tu mamá ahora?

Niego con la cabeza, temerosa.

—Mejor ahora no. Yo la preparo para que luego tú puedas decirle y esté más tranquila.

—Vale, como quieras.

Emanuel sale de su apartamento y camina hacia el elevador. Al verme junto a Daniel, se detiene y dice con seriedad:

—Buenas noches, Amaia.

—Hola, Emanuel.

Me mira de pies a cabeza y dice con algo de burla:

—Por lo que veo en ese viaje te rompieron e hicieron nueva. ¿Desde cuándo usas tacones?

—¿Y eso a ti qué te importa? —señala Daniel.

—¿Y a ti quién te llamó? Vete a pintar tus lienzos y deja a Amaia en paz.

—Amaia es mi novia, y el que tiene que dejarla en paz eres tú, imbécil. Te quiero lejos de ella, ¿entiendes?

Emanuel me mira y yo bajo la cabeza muerta de la vergüenza. Arquea una ceja y pregunta:

—¿Clarisse sabe que este tipo es tu novio? ¿Un hombre que te lleva diez años?

—No, pero se lo voy a decir.

—¿Eres tan tonta para no darte cuenta de que este solo quiere llevarte a la cama y luego irse? Pensaba que eras más inteligente que eso.

Dicho esto entra al elevador, sus palabras me dejan algo confusa. Miro a Daniel y pregunto con timidez:

—Dime algo, ¿lo que querías era acostarte conmigo? ¿Te irás?

Me besa en la frente, me abraza arrojando todo mi cuerpo, y me dice al oído entre pequeños besos:

—Tener diez años más que tú no me impide sentir amor por ti. No podría dejarte, bonita.

Me acompaña hasta la puerta y, dejándome las maletas, me despido de él. Lo veo entrar al elevador y al irse decido entrar a casa. Abro la puerta y esta vez mi madre se encuentra. La veo sentada en el sofá con los pensamientos idos. Dejo las maletas en el recibidor y me acerco a ella.

—Mamá, ya he llegado. ¿Cómo estás?

Levanta la mirada y pregunta:

—¿Por qué no has avisado que llegabas?

—No tuve tiempo, pero ya estoy aquí.

—¿Qué hacías como para que no te diera tiempo?

Me siento a su lado y respondo:

—Muchas cosas, visité museos, restaurantes, hermosos parques. Te he comprado cosas de allá.

Asiente con la cabeza. Con un gesto me hace mirar la mesa de centro y hay cientos de euros junto a una copa a medio llenar.

—¿Y esto?

—Lo que he guardado de lo que he ganado trabajando.

—Pero y las cuentas, la casa...

—Ya he pagado todo. Eso es para pagar tu próxima operación.

—Pero, mamá, ¿de dónde...

—Ya no empieces con tus preguntas, Amaia. Me voy a dormir. Tengo que madrugar mañana.

La miro y, antes de que se vaya, comento:

—Mamá, tengo que hablar contigo. Pero lo hacemos mañana cuando estés desocupada.

—Vale, buenas noches.

—Te quiero.

—Y yo a ti, cariño.

Me quedo sola en la sala de estar y recibo, en el móvil que Daniel me había dado en su casa, un mensaje:

Daniel a las 9:44 p. m.

Que descanse y amanezca más hermosa que hoy.

Te amo, Amaia,

¿qué has hecho para que vuelva a sentir esto?

Amaia a las 9:50 p. m.

Yo también te amo mucho.

Daniel a las 10:00 p. m.

Mañana paso por ti.

Vamos al cine y luego a cenar.

Amaia a las 10:03 p. m.

Vale, pero salgo de la universidad a las 3:00 p. m.

Daniel a las 10:04 p. m.

No te preocupes. ¿Sabes?

Mañana te llevarás una sorpresa.

Tienes nuevo curso en la carrera, ¿no?

Amaia a las 10:05 p. m.

Sí, Artes Plásticas y Óleo.

¿Por qué?

Daniel a las 10:06 p. m.

Por nada, bonita. Descansa.

Suelto un suspiro y ya siento que puedo levitar por la casa. Camino a la cocina y abro el frigorífico, miro qué puedo comerme, agarro unos palitos de queso y, sentándome en uno de los taburetes de la cocina, me los como. El móvil de mi madre se ha quedado aquí. De momento pienso en llevárselo, pero la curiosidad me hace querer husmear un poco. Entro a la bandeja de mensajes y tiene el buzón a punto de estallar. Entro a la última conversación que le ha llegado y la leo:

Stéfano a las 7:00 p. m.

Pasado mañana te quiero a las 6:00 p. m.,

como siempre. Puntual.

Clarisse a las 7:01 p. m.

Vale, ¿en dónde?

Stéfano a las 7:03 p. m.

En donde siempre.
Esta vez será toda la noche, te pagaré extra.
Pero lo necesito.

Clarisse a las 7:04 p. m.
Cien euros la hora.

Stéfano a las 7:05 p. m.
¿Cien? Cobras cincuenta.
Puedo conseguir a otra que lo haga.

Clarisse a las 7:07 p. m.
Pasado mañana es mi día libre.
Además, tengo mi vida también.
Vale, busca a otra, nadie te lo prohíbe.

Stéfano a las 7:10 p. m.
Cien entonces, te espero.

Los leo una y otra vez. Me enojo y no logro explicarme por qué, quizá en el fondo sé de lo que se trata, aunque me niegue a creerlo. Lo dejo a un lado y me decido a desempacar las cosas. Mientras lo hago, canto y tarareo. Daniel, ese hombre me tiene en las nubes y solo deseo no caer de ninguna.

Desayuno mirando la televisión y dejo enfriar la avena embobada, pensando en Daniel. Cada vez que pienso en él sonrío. Agarro mi móvil y mando un mensaje:

Srta. Anónima a las 8:00 a. m.
Buenos días, señor Perfecto,
¿cómo ha amanecido?

Daniel a las 8:03 a. m.
Enamorado de una chica que jamás pensé
llevar tan metida en la mente.

Srta. Anónima a las 8:05 a. m.
¿Habla de su aprendiz?

Daniel a las 8:09 a. m.
Sí. Es hermosa, pensar en ella
me inspira a pintar sin cesar.

Srta. Anónima a las 8:13 a. m.
Ah, ya pronto dan el paso siguiente.

Daniel a las 8:14 a. m.
Ya lo hemos dado.

Es la chica más dulce y tierna que he conocido.
Fue algo difícil de explicar.

Srta. Anónima a las 8:19 a. m.

De seguro para ella también lo fue.

—Buenos días.

Me giro y veo a mi madre acercarse ya arreglada para salir no sé a dónde.

—¿A dónde vas?

—Tengo unos asuntos que resolver.

—Vale, al menos desayuna algo. —Asiente con la cabeza y mientras saca del frigorífico la jarra con jugo de naranja, pregunto—: Oye, mamá...

—Dime, Amaia.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Sobre?

Trago saliva.

—Mamá, tengo novio y quisiera que lo conocieras pronto.

Deja caer el vaso, rompiéndose en el suelo. Rápidamente pone cara seria.

—¿Novio? Imposible.

—Sí, mamá, sí tengo. Es muy lindo conmigo y lo amo mucho.

—¡Por nada del mundo! ¿Quién es? Es el pintor ese, ¿cierto? —Me quedo callada—. ¡Contesta! —grita.

—¡Pues sí! Es él. Lo amo y somos novios. Él también me ama y quiere hablar contigo.

—¡No seas ilusa! ¡Ese hombre no te ama! Solo busca lo que todos, sexo y nada más.

—Él no es así, me ama y estoy segura de eso.

Me agarra fuerte del brazo y, amenazante, ordena:

—¡Ese noviazgo se acaba y es ya! Vas a tener serios problemas, Amaia Carlini.

—No me importa, no lo voy a dejar.

—¿Te acostaste con él? Dime, ¡contesta!

Derramo lágrimas y respondo gritándole:

—¡Sí! Me hizo el amor en Ámsterdam y no me arrepiento. Me entregué porque lo amo y volvería a hacerlo. No puedes imponerme a quién amar y a quién no.

—¡Cállate! ¡Eres una cualquiera!

Llena de enojo me golpea con fuerza en la cara y me quedo fría. Nunca me

había tocado ni golpeado. En estos momentos siento que la detesto, el enojo se apodera totalmente de mí y solo quiero irme lejos.

La consciencia consume

Me duele la mejilla. Derramo lágrimas aún, estupefacta. Nunca me había tocado y mucho menos gritado de esta forma. Me sacude del brazo y me grita nuevamente:

—Te prohíbo que vuelvas a ver a ese imbécil, Amaia, ¡te lo prohíbo!

Niego con la cabeza.

—¡No! No pienso dejar a Daniel ahora que me siento amada por primera vez en mi vida, a pesar de saber que pronto voy a quedar ciega. Lo amo y no pienso renunciar al único hombre que me ha amado y hecho sentir como me siento.

Iracunda, replica:

—¡Eres una tonta! Ese tipo no te ama, solo ha querido follarte y tú se lo has permitido. Toda mi vida te he protegido como para que ahora lo eches todo a perder.

—No me pidas que me aleje de él. Sabes que te he obedecido siempre en todo, pero no pienso dejar a Daniel.

Sus ojos se llenan de lágrimas y me suelta con repugnancia e indignación.

—¿Qué? ¿Acaso todo lo que he hecho por ti no ha valido? He dedicado mi vida entera a protegerte del sufrimiento y el dolor de ser lastimada y ¿así me pagas?

—Yo no quiero defraudarte ni nada así. Simplemente me he enamorado y quiero seguir al lado de Daniel.

—¡Ya te he dicho que te lo prohíbo! Soy tu madre y me debes obediencia.

Trago saliva y por primera vez siento que quiero defender lo que creo y pienso. Llena de temor argumento:

—No entiendo por qué me tratas así. Tú me tuviste a los dieciséis y nunca te he hecho sentir como una cualquiera y mucho menos te lo he reprochado.

—¡Yo no lo decidí! No lo elegí, tampoco lo pude impedir. Es muy distinto. Aun así te tuve y he dado lo mejor de mí y lo mejor que he podido ofrecerte.

No dice más, entre lágrimas sale de la casa y azota la puerta con furia. Ideas algo fuertes pasan por mi mente. «No, eso no puede ser. ¿Por qué dice

que no pudo elegir?». Se ha ido y me ha dejado con esa espinita que quiero sacar ya. Me miro la mejilla en el espejo y está colorada. Mientras la miro, pienso en si debo o no obedecerla. No quiero lastimarla, pero tampoco deseo renunciar al amor.

Daniel a las 9:00 a. m.

Buenos días, bonita.

Espero que tenga un lindo día hasta las tres de la tarde.

Luego de las tres me encargo yo. Te amo.

Amaia a las 9:03 a. m.

Buenos días, ojalá pueda pasarlo lindo.

También te amo mucho.

Más de lo que yo misma puedo creer.

Daniel a las 9:05 a. m.

Nos vemos en la tarde, bonita.

Leer sus mensajes me estresa aún más. Trago saliva y agarro mi mensajero y libros de la universidad. En algo tengo que ocupar la mente y dejar de pensar en tanto problema.

—¡Amaia! ¡Por fin te veo! ¿Cómo te fue en el viaje? —pregunta Eloise, emocionada.

Sonríó sentándome en la mesa, cerca del pizarrón.

—Me fue genial. Te digo algo si no se lo dices a nadie.

—Sí, sí, sí. Dime, anda, *porfis*.

—Daniel y yo ya hemos hecho el amor en Ámsterdam. Fue... fue único. Y sabes, desde que pasó, siento que no puedo estar lejos de él.

—¡Sííí! ¡Amaia ha probado el sexo! Ya era hora, tonta, ¿y cómo es él?, ¿de esos duros que te hacen gritar?

Sonrojada, replico:

—Eh, no, no es así. Más bien fue romántico, lindo y tierno.

—Ay, Amaia, ¡no has probado nada! —dice riendo—. ¿Y Clarisse lo sabe?

—Se lo he dicho esta mañana y lo ha tomado muy mal. Hasta me ha pegado. No entiendo por qué le molesta que tenga novio y haya tenido intimidad con él.

—Quizá es porque se lo ha tomado muy de sorpresa. Tu mamá ha hecho todo por protegerte y no quiere que te lastimen. Quizá ha sido eso.

Asiento con la cabeza.

—Pero me ha prohibido verlo. Y no quiero dejarlo.

Antes de que me pueda responder todos entran al aula y miro a ver si divisó al nuevo profesor.

—¿No sabes quién es el profesor? —pregunto.

Eloise niega con la cabeza y suelto un suspiro. Qué remedio, tocará esperar. Luego de unos minutos, entra al aula el que va a ser el profesor del curso y, al girarme y ver de quién se trata, siento que voy a infartar.

—Buenos días, no creo necesario decir quién soy, muchos me conocen. Pero para los que aún no, soy Daniel Bacchelli y les estaré sirviendo como profesor durante este curso.

Me quedo helada, fría. No puedo creerlo. Jamás podré concentrarme, no deja de mirarme y aún no me creo que sea él quien nos vaya a dar la clase. Pienso que lo ha hecho con toda intención.

—Me enamora la forma en la que te mira. Se nota que está coladito por ti —susurra Eloise.

—¡Shh! Deja de decir eso. No me ayudas.

Ella ríe y yo aquí muriendo de los nervios. Escribe las instrucciones de un ensayo en el pizarrón y yo me quedo mirándolo como tonta.

—¿No entiende algo? ¿Necesita que se lo explique? —dice acercándose a mí.

Dios, no quiero tartamudear y que media clase se dé cuenta de que su cercanía me pone toda nerviosa.

—Entiendo, gracias —respondo.

Escribo lo que ha mandado hacer en la libreta y aún estoy en trance. Todos me miran raro, saben que he pasado un mes en su casa y ya vienen las habladurías y cuchicheos entre la clase. Si antes me trataban mal, ahora va a ser peor. Trato de concentrarme en la clase y no pensar que el que la da es precisamente el hombre que amo. Mi querida amiga no ayuda. A cada rato me recuerda que me mira y lo hace detenidamente.

—Ay, con razón ese vestidito y esos tacones tan coquetos. Sabías que él vendría.

—Elo, no, no lo sabía. ¿Ya quieres callarte y dejar de hacer esos comentarios?

—Estás colorada, ay, es que no puedes esconderlo. Pero ahora lo que tienes que hacer es pedirle que después de clase te folle duro frente al pizarrón. Eso es excitante.

—¡Eloise!

—¿Qué? Es hora de que dejes el pudor con él a un lado —bufa.

Y quizá tenga razón. Pero sigo creyendo que mi cuerpo no es del todo lindo. Es más, es feo y sin gracia. Aún no sé qué le ha gustado a Daniel de mí. Al culminar la clase pretendo ser la primera en salir, pero con un gesto, Daniel me lo impide. Espera a que todos salgan y cierra la puerta asegurándola. «Amaia, tranquila, no tartamudees».

—¿Por qué no me dijiste que serías el profesor de este curso?

—Quería darte una sorpresa. Me encanta tener a mi hermosa novia como alumna.

—Pero comenzarán a hablar. Daniel, mis compañeros de estudio no me aceptan. Piensan que soy tonta y sí lo soy. Pero cuando se enteren de que tú eres mi novio, me tratarán aún peor.

Soltando un suspiro, se sienta a mi lado y me mira las pupilas moradas cerniendo las suyas en ellas.

—Nada de eso pasará. Te lo prometo. Ahora, quiero que me des un beso. Niego con la cabeza.

—No.

—¿Por qué no?

—Pues porque estamos en la universidad y nos pueden ver.

Haciendo caso omiso, tira de mi cintura y me acerca a él sentándome en su regazo. Lo miro y él me sonrío besando mis labios.

—Eres muy pudorosa. No tiene nada de malo que nos vean besándonos. Eres mi novia.

—Sí, pero aún nadie lo sabe.

—Pues que se enteren. —Bajo la mirada y pienso en la discusión que he tenido con mi madre en la mañana. No acepta por nada del mundo a Daniel y eso me quiebra por dentro. Lo amo y no quiero dejarlo, pero tampoco quiero desobedecer a mi madre—. Amaia, ¿ocurre algo?

—Esta mañana hablé con mamá sobre ti y sobre mí. Ella... ella no acepta que sea tu novia. Quiere que deje de verte. Dice que no me amas, que solo querías de mí llevarme a la cama y ya pronto te irás. Es mi madre y siempre he tratado de obedecerla. He visto cómo hace hasta lo imposible por darme todo y no quiero faltarle.

—Y no lo haces. Al tener una relación no le estás faltando, Amaia. Hablaré con ella y le haré ver que no soy eso que piensa.

Niego con la cabeza muriendo del nerviosismo.

—No, ella me ha pegado y no quiero ni imaginarme qué te haría a ti. Me duele que no comparta conmigo esta felicidad.

Me mira y parece no estar de acuerdo con mi decisión. Acaricia mis mejillas e insiste en hablar con ella. Quizá él sí le haga ver lo que yo no logro.

Trato de olvidarme de eso por un rato y pasar una velada agradable en el cine con Daniel. Me da a elegir la película y miro la cartelera.

—¿Podemos ver esta? —Señalo una romántica.

Pone cara de desagrado, pero termina aceptando. Me encantan esas películas y más si tienen finales felices. Yo miro la película muy intrigada e interesada y cuando ladeo veo a Daniel con la baba tendida, durmiendo. «¿Es en serio?». Sonriendo, agarro dos palomitas de maíz y se las meto en la nariz. Despierta y se las quita. Me mira y, curvando la comisura, dice:

—¿Estás graciosa?

—Te has quedado dormido.

—¿Qué ha pasado con los cursis de la película?

Respondo feliz:

—¡Se casaron!

Pone los ojos en blanco.

—¿Dos horas sentados para que esos dos solo se casaran? ¿No follaron ni nada?

Niego con la cabeza.

—Eso es después de la boda.

Se levanta de la butaca huyendo de la sala y, riendo, salgo tras de él. «¿Por qué le tiene fobia a lo cursi?».

—Ahora elige tú dónde cenaremos.

Caminamos juntos por la acera y hay muchas opciones. Agarro su mano y, recostada de su hombro, camino esperando a que se decida.

—¿Comida francesa?

—Vale —respondo sonriente.

Entramos a un bistró y, sentándome en una de las mesas junto a la pared de vidrio, entran unos mensajes a mi móvil.

Clarisse a las 9:00 p. m.

¿Dónde estás, Amaia?

Creo que he sido clara.

¡No me hagas enojar más!

Clarisse a las 9:10 p. m.
¡Joder, contesta!

Amaia a las 9:18 p. m.
Estoy cenando. En un rato regreso.

Clarisse a las 9:20 p. m.
Es tardísimo.

Regresa o vas a tener problemas.

Mis ojos lloran y me lleno de desesperación. Daniel regresa a la mesa y se sienta frente a mí. Desvió la mirada e intento no llorar.

—Amaia, pasa algo, ¿cierto? —Niego con la cabeza—. No me mientas.

—Mi madre quiere que regrese a casa. Está muy furiosa. Pero no te preocupes, cenamos y luego me llevas.

Se queda callado y parece pensar. Luego de guardar silencio para sí mismo, se levanta de la mesa y hace que también lo haga yo.

—Vamos, te llevo a tu casa —dice serio.

—No, cenemos y luego me llevas.

—No. He dicho que nos vamos. Te dejaré en tu casa para evitarte problemas.

—Ya soy mayor, mi madre se puede enojar, pero nada más.

—Amaia, será mejor que nos vayamos. Otro día cenamos.

«¡Maldita sea! ¡Me ha arruinado la noche! Esta vez no la voy a perdonar. ¡Que me deje vivir!» Subo al coche entre lágrimas frustradas y azoto la puerta.

—¡No es justo! Quería cenar.

—Y yo no quiero más problemas con esa señora, Amaia.

Acelera el coche y pide que no lllore. Pero grito o lloro. Tengo que hacer una de las dos. En estos momentos siento que odio a Clarisse Carlini. Al llegar al piso, Daniel me acompaña hasta la puerta y ando muy enojada. Besa mi labio inferior y sonrío con tenuidad.

—Deja de estar así toda seria. No ha sido tan grave. Tenemos muchas oportunidades para cenar.

—Tengo veinte años y cree que aún tengo quince.

—Debe quererte mucho. No se lo tomes a mal. Te veo mañana, bonita.

Espero a que se vaya y una vez lo hace entro a la casa a gritos.

—¡Clarisse Carlini! ¡Te odio! ¡Me has jodido la noche! ¿Por qué me haces esto? ¿Acaso crees que nadie puede amarme porque estoy enferma?

Se levanta del sofá y responde con tono alto:

—Ódiame, prefiero que sea ahora y no después cuando te rompa el corazón y luego me odies por no haberte advertido.

—¡Déjame hacer con mi vida lo que me parezca! Nunca te he pedido nada, ahora te lo estoy pidiendo.

—Ya te he dado una orden. No des más la lata con lo mismo.

Tiro mi bolso al suelo, iracunda, y con ganas de gritarle muchas cosas.

—¿Cuál es tu problema?! ¿Quieres verme igual de solterona que tú? ¿Sola y sin una vida? Si a ti te gusta vivir así, ¡bien! Pero yo quiero algo diferente. ¿Por qué no te quedaste con mi padre? ¿Con ese del que no sé ni el nombre? ¿Quieres que sea igual de fracasada que tú? ¡Ya déjame en paz! —grito enojada.

Ella no responde. Solo me mira y las lágrimas se le salen antes de que ella se pueda dar cuenta. Aprieta los dientes y con voz entrecortada responde:

—Jamás querría que fueras lo que soy yo. Soy solterona porque me he dedicado toda la vida a ti y no me arrepiento. Eres lo único que me importa en mi vida. Y sí, es cierto, soy una fracasada. Nunca pude ir a la universidad porque apenas tenía para vivir. No sé qué es ser alguien en la vida y nunca he tenido un trabajo decente donde pueda ganar más de lo que gastamos. Pero, aun así, he hecho hasta lo imposible para que no te falte nada. Y, sabes, nunca te he dicho el nombre de tu padre porque no lo sé. —Otra estela de lágrimas se deja caer y parece quebrarse por dentro—. »Cuando tenía dieciséis años, salía de trabajar y cuatro hombres abusaron de mí, dejándome embarazada. Pude haber abortado, pero no lo hice, no tenías culpa de nada. De algo tan horrible saliste tú, y cuidarte y verte crecer me hizo ver que para algo sí era útil en la vida. No dejaría que pasaras por lo mismo que yo y quizá por eso es que te cuido como lo hago. Por eso no puedo decirte quién es tu padre. Lo siento. Y jamás he querido causarte pena o vergüenza por ser una fracasada como dices. Solo he querido darte lo mejor de mí y hacerte sufrir lo menos posible. Perdóname por haberte pegado esta mañana. No debí hacerlo. Y pierde cuidado, si quieres que te deje en paz, eso haré.

Dicho esto se encierra en su cuarto. Y yo... yo me siento terrible en estos momentos. Las lágrimas afloran en mí y de algo estoy segura, me siento mala, culpable y la consciencia hecha un lío. Jamás pensé que ella hubiera pasado por algo así.

Hay que decirle

—Mamá, abre la puerta, por favor. Yo... yo no he querido decir eso —digo entre lágrimas golpeando la puerta.

No responde. La he lastimado y me siento fatal. Me duele mucho saber cómo fui concebida y haber hecho que ella recordara eso tan horrible. Sigo tocando, pero no responde y al cesar de golpear la puerta escucho leves sollozos doloridos desde el interior de la habitación.

—Mamá, abre la puerta. No eres una fracasada y mucho menos me avergüenzo de ti. Eres lo único que tengo en la vida.

No responde y busco el duplicado de las llaves en la mesita del recibidor. Vuelvo a la puerta y abro sigilosamente. Busco con la mirada rápidamente y la veo tumbada de costado en su cama entre lágrimas que comienzan a evaporarse. Me acerco a ella, temerosa, y me siento a su lado. No me mira, no habla, solo mira al vacío.

—Mamá, siento mucho lo que te pasó. Debe ser difícil verme todos los días. Pensé que te habías embarazado de mí porque te enamoraste o algo así. Perdóname, nunca hubiera querido que recordaras algo así.

Me mira y al hacerlo siento que lo hace con dolor y también algo de pena.

—Me duele no haber podido darte un padre. Sé que lo necesitas mucho. Pero he tratado de darte lo mejor que he podido.

Asiento con la cabeza.

—Lo sé. Y te lo agradezco mucho. Pero ya soy mayor y puedo cuidarme sola. Tú puedes rehacer tu vida. Buscar una pareja que te quiera mucho.

—Amaia, entiendo que quieras verme feliz, pero no..., nadie se fijaría en mí. Con verte feliz a ti, me es más que suficiente.

—Mi felicidad es Daniel. Estoy enamorada y si me entregué a él fue por decisión mía. Quiero que comprendas eso. Él no me obligó ni nada. Yo se lo pedí.

Me mira unos segundos y finalmente responde:

—Haz lo que quieras. Es tu vida, y es tiempo de dejarte ir. He sido egoísta contigo. Haz lo que te haga feliz.

—Mamá, no lo digas así. Yo quiero que lo conozcas mejor y veas que nos queremos.

Se sienta en la cama y, mirándome con cariño, expresa:

—Ya lo que decida yo no es importante. Si crees que es tu felicidad. Nada más me queda que aceptarlo. Ahora, déjame, por favor. Necesito estar sola.

Asiento con la cabeza y, tristonosa, la dejo sola. Me meto en mi cuarto y me arrincono en mi balcón. Miro el móvil y una sonrisa tenue se me dibuja en el rostro.

Daniel a las 10:30 p. m.
Espero que duermas bonito.
Buenas noches, cariño.

Amaia a las 10:40 p. m.

Buenas noches, te amo.

Miro el cielo despejado y no hay ninguna estrella para contar. Trato de no pensar en lo que me ha dicho mi madre, pero es difícil. No me perdono haberle gritado así. Me ha tocado desvelarme. No he pegado el ojo en toda la noche. Miro constantemente la puerta de su cuarto esperando que salga y se encuentre mejor que ayer. Preparo el desayuno, algo cansada y soñolienta. Al escuchar la puerta de su cuarto abrirse me giro rápidamente.

—Hola.

—Hola —replica tenue.

—¿Cómo has amanecido?

—Igual que ayer, y que anteayer. Nada cambia en mi vida.

Le sirvo el desayuno y, apretando los labios, comento:

—Mamá, dale la oportunidad a Daniel de que hable contigo.

Levanta la mirada sirviéndose café.

—¿Ya le has dicho que en cuestión de meses quedarás ciega? ¿Ya lo sabe y te ha aceptado?

—No, mamá. No pienso contárselo. Ya veré cuando llegue el momento que decirle sobre mi ceguera.

Arquea una ceja.

—¿Y crees que ese hombre es tonto? Pronto tendrás que intervenir los ojos, cuando te dan esos dolores de cabeza horribles se te rompen los capilares de los ojos y se tornan rojizos. ¿Qué le dirás?

Desganada, argumento:

—Daniel me ama, él... aceptará mi enfermedad.

—Amaia, una persona invidente no es una persona normal. Ahora está contigo porque ves. Pero ¿y cuando ya no veas? —Deja la comida a medias—. Tengo que salir, hoy no regreso a dormir.

—¿Por qué?

—Tengo que trabajar.

Antes de que yo pueda responder sale de la casa azotando la puerta. Sigue dolida y la entiendo. Lavo los platos y me arreglo a toda leche para llegar temprano a la universidad. Conduzco con desespero con un coche que Daniel me ha prestado mientras el mío se arregla, el tráfico es horrible. Miro la hora en el móvil y esbozo una sonrisa, tengo un mensaje de Daniel:

Daniel a las 8:06 a. m.

Buenos días, nena.

Amaia a las 8:09 a. m.

Buenos días.

¿Cómo has amanecido?

Daniel a las 8:10 a. m.

Si te lo digo, te espantas.

Amaia a las 8:12 a. m.

No, dime, dime, *porfis*.

Daniel a las 8:13 a. m.

Deseo hacerte el amor.

Amaia a las 8:14 a. m.

Oh.

Daniel a las 8:15 a. m.

Me encanta cómo eres.

De seguro ahora mismo tienes ese color hermoso sonrojado en las mejillas. Te amo, nena.

Dejo el móvil y me miro en el retrovisor. Sí, estoy sonrojada y no logro evitarlo. Y más me sonroja desear lo mismo que él. Llego a la universidad y saber que es precisamente Daniel quien me da clases me pone supernerviosa. Entro al aula y aún nadie ha entrado. Veo a Daniel sentado sobre el escritorio mirando una revista y, sigilosa, lo sorprendo cubriendo sus ojos.

—A ver, a ver. ¿Quién será? —Ríe—. Conozco estas manos. También ese dulce aroma. Debe ser mi bella novia.

Le destapo los ojos, sonriente y tirando de mi muñeca me sienta en su regazo. No me deja hablar, solo me besa y toca como aquella vez en la que me

había humedecido y sentí una vergüenza horrible.

—Pueden entrar, Daniel.

—Eso se arregla fácil.

Me tumba sobre su escritorio, avanza hacia la puerta y la asegura. Me separa las piernas, levantando el vestido color verde menta que he elegido para hoy y toca mi sexo, aún cubierto por una fina tela de encaje.

—¿Y esto?

Ruborizada, respondo:

—¿Qué cosa?

—¿Este encaje *sexy* y atrevido?

—¿Te gusta? —dice que sí y eso me avergüenza más—. Nunca me he puesto uno excepto ahora.

Besa mis labios haciendo la fina tela a un lado y metiendo sus dedos por la rendija entre el encaje y mi piel.

—¿Te lo has puesto para mí?

—Sí, pero debo de verme ridícula.

—Te ves *sexy*, ¿y sabes lo que deseo hacer ahora?

Aprieto los labios.

—¿Qué?

Me quita el encaje y lo hace a un lado. Me quedo tensa, rígida y cierro los ojos.

—Quiero follarte, aquí, ahora.

Quiero negarme. Estamos en la universidad y a él parece no importarle. Me pone de pie frente a él y pide que eleve una de mis piernas. Lo hago sin saber bien si debo o no hacerlo. Pero sus manos acariciándome mi piel y sus ojos incitándome me convierten en una blandengue.

—Dime, ¿quieres que me detenga? —pregunta besando mi cuello mientras frota la hendidura de mi vagina.

—No, no lo hagas.

Otra vez experimento vergüenza por lo que siento. «¿Cómo hago para dejar de sentirla?». Bajo la mirada y evito mirarle a los ojos. Pero él busca la forma de encontrarse con mis pupilas moradas. Pide que yo baje la cremallera de su pantalón y, temblorosa, lo hago. Dejo caer sus pantalones y me oprime contra él. Siento su erección golpear mi vientre y trago saliva.

—¿Nerviosa?

—Un poco.

Logra que de mi garganta salga un gemido repentino al penetrarme sin avisar. Reposo mi pierna sobre su cadera y termino elevando la otra de modo que me carga sujetando de la espalda mientras me embiste frente al pizarrón. Cada fibra de mi cuerpo se estremece con su aliento al soplar en mi cuello. Cierro los ojos y solo siento, pero el placer de a poco se esfuma al recordar lo que dijo mi madre hace unas horas. «¿Qué pasará cuando le diga a Daniel que pronto quedaré ciega?». Susurra a mi oído cosas lindas y yo, aferrándome a su cuerpo, suelto una lágrima sin que se dé cuenta. Tengo que decírselo, aunque pueda costarme la felicidad. Luego de clases, Daniel me invita a un café. El día está algo nublado, hace frío y él me cubre con su sobretodo. Camino junto a él y solo miro a mi alrededor en silencio.

—¿Por qué tan callada? Suelas hablar mucho.

—Pienso... —replico.

—¿En qué piensas?

—En la vida, en el futuro. En muchas cosas. Tengo muchas preguntas y pocas respuestas.

—¿Preguntas como si existe Dios o cosas así? —bufa.

Sonrío negando con la cabeza.

—No, es otra cosa. Aunque hay veces en las que pienso y me pregunto por qué a los que nos aferramos a la fe, a Dios, somos los que pasamos por más dolencias y situaciones difíciles.

Suelta un suspiro y decide sentarse en una banca. Me siento junto a él y noto que piensa lo que quiere responder. Lo miro y, cruzando las piernas, espero que diga algo.

—Unos creen que son pruebas, yo pienso que de fe no se puede vivir. Creo en lo que veo, no en lo que no puedo ver. He pasado por cosas en la vida que hacen que cualquier ser humano abra los ojos. Pero a ver, dime, ¿en qué piensas?

Entrelazo mis manos y bajo la mirada. «¿Cómo le pregunto?, ¿cómo le digo que voy a quedar ciega?». Miro a las personas pasar y comento:

—Daniel, si me pasara algo, no sé un accidente donde no quede igual de lo que soy ahora. Donde me falte algún sentido; el tacto, la visión... ¿Seguirías a mi lado? ¿Seguirías amándome sin importar que ya no sea la misma?

—¿Por qué preguntas eso?

—Solo contesta.

—Seguiría amándote igual. Pero si soy sincero, si no te amara como lo

hago, quizá no me fijaría en alguien así.

Asiento con la cabeza.

—No tendrías que quedarte a mi lado. No es tu obligación.

—Sí, sí lo es. Es más que una obligación, no podría estar lejos de ti. Aprendería a lidiar con eso que pasara. Pero no comprendo por qué preguntas esas cosas.

Encojo los hombros.

—Simple curiosidad. Ahora quiero saber algo. Dime, ¿tú estás bien?

Me mira patidifuso.

—Sí, estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Aquella vez que te sangró la nariz, luego, antes de dejar el hotel en Ámsterdam, vi en el baño papel sanitario con sangre. Apuesto a que te volvió a sangrar la nariz. Esta mañana cuando me hacías el amor en el aula, vi tu espalda y tenía moretones enormes. ¿Qué tienes? ¿Estás enfermo?

Se torna serio y siento que quiere evitar el tema. Aprieta los dientes y, curvando la comisura, replica:

—No, no estoy enfermo. El sangrado, eso fue por un golpe que me di moviendo unos lienzos. Y los moretones, pues no me había dado cuenta de ellos. Ya no preguntes más, por favor.

—Te incomoda.

—No, es solo que no le encuentro lo útil al tema.

Vuelve a evadir mis ojos y se cruza de brazos con hermetismo.

—No es para que te enojés. Solo me preocupo por ti.

—Y tú, ¿qué tienes en los ojos?

Me quedo pálida.

—¿Yo? Eh..., nada.

—Mientes, en Ámsterdam tenías algo en los ojos.

Niego con la cabeza.

—No, ya te expliqué lo que tenía. No es nada.

—Ah, ya, vale. Yo tampoco tengo nada, y tú insistes.

Suelto un suspiro y decido no seguir preguntado sobre los sangrados y los moretones. Seguimos caminando y pasamos por el escaparate de una tienda de chocolates. Me detengo a ver unas trufas y al ver en un pequeño cartel el precio, me quedo sin aire.

—¿Por qué tan costosas?

—Son artesanales, y algunas tienen licores finos y costosos.

—Ahh, eso es para gente como tú.

Me mira confundido.

—¿Como yo?

—Sí, como tú. Mira... —Abro mi bolso y saco mi billetera—. No tengo más que cincuenta euros y esos valen cien.

—Y según tú, ¿cómo es la gente como yo?

Mirando las trufas, respondo:

—Pues muy importantes, con dinero, gastarlo no les duele. En cambio, cada euro que gasto me hace sentir culpa.

Tira de mi muñeca y me hace entrar a la tienda. Me hace elegir las trufas que me han llamado la atención y pretende pagármelas. ¡No! Si en algo soy orgullosa es en esto.

—No, no me las vas a pagar.

—¿Por qué no? Eres mi novia.

—¿Y? No por eso tienes que pagármelo todo. Hagamos algo, tú pones cincuenta y yo los otros cincuenta.

—Amaia, que no, que yo puedo pagarlos.

Me cruzo de brazos.

—O pongo la mitad o no compramos las trufas.

Besando mis labios acepta y compramos las trufas entre los dos. Mientras caminamos hacia el coche nos las comemos y comento:

—¿Sabes qué he deseado siempre? Un beso bajo la lluvia.

—Qué cursi eres, Amaia —dice riendo.

—Es muy lindo y romántico.

—Y cursi —insiste.

—A ver, dime, ¿qué deseas tú en estos momentos?

Me mira un rato y, tocando mis labios con su pulgar, replica:

—Deseo que comience a llover.

Sonrío como una tonta enamorada y lo abrazo fuertemente. Veo el farol junto a nosotros algo borroso, los ojos comienzan a arderme y me comienzan a advertir, tengo que decirle a Daniel que pronto tendrá una novia a la cual el sol no podrá adornarle las mañanas nunca más.

Lo más difícil

Ha pasado un mes. En una semana me operan nuevamente y aún no le he dicho a Daniel de mi condición. Mamá ha estado algo rara últimamente, más de lo normal. Cada vez trabaja más y regresa de mal humor y hasta hay días en los que llora encerrada, creyendo que no la escucho. Luego sale con el rostro recompuesto y una sonrisa y hace creer a todos que está bien. Que nada le aflige y puede sola contra el mundo.

—Mamá...

Se gira gélida.

—¿Sí?

—¿Podríamos hablar como lo hacíamos antes?

Se queda callada y suelta la perilla de la puerta de la salida.

—Quisiera..., pero tengo que trabajar.

—El trabajo puede esperar. Yo te necesito. Siento que ya no nos confiamos las cosas como antes.

Asiente con la cabeza y suelta su bolso sobre la mesa del comedor algo deteriorada por el uso y el tiempo. Se acerca a mí y, sentándose en el sofá aterciopelado junto al alféizar de la ventana, responde:

—¿Qué quieres hablar, Amaia?

—Sobre ti, sobre mí. Ya no te interesas por mí como antes.

—Hace un mes me dejaste claro que ya has crecido. Que eres una mujer y quieres vivir tu vida. Eso es lo que he hecho, dejar que la vivas. Mientras yo sigo tratando de darte lo mejor de mí, aunque nunca haya pisado una universidad.

—Es cierto que tengo mi vida, pero tú eres parte de ella. ¿Por qué no me quieres decir en qué trabajas? ¿Por qué no quieres rehacer tu vida? ¿Por qué solo vives para mí y no también para ti?

Reteniendo lágrimas en sus ojos, baja la mirada y responde con voz baja:

—Amaia, tienes que entender algo. Hay cosas en la vida que es mejor no saberlas por nuestro propio bien. Y respecto a rehacer mi vida, ningún hombre se fijaría y mucho menos haría una vida conmigo. Soy una ignorante sin

conocimientos como para poder ser algo más de lo que ves.

—Mamá, el amor no tiene que ver con eso. Un hombre puede amarte siendo como eres.

Me mira y, riéndose de sí misma, cambia el tema. Pregunta por Daniel. Aún no le he hablado sobre mi mal y eso me tiene algo estresada. Pero hoy, hoy se lo digo. No tengo opciones. En realidad no muchas. Lo he invitado a dar un paseo en la noche. Quizá le diga luego de cenar mirándolo a los ojos que estos ya pronto se apagarán y es decisión de él seguir a mi lado o huir y dejarme sola llevándose consigo mi corazón.

—Se lo diré hoy en la noche —comento—. Luego la decisión será de él.

—Si de verdad te quiere como dice, te amará y seguirá a tu lado, aun cuando pierdas la vista.

Digo que sí con la cabeza. Ella me mira y, arqueando una ceja, dice:

—¿Se están cuidando? —Es algo vergonzosa la pregunta y me quedo callada con las mejillas sonrojadas—. ¿Amaia?

—Sí..., bueno, él usa preservativos.

—Vale, ya que no puedo hacer nada al respecto y no me vas a obedecer, al menos evita un embarazo hasta que termines tus estudios.

—A ver, yo nunca tendré hijos. No podría tenerlos y nunca poder conocer su rostro, cómo son. Si se parecen a mí o a él. No quiero ser madre —argumento decaída.

Me mira y acaricia una de mis mejillas. Me repite que hará todo lo posible por conseguir esas córneas que necesito antes de que pierda la vista. Pero más que nadie sé que eso es imposible. El destino no se puede cambiar. Solo aceptar. Se va de la casa y recuerdo que hoy mi querido profesor de pintura en la universidad no dará clases.

Srta. Anónima a las 9:00 a. m.

¡Hola, señor Perfecto!

¿Cómo está? ¿Qué tal su mañana?

Daniel a las 9:10 a. m.

Hola, señorita Anónima.

Mi mañana es algo ajetreada.

Me encuentro resolviendo unos asuntos sobre unos lienzos que pienso exhibir pronto en una galería francesa.

Quiero dedicársela a una persona muy especial.

Srta. Anónima a las 9:12 a. m.

¿Persona especial?

¿Su novia, la aprendiz?

Daniel a las 9:20 a. m.

Sí, a ella. No sé qué ha hecho conmigo,
pero su pureza e inocencia
hacen que cada cosa que realizo,
lo haga pensando en ella.

Además, ella pintó un lienzo conmigo y
pienso exhibirlo con su nombre.

Al leer eso, me lleno de emoción. Jamás pensé que tomaría ese lienzo para una exhibición. Muero, infarto y ¡vuelvo a morir!

Srta. Anónima a las 9:30 a. m.

Ahh, eso debe de hacerla muy feliz.

Y luego en el día, ¿qué hará?

Daniel a las 9:34 a. m.

Antes de ir a ver a Amaia,
tengo una cita en el hospital para unos estudios.

Espero salir temprano para
no tener que dar explicaciones.

Srta. Anónima a las 9:35 a. m.

¿Qué estudios? ¿Acaso está enfermo?

Oh, no, no me asuste.

Daniel a las 9:40 a. m.

Mire, antes a esto que tengo se le llamaba enfermedad.
Hace unos años, pensé que me había librado de este mal,
pero ha regresado. Ya es tarde para remediar cualquier cosa.

Ahora esto que tengo lo veo como mi destino,
es lo que tiene que pasar por más que me niegue.
Ahora trato de vivir lo más en paz conmigo mismo.

Srta. Anónima a las 9:50 a. m.

Todo tiene solución. Sí, muchas cosas.

Daniel a las 9:51 a. m.

Esto no tiene solución.

Y no me duele por mí, sino por ella.
He descubierto que sí se puede volver a amar

justo cuando tengo,
digámoslo así, fecha de caducidad.

Me niego a creer lo que imagino. No, es imposible. Quizá habla de otra cosa. Tiene que ser. Me siento en el balcón de la casa junto a mis libros y una taza de café. Trato de olvidar esos mensajes leyendo libros de romance. Sí, al menos antes de quedar ciega. Quiero leer, leer mucho. Leo y por un momento olvido los mensajes. Me sumerjo en el romance de los protagonistas de la historia. Pero dejo de pensar en los mensajes y pienso en mamá. Últimamente está rara y a hasta llego a creer que ya no me quiere como antes. Dejo los libros a un lado y entro a su habitación. Algo tiene que haber que me dé una pista de qué pasa con ella. La cama está tendida. La agenda con muchos teléfonos tampoco. Pero sí hay unas notas algo estrujadas. Parece haberlas escrito y luego las guardó sin querer saber de ellas. Agarro una y comienzo a leerla:

2 de diciembre de 2015

Es penoso, muy penoso que tenga que recurrir a líneas para poder decir o al menos escribir lo que siento. Y es que, aunque sea lo que soy, aún siento y me duele no poder dormir en las noches como la gente normal. Me duele que me citen como si tuviera el deber de acudir al llamado. Y quizá tengan razón, no soy más que una ignorante que tiene una hija que necesita de su madre y yo no logro mantenerla como es debido. Amaia, ella para mí lo es todo. Es lo único importante que tengo en la vida. Si ella sufre, yo sufro el doble. Cada vez que sus ojos arden o se tornan rojizos retengo las lágrimas para que ella me vea fuerte. Pero la verdad es que me quiebro por dentro. Ojalá algún día ella pueda perdonar el que no sea la madre que cree que soy. Todo lo que hago, todo lo que he hecho ha sido por ella. Y ahora, en unas horas, tengo que ponerme el mejor corsé y medias de seda, negras, ocultas bajo un sobretodo para así terminar de venderme sobre la suavidad de alguna cama.

Dejo esa nota a un lado y agarro otra rápidamente:

12 de diciembre de 2015

Hoy estuve entre sus sábanas. Como siempre, él fumó un cigarro mientras yo lo miraba. Se supone que no siento nada. Que yo soy un cuerpo en servicio solamente, pero no puedo evitar sentir esto que siento. Cada vez que me llama y pide verme, cancelo las demás citas para verlo a él y solo a él. Pero para un hombre tan exitoso como lo es él, yo solo soy una vil

prostituta a la que le paga unos cuantos euros por hacerle el amor unas horas. Pero cómo deseo que lo haga. Ya no me importa si me paga o no; solo deseo que me llame. Que su número aparezca en mi móvil. Con él, con él no soy un cuerpo. Con él soy una mujer que siente, aunque sea falsamente, amada y deseada. Lo amo en silencio, lo amo para mis adentros y ojalá nunca se canse de mí. Pero sé que jamás se enamoraría de una prostituta. No soy mujer para él. Como me gustaría mirarlo a los ojos y decirle que me ha enamorado con su manera de hacerme el amor, con sus palabras y sonrisa. Pero mejor es así. Que mi amor sea solo mío. De nadie más.

Derramo una lágrima, espantada. Mi mamá..., ella, mi madre. ¿Vendiéndose? ¿Por qué? Miro dentro de la gaveta en un pedazo de papel una nota con una dirección de algún lugar con la fecha de hoy y la hora. Secando mis lágrimas cierro la gaveta. Hay muchas preguntas en mi cabeza y voy a por las respuestas.

Siento su mano acariciar mi cabello y apenas he tocado la comida. Besa mis labios y pregunta susurrante:

—¿Qué tienes, Amaia? Estás muy callada.

Trago saliva.

—Nada, no es nada. Ando algo desconcentrada.

—Amaia, no me mientas, por favor. Dime, ¿qué ocurre?

Suelto una lágrima y seguida de esa afloran unas cataratas. Daniel me abraza, aún sin saber qué me ocurre y pide que tome un respiro, y calmada le explique. Llena de dolor le digo entre hipidos que mi madre, esa que pensaba que cuidaba enfermos, en realidad se vende a los hombres. No puedo aún entender cómo ha hecho tal cosa. Me pregunto por cuánto tiempo lo ha hecho. Me atormenta la idea de que lleve toda una vida así.

—Nena, pero quizá has malentendido las cosas.

—Leí unas notas donde se desahogaba. Se llamaba a sí misma prostituta. Se ha enamorado de uno de sus clientes y no sabes lo liada que me siento. No puedo creer que haga algo así por mí.

Confuso, responde:

—¿Por ti? ¿Por qué haría algo así por ti?

Trago saliva y aprieto los dientes. Lo miro a los ojos y pido que los mire. Que los mire una y otra vez. Lo hace y no comprende por qué le pido tal cosa.

—Prometo responder a tu pregunta. Pero antes necesito que me acompañes

a esta dirección.

Le enseño la nota que he encontrado con la dirección del lugar y una hora, y comenta:

—Conozco esta dirección. Es una torre de apartamentos de lujo. No está muy lejos de aquí.

—¿Podrías llevarme? Sé que ella está ahora mismo en esta dirección.

—Vale, vamos te acompaño.

Paga la cuenta del restaurante y salimos del mismo. Subo a su coche y no quiero ni imaginarme con lo que me voy a topar. Daniel conduce y yo derramo lágrimas doloridas. No sé si sentir tristeza o enojo por lo que hace. Una vez llegamos a la torre me quedo alucinada con tanto lujo junto. Entramos al edificio, subimos al elevador con ansias y presiono el número de piso. Daniel me sujeta de la cintura y salimos juntos.

—Amaia, ¿qué piensas hacer?

—No lo sé. No lo sé.

Busco la puerta dos-diecisiete y la toco, enojada. Muy enojada.

—¡Ya he escuchado las primeras veinte veces! —ruge una voz desde el interior del apartamento.

Abre la puerta y un hombre en albornoz, alto, algo guapo, de unos cuarenta años está frente a mí con cara de extraño. Impulsivamente entro al interior y el hombre vocifera:

—Oiga, ¿está loca? ¿Quién demonios es usted?

Me giro e, iracunda, respondo:

—¡Soy Amaia y la mujer que tiene en su habitación, a la que le paga para acostarse con ella es mi madre! —grito.

Veo a mi madre salir del corredor haciéndole un nudo al albornoz y al verme pierde el color del susto.

—¿Amaia? ¿Qué coño haces aquí? ¿Cómo...

—¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo te vendes como si fueras mercancía? ¿Cuánto tiempo pensabas mantenerme engañada?

Intenta acercarse, pero no se lo permito. Ahora solo siento una profunda decepción y no la quiero cerca.

—Amaia, por favor, déjame decirte, yo...

—¡Cállate! Vaya enfermos que cuidas. ¡Yo te creí! Pensé que sí trabajabas. Ahora no sé qué es cierto y que no lo es de tu vida. Me has desilusionado.

Entre lágrimas pide que la escuche, pero yo no quiero. No puedo, no lo

deseo. Decidida, me acerco a la salida junto con Daniel y le digo:

—No me esperes en casa, me voy de ella, me iré con Daniel. No tolero vivir con una persona tan mentirosa y falsa como tú. ¡Sigue cuidando a tus «enfermos» que bien que debes hacerlo para que te paguen más de cien euros la hora!

—Amaia, no te puedes ir de casa. No puedes dejarme.

La miro y por primera vez siento que puedo decirle lo que quiera sin ningún tipo de remordimiento.

—No tienes fuerza moral para pedirme nada. Mucho menos ordenarme. Me llamaste «cualquiera» por haberme entregado a Daniel y tú, tú no solo eres una cualquiera, ¡eres una zorra barata!

—Amaia, basta. Puedes decir cosas de las que después te arrepientas — advierte Daniel.

Daniel me agarra la mano, me saca de ese apartamento. No puedo evitar llorar y sentirme horrible. Estoy llorando durante todo el viaje en coche. Pasamos por mi casa y en dos maletas intento llevarme todo lo que puedo. Estoy muy enojada y no creo que vuelva en un buen tiempo.

—¿Estás segura de que quieres venir conmigo?

—¿Te molesta?

Besa mis labios mientras me abraza con fuerza.

—Será un placer tenerte en casa. Luego allá me cuentas qué es eso que tanto tienes que decirme. Ahora, vámonos. Prometo tenerte como una reina.

—Solo necesito muchos mimos, nada más —replico triste.

Duele darse cuenta de que las personas que más uno ama y confía, mienten, engañan y muchas veces llevan una doble vida. Nunca he sentido la decepción que siento en estos momentos. No quiero verla, no quiero tenerla cerca. No quiero seguir viviendo la farsa de toda mi vida en esa casa.

Golpe al amor

Daniel deja las maletas a un lado mientras yo me siento sobre la cama de la habitación que voy a ocupar. Derramo unas cuantas lágrimas y las seco rápidamente. Él se sienta a mi lado y me abraza fuertemente. Me hace sentir que no estoy sola y puedo contar con alguien.

—No estás sola, mi amor. Me tienes aquí para que llores y te liberes de todo.

Entre hipidos respondo:

—Cuando escuches lo que tengo que decirte, me dejarás y me quedaré sola, muy sola.

Algo confundido niega con la cabeza. Dice que nada podría hacer que se aleje de mí. Pero sí hay algo. Mis ojos. Agarro sus manos y lo miro a los ojos.

—¿Sabes?, deseo mirarte a los ojos y grabar en mi mente el color verdoso que destilan enamorándome más y más. Quiero grabar tus labios, tu rostro, tu cuerpo para cuando ya no pueda verlos más, al menos pueda tener el consuelo de que alguna vez los vi.

—Amaia, no comprendo nada. Explícate, por favor.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, respondo:

—Mientras caminábamos aquel día, luego de cenar te pregunté si amarías a una ciega. Dijiste que si eras sincero, jamás lo harías. No puedes amarme a mí entonces. No podrás estar una vida entera a mi lado.

Catatónico, indaga:

—¿Por qué dices eso, Amaia?

Trago saliva y, decidida a romper con el silencio, comento:

—Tengo astigmatismo, miopía y glaucoma. De esta última, una rara enfermedad causada por ella misma, está destruyendo rápida y letalmente mis córneas y retinas. Desde los diez años me diagnosticaron esta enfermedad y se suponía que para cuando cumpliera los dieciocho me habrían hecho un trasplante de córneas. Pero mi madre no tenía el dinero para costear la operación, además de que la lista de espera por unas córneas es interminable. Se suponía que ya estaría ciega, pero hasta ahora he logrado seguir con vista,

sin embargo, el oftalmólogo en la última revisión me advirtió de que solo me quedan unos meses. Pronto quedaré ciega para siempre. No podré ser la pintora que anhelo. Siempre preguntaste por qué mi amor a la pintura. »Aquí tienes la respuesta. Quiero llevar en mi mente todos los colores posibles. Para así cuando sea una ciega inservible, al menos tenga el consuelo de que los conocí todos. Por esto me dejarás sola. No podrías amar a una ciega. Sería un estorbo en tu vida y no quiero serlo. Comprenderé que no quieras estar a mi lado. —Me mira y su rostro está pálido. Creo que no sabe cómo reaccionar y mucho menos cómo actuar—. No debí enamorarme de ti, Daniel. Perdóname por no poder ser una mujer completa. Por ser una mujer enferma sin remedio, pero esta enfermedad fue la que hizo que te admirara como lo hago.

—¿Por qué no me lo dijiste antes, Amaia? ¿Por qué esperar tanto?

—No me gusta recordar que en meses quedaré ciega.

Asiente con la cabeza entre sollozos y me abraza con fuerza. Parece sufrir igual o más que yo. Besa mi cabeza y, con un nudo en la garganta, replica:

—Eso no será impedimento para que estés a mi lado. No podría separarme de ti, pequeña. Estaré a tu lado, seré todo lo que necesites y jamás te dejaré sola.

—Pero seré un estorbo en tu vida. Tampoco podré complacerte ni servir como ahora.

Niega con la cabeza y besa mis labios con ternura. Seca mis lágrimas y pregunta si confío en él. Yo le digo que sí y busca una venda para cubrir mis ojos. Al hacerlo me tumba sobre la cama y sus labios comienzan a besar mi cuerpo haciendo que la piel se me encienda en segundos.

—¿Qué haces? ¿Por qué me cubres los ojos?

Me quita la blusa dejando una estela de besos y responde en mi oído:

—No necesito de tus ojos para seguir amándote. Y tú no los necesitas para sentirte amada. Puedo hacerte el amor igual.

Sonrío, me lleno de amor al escucharlo decir eso. Busco con mis manos su cuerpo y lo toco y desvisto igual que él lo hace conmigo. No puedo verlo, solo tocarlo, olerlo y sentirlo. Sus labios besan mis pechos y sus manos acarician mis muslos con sutileza. Siento su pene rozar mi sexo, tocando sus brazos, susurro:

—Daniel, usa...

Me calla con sus labios sobre los míos y entra en mí con suavidad. Se va hasta el fondo y logra hacer que gima entre sus labios.

—No tengo a la mano un condón. Además, me encantaría tener un bebé con la mujer que amo antes de que...

Se calla y me deja con la duda.

—¿Antes de qué?

—Nada, bonita. Te amo. Si sucediera, sería muy feliz.

Sonrío y estudio su piel con mis manos acariciándolo mientras me embiste y yo le recibo. Siento su resoplido en mi cuello. Una retahíla de besos se amontonan en mi cuerpo y hoy me hace sentir más amada que nunca. Entra y sale de mí, poseyendo cada centímetro de mi cuerpo. Abrazo su espalda y le digo al oído que lo amo mucho. Recibo una embestida como respuesta y un «yo más» de su parte. Me dejo llevar por sus caricias y noto cómo mi cuerpo desea cada vez más que Daniel lo toque, lo posea. Jamás imaginé sentir lo que siento ahora, en esta cama junto a Daniel.

—Bonita, buenos días.

Su voz me despierta y lo primero que veo es una charola con una linda rosa junto al vaso de zumo de naranja y el desayuno. Doy un bostezo sonriendo.

—Buenos días.

—¿Cómo han amanecido tus ojos?

—Están bien. No me quejo.

—Anda, desayuna.

Agarro el tenedor y no deja de mirarme. Trago saliva y el silencio comienza a ser algo molesto.

—A ver, ¿qué miras tanto?

—¿Por qué no me lo dijiste antes, Amaia? Hubiera podido ayudar. Pagarte la operación.

—No. Ya no es cuestión de dinero, sino de tiempo. Es inevitable.

Se queda callado y me mira con ternura.

—Haré lo que sea por conseguir esas córneas. Duele ver cómo sufres.

—Gracias. Pero..., si no las he conseguido desde que tengo diez años, menos las voy a conseguir ahora. Será mejor aceptar que voy a quedar ciega. Pero me gustaría que me ayudaras en algo.

—¿Qué necesitas?

—Quiero aprender a leer braille. Quiero estar preparada para cuando llegue el momento. También quiero que me enseñes a pintar a ciegas. Todo lo que sepas. —Suelta un suspiro y algo dolorido acepta—. ¿Será muy difícil

conseguir un perro de servicio?

—Conseguiré lo que necesites, Amaia. Ahora, debes de revisar tu móvil. Ha estado sonando toda la noche.

Niego con la cabeza.

—No quiero hablar con ella. No quiero saber de ella nunca más.

Retira la charola de la cama y, a modo de regaño sutil, responde:

—Amaia, sé que debe ser difícil para ti enterarte de lo de tu madre. Pero sigue siendo el ser que te dio la vida. Deberías al menos escucharla. Razones debe tener para hacer lo que hizo.

—Nada la justifica. Hay otras formas. Otras salidas.

—Hazlo por mí. Mira el móvil en lo que llevo esto a la cocina.

Se lleva la charola y rápidamente agarro el móvil y leo los mensajes:

Clarisse a las 9:00 p. m.

Amaia, por favor, hablemos.

No sabes lo apenada que me siento.

Déjame explicarte.

Clarisse a las 9:10 p. m.

Cariño, por favor. No me hagas esto.

No puedo estar sola, no puedo estar sin ti.

Eres lo único que tengo.

Clarisse a las 9:30 p. m.

Amaia, por el amor de Dios, contesta.

Necesito saber de ti.

Clarisse a las 9:39 p. m.

Amaia, lamento haberte causado esta vergüenza.

Lamento no poder ser una mejor madre para ti.

Sí, soy una prostituta y no me enorgullece serlo.

Cada vez que me vendo,
siento que algo de mí se muere.

No me es fácil,
pero lo que recibo de consuelo
es ver que puedo al menos costear tu tratamiento.

Ya lo que pase conmigo no importa.

Ahora solo importas tú y tus ojos.

Te amo, Amaia,
y por ti, sería capaz de venderme,

capaz de lo que fuera necesario.
Pero quiero que sepas una cosa;
el hombre con quien me encontraste en la noche,
no es para mí un cliente. Al principio sí lo era.
Pero ahora es el hombre de quien
por desgracia me he enamorado.
No sé qué seré yo para él.
Pero puedo decirte que ya
no le cobro un solo euro por estar en su cama.
Lo hago porque lo deseo.
Pero para él debo de ser una prostituta ilusa.
Pues es casado y yo para él solo simbolizo sexo.
Amaia, si no me hubiese vendido,
no hubiera podido costear
los tratamientos de tu enfermedad.
Además, no fue tan doloroso,
una vez me usaron como les dio la gana
cuando tenía dieciséis años.
Desde ese momento dejé de valer como mujer.
Así que no importa mucho mi cuerpo,
ni cómo me sienta.
Solo importas tú.

Derramo una lágrima al leer el último mensaje. Siento enojo, pero también una inevitable necesidad de abrazarla. Más que enojo es frustración por no poder hacer nada para que deje de hacer eso. Quiero ir a verla, pero no sé si el orgullo me dejará.

Daniel me ha convencido para que vaya a ver a mi madre. Ha insistido en que lo haga sola y charle con ella con tranquilidad. Entro al apartamento sin hacer ruido, veo la cafetera en la cocina encendida y escucho la televisión. Ella no está en la sala de estar y, apagándolo, miro alrededor. Busco a mi madre en su habitación. La veo tumbada en su cama y tiene un aspecto terrible. Sería, me siento a su lado y la veo dormir. Está pálida y algo deshidratada. Trato de levantarla con mi voz, pero no funciona. Me giro y veo sobre la mesilla de noche una caja de fármacos. Ceñuda, los agarro y al leer qué son, aprieto los dientes. Son abortivos, «¿será posible que siga cometiendo anormalidades?». Dejo la caja a un lado y la sacudo hasta despertarla. Al

verme sonríe tenue.

—Amaia, cariño. Est s aquí. Perdóname, por favor.

— C mo te sientes?

Con los dientes casta eando, responde:

—Tengo mucho frío.

La abrazo y arropo con una cobija, y llorando silenciosamente miro la caja de abortivos.

—Mamá,  por qué no me dijiste que estabas embarazada?

Me mira y cierra los ojos dejando caer una lágrima. Gimotea y dejo que se tome su tiempo para contestar:

— l es casado y no querría un bebé con una prostituta. Además, yo... yo no sirvo para ser madre. Mira cómo me ha ido contigo. No he sabido darte lo que mereces.

—No digas eso, por favor. S  has hecho lo posible por darme lo mejor. No tenías que abortarlo. Te hubiera ayudado. Perdóname por haberte llamado zorra.

—No tienes por qué disculparte. Eso es lo que soy.

—No, mamá, puedes cambiarlo. Ya no lo sigas haciendo, por favor.  Desde cuándo llevas vendi ndote?

—Desde que perdí el empleo en el café. Empecé a bailar en un cabar  y luego tuve que hacer esto. Perdóname, por favor, Amaia. Solo quiero que t  estás bien.

—Y yo quiero que las dos estemos bien. Voy a ayudarte a conseguir un trabajo donde no tengas que denigrarte con ningún hombre. Pero prom tame que vas a dejar de prostituirte, por favor.

—Vale. Har  lo que sea por verte feliz.

Abraz ndola, beso su cabeza con ternura.

—Ya le he dicho a Daniel que será ciega en poco tiempo. Pens  que me dejaría, pero no. Me ha dicho que seguir  a mi lado. Mamá, me ama y ahora que ya lo sabe, me gustaría que le dieras la oportunidad de que te conozca.

—Si ya lo sabe y te ha aceptado así, solo resta darle esa oportunidad que pides.

Digo que sí con la cabeza.

—Me haces muy feliz.  Te molesta si me quedo un tiempo con Daniel en su casa?

Sonríe.

—No, no me molesta. Aunque sí te voy a extrañar, es hora de aceptar que has crecido y tienes que hacer tu vida. Ya me imagino cómo te tiene ese pintor para que te quieras quedar allá.

Ruborizada, respondo:

—Hizo algo muy lindo en la noche.

—¿Qué cosa?

—Cuando le conté a Daniel de mi enfermedad, me vendó los ojos y me hizo el amor a ciegas. Me dijo que para amarme no necesita mis ojos y yo no los necesito para sentirme amada. Al menos sé que cuando quede ciega él estará ahí.

—Me alegra mucho ver que has encontrado el amor, Amaia. Nunca he dudado de que alguien se enamoraría de ti.

Feliz, me quedo hablando con ella toda la tarde. Luego de dejarla más tranquila me despido y regreso en mi coche a la casa de Daniel. Quiero decirle que mamá ha aceptado conocerlo y hablar con él. Aparco el coche frente a la casa y entro efusiva.

—¡Daniel! —grito emocionada.

Corro a la sala de estar y la sonrisa se esfuma de mi rostro. Una mujer muy elegante, bonita y mucho más mujer que yo besa los labios de Daniel. Daniel me mira y hace a un lado bruscamente a la mujer.

—Daniel, ¿quién es ella?

La mujer me mira con superioridad y, algo grosera, responde:

—Yo soy la esposa de Daniel, ¿y tú quién eres, aparecida?

Me quedo callada. Ahora mismo, no sé quién soy, no sé qué hago aquí. Con un nudo en la garganta salgo a toda prisa del lugar.

Idiota

—Te he hecho una pregunta, niña. ¿Quién eres y qué haces en mi casa y la de mi marido?

Me quedo catatónica. Suelto una lágrima y, con voz entrecortada, respondo:

—Yo... yo soy...

Salgo corriendo de la casa y Daniel sale tras de mí. Me agarra del brazo y, llorando, me suelta.

—Amaia, hablemos. Eso que ha dicho ella no es...

—Déjame en paz. Me mentiste. Felicidades. Lograste tener sexo con una idiota que se enamoró de ti como una estúpida. Ahora déjame.

Subo al coche sin dejar que diga absolutamente nada. Golpea el vidrio, pero yo solo quiero alejarme de él, dejar de verlo. No volver a tenerlo frente a mí nunca más. Acelero el coche entre lágrimas y me siento como la mujer más estúpida del mundo. No sé a dónde ir. No quiero ir a casa con mi madre. Siempre tuvo razón respecto a Daniel y yo no la escuché. Sería muy penoso que se diera cuenta de que he caído en este engaño. El móvil no deja de sonar. Quiero que se calle. Daniel insiste e ignoro las llamadas. Me detengo en luz roja y busco mi bolso y lo que tengo es tan escaso que apenas me alcanza para pasar la noche en un hotel cerca de la universidad. Miro la parte trasera del coche y suerte la mía que tengo ropa para pasar la noche. El maldito móvil sigue sonando. Enojada, lo tomo y contesto:

—¡Vete al diablo! Déjame en paz. Ya no somos ni novios ni nada.

—Nena, yo te amo. Hablemos, por favor.

—¡No me digas «nena» y no me digas que me amas, maldita sea! Tú solo te burlaste de mí. Te odio, te odio mucho y no quiero saber de ti en mi vida.

—Amaia, ¡joder, escúchame!

—¡No quiero escuchar mentiras! Solo quiero que me dejes en paz. Te odio y ya no quiero saber nada de ti.

Esta vez apago el móvil. Todo parece ir en mi contra esta noche. Cae un fuerte torrente y no tengo casi visibilidad en el coche. Todo este tiempo he

sido la otra, la amante, la secreta. «Joder, es que era todo muy lindo para ser cierto». Y lo peor de todo es que yo lo amo como tonta. Llego a un hostel y un señor algo borde me recibe.

—Señor, ¿cuánto es la noche?

—Diecisiete euros.

Aprieto los labios, saco de mi bolso el dinero y me da una ficha. La miro y solo tiene una letra y un número. Vale, busco la puerta con el número y la letra, y la abro tímida. Entro a una habitación con unas cinco literas, hay tres mujeres y un hombre ocupando camas. Me siento algo extraña. Dormir entre extraños no es algo que desee por nada de mundo.

—Buenas noches —digo cortés.

—Hola —dice una de las mujeres.

Sonrío y camino con timidez hasta una litera desocupada. Dejo sobre la cama mi pequeño bulto y aprieto los labios. Aún no puedo creer que haya caído en su engaño. «¿Acaso lo amo tanto para no haberme dado cuenta?». Me siento en la cama algo mareada. Los ojos siento que quieren reventarse y no tolero el dolor. La presión me saca lágrimas y, cerrando los ojos, lloro frustrada y dolorida.

—¿Se encuentra bien? —pregunta el hombre.

—Eh..., sí. Solo problemas tontos. Nada que no se pueda resolver.

Asiente con la cabeza y saco de mi bolso esas gotas que ayudan unos tristes minutos y luego ya ando nuevamente con dolor de cabeza y náuseas. Entro al baño y me percató que todos los que estamos en la habitación usamos el mismo. Vale, que hoy me ha tocado darme cuenta de que el hombre que creía que sería todo para mí está casado, y he terminado en un hostel con gente desconocida compartiendo un baño. Pongo el seguro a la puerta y comienzo a quitarme la ropa tratando de pensar en la universidad y también en el trabajo. Así lloro menos y los ojos me arden mucho menos también. Me miro al espejo y continúo viendo a la misma estúpida e inocente Amaia Carlini que por creer que alguien podría amarla ha sido engañada. Bajo la mirada y me meto a la ducha. El agua está fría y la piel se me eriza. Los dientes me castañean y quisiera que así se pusiera mi corazón; frío e insensible. Al terminar de ducharme salgo del baño con el pijama puesto y me recuesto en la cama. Ya todos duermen y veo que mi móvil tiene muchos mensajes:

Daniel a las 9:30 p. m.
Amaia, ¿dónde estás? Es tarde.

Regresa. Vamos a hablar.

Daniel a las 9:40 p. m.

Amaia, no me hagas enojar.

Todo tiene una explicación.

Daniel a las 10:00 p. m.

¡Deja el berrinche y hablemos!

Daniel a las 10:30 p. m.

Amaia, yo te amo.

No dudes de eso, por favor.

Y no quiero perderte.

Por favor, déjame explicar lo que viste.

Con el corazón encogido apago el móvil derramando una lágrima. Al rato el otro móvil suena. Mi cacharrito.

Daniel a las 11:00 p. m.

Señorita Anónima.

Necesito su ayuda, urgente.

Srta. Anónima a las 11:01 p. m.

No creo poder ayudarlo.

Estoy algo ocupada. Buenas noches.

Daniel a las 11:09 p. m.

Solo ayúdeme con esto y le dejo en paz, por favor.

Srta. Anónima a las 11:10 p. m.

¿Qué necesita?

Daniel a las 11:20 p. m.

Ha pasado algo difícil para mí.

Esta tarde he recibido la visita

de mi exesposa en mi casa.

Fue inesperada.

No sabe lo horrible que es para mí

que aparezca nuevamente.

Esa mujer me hizo mucho daño.

Ella y un amigo. Pero en fin.

Ha regresado y cree que entre nosotros puede

volver a haber algo, pero no. No es así.

Amo a Amaia y no quiero perderla.

Pero ella no me deja explicarle nada.

Me quedo patidifusa. Pide ayuda para explicarme que su esposa resulta ser su exesposa. Es un mentiroso. Ella muy bien se presentó como su esposa y convencida de ello.

Srta. Anónima a las 11:30 p. m.

No puedo ayudarlo.

Creo que usted más que nadie debe de conocer a esa chica.

Pienso que ella debe estar algo confundida y con mucha razón.

Daniel a las 11:31 p. m.

¿Cree que aceptará escucharme?

Mañana la veo en el aula y quiero, después de la lección, explicarle todo.

Srta. Anónima a las 11:32 p. m.

Si realmente la ama, haga lo que su corazón le mande.

Dejo el móvil a un lado y, arrojándome con sábanas algo percutidas, apago la luz y dentro de mí aparece un pequeño rayo de esperanza.

—¡Mira lo que me han regalado! —exclama Eloise.

Miro en su anular un lindo anillo de compromiso y sonrío tenue.

—Te casas antes de la graduación..., felicidades. Me alegro mucho por ti.

—Aiss, no lo dices tan feliz. ¿Qué te ocurre?

Niego con la cabeza mientras juego con el lápiz sobre el cuaderno.

—No pasa nada. Solo estoy algo cansada.

—Te pasa algo. Y tiene que ver con Daniel. ¿Qué te hizo?

Aprieto los dientes y, triste, contesto:

—Está casado y quiere hacerme creer que no lo es. Para él solo he sido una vagina nueva a la cual estrenar. Yo he sido la tonta que ha caído creyendo que estaba enamorado de mí.

—Ay, Amaia, es imposible que sea casado. O sea, Daniel no se ve uno de esos tipos. Te quiere, en serio.

Levanto la mirada y lo veo entrar al aula. Al verme me hace un gesto de llamado y lo ignoro. Eloise me regaña, pero así me siento mejor. No pienso escucharlo, los hombres mienten por naturaleza. Hoy toca lección de óleo y Daniel no pierde tiempo para acercarse a mí con pretextos estúpidos. Me

concentro en mi lienzo y a los pocos minutos lo tengo tras de mí.

—Quiero hablar después de clase contigo.

—No tengo nada oportuno de qué hablar con usted, profesor Bacchelli.

Con disimulo, replica:

—Deja el berrinche y hablemos, Amaia.

—No. Ahora déjame en paz.

Enojado, deja caer unos pinceles, se aleja de mí y mira los lienzos de otras alumnas. Sonríe y hasta las mira de más. Muero de los celos y miro nuevamente mi lienzo. Pinto con rapidez y desespero. «¡Que deje de mirarlas!». Miro el reloj, falta media hora, solo media hora. No pienso escucharlo. No y no. Me quito el delantal y guardo mis pinturas en mi caleta. Daniel me mira algo desconcertado y, seria, le digo:

—Tengo un asunto personal que resolver, profesor. Tengo que irme.

No espero a que responda y salgo del aula a toda leche. Quiero hacer todo lo posible por evitarlo. Paso por la casa y veo a Emanuel fumando un cigarro en la entrada del edificio. Me extraño mucho, pues Emanuel no fuma. Me acerco y lo saludo temerosa:

—Hola...

—Ahora te apareces después de días para ver a tu madre. ¿Desde cuándo eres tan libertina y rebelde?

—No soy rebelde ni libertina. Simplemente no he estado viviendo con mi madre.

Asiente con la cabeza.

—Sí, me imagino. Con ese pintor que solo quiere clavarte y luego tirarte como trapo viejo.

Ceñuda, respondo enojada:

—No eres quién para hablarme así. Es mi vida privada y no tienes derecho alguno en tratarme de esa manera.

—Sabes, pensé que eras distinta. Que sí querías casarte y ser de un solo hombre. Como esas mujeres que no quedan. Pero has resultado ser igual a todas. Ese imbécil te dice dos palabras bonitas y ya te pones cachonda y te abres de piernas.

Ofendida, lo golpeo en la cara y, casi llorando del enojo, le grito:

—No te atrevas a faltarme al respeto nuevamente. No seas ardido. Yo sí quiero casarme y ser mujer de un solo hombre. Pero te jode que no seas tú ese hombre del que vivo enamorada. Vuelves a hablarme así y vamos a tener

problemas.

Ríe burlón y le da una calada al cigarro.

—Claro, de tal madre tal hija. Son igualitas. Anda, sube y descubre a quién calienta tu madrecita.

Palidezco y pienso lo peor. Subo a ver de qué habla el idiota este y abro la puerta del apartamento rápidamente. Al entrar veo a un hombre en traje sentado en la sala de estar mirando los cuadros de la misma colgados en la pared. Al verme se pone de pie y, seria, pregunto:

—¿Qué hace en mi casa? Váyase, deje a mi madre en paz.

Ella sale de la habitación con álbumes de fotografías y al verme se pone algo nerviosa.

—Amaia, pensé que no vendrías.

—¿Ahora tengo que avisar cuando vengo a mi casa? —Niega con la cabeza —. Me dijiste que no lo volverías a hacer, mamá. Me has engañado.

—Ella no ha recibido un solo euro de mi parte. Tampoco he venido a tener sexo con tu madre — argumenta el hombre.

—Amaia, él es Sergio. No tuve la oportunidad de presentártelo aquella noche porque no me diste tiempo. Él es un buen amigo.

Arqueo una ceja, enojada.

—Ajá, ahora los buenos amigos tienen sexo de vez en cuando. Mamá, ¡está casado! —Miro al hombre y le grito—: Le debería de dar vergüenza. Sí, ¡vergüenza! Ha enamorado a mi madre. Se lo digo desde ya porque ella es tan tímida que jamás le dirá que lo ama. La ha enamorado siendo casado. Usted no sirve. Hágame el favor y salga de mi casa, ya.

Asiente con la cabeza y, despidiéndose de mi madre, sale de la casa. Azoto la puerta y mamá me mira iracunda.

—¿¡Qué coño has hecho?! ¿Cómo se te ocurre decirle que lo amo? ¿Es que eres tonta? Se ha ido y solo estábamos conversando e íbamos a ver unos álbumes.

Me cruzo de brazos mirándola de pies a cabeza.

—Sí, claro, y apuesto a que estás desnuda y te cubres con el albornoz.

Se torna colorada y deja los álbumes sobre la mesa del comedor.

—¿Qué tiene de malo que me acueste con él? Soy adulta y sé lo que hago.

—¿Sabes qué es lo malo? Que te denigras a ser solo su amante, eres la otra, la querida. Mamá, ¡que está casado!

Se sienta en el sofá con el rostro lloroso y seguido se lo cubre apenada.

Frustrada, me siento a su lado y la abrazo fuerte.

—Es que yo lo quiero, Amaia. Él se está divorciando de su esposa.

—Mamá, todos dicen eso. No seas ilusa. Mereces algo mejor.

Otra vez siento un leve mareo y me detengo de hablar por unos minutos. Cierro los ojos y parpadeo un par de veces.

—Amaia, ¿estás bien?

Digo que sí con la cabeza.

—Solo es un leve mareo. Ha de ser los ojos dando la lata de nuevo. Ahora me voy. Voy con retraso al trabajo. Te veo en la noche.

—¿En la noche? ¿No estás viviendo con Daniel?

Evasiva, agarro mi bolso y camino a la puerta.

—Eh..., lo he pensado y es mejor que vivamos separados. Te quiero.

—Yo igual.

Azoto la puerta, hablar de Daniel me jode. Es un mentiroso que juega con los sentimientos. Llego al museo y me recibe Eloise con su típica sonrisa alegre.

—¡Hola! Pensé que vendríamos juntas al trabajo.

—He tenido asuntos que resolver antes de venir acá —digo guardando mi bolso en el casillero.

—Ah, ya. Pues tienes trabajo. Te toca dar un recorrido exclusivo.

Arqueo una ceja.

—¿Cómo que un recorrido exclusivo?

—Pues un cliente ha pagado para que se le dé un recorrido privado y ha procurado a la señorita Carlini como guía.

—Vale, en unos minutos estoy con el cliente.

Elo sale de la sala de descanso y veo en el móvil más mensajes de Daniel.

Daniel a las 5:30 p. m.

No seas infantil, Amaia Carlini.

¡Vamos a hablar, carajo!

No es posible que le creas a una aparecida antes que a mí.

Daniel a las 5:34 p. m.

¡Bien! Ya me harté.

Te amo y deseo que hablemos,
pero no voy a estar como
buen estúpido rogando.

Cree lo que te dé la gana.
Que sepas que lo que
haces es de insegura.
Daniel a las 5:55 p. m.
¿Quieres que me arrodille y
te suplique que me escuches?

Borro todos los mensajes. No, está mintiendo. Cree que soy una tonta y no lo soy. Camino hasta la primera sala de exhibición y me quedo sin aire al verlo de espaldas viendo uno de sus lienzos colgados en la pared. Aún sin voltearse, comenta:

—Tu perfume hace que además de desearte, me enamore más y más de ti, Amaia Carlini.

No sé si correr a sus brazos, abrazarlo y escucharlo o golpearlo y correrlo por mentiroso. «¿Por qué me pasa esto a mí?».

Deseos

Camina hacia mí y me alejo de él, enojada. Cruzo los brazos y pido que se vaya, pero se niega. «Joder, que quiere que le dé un recorrido solo a él en el museo. Quiere joderme la vida». Lo miro fulminante y, queriendo convencerme a mí misma, digo:

—Déjame en paz. Ya no soy nada tuyo. Tienes a tu esposa. Déjame seguir con mi vida.

—¿Puedes dejarme hablar?

—¡No!

Asiente con la cabeza.

—Vale, entonces quiero que comience con el recorrido, señorita Carlini.

¡Me lleva el demonio!

—¿Por qué insistes en buscarme?

—Porque te amo.

—No me amas. Me engañaste.

Arquea una ceja.

—Berrinchuda.

—Mentiroso.

—Inmadura.

—¡Egoísta!

Me sujeta por la cintura y, acercando sus labios a los míos, me besa desenfrenadamente y yo como tonta caigo nuevamente en el embrujo de sus besos. Me acaricia la espalda colocándome contra una pared y trato de detenerlo fingiendo frialdad.

—Basta. Usted está casado, señor Bacchelli, y no debe andar besando a otras mujeres.

Me mira a los ojos y, serio, me responde:

—No estoy casado. Estoy divorciado, Amaia. La única mujer que amo eres tú, la única a la que deseo besar es a ti. A la única que deseo hacerle el amor como loco es a ti.

—Eres un mentiroso. Esa mujer te besaba y tú lo permitías.

Me mira, comienza a reírse y eso me enoja mucho. Quiero golpearlo por tonto y burlón. «¡Estúpido!».

—Eres una celosita, te amo, nena. No la besé, ella me besó. Yo no la quiero. Ella me lastimó mucho. Ahora solo deseo verte a ti todos los días.

Lo miro y estoy a punto de caer en su sonrisa. Sé que es sincero, lo noto en su mirada, en su insistencia porque lo perdone. Bajo la cabeza y, ruborizada, pregunto:

—¿No me mientes?

—No lo haría.

—Vale, háblame de ella entonces. ¿Por qué se divorciaron? —Se torna serio y hermético. Parece que le jode que pregunte sobre esa mujer. Caminamos por el corredor mirando los lienzos y, algo indignada, resoplo—: Vale, no me lo digas, tampoco pienso obligarte.

—Se llama Vanessa. Era mi esposa hace tres años. Nos conocimos en una actividad social. Al principio no le di mucha importancia, pero luego comenzó a atraerme y la comencé a buscar. Luego de estar un año juntos le propuse matrimonio y aceptó.

Aprieto los dientes.

—¿La amaste mucho?

—Supongo que sí. Todo lo que hacía era para ver a Vanessa sonriendo. Nos casamos y le comenté que quería una familia. Un hijo era lo que más deseaba en el mundo. Ella se negó rotundamente. Pues, Vanessa es muy superficial y odia la vida en familia. Aunque me dolió que no quisiera hijos lo acepté. Pasó el tiempo y enfermé gravemente. En ese tiempo ella se alejó y ya no mostraba interés en mí. Había quedado en cinta y, sin decirme nada, se realizó un aborto y descubrí más tarde que tenía sexo ocasional con hombres. Por eso me divorcié.

Me quedo callada y realmente no sé qué responder. Pobre Daniel. Quería bebitos y esa bruja lo abortó. Suelto un suspiro e inquiero:

—¿De qué enfermaste?

Tensado, contesta.

—Eso no importa. No preguntes.

—Vale. Siento mucho lo de tu bebé.

Me mira sonriendo, me detiene mirando mi vientre y seguido lo toca ilusionado.

—Me gustaría tener un bebé contigo. Ver tu pancita crecer y cuidarlos a

ambos. Siempre he querido tener una bebita.

Pongo los ojos como platos. «¡No! Eso jamás pasará conmigo».

—No puedes tener bebés conmigo.

—¿Por qué no?

—Porque seré ciega. No quiero tener un bebé que no podré ver jamás. Además, no creo poder ser buena madre.

—Ser ciega no es impedimento para que seas buena madre. Además, haré todo lo posible por conseguir esas córneas que necesitas.

Me abraza y yo dejo que sus brazos me arrojen fuertemente. Acaricia mi cabello y susurra en mi oído que me nota rara. La verdad me siento rara. Los mareos y náuseas no me dejan vivir. ¡Maldita enfermedad! Malditos ojos.

—Estoy bien. Es solo que tengo náuseas. Pero me pasa a menudo por los ojos.

—Te voy a llevar a comer. Anda, busca tus cosas.

Niego con la cabeza.

—Daniel estoy trabajando. Pueden regañarme.

—Ya he hablado con tu supervisora. Le he pedido la tarde libre.

Me quedo ojiplática. «¿Qué se cree?».

—No eres quién para pedir eso. Tengo que trabajar.

—Eres mi novia, tengo todo el derecho de pedir la tarde libre. Ya deja de quejarte y ve por tu bolso.

A regañadientes, pero por dentro muriendo de amor voy a buscar mi bolso; otra vez los malditos mareos me joden. Abro mi casillero y saco el bolso tambaleando en los tacones. Me siento en la banca por unos segundos y cierro los ojos. Ya pasa, solo es otro más. Salgo del museo del brazo de Daniel, algo atontada. Me abraza y caminamos hasta su coche. Me abre la puerta y subo. Me pone el cinturón de seguridad él mismo. «¡Es un obsesivo!».

—No soy tonta. Puedo ponérmelo yo.

—Quiero hacerlo. Quiero cuidar de mi bonita.

Sube al coche y, antes de ponerlo en marcha, me da una caja. La miro extrañada y, algo dolido por la situación, me dice que ya comienza a conseguirme lo que le he pedido. Son libros con el sistema braille para invidentes. Toco los relieves de los puntos y suelto un suspiro. Quiero comenzar a aprender a leerlo cuanto antes. Sonrío con tenuidad y agradezco:

—Gracias por hacerme llegar esto. Quiero aprender cuanto antes. No quiero ser una inútil.

—No lo serás. Luego de comer tengo algo que mostrarte algo.

—¿Qué cosa?

Sonríe y se queda callado. Uy, sabe que me pica la curiosidad. Acelera el coche y, mirando el libro con puntos braille, bajo la mirada. No queda mucho para que el color se apague. Tampoco queda mucho para que comience a estorbar. Y mi mayor miedo es que comience a estorbarle a Daniel. «Señorita Anónima» debe desaparecer pronto. Una vez ciega morirá y también lo hará esa ilusión que me hacía vibrar con cada mensaje. Extrañaré al señor Perfecto. Ese que es tan distinto y menos hermético que Daniel. Me lleva a comer a un bonito lugar rústico y acogedor. Miro la carta y lo único que no es acogedor son los precios de los platos.

—Daniel, esto es excesivamente caro. Mejor vamos al otro de siempre, ¿sí?

Niega con la cabeza y lo noto extraño. Algo oculta. Sonríe y me pide que elija algo para comer. Mientras ojeo la carta, sus ojos no dejan de mirarme.

—¿Por qué te sonrojas?

—Porque me miras así y me pones nerviosa.

—Eres hermosa. Podría mirarte por horas y no me cansaría.

Dejo la carta sobre la mesa y aquí siento que todo lo que dice es falso. Solo tengo ojos extraños y cabello rubio. Lo demás es horrible. No sé qué le gusta de mí. No tengo hambre. Veo el menú y noto que si como algo de eso vomitaré.

—Daniel, solo quiero una copa de vino. No tengo hambre.

—No has comido en todo el día.

Resoplo.

—Creo que voy a enfermar. Tengo náuseas y dolor de cabeza. Eso es todo. Pero te prometo que en la noche como algo.

Es un cabezón. No come y solo pide una copa igual que yo. Esperamos a que el mesero nos las haga llegar y para que no haya silencio pregunto:

—¿Cómo te sientes?

—Estoy bien, Amaia. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque noto que me ocultas algo. No estoy segura de qué es, pero puedo sentirlo. Quieres hacerlo todo a la prisa como si carecieras de tiempo.

Se queda callado y serio. Se tensa por completo y odio cuando se pone así. Le digo que puede confiar en mí, pero dice que está bien, que no le ocurre nada. Qué remedio tengo que creerle. Nos traen la copa de vino y a mí junto

con la copa el mesero me entrega una nota. La abro algo confusa y la leo:

¿Sabes lo que ha pasado?

Daniel

Miro a Daniel y, patidifusa, respondo:

—¿Qué ha ocurrido?

—Voltea la tarjeta.

Nerviosa, la volteo y hay otra nota; esta paraliza mi corazón.

Te voy a decir lo que ha pasado. Me he enamorado de esos ojos morados y quiero que seas la señora Bacchelli, mi esposa.

Daniel

Levanto la mirada con los ojos llorosos y veo en sus manos una linda cajita aterciopelada abierta y un hermoso anillo en su interior.

—Amaia, ¿quieres ser mi esposa? ¿Te casarías conmigo?

Una lágrima cae de mis ojos y no logro creer que lo que me está proponiendo es que sea su esposa. Cubro mi rostro y, feliz pero indecisa, respondo:

—¿De verdad quieres que una mujer como yo sea tu esposa?

Asiente con la cabeza.

—Deseo que seas mi esposa el tiempo que reste.

—¿Tiempo que reste? ¿De qué hablas?

—Yo me entiendo. Dime, ¿aceptas ser mi mujer?

Sin pensarlo, acepto y, emocionado, coloca el anillo de compromiso en mi anular. Lo miro y aún no puedo creer que me haya pedido que sea su esposa. Siento que todo lo que he soñado desde niña comienza a hacerse realidad. Quiero que Daniel sea mi esposo, pero tampoco quiero atarlo a una ciega.

—¿No importa que vaya a ser ciega?

—Podré amarte y cuidarte igual.

—Te amo, Daniel. Te amo mucho.

Paga la cuenta y se levanta de la mesa. Seguido lo hago yo y, abrazando mi cintura, susurra a mi oído:

—Pienso demostrarle esta noche cuánto la amo, señorita Carlini. Y cómo desearía que demostrándoselo, concibiéramos un bebito, tuyo y mío.

—Sabes que yo no...

Calla mi idea con sus labios y hasta se me olvida qué iba a decir. Ahora conduce y no sé a dónde me lleva. Le pregunto, pero no me contesta, solo sigue conduciendo y diciéndome que quiere casarse conmigo cuanto antes.

Comienza a oscurecer y llegamos a una casa algo lujosa. Él pide que me quede en el coche y lo complazco, pero, aun así, muy ansiosa. Al rato, de la casa veo salir corriendo hacia el coche un hermoso labrador color chocolate que se sienta frente a la puerta del copiloto, ansioso porque yo la abra. Abro la puerta y enseguida comienza a olerme y no se mueve de mi lado. «¿Y este perro hermoso?». Daniel se acerca al coche y, mirándome con afecto, pregunta:

—¿Te gusta?

—Sí. Es muy bonito. Y tierno. No se mueve de mi lado.

—Le he dado a oler una prenda de ropa con tu perfume hace unos días y te ha reconocido. Ahora Sultán es tu lazarillo.

—¿Se llama Sultán? Es muy bonito.

—Sultán viene con nosotros a casa.

Acaricio a Sultán y luego Daniel lo sube a la parte trasera del coche. Es tan lindo, y está tan bien cuidado y aseado que podría abrazarlo y jugar con él por horas. Beso a Daniel de sorpresa y feliz le agradezco por regalarme a Sultán para cuando no tenga vista.

—¿Cuánto te ha costado Sultán?

—Eso no importa, Amaia.

Insisto.

—Sí, importa. Anda, dime cuánto te ha costado.

—Quince mil euros.

Creo que me ahogo de la impresión. «¡Este hombre ha gastado una fortuna en ese animal!».

—Es demasiado. Devuélvelo.

—No, no es mucho. Es un perro entrenado para cuidar y proteger a personas invidentes. Ahora a ti porque se ha familiarizado con tu olor. Además, Sultán necesita una dueña dulce y tierna como tú.

Miro hacia atrás y veo a Sultán recostado, me mira con sus ojos color miel con ternurita. Es un cachorro todavía. Al menos tendré compañía cuando esté sola. Daniel mira mis muslos y yo los cubro con vergüenza.

—¿Por qué te cubres?

—Porque vamos a estrellarnos como no le pongas atención a la carretera.

Sonríe y, mirando hacia el camino, muerde sus labios y dice:

—Muero por quitarte ese vestido. Me tienes hipnotizado. Eres hermosa.

—No te creo. Es más, aún no sé qué es lo que ves en mí.

—He visto en ti lo que nunca he visto en otra mujer. Me duele que llegues

ahora a mi vida. Ahora que todo es vulnerable.

Se queda callado el resto del camino y cada vez que hace esos comentarios algo raros se pone serio y frío. Al llegar a su casa entro con Sultán que se recuesta junto a la chimenea. Sus brazos me sorprenden por la espalda y, besando mi cuello, abraza mi cuerpo uniéndolo al suyo.

—Estamos solos...

—¿Y el servicio?

—Les di el día libre.

Trago saliva.

—Vale, pues voy a dormir. Es algo tarde.

Me sujeta con más fuerza y siento su aliento erizar mi piel.

—Primero te voy a hacer el amor. Quiero tocarte, besarte y hacerte mía una vez más.

Me giro para mirarlo a los ojos y, reposando mis brazos en sus hombros, sonrío.

—Quiero eso que tú quieres.

Sonríe lascivo y, azotándome, me eleva en sus brazos.

—Lo haré, futura señora Bacchelli.

Otro dolor

Entra a su lujosa habitación y me desploma en su cama suave y acogedora mientras sus manos descubren mi cuerpo y deja una estela de besos sobre él, sacando de mi garganta pequeños suspiros. Separo mis piernas y lo tomo por sorpresa. Sonríe libidinoso y masculla:

—Tan deseosa como yo.

Lenta y suavemente me quita el encaje que suelo ponerme solo por agradarle a él. Me quito el vestido y lo echo a un lado. Se desnuda frente a mis ojos y gloriosamente me deleito. Es perfecto, es todo lo que he anhelado en un hombre. Se suspende sobre mi cuerpo tímido entrando en mi interior con sutileza. Miro sus ojos y rostro y lo noto pálido. Entra y sale de mí con suavidad y dentro del placer que me provoca me preocupo por su palidez.

—Daniel, estás pálido.

—Estoy bien. Solo quiero besarte y hacerte...

Lo interrumpo y, abrazando su espalda, beso sus labios.

—No me mientas. Tienes algo.

Niega con la cabeza y embiste con dureza en mi interior. Clavo mis uñas en su espalda y me avergüenza el que de mi garganta salgan gemidos y balbuceos pidiendo más y más. Aprisiono sus piernas con las mías y más que su erección penetrándome, sus besos, caricias y palabras dulces crean una sensación de placer y también de vulnerabilidad en mí. «¿Cómo será luego cuando no pueda ver más su rostro?». «¿Esto que sentimos en la cama será lo suficientemente fuerte para que permanezcamos juntos?». Quiero creer que sí, que más allá de mi ceguera podré ser feliz. Rodando por la cama entre las sábanas satinadas blancas perladas, el que se suponía que solo podía ver como mi ejemplo a seguir, ahora está entre mis sábanas poseyendo lo que queda de mis suspiros y yo se los entrego gloriosa. Sus manos se encargan de tocar cada centímetro de mi piel y besar mis labios hasta sentir que han perdido voluptuosidad de tanto besarlos. Tiemblo entre sus brazos y, rozando mi nariz contra la suya, le susurro que lo amo. Me mira y con el rostro algo cansado responde:

—Yo te amo más. Te amo con lo que me resta de vida, hermosa.

Otra vez siento que habla queriendo decir algo más. Me embiste con deseo y ganas de robarme hasta el último suspiro. No deja de decir a mi oído que me ama y yo no dejo de pensar: «¿Hasta cuándo podremos tener esta felicidad?». Paso una noche horrible y también hermosa. Me ha hecho el amor como nunca, sin embargo, los mareos no me han dejado dormir. Me levanto temprano en la mañana y miro a mi hermoso durmiendo. Sin hacer ruido salgo de la habitación dispuesta a hacer el desayuno. Veo unas cartas sobre la mesita del recibidor y, curiosa, voy a ver de qué se tratan. Muchas son de museos e invitaciones a exposiciones, menos una. Esa me llama la atención, miro la dirección del lugar de donde proviene la carta y parece ser de un centro oncológico. No comprendo. «¿Eso es del cáncer?». La miro y me veo tentada a abrirla, pero me detengo. Daniel puede enojarse, es su correspondencia. Sultán corre hacia mí y, sonriendo, le acaricio las orejas.

—Me da mucho gusto poder conocerte antes de perder la vista. Eres muy lindo.

El perro me mira y se sienta a mi lado pareciendo que no se moverá hasta que yo lo haga. Es bonito tenerlo. Comienzo a quererlo mucho. Camino a la cocina y Sultán se va detrás de mí. Busco algo para desayunar y término haciendo tortitas con algo de frutas en trocitos. Pasa una hora y aún Daniel no despierta. Es raro, no es de levantarse tarde. Apago la estufa y subo a la habitación. Me siento al lado de Daniel y descubro su espalda para besarla, pero me horrorizo al verla llena de moretones mucho más oscuros que los últimos que vi. Los toco asustada y lo sacudo para despertarlo.

—Daniel, ya es hora de despertar. ¿Qué tienes en la espalda? ¿Te sientes mal?

Sigo sacudiéndolo, pero no responde. Lo volteo y pongo boca arriba. Derramo una lágrima mientras miro su nariz y la almohada rojiza. Lo sacudo más fuerte y, atontado, abre los ojos. Lo abrazo y, temiendo lo peor, digo:

—¿Por qué te sangra la nariz? Daniel, no me mientas, por favor. Estás enfermo.

Niega con la cabeza limpiándose la nariz rápidamente.

—Estoy bien. No hay que hacer escándalo por un pequeño sangrado.

—Sí, estás enfermo. Vi entre la correspondencia una carta de un centro oncológico. Eso es para el cáncer, Daniel.

Enfurecido, me grita:

—¿Qué haces revisando mi correspondencia?!

—Tú me dijiste que podría ver todo lo tuyo, excepto el móvil —replico llorosa.

Se queda callado y parece no querer decirme lo que le pasa. Lo miro y, sonriéndole con cariño, le digo que puede confiar en mí así como yo lo hice con él. Me mira y sus ojos comienzan a desprender lágrimas doloridas.

—Amaia, cómo me hubiera gustado conocerte antes. Antes de que fuera ya tarde.

—¿De qué hablas, Daniel? No es tarde, claro que no.

Acariciando mi rostro, responde:

—¿Alguna vez te has preguntado por qué hice esa competencia de lienzos? —Niego con la cabeza—. Amaia, pronto no estaré aquí contigo. Me iré y es algo inevitable. Ya lo sé desde hace mucho y esta vez solo he decidido vivir lo que queda lo más feliz posible. Voy a morir, Amaia. Por eso creé esa competencia donde el más talentoso y hábil en la pintura tendría la oportunidad de convivir conmigo un mes y así aprender todo lo que sé para cuando yo ya no esté, pueda seguir mi legado y este no muera. No me asusta la idea de irme, no me molestaba el hecho de que pronto voy a morir hasta que te conocí. Fue ahí cuando la muerte comenzó a parecerme una amenaza. Me he enamorado de ti justo cuando ya la vida se me apaga lentamente. Pero, aun así, he decidido que me quede lo que me quede de vida, voy hacerte la mujer más feliz del mundo.

Me quedo sin habla. Siento que todo mi cuerpo se paraliza terriblemente. «No, no puede ser. Es un horrible sueño. Daniel no puede estar muriendo. Es imposible». Lo miro y entre lágrimas niego con la cabeza.

—Eso es imposible. Me estás mintiendo. No puedes morir. No me puedes dejar sola. ¿Qué tienes, Daniel? Dime, quizá sí tenga solución.

—Amaia, tengo leucemia. Fue por esa razón que mi matrimonio terminó hace años. Me curé, pero he vuelto a recaer. Esta vez he decidido no tratarme. Está muy avanzado el cáncer y ya varios oncólogos me han dicho que no hay mucho que hacer.

Me niego. Me niego a creer que Daniel tiene cáncer y mucho menos que va a morir. No puedo aceptarlo.

—Pero hay tratamientos. Daniel, no me puedes dejar. Te amo y si tú te vas yo lo haré también. Podemos hacer algo para que te cures. Por favor, di que sí.

Me abraza, ocultando su tristeza en una sonrisa tenue, y contesta con suavidad:

—Ya es tarde para quimioterapia. Es tarde para cualquier cosa. Decidí dejar que el cáncer me consumiera de a poco porque sentía que nada me ataba a esta vida. Nada me ataba hasta que te conocí a ti. Pero ya es tarde, me iré pronto y solo deseo amarte y tenerte a mi lado el resto de vida que me quede en el alma.

Este hombre logra sacarme las lágrimas que jamás había derramado. Mi corazón se ha roto en mil pedazos. Lo abrazo negándome a esa horrible realidad. Siento que no podría vivir sin él. En llanto le digo dolorida:

—Si tú te vas, yo me iré contigo también. No puedo vivir sin ti. No concibo la vida sin estar a tu lado.

Me sonrío con dolor y, besando mis labios, contesta:

—No digas eso, Amaia. Eres muy joven y hermosa. Sé que encontrarás un hombre que te ame tanto o más que yo. Tienes toda una vida por delante.

—¡No! No podría amar a nadie más. Solo a ti. Me duele mucho todo esto. Hagamos algo, por favor. Inicia la quimioterapia, por favor. Al menos luchemos y tengamos esperanzas.

Se levanta de la cama y, caminando hacia el balcón, mira hacia el horizonte. Su mirada se pierde entre los árboles del bosque y, derramando una lágrima, susurra odiando no haber hecho nada antes:

—Amaia, ya no hay nada que hacer. Solo esperar con resignación que...

—¡No! Me niego. Mientras hay vida hay esperanza. Por favor, toma el tratamiento. Hazlo.

—Sería ilusionarte y sufrir de más. No hay que hacer nada por mí.

Me acerco a él y, mirando su palidez, pregunto:

—¿Hace cuánto tiempo tuviste la recaída?

—En dos meses se cumple un año. No he recibido tratamiento porque no he querido. Y ya es tarde para uno.

Lo abrazo y me niego a aceptar que Daniel se vaya de mi lado. Merece ser feliz igual que yo, aunque yo lo sea en las sombras. Nos quedamos unos minutos abrazados y, besando mi cuello, me dice al oído:

—¿Ahora comprendes por qué quiero un bebito? Antes de morir, quiero irme con la dicha de saber qué se siente siendo padre. Qué se siente teniendo una personita en el mundo que haya salido de ti. Pero entiendo que pido algo muy complicado. Así que me resignaré a no saberlo.

Rápidamente contesto:

—Sí, quiero tener un bebito contigo. Quiero darte esa dicha. Concederte el

que seas padre. No me importa más que hacerte feliz. Pero quiero que me prometas que vas a intentar la quimioterapia.

Sonríe y, besando mis labios con ternura y amor, asiente con la cabeza.

—Por ti, lucharé, aunque sepa que no hay esperanzas. Por ti lo haré porque te amo. Y, aún después de morir, seguiré amándote.

Mi rostro se encoge del dolor.

—No digas eso, por favor. Me duele que lo recuerdes.

Se queda callado, y yo también me quedo callada. Solo derramo lágrimas. Muchas lágrimas, sintiendo que mi mundo acaba de derrumbarse.

No he dejado de llorar. Y los ojos me advierten que pronto se apagarán. Daniel ha salido a resolver unos asuntos y me he quedado sola en casa. Creo que tendré que hacer algo que me va a doler mucho. Agarro el móvil y mando un mensaje:

Señorita Anónima a las 3:30 p. m.

Hola, señor Perfecto. ¿Qué tal su día?

El mío algo tenso. Le escribo por la siguiente situación.

Por más de quince años usted ha sido mi musa para todo lo que he pintado. Lo admiro mucho, creo que jamás admiraré a otra persona como a usted.

Me duele dejarle saber que este será el último mensaje que reciba de mí, señor Perfecto.

Y es que no podré seguir en contacto con usted porque soy una invidente en proceso. Tengo glaucoma, astigmatismo y otra rara enfermedad degenerativa que me robará la vista. Por eso le pregunté aquel día si llegaría a enamorarse de una ciega y usted respondió que no. Eso me rompió el corazón, pero lo entendí.

Ahora que estoy resignada a mi destino, puedo decirle que fue un placer haber hablado por tanto tiempo con el hombre que más admiro en el mundo.

Espero que sea muy feliz y nunca se dé por vencido en nada, aunque parezca que no hay solución.

Le confieso que, aún sin haberlo conocido en persona, he llegado a quererlo, también me he enamorado de usted tanto como lo está de esa tal Amaia Carlini.

Qué suerte de ser amada tiene esa chica.
Que tenga linda tarde, señor Perfecto.

Daniel a las 3:45 p. m.
Hola, señorita Anónima.

Qué pena que esté pasando por esa horrible situación.
Perder algo tanpreciado como la vista.
Qué ironías de la vida, no, más bien creo que el karma
me ha de cobrar factura por lo que le dije aquel día.
Me he enamorado de una chica maravillosa.
Estaba errado, pensaba que el amor no existía, pero sí existe.
Solo que ahora me doy cuenta..., tarde.
Ella, mi amor, la mujer que amo pronto también quedará ciega.
No verá más el sol, tampoco el cielo ni las
noches cuando estén estrelladas.
Mucho menos podrá ver los lienzos que le pinte.
Pero, aun así, la sigo amando y deseo que me dé pronto un hijo.
Pero no es su ceguera lo que me duele y carcome.
Señorita Anónima, yo estoy muriendo lentamente
desde hace unos meses, casi un año.
Tengo leucemia y ya está muy avanzada.
Antes de Amaia no me importaba morir.
No le tengo miedo a la muerte. Es parte de la vida.
Pero, ahora..., ahora que he encontrado todo lo que he soñado
tener en Amaia me duele saber que pronto la dejaré.
¿Por qué tiene que ser así?
Hubiera preferido morir sin conocer el amor.
Así no me dolería dejar este mundo.
Pero lo que esa maravillosa mujer no sabe es que
cada noche en la soledad y frialdad de mi habitación
me desplomo en llanto mientras siento que mis huesos
quieren quebrarse del dolor. Mientras mi nariz y encías sangran.
Cada lágrima que dejo caer me recuerda que ella
derramará muchas más por mí, frente a un ataúd.
El cuerpo me duele mucho, he aprendido a vivir con dolor.
El físico se puede soportar.
Pero este que siento dentro en mi interior

me duele más que ningún otro. Veo sus ojos morados y no
sabe las ganas que me invaden de llorar.
Cómo quisiera dejar de amarla, dejar de sentir que ella ahora
se ha convertido en el motivo por el cual me aferro a la vida.

Una de la cual carezco.

Señorita Anónima, extrañaré vivir donde quiera que esté.
Perdóneme por quebrarle el corazón con aquel comentario.
Créame que el karma me está pasando factura en estos momentos.

Ojalá el amor hiciera que todo mal desapareciera.

Fue un gusto haber hablado por tanto tiempo
con una jovencita como usted.

Me ha ayudado mucho en momentos difíciles.

Al menos sé que tuve una admiradora que más que admirarme
sintió algo lindo hacia mí.

Que tenga buena tarde, señorita Anónima.

Siento que el corazón se detiene. Dejo caer el móvil entre lágrimas y,
desplomándome en el suelo del dolor, me cubro el rostro. Si él se va..., yo iré
tras él. No puedo imaginar una vida sin Daniel a mi lado. Con él se irían mis
deseos de vivir, mi alegría, el amor. Solo quedará un cuerpo muerto en vida.

Una lista

Han pasado varios días. Unos algo amargos y sobre todo duros de asimilar. Daniel comienza hoy la quimioterapia y su rostro es uno no muy esperanzado. Pero para mí es muy importante que al menos lo intente. Trato de estar lo más tranquila posible, aunque últimamente las náuseas y mareos no me permiten vivir. Malditos ojos. Estoy al lado de Daniel esperando a que le den la quimioterapia y me nota lo pálida y cansada que me encuentro.

—Oye, no tienes que estar aquí. Anda a descansar a casa.

Niego con la cabeza.

—No. Me quedo aquí contigo.

—Vale, pero ¿qué tienes?

Parpadeando con dificultad, respondo:

—Mareos y náuseas. Debe ser por el glaucoma.

Me mira algo emocionado y rápidamente comenta:

—¿Y si es un bebuto? Amaia, puedes estar embarazada.

—No, no creo, Daniel. Es solo mi odiosa enfermedad.

Insistente, inquiera:

—¿Cuándo te toca el periodo?

—Tengo atrasada una semana. Pero soy irregular. Debe ser normal.

Algo débil por el tratamiento, me mira y toma mis manos emocionado. Pide que me haga una prueba de embarazo para salir de dudas. En el fondo me da algo de miedo estar embarazada. Pero si lo estoy, al menos Daniel estará feliz.

—Vale, me haré la prueba, Daniel.

Sonríe contento dentro de su debilidad. Beso su cabeza y trato de no llorar frente a él. Al rato suena mi móvil y salgo al corredor a contestar:

—Hola.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? ¡Tengo que contarte algo muy importante!

Suelto un suspiro.

—Dime, mamá. ¿Qué ocurre?

Feliz, replica:

—Sergio ha dejado a su mujer. Me ha pedido que sea su novia y..., y no

quiere que ningún otro hombre me vuelva a tocar. Dios, me ha dicho que quiere que sea solo suya. También me ha conseguido trabajo en su empresa. Estoy muy feliz, Amaia. ¡Sí me ama tanto como yo a él!

Derramo una lágrima silenciosa. Cómo quisiera compartir esa alegría con ella. Pero no logro quitarme de la cabeza a Daniel.

—Me alegro por ti, mamá. Espero que sea cierto lo que dice ese hombre. No quisiera verte lastimada por ese tío. Y me encuentro bien. Es solo..., los ojos no me dejan hacer nada. Es eso.

—¿Segura? Te escucho triste.

—Segura, mamá. Estoy bien. Ahora tengo que colgar porque ando algo ocupada. Te quiero.

—Yo también te quiero, nena.

Termino la llamada y me veo llorando sin poder parar. Llevo días así. Llorando sin poder detenerme. Regreso con Daniel y pareciera que le da igual la quimioterapia. Me sonrío pálido y ahora se le ha metido la ilusión de que podría estar embarazada. Cómo me gustaría estarlo para

ver esa sonrisa en su rostro más a menudo. Lo veo con una pequeña libreta y un lápiz escribiendo algo pensativo. Me siento a su lado y pregunto:

—¿Qué haces?

—Una lista, una muy importante para mí.

Interesada, indago:

—¿Y de qué es la lista?

Sonriendo, me enseña lo que ha escrito. Comienzo a leerlo y trato de no sollozar. Ha hecho una lista de lugares y cosas que le gustaría hacer en menos de seis meses. Trago saliva y comento:

—Tú no te vas a morir. Esto lo podemos hacer en cualquier momento de nuestras vidas.

—Amaia, no nos engañemos. Pronto me iré. Ya es tarde para remediar mi salud. Ahora solo resta hacer todo lo que dice la lista. Me encantaría que la primera cosa de la lista la hiciéramos muy pronto.

Vuelvo a leer la lista esta vez derramando una lágrima:

Cosas que quiero hacer con Amaia antes de morir:

- 1. Quiero casarme con Amaia. Quiero que sea mi esposa.*
- 2. Mirar una noche estrellada junto a Amaia mientras nos abrazamos.*
- 3. Viajar por el mundo, quiero conocer muchos lugares junto a Amaia.*
- 4. Tener un bebido. Quiero que sea niña. Quiero tener una pequeña*

Amaia, aunque no la vea crecer.

5. Eh..., qué más..., ah, ya sé. Despedir el año en París.

6. Conseguir unas córneas para Amaia.

7. Pintar todos los lienzos que pueda.

8. Regresar a Ámsterdam por última vez.

9. Quiero morir frente al mar.

Me mira y, resignado, me entrega otra lista. La leo con el corazón encogido:

Cosas que quiero que hagas después de que yo muera:

1. No dejes de vivir porque yo ya no esté a tu lado. Estaré siempre contigo, aunque no me puedas ver.

2. Quiero que rehagas tu vida. Consigas un hombre que te ame tanto o más de lo que yo te amo a ti. Vive, cómete el mundo sin mirar atrás.

3. Quisiera que recordaras Ámsterdam como un lugar especial. Para mí lo es, fue donde descubrí que sí se podía volver a amar. Esté donde esté jamás olvidaré ese lugar.

4. No quiero ser enterrado. Quiero que mis cenizas se esparzan en el mar cuando sientas que estás lista para dejarme ir y puedas recordarme sin sufrir.

5. Amaia, deseo que vuelvas a amar después de mí. Quiero que te cases nuevamente, que tengas muchos hijos y vivas sabiendo que estaré feliz viendo que tú lo eres.

Lo miro y espera que responda con palabras las emociones que me hace sentir estas listas. Guiño los ojos llorando sin poder evitarlo y me regaña por hacerlo. No quiere que llore. Pero de solo leer todo esto siento que realmente es inevitable que se vaya de mi lado.

—¿Por qué piensas en el final? ¿No ves que me lastima?

Sonriendo, replica:

—Eres muy bonita, Amaia. Muy bonita. Quiero que me prometas una cosa.

Seco las lágrimas, indagando:

—¿Qué cosa?

—Quiero que me prometas que después de mí volverás a amar. Serás muy feliz, y me recordarás solo con cosas lindas.

—Te vas a salvar, Daniel.

Niega con la cabeza.

—Yo sé que no. Por eso, quiero vivir lo que me resta de vida sabiendo que

la mujer que amo, será feliz luego de que ya no esté.

Trago saliva y trato de tragarme las lágrimas también. Miro la primera lista y comento:

—¿Para qué quieres regresar a Ámsterdam?

—¿Para ti no es un lugar especial?

Al recordar Ámsterdam, recuerdo muchas cosas lindas. Fue donde salí de mi burbuja de cristal por primera vez, donde descubrí a través del sexo que más que placer, se puede destilar amor carne contra carne. En Ámsterdam, me di cuenta de que sin Daniel no podría vivir, no podría amar a nadie como lo amo a él.

—Para mí es el lugar más hermoso e importante de mi vida. Ahí me dijiste que me amabas, que estabas enamorado de mí. Sí, es un precioso lugar.

—Para mí Ámsterdam es también muy importante. Fue ahí donde el corazón le ganó a la razón y me di cuenta de que no importa cuánto daño te hagan, se puede volver a amar. Quiero regresar al lugar donde te tuve por primera vez, quiero tenerte también ahí por última vez.

Sus palabras me desgarran el alma. Me duele que hable despidiéndose constantemente. Al rato termina la quimioterapia del día y algo débil sale apoyándose en mí. A salir del hospital insisto en conducir yo. Apenas puede caminar y quiero cuidarlo mucho. Conduzco con la idea de regresar a la casa y Daniel insiste en que me detenga en una farmacia y compre una prueba de embarazo. Está ilusionado con tener un bebito y la verdad me asusta la idea, aunque quiero darle el gusto a él. Bajo del coche y entro a la farmacia. Miro las pruebas de embarazo y me quedo tonta. Nunca he usado esto y hay cientos. No sé cuál es la diferencia de cada una, agarro la primera y, nerviosa, la pago. Al regresar al coche, Daniel me roba un beso y, feliz, agarra la cajita.

—No sabes cómo deseo que sea positiva, Amaia. Si es así, espero que la vida me alcance al menos para verlo nacer.

—Lo verás crecer también. No vas a morir —replico vulnerable.

Mientras conduzco, Daniel mira las listas que ha hecho. Me mira y pregunta que cuándo podríamos casarnos. Eso toma mucho tiempo, el vestido, las invitaciones. En fin, todo.

—Pero eso requiere mucho tiempo.

—Mi amor, no quiero fiesta ni nada así. Solo que seas mi esposa. Quiero casarme lo antes posible contigo.

Trato se retener las lágrimas y asiento con la cabeza.

—Vale, nos casamos cuando quieras.

—Luego he pensado viajar a París. Me gustaría mucho ir a París contigo.
Suelto una lágrima.

—Daniel, no sigas esa lista, por favor. No vas a morir.

Traga saliva y, borrando la sonrisa del rostro, responde con seriedad:

—Amaia, sé que es difícil aceptar que pronto no estaré a tu lado. Pero es la realidad. Ya no hay quimioterapia que me salve. Tengo metástasis en gran parte del cuerpo. Únicamente me resta esperar a que mi final llegue. Prefiero vivir sin ese absurdo tratamiento lo que me quede de vida lo más feliz posible a tu lado.

—Pero no quiero que me dejes sola. Moriré.

Besa mis labios y notar lo tan cerca de mí me hace sentir protegida y segura. «¿Qué será de mí cuando ya no lo tenga?».

—Vayamos a casa para que te hagas esa prueba. Muero por ver el resultado.

—Vale —respondo entristecida.

Llegamos a casa y Sultán me recibe rápidamente. Me sigue a todos lados y no se separa de mí. Daniel parece ir recobrando las fuerzas poco a poco y eso me calma algo. Me llevo la prueba de embarazo y me meto al baño. «Respira, Amaia, respira un poco». Abro la caja y leo las instrucciones. Una poca de orina y luego de unos minutos está el resultado. Si hay dos rayitas, hay bebito. Hago la prueba y estoy temblando del nervio. Espero unos minutos mientras camino de lado a lado. «Bien, a mirar ese resultado. Ármate de valor, Amaia Carlini». Agarro la prueba y miro el resultado. Dos rayitas: un bebito mío y de Daniel crece en mi vientre. Derramo una lágrima feliz y vuelvo a mirar la prueba sin creérmelo. Salgo del baño y Daniel espera sentado en la cama a que le diga el resultado.

—Y bien, ¿seré papá?

Sonriendo, asiento con la cabeza.

—Vas a ser papá. Estoy embarazada.

Feliz y lleno de emoción, me abraza y siento mucha alegría por él. Desea ser padre y se le va a cumplir. Toca mi vientre y, alegre, se pone de cuclillas frente a mí. Lo besa y murmura cosas bonitas. No puedo evitar llorar al saber que quizá no logre conocer a nuestro bebito. Me pongo de cuclillas junto a él y lo miro a los ojos. Él también me mira y, suspirando con melancolía, toca mi rostro.

—No llores, por favor. No lo hagas. Ahora debemos estar felices por nuestro bebito.

—Lo sé. Pero no puedo evitar sentirme mal y triste por ti. Te amo con mi vida, Daniel. Trato de imaginarme una vida sin ti, pero no puedo. Es imposible.

Evade el tema y se sienta conmigo en el suelo. Acaricia mi cabello mientras piensa en qué decirme.

—Quiero que nos casemos pasado mañana. Ya está todo listo. Solo falta que la novia quiera ser mi esposa.

—Sí, sí quiero ser tu esposa. Quiero casarme contigo cuanto antes. Luego ir a París y hacer lo que quieras en Francia.

—Quiero caminar por las calles de París mientras probamos muchas cosas nuevas y vemos el atardecer frente a la torre Eiffel. ¿Qué te parece?

Beso la comisura de sus labios dejándole saber que me parece muy bien. Estar con Daniel es lo único que necesito. Pensar que en unos meses se irá de mi lado me desgarrar el corazón cada vez un poco más. Salgo de la habitación y entro a la cocina para buscar un vaso de agua y, al abrir el frigorífico, veo todo nublado y el dolor de cabeza se pone insoportable. El zumbido..., ese zumbido me desarma y caigo al suelo entre lágrimas y la vista nublada. Pestañeo un par de veces pero solo consigo que me duelan más. Con todo lo de Daniel había olvidado que mis ojos también tienen fecha de caducidad. Me arrinconó en la cocina y, cerrando los ojos, pido que el dolor se vaya rápido. Aún no puedo quedar ciega. Tengo que ayudar a Daniel. No puedo ser un estorbo en su vida. Bajo la cabeza y pido un tiempo más con vista. Si tan solo bastara con pedirlo..., pero mi realidad desde luego es otra.

Llega la oscuridad

Han pasado dos meses. Un mes y ya soy la esposa de Daniel. Aún no me lo creo. Cuando mamá se enteró se enojó mucho porque no le había dicho nada. Un médico me ha revisado, tres meses de embarazo, y Daniel no deja de mimarme. También ha decidido desistir de la quimioterapia. No puedo obligarlo, pero me desgarran el alma. Ahora seguimos la lista que ha hecho hace dos meses. Estamos en París. Mis ojos cada vez están peor. Solo pido que no sea pronto que pierda la vista. Me arreglo para salir a cenar en un pequeño restaurante frente a la torre Eiffel. Me pongo un vestido con estampado de flores y unos tacones color negro. Daniel me mira mientras me arreglo lo hace mientras piensa en la jodida lista esa. «¡Que no quiero que piense en eso!».

—Amaia, podemos luego de París ir a Madrid, o ya sé, podemos ir a algún país de América.

—Haremos lo que tú quieras Daniel. Si tú estás bien, yo también lo estoy.

Pestaño dos veces, los ojos me pesan y arden mucho. Me echo las gotas, pero parece que ya no surten ningún efecto.

—Haré lo que sea para no sigas sufriendo ese terrible dolor, cariño.

Me giro y, sonriéndole, respondo:

—Estoy bien. Daniel, el médico dijo que estás muy susceptible a enfermedades. No podemos comer fuera. Podrías enfermarte.

Niega con la cabeza.

—Quiero vivir lo que me queda como una persona normal. Vamos a comer, anda, agarra tu bolso.

Hago lo que me pide y salgo de la habitación de su brazo. Cada vez que lo miro lo noto feliz. Y cada vez yo me siento más y más triste por saber que pronto se irá. Al llegar al restaurante pide que elija lo que quiera de cenar y pido solo una copa de vino. No quiero cenar, no tengo ganas de nada más que de mirarlo a los ojos lo más posible.

—Amaia, no me gusta que estés así. Se supone que el asustado soy yo. No hay que tenerle miedo a la muerte. Es algo natural. A todos nos tocará algún día.

Llorando, replico:

—No quiero que te vayas.

Me sonrío sereno y toma mis manos.

—Estaré esperándote desde donde esté. Amaia, el que yo muera no me hará dejar de amarte.

—Pero duele. Vamos a tener un bebito, Daniel. No te puedes ir.

—Y lo conoceré. De eso no tengo la menor duda. Pero quiero que entiendas una cosa, no tienes que ver la muerte como algo trágico. A todos nos va a tocar, es inevitable. Estamos prestados en este mundo. Ahora solo quiero vivir lo más posible lo que me queda. Quiero que tú también lo hagas junto a mí y te aseguro que moriré feliz.

Pienso en lo que dice. Me desarma por completo, pero es su decisión. Y, aunque me parta, tengo que ayudarlo. Trato de no llorar, pero es inevitable. Lo miro y no quiero que su imagen se vaya, quiero que se quede.

—Me iré contigo. Si mueres, yo muero, Daniel.

—No digas tonterías. Eres joven, te queda mucho por vivir. Tienes que cuidar de nuestro bebé.

—Te acompañaré a vivir todo eso que deseas. Haré todo lo posible por no llorar y por ser fuerte.

Sonriendo, agradece y luego de estar un rato en el restaurante caminamos juntos por las calles de París. Hablamos de muchas cosas, entre ellas el nombre del bebé, no nos decidimos por ninguno. Pero estoy segura de que será uno lindo.

—¿Quieres un helado?

—Si lo tomamos juntos sí —replico.

Compra uno de fresa y, feliz, me tira una foto agarrándome desapercibida. Quedo horrible. Parezco una niña.

—Borra eso, ¡está fea!

—¡No! No borraré ni una foto que tire. Las necesito.

—¿Para qué?

—Eso es información clasificada, señora Bacchelli.

—Vale, no me digas. —Le doy un poco de helado.

—Está rico.

—Más que tú no.

Me hace sonreír y me besa con ternura. Caminamos hasta llegar a la torre Eiffel. Otra de tantas fotos. Quiere fotografiarme en todos lados. Me tiro fotos

con él y parece feliz con ellas. Pone una manta sobre el césped y ambos nos acostamos frente a la torre a ver las estrellas. Nos quedamos callados y una pregunta de momento me surge:

—Daniel...

—Dime, cariño.

—¿Por qué no te asusta la muerte? ¿Por qué estás tan tranquilo?

—No me asusta la muerte porque llevo viviendo cerca de ella por mucho tiempo. Y estoy tranquilo porque moriré sabiendo qué es amar realmente a alguien tanto que hasta la vida darías por ella. Te conocí, Amaia, la vida ya no me debe nada. Me permitió sentirme amado antes de dejar este mundo. Por eso estoy tranquilo y en paz. Y quiero que tú también lo estés.

Suelto un suspiro y no dejo de mirar las estrellas. Brillantes y hermosas en el cielo despejado que la noche regala. Una que disfruto lo más posible, tengo a Daniel a mi lado y por más que trate de verlo sin dolor es inevitable. Me duele que hoy esté aquí y mañana quizá ya no.

—Daniel, te amo mucho. Te amo como jamás pensé que amaría a alguien. Te has convertido en parte de mí, si mueres, gran parte de mí morirá contigo. Es inevitable.

—Entonces, esa parte que me llevaré conmigo la cuidaré como el tesoro más preciado que la vida haya podido darme. Y cuando te vuelva a ver, te la regresaré.

Trago saliva con un nudo en la garganta y me quedo callada. Sigo mirando las estrellas. Una de sus manos se reposa en mi vientre y, tocándolo con cariño, añade:

—Gracias por este regalito. Seré muy feliz yéndome sabiendo que fui padre junto a la mujer que más he amado en el mundo.

—No tienes que agradecer, Daniel, en unos meses cambiaste mi forma de ver la vida, de ver el mundo. Gracias a ti salí de mi burbuja y ahora que vivo la vida como es realmente, tú te vas. Es algo que jamás lograré comprender.

Se sienta y, mirando la torre Eiffel, sonrío.

—La vida está llena de enigmas. Nunca podrás encontrarle el sentido a nada sin que otra cosa no lo pierda. Si no fuera así, no sería la vida, sería todo muy aburrido.

Caminamos un poco más por las calles de París. Pasamos por un pequeño restaurante con un relajante *jazz* y me detengo a escucharlo un poco. Me gusta mucho el *jazz*, aunque pocas veces puedo escucharlo.

—¿Quieres quedarte un rato?

Niego con la cabeza.

—Eh... no, hay que regresar al hotel, ya te ves cansado.

Tira de mi mano y entra al restaurante. Hay un pequeño espacio para escuchar la música y termina complaciéndome. Nos sentamos y, mientras escucho la música, él me mira y no deja de sonreír. Beso sus labios y digo:

—¿Qué me miras tanto?

—Tus ojos tienen un brillo especial. Están más hermosos. Quizá sea el bebito que te haga ver así de hermosa.

—Estás exagerando.

Niega con la cabeza y sigue mirándome con los ojos cansados, quiero irme, pero no quiere. Solo desea seguir viéndome. Miro su rostro y otra vez sangra. Saco de mi bolso rápidamente un pañuelo y llorando lo limpio. Me detiene la mano y dice:

—Amaia, es solo sangre.

—Vámonos, por favor. Ya me quiero ir al hotel.

Accede a regresar al hotel y, aunque trata de verse bien y fuerte, la debilidad se le refleja en los ojos. Vuelvo a llorar y me regaña por hacerlo. Quiere ver en mi rostro una felicidad que no está. No la hay. No puede haberla sabiendo que se va. Que cada día que pasa está peor que el anterior. Se me muere en las manos lentamente y no puedo. Llegamos al hotel y hago que se acueste en la cama. Lo desvisto y lo arropo rápidamente. Beso su frente, llorosa, y le digo:

—Descansa, solo descansa, por favor.

—Estoy bien si te encuentras a mi lado. No te preocupes, Amaia.

Trago saliva y seco mis lágrimas.

—¿Cómo quieres que no me preocupe? Cada vez te sangra más la nariz y también has perdido peso. Me duele verte así.

Con voz cansada y débil responde, feliz:

—Nada me importa más que verte a ti. Entiéndelo. Estoy bien.

Espero a su lado a que se duerma y cuando lo hace por completo me permito llorar sin tener el pesar de que a él le duele que lo haga. Si supiera lo importante que es para mí, lo que significa perderlo en mi vida, entendería por qué me duele tanto que se vaya dejándome sola. Me levanto de la cama y me siento en la tumbona del balcón un rato mirando a lo lejos la torre Eiffel. Jamás pensé que me dolería amar como lo hago. Pensaba que mi enfermedad

era la más odiosa hasta que esta de Daniel apareció. Mi móvil vibra, mamá llama y respondo decaída:

—Hola, mamá.

—¿Cómo estás, Amaia? ¿Estabas durmiendo?

—No, estaba pensando.

—¿En qué? ¿Qué ocurre?

Con un nudo en la garganta respondo muriendo por dentro:

—Mamá, no te he dicho algo acerca de Daniel. Él..., él tiene leucemia. Está muriendo y no lo soporto. Él quiere que vea todo bien hasta que se vaya, pero soy incapaz de hacerlo. Sus días están contados y eso me duele. Saber que pronto no estará a mi lado, que habrá un vacío en la cama, que no lo escucharé, que ya no lo tendré, me parte en dos. Él quiere que tome todo con aceptación, pero la realidad es que no puedo. Cada día está más cansado y débil, aunque con una sonrisa y sé que lo hace para no preocuparme. Pero agoniza por dentro. Mamá, si él muere yo moriré con él. No puedo estar en esta vida sin su presencia.

Se queda callada por unos minutos. Pero puedo escuchar su respiración. En estos momentos necesito que me diga que todo estará bien. Que es solo un mal sueño. Que despertaré y Daniel estará bien y no se irá.

—Amaia, me duele mucho que estés pasando por esto, cariño. Me imagino el dolor que debes estar cargando tú sola. Pero piensa que la muerte es parte de la vida, y por más que nos empeñemos en negarla ahí está y tarde o temprano vendrá. También me duele por él. Es joven y tiene toda una vida por delante. Pero no elegimos cómo nacemos, tampoco cómo morimos. Trata de vivir junto a él lo más feliz posible lo que le quede de vida. Solo así se irá en paz.

—Mamá, no me digas eso. No puede irse. Algo ha de haber, pero me niego a quedar sola nuevamente. Vamos a tener un bebito. Se tiene que quedar por nosotros. Tiene que hacerlo — respondo llorando.

—Y estoy segura de que él desea quedarse a su lado también, pero ya es algo que no está en sus manos. Si te tiene fuerte a su lado estará más seguro y se irá sin preocupaciones. Él se irá, pero su recuerdo no. Las memorias se quedan. Vive de ellas y cuando sea tu tiempo ya lo verás nuevamente.

—Mi tiempo lo puedo elegir. Puedo hacer que llegue más rápido para poder estar con él.

Algo preocupada, me contesta:

—Amaia, no vuelvas a decir semejante cosa. Vas a ser madre y tu hijo te necesita.

—Y yo lo necesito a él. Mamá, con él se va gran parte de lo que soy. No quedará nada de mí después de él.

—La vida sigue, Amaia. No puedes echarte a perder. Daniel no querría eso.

Sin decir más, termino la llamada con una lágrima deslizándose por mis mejillas. Miro hacia atrás y lo veo dormir. Aprieto mis labios y, destruida por dentro, subo a la cama y lo abrazo besando su cabeza.

—Nada, ni siquiera la muerte me separará de ti, Daniel. Nada podría hacerlo. Estaré a tu lado sea aquí o en otra parte. Pero nunca separados —susurro en su oído.

Cierro los ojos y suelto un suspiro exhalando dolor, pérdida.

Es de mañana, puedo sentir los rayos del sol entrar por la ventana y calentar mis piernas. Doy un bostezo y abro los ojos. Veo algo borroso y me duelen horriblemente los ojos. Me levanto de la cama y miro a Daniel. Aún duerme. Doy unos pasos hacia el balcón y abro la puerta corrediza. Miro el hermoso paisaje matutino y noto algo raro. Comienza el día a nublarse, todo a mi alrededor comienza a perder color, todo es pálido y casi no veo la torre al fondo. Pestañeo un par de veces y de momento todo es oscuro. No veo nada. Grito desesperada, cayendo al suelo. Mis gritos lo despiertan y corre hacia mí rápidamente.

—Amaia, ¿qué tienes?

Agonizando en llanto, respondo:

—Daniel, no te veo. Ya no veo nada..., no veo nada.

Siento que sus brazos me abrazan y el momento que más he temido en mi vida ha ocurrido. La oscuridad, las tinieblas han llegado a mis ojos, han llegado a mi vida.

Insulso

He quedado ciega. Lo que tanto he temido se ha hecho realidad. Todo es oscuro. Y aún no me adapto, me tropiezo con todo. Poco a poco me acostumbro a que Sultán me guíe. Daniel no se separa de mi lado. Su voz se ha convertido en mi consuelo. Sus manos en mi esperanza y deseos de seguir viviendo.

—¡Daniel, Daniel! —llamo con la mirada ida.

Escucho su voz a lo lejos y me desespero. Doy unos pasos y me tropiezo con algo. Lo toco varias veces y parece ser la mesita de noche. Trato de encontrar la calma, pero no es fácil. Ya no ver, tener en los ojos la misma imagen gris y turbia es horrible. Siento sus manos abrazarme y sonrío.

—Perdón por tardar. Estaba dejando las compras junto a la puerta. ¿Qué necesitas? —Estrecho el móvil y lo agarra—. Ha sonado. Creo que tengo correos. ¿Podrías leérmelos?

Me responde con un beso y comienza a leer:

De: Facultad de Artes y Humanidades

Fecha: 28 de septiembre de 2015 1:34 p. m.

Para: Amaia Bachelli Carlini

Asunto: Posible baja del curso

Señora Bachelli:

Aún le faltan créditos para poder culminar su bachiller en la facultad. No ha notificado si dejará de cursar o le interesa seguir los cursos. Lleva ausentándose más de un mes y no lo ha notificado a la institución. De ser sus intenciones pausar los estudios háganoslo saber para así hacer los arreglos pertinentes y no hacerle una baja del curso involuntaria, ya que dañaría su historial académico.

Cordialmente

Rebeca Ferrer

Decana de Facultad de Artes y Humanidades de UAR

Escucho un resoplido de Daniel. Sé que va a regañarme, pero yo ya no quiero volver.

—Amaia, termina la carrera.

Niego con la cabeza.

—No. Quiero seguir haciendo lo que quieres hacer en tu lista. Yo estoy ciega y estudiar sería ridículo. Además, el embarazo me cansa.

—Son excusas. Quiero que termines y te gradúes. Podemos seguir haciendo lo de la lista luego.

—Tú dejaste de dar clases también. No tengo por qué seguir estudiando.

—Es diferente. Yo..., yo..., sabes que no tiene sentido. Pronto no estaré.

—Solo abrázame, por favor.

Sus brazos me abrazan y por un momento me siento protegida. Estamos en Portugal. He querido acompañar a Daniel a visitar el país. Lástima que yo no pueda ver nada y solo sea un estorbo. Me lleva hasta la cama y besa mis labios.

—Voy a salir un momento a comparar unos víveres. Sultán estará contigo. No le abras la puerta a nadie, ¿vale?

—Regresa rápido.

Sus manos tocan mi vientre y lo besa con ternura. No deja de besarlo y decir cosas tiernas.

—Ya deseo que nazcas, bebito. Papá te quiere conocer antes de irse.

Busco con las manos el rostro de Daniel y al tocarlo lo acaricio. Aprieto los dientes y, soltando un suspiro, comento:

—Lo vas a conocer. Me dirás lo hermoso o hermosa que es.

—Ojalá, Amaia, ojalá, pueda.

Besa mis labios despidiéndose y escucho la puerta cerrarse. No sé qué hacer. Estoy ciega y muchas de las cosas que hacía ya no podré hacerlas. Mañana regresamos a Italia y esta vez volveré como una impedida. Me levanto de la cama y siento el pelaje de Sultán rozar mis piernas. Lo acaricio y, sonriendo, digo:

—Lo sé, debe ser aburrido cuidar de una ciega embarazada.

Me da miedo moverme. Caminar, incluso hacer cosas simples como tomar el teléfono. Doy unos pasos y me tropiezo con una columna. Vale, tengo que hacer algo para no tropezar. Me detengo y toco varias veces la columna. Comienzo a contar cuántos pasos hay desde la columna hasta el próximo objeto con lo que me tropiece. Cuento doce y vuelvo a tropezar. Doy doce pasos hacia atrás nuevamente y vuelvo a la columna. Comienzo a contar pasos por toda la habitación y logro evitar tropezarme con las cosas. Me siento en la

cama y suelto un suspiro. Me siento menos inútil. Daniel me ha comprado unos libros de braille para que me entretenga leyendo y sin nada que hacer comienzo a deslizar mis dedos por los pequeños puntos. Me toco el vientre y digo:

—Ya tienes cinco meses, pequeñito. No sabes cómo quiero que nazcas. Quiero que tu papi te conozca y me diga cómo eres. Lo hermoso o hermosa que debes ser. Tienes una mami que desde hace tres meses es ciega. Perdóname por no poder ser mejor que esto, bebito.

Sigo tocando mi vientre y derramo una lágrima. Cómo quisiera poder volver a ver. No vivir en esta oscuridad ajena a todo a mi alrededor. Quisiera ser mejor esposa para Daniel el tiempo que nos quede juntos, pero no puedo serlo. Escucho la puerta abrirse y doy un pequeño brinco.

—Soy yo, cariño. Ya he llegado.

Sonrío secando mis lágrimas y al darse cuenta de que he llorado noto que se sienta a mi lado y agarra mis manos.

—¿Por qué lloras?

—Porque no puedo ser buena esposa ni buena madre porque soy ciega. No puedo cumplir con mis obligaciones de esposa y cuando nuestro bebito nazca tampoco podré hacer muchas cosas que una madre se supone que hace.

Besa mis labios y seguido mi cuello. Susurra mientras me besa y eso me desarma:

—Sigues siendo una hermosa mujer. Tus ojos y tu mirada pérdida siguen siendo hermosos. Y no me has fallado como esposa. Eres la mejor mujer del mundo.

Niego con la cabeza.

—No lo soy. Desde que he quedado ciega no me has hecho el amor y siento que solo soy un estorbo para ti.

Me abraza muy fuerte y yo lo abrazo también. Sus manos rozan mi espalda y, colándose por mi blusa, desata mi sostén

—¿Quieres que te haga el amor?

—Si tú no quieres, lo entiendo.

Me quita el sostén y percibo lo que hace con sus manos sobre mi cuerpo. Desabotona mi blusa y me siento algo incómoda. No veo su reacción, tampoco sé si lo que ve le gusta. Solo puedo sentir sus manos tocar mis pechos.

—Eres hermosa, Amaia. Muy hermosa.

Sonrío y sus labios besan los míos rápidamente.

—Yo deseo follarte desde hace un tiempo. Pero no he querido molestarte con eso. Entiendo que para ti no es fácil por lo que estás pasando.

Con mis manos busco su rostro y al encontrarlo lo toco y acaricio. Seguido bajo por su pecho y levanto sus brazos quitándole la camisa. Su piel está caliente, deslizo mis dedos por su pecho y pregunto:

—¿Seguro que quieres ? Si te sientes cansado no tenemos que hacerlo..., yo...

Me calla con sus labios y no vuelvo a hablar. Concentro mis cuatro sentidos en él. Lo toco, huelo su piel, escucho sus resoplos y saboreo sus dulces besos. Me tumba en la cama con delicadeza y termina de desnudar mi cuerpo.

—Debo estar horrible y llena de estrías —comento.

—Estás perfecta. —Besa mi vientre—. Te ves hermosa embarazada.

Sonrío y sigue besando mi vientre. Abre mis piernas y su aliento acaricia mi sexo. No puedo evitar humedecerme con sus labios besando la cara interna de mis muslos con suavidad. Su lengua me acaricia suavemente y mis caderas se levantan de a poco. Toco mis pechos, están muy sensibles; apenas puedo tocarlos sin que sea molesto. Con sus besos y pequeñas lamidas logra que sienta que me caliento de adentro hacia fuera. Sus labios ascienden por mi cuerpo hasta sentirlos en mi cuello, susurrando:

—Eres la mujer más bella que he visto, Amaia.

—Exageras.

—No exagero. Eres hermosa.

Cómo quisiera verlo. Mirarlo a los ojos y decirle cuánto lo amo. Siento la cama hundirse un poco. Ha de estar sobre mí. Entra en mi vagina con lentitud y yo clavo mis uñas en sus brazos liberando un gemido.

—¿Te he lastimado?

Niego con la cabeza.

—No, no lo haces —respondo sonriendo.

Entra y sale de mí con deseo de sentir cada parte de mi cuerpo como si fuera la última vez. Llena mi oído de palabras hermosas, mis manos acarician su espalda y mis dedos se clavan en ella con cada embestida en mi vagina. Siento en su respiración que está algo cansado. Pregunto, pero solo recibo un beso de respuesta. Luego de un hermoso y apasionado instante de caricias, besos y su cuerpo poseyendo el mío, llega a su límite inmovilizándose en mi interior y seguido se tumba a mi costado.

—Amaia...

—¿Qué ocurre? —pregunto entre jadeos.

—Nunca olvides cuánto te amo.

Trago saliva.

—Jamás lo olvidaría. Te amo mucho más, Daniel.

Me abraza y yo lo abrazo a él. Siento que ya queda cada vez menos que hacer.

Hemos dejado Portugal. Llegamos a Italia y me duele no poder ver mi tierra. Es de mañana. Siento el sol quemar mi piel y la gente saludar diciendo: «Buenos días». Sultán me guía, junto a Daniel, hacia algún taxi para regresar a casa. Escucho a Daniel toser y, preocupada, le pregunto qué tiene y me dice que es una tos insignificante. Cómo odio ser ciega y no poder ver su rostro mentiroso. Besa mi cabeza y susurra:

—Estoy bien, princesa, estoy bien.

Subimos al taxi y siento a Sultán recostarse en mi regazo. Acaricio su pelaje mientras Daniel me abraza y toca mi tripita. No deja de hacerlo y recita cosas bonitas en mi oído.

—Quiero que sea una niña.

—¿Por qué?

—Quiero tener las dos.

Sonrío curiosa.

—¿Las dos qué?

—Pues ya tengo a mi reina. Ahora quiero a mi princesita.

Recuesto mi cabeza sobre la suya y vuelvo a sentirme vulnerable. Cada vez falta menos y, aunque no lo puedo ver, sé que ha empeorado. Al llegar a casa me lleva hasta la habitación y me obliga a descansar un poco mientras él pinta unos lienzos. Me quedo en la cama escuchando una sutil melodía del estéreo. Sultán se sube a la cama y se acomoda a mi lado. Suelto un suspiro y, tocando mi vientre, digo:

—Bebito, crece rápido para que papi pueda verte. Yo también quiero conocerte, aunque sea tocándote. Nunca podré verte, pero sé que serás muy hermoso o hermosa. Tienes una abuela que te va a querer mucho. Te lo aseguro. Me vas a tener a mí y, desde donde esté, también el amor de tu papi.

—Suelto unas lágrimas.

El móvil suena y, buscándolo con el tacto, lo consigo.

—Hola.

—Amaia, ¿cómo estás? Recién me he enterado de que has llegado de Portugal.

—Hola, Elo, sí he llegado con Daniel de Portugal.

—¿Cómo vas?

—Aún no me adapto a ser ciega y no poder ver nada. Pero Daniel me ha ayudado mucho. También Sultán. ¿Cómo vas tú en la universidad?

—Voy bien. Pero extraño ver tu lugar ocupado. Cada vez que lo veo vacío me da lástima. Además, hace mucho que no te veo.

—Puedes venir cuando quieras. Estoy sola y una poca de compañía no me caerá nada mal.

—Y Daniel, ¿cómo sigue?

—Está bien dentro de todo. Prefiero no hablar de eso porque no tolero recordar el hecho de que va a irse de mi lado.

—Vale, sabes que te quiero mucho y tienes aquí en quién refugiarte.

—Lo sé. Me iré mañana en la tarde a Ámsterdam con Daniel. Desea regresar y quiero complacerlo. Cuando vuelva hablamos más.

—Voy a estar esperando la llamada.

Aprieto los dientes y dejo el móvil a un lado. No sé por qué siento que todo está a medias. Daniel me oculta cosas, sé que cada vez se siente peor. Pero todo lo resuelve con unas palabras reconfortantes y positivas. Ojalá ese positivismo me ayudara a no querer llorar y dejar de existir. Escucho la puerta y su voz suena.

—¿Cómo estás, cariño?

—Yo estoy bien. Pero ¿y tú? No me ocultes nada. No creas que porque no puedo verte no percibo que estás agonizando de dolor y cada vez más...

—Shhh. —Se sienta a mi lado—. Amaia, mientras tú estés bien, yo lo voy a estar.

—Pero yo no estoy bien. Estoy preocupada por ti. ¿Fuiste a la cita con el oncólogo?

—Sí, fui y me han recetado medicamentos para soportar el dolor y tener calidad de vida mientras espero que lo que tenga que llegar, llegue.

Entre lágrimas niego muchas veces.

—¿Sabes?, siento que sí hay solución. Solo hay que luchar mucho y yo sé que...

Me interrumpe reposando sus dedos sobre mis labios:

—Amaia, tengo metástasis. Estoy desahuciado. Nada puede cambiarlo.

Aprieto los dientes y trato de retener las lágrimas. Siento que en el fondo busco una alternativa a su situación que, ante la realidad, es inútil e insulsa.

Sacrificio

—¿Dónde estamos?

Pregunto sintiendo el viento soplar y una sutil brisa levantar mi vestido. Debe ser de estampado de flores. Aunque estoy ciega le he pedido a Daniel que sigan siendo así.

—Estamos en la playa. He querido venir a caminar un poco por ella.

Asiento con la cabeza.

—¿Es Zandvoort?

—Sé que dije que iríamos a Ámsterdam, pero he querido antes detenerme aquí. Sentir la brisa acariciarme el rostro y el sonido de las olas golpear las rocas.

Me toma de la mano y me sienta en el suelo. Toco y hay una manta sobre la arena. Sonrío curiosa.

—¿Y qué haremos aquí?

—Solo quiero estar junto a ti y hablar. Hablar de muchas cosas.

Trago saliva.

—¿Como cuáles?

Toca mi rostro y siento que sufre en silencio. Pero no lo demuestra ni lo hará.

—Amaia, dulce, Amaia. Una de las cosas que más he agradecido a la vida es el haber podido conocerte y que seas mi esposa. Has hecho que mis días sean menos dolorosos. Y lo único que deseo es conocer a nuestro bebito.

—¿Por qué me hablas así?

Escucho un suspiro triste y responde:

—No puedo mentirte. Ya es algo obvio. Siento que mi hora está cerca. No me queda nada aquí, Amaia. Cada día que pasa me duele más y noto que ya los medicamentos no surten efecto. Amaia, está bien. A pesar de todo soy feliz. El dolor físico que pueda sentir no empaña mi felicidad. Esta que siento al verte y saber que eres todo lo que he deseado de la vida materializado en una hermosa mujer. Por eso es que me voy y no lo hago con ningún dolor atado a mi alma. Me iré llevándome de la vida lo mejor que un hombre puede

experimentar.

Siento mi corazón quebrarse en mil pedazos. Todo se me desploma. Y lo más que me duele es saber que ese «pronto» llegará más rápido de lo que quisiera.

—¿Por qué no puedo pensar como tú? ¿Por qué no puedo aceptar que te irás? Trato, pero por más que lo intento no lo consigo. No me imagino una vida sin ti, Daniel.

Toma mis manos y noto sus labios besarlas. Luego de un breve silencio, responde:

—Serás feliz, Amaia. Verás que con el tiempo superarás mi partida. Hay que aceptarlo por más que duela, mi amor.

Aprieto los dientes y trato de no llorar. Toco mi vientre y siento a mi bebito moverse. Sonrío entre lágrimas y, desconsolada, insisto:

—No nos puedes dejar. Nuestro bebé necesita a su padre. Daniel, hagamos algo, por favor. Quizá haya otra manera de curarte.

Otra vez se queda callado y siento sus manos frías acariciar mi rostro.

—Amaia, me duele vivir. Prefiero morir que seguir agonizando.

—Me duele que sufras, pero también el no poder verte y en estos momentos.

—No llores ni te alteres. Puede dañar al bebé.

Siento la brisa soplar y acariciar mi rostro. El sol penetra mi piel y el sonido de las olas me relajan, pero también me abren un espacio para dejar que mil pensamientos se acumulen y me hagan llorar.

—Quiero que al menos conozcas a nuestro bebé —susurro.

—Haré todo lo posible porque así sea, Amaia. Yo también deseo conocerlo antes de irme.

Escucho un gimoteo. Solloza y me duele que sufra como lo hace, aunque no lo quiera aceptar. Me pide perdón por no conseguir el trasplante de córneas que necesito antes de que se vaya. A mí lo menos que me importa ahora son mis ojos. Hablamos de lo diferente que hubiera sido todo si él no estuviera desahuciado y yo ciega. Si tantas cosas fueran diferentes, habría menos dolor.

—Daniel...

—Dime, cariño.

Trago saliva y, resignada, comento:

—Quiero darte las gracias por entrar en mi vida. Por sacarme de esa burbuja en la que vivía presa de mi propia inexperiencia. Gracias por

mostrarme un mundo diferente al que conocía. Gracias por enseñarme a amar como hoy lo hago. Daniel, gracias por existir. Contigo he aprendido a amar, a vivir, a creer en algo más que en simples ilusiones. Serás el único en mi vida, porque sabes, si te vas, contigo se va mi corazón. Viviré, pero, al mismo tiempo, estaré muerta. Te llevarás todo de mí. Solo se quedará lo material, sin embargo, contigo estará todo lo que soy.

—No digas eso.

—Es lo que siento. Solo enloqueciendo dejaría de pensar en ti. Entiende que necesito de ti para sobrevivir. Dolerá tener la cama vacía y fría. Sentirme sola y decir tu nombre para que me abracés y luego recordar que ya no estás. Será un infierno vivir así.

Toca mi vientre y le dice cosas lindas a nuestro bebito y, besando el mismo, susurra:

—Sé fuerte por nuestro bebé. Te va a necesitar cuando yo no esté.

—Lo intentaré. Intentaré vivir por nuestro hijo o hija. Pero no sé por cuánto tiempo lo soportaré.

Me levanta del suelo y siento que me quita las sandalias. Sujetándome de la mano caminamos por la arena y noto mis pies mojarse con el mar. Nos metemos en la orilla y abraza mi cintura mientras caminamos mojándonos los pies. Hablamos de la vida, del pasado, del futuro, uno que Daniel me planea sin él. Pero la realidad es que tengo otros planes en mente que quiera o no los voy a llevar a cabo. Aunque Daniel no lo sepa, lo haré porque de otra forma no podría continuar. Luego de estar toda la tarde en la playa regresamos al hotel. Daniel insiste en bañarse junto a mí y acepto. Quiero cumplir todos sus deseos. Me deja sentada en la cama y Sultán se queda sentado igual a mi lado. Escucho la llave de agua desde el baño abierta. Sonrío y pregunto:

—¿Qué pretendes hacer?

—Un baño romántico —responde feliz.

—¿Y cómo será eso?

Noto que regresa y se sienta a mi lado. Besa mis labios y responde:

—Te besaré toda, te tocaré mientras deslizo la esponja por tu piel y te demostraré cuánto te amo.

—No tienes que demostrarlo, sé que me amas. Lo siento, lo percibo.

Me levanta de la cama y desata mi vestido dejando besos en mi cuello, luego en mis pechos y, recibiendo la agradable sensación, comento:

—Haces que olvide por un momento mi ceguera, que todo esto algún día

acabará..., solo siento tus manos tocar mi piel y podría asegurarte que no deseo nada más.

Su aliento acaricia mi rostro. Sus labios besan los míos mientras sus manos tocan mi vientre. Deja caer mi vestido y, quitándome el sostén, responde:

—Te amo, Amaia, eres mi vida, cariño.

Aprieto los dientes e, intentando no llorar, respondo:

—Tú eres más que mi vida, eres todo lo que soy.

Algo ha cambiado nuevamente en Daniel. Ha decidido regresar a Italia e ir a Ámsterdam luego. Sin entender por qué he aceptado. Me ha traído a un obstetra porque está ansioso por saber si es un bebito o una bebita. Mientras esperamos le pregunto:

—¿Por qué no has querido ir a Ámsterdam?

—Porque aún no es tiempo. Primero quiero hacer ciertas cosas. Ir a ese lugar es lo último.

Asiento con la cabeza. Me da la impresión de que quiere ir a ese lugar cuando casi sea el final. Me aguanto las lágrimas y aprieto su mano fuertemente.

—Iremos cuando quieras.

Besa mi cabeza y, tras soltar un suspiro, susurra:

—También sufro, sufro porque no podré ver a nuestro bebito crecer, también sé que no podré conocerlo. Moriré antes de que nazca.

Niego con la cabeza y, desesperada, respondo:

—Lo vas a conocer. Mi amor, sí lo vas a conocer. No digas que no.

Se queda callado y no contesta más nada. Solo me abraza y yo lo abrazo a él. Al rato me llaman y me hacen pasar a la revisión; ando supernerviosa. No puedo ver nada y nunca antes me han hecho una ecografía. Entro con Daniel y Sultán a la revisión y la voz de un hombre suena.

—Buenos días, Amaia. Vamos a ver cómo está tu bebé.

—Vale —digo nerviosa.

Me recuestan en una especie de silla extraña y, descubriendo mi vientre, me dice:

—Se suponía que vendrías en el primer trimestre, ¿Qué pasó?

—Pasaron muchas cosas, doctor. Entre ellas, la pérdida de la vista.

—Vale, pues iniciemos la revisión.

Me torno rígida, Daniel me da su mano rápidamente y me susurra al oído

que todo va a estar bien. El obstetra vierte algo en mi panza, es frío y me pongo nerviosa.

—¿Qué es eso?

—Es un gel para poder realizarte la ecografía —responde.

Es desesperante no poder ver nada. Comienza a decir cómo se encuentra mi bebito y todo parece andar bien. Logro escuchar su corazoncito y muero de amor. Una lágrima se me escapa de los ojos y pregunto:

—¿Cómo es? Daniel, dime cómo es nuestro hijo.

—Su carita es muy tierna, estoy seguro de que será igual que tú.

Lloro de felicidad y también de tristeza. No puedo ver a mi bebito y eso me encoge el corazón.

—¿Quieren saber qué van a tener?

Daniel, emocionado, pide saber y el obstetra nos responde:

—Serán padres de una niña, felicidades.

Escucho a Daniel muy feliz. Yo también lo estoy, quiere una niña y es lo que esperamos, una bebita. Besa mis labios y me abraza fuertemente. Luego de que el obstetra termina con la ecografía, pido hablar a solas un pequeño momento con él. Daniel sale de la habitación y le digo al médico:

—Quisiera hablar con usted sobre algo muy serio.

—Te escucho, Amaia.

—Estoy pasando por un momento en mi vida horrible. Daniel tiene cáncer, tiene leucemia y está desahuciado. ¿Sabe?, uno de sus más grandes sueños es ver a su hija antes de morir. Pensé que podría conocerla antes de que se fuera, pero siento que su enfermedad avanza, él mismo me ha dicho que no podrá conocer a nuestro bebé y me dolería mucho que así fuera. Lo que quiero pedirle es algo que no sé si es correcto, pero no veo otra salida.

—¿Qué quieres hacer, Amaia?

Trago saliva y respondo:

—En un mes llegaré al tercer trimestre y pensé que dadas mis circunstancias podría traer al mundo antes de tiempo a mi bebita.

El médico se queda callado y me imagino el rostro de asombro que debe tener.

—Amaia, eso es algo arriesgado. Sería prácticamente hacer que nazca con siete u ocho meses. No hay por qué hacer tal cosa.

—Sí la hay. Mi esposo está muriendo. Y a pesar del dolor que eso me pueda causar, quiero sentirlo feliz. Deseo hacerlo para que conozca a nuestra

hija. No me perdonaría el que muriera sin verla. Es mi decisión. Por favor, ayúdeme a hacer esto.

Escucho un resoplo y responde:

—Amaia, ¿eres consciente de lo que significa inducirte el parto a los siete meses? Aún el feto no está desarrollado en su totalidad. Podría incluso morir.

—Sé que eso no pasará. Puede permanecer en una incubadora el tiempo que sea necesario. Pero necesito que Daniel vea a nuestra bebita. Solo eso deseo.

—Amaia, entiendo por lo que estás pasando y me imagino que no es fácil. Pero piensa en tu bebé. Podrías dañarla al querer traerla al mundo antes de tiempo.

—¿No me va a ayudar? Si es así entonces buscaré otro médico que sí lo haga. No es usted el que está ciego con una esposa desahuciada. No es usted quien sufre día a día el saber que pronto se quedará viudo. Jamás entendería por lo que estoy pasando yo al no ver a mi esposo derramar lágrimas, pero, sin embargo, sentir y escuchar sus sollozos me parte el alma en mil. Deseo cumplir su sueño de ser padre. Es una de las cosas que, aun estando desahuciado, le hace feliz y se emociona con la llegada de nuestra hija. Por favor, ayúdeme, necesito hacerlo. Permítame hacer algo por el hombre que amo.

Luego de tanto insistir termina accediendo a mi petición. Algo escéptico inquires:

—¿Estás segura?

Asiento con la cabeza y, decidida, respondo:

—Haré lo que sea por hacer feliz a Daniel.

Acaricio mi vientre y deseo que, dentro de su dolor y agonía, Daniel sea feliz.

No queda nada

Dos meses después

Siento la agonía de Daniel como si fuera la mía propia. Ya no puede esconder su dolor. He hablado con el oncólogo y al hacerlo me he dado cuenta del tiempo tan corto que nos queda. Ya ningún medicamento le surte efecto. El cáncer se lo va comiendo poco a poco por dentro y no hay nada que lo pueda parar. He decidido dar a luz antes de tiempo. Daniel cada vez está peor y hay veces en las que lo escucho llorar del dolor.

Si bien he comprendido que Daniel no estará a mi lado, quiero darle la mayor felicidad del mundo. Antes de pasar por el hospital, me detengo en el museo. Eloise se ha ofrecido en traerme. Solo quiero agradecer la maravillosa oportunidad de trabajar en un ambiente que me gusta tanto y me llena como la pintura. Hablo con mi jefa y junto con la renuncia le agradezco por todo, por haberme permitido trabajar en tan maravilloso museo. Sultán me ayuda a regresar al coche con Eloise y siento el sol quemar mis mejillas. Sonrío porque, aunque no lo pueda ver, lo noto.

—Amaia, ¿estás segura de lo que vas a hacer?

—Ya he hablado con el obstetra. Con ocho meses puedo dar a luz y no corro riesgo ni yo ni mi bebé.

—Y Daniel, ¿cómo está? ¿Qué opina?

Sollozando, replico:

—Él no quiere, pero está en el hospital muy mal. No nos queda mucho y deseo que conozca a nuestra bebita. Sé que le hará mucho bien.

No me responde y continúa conduciendo. Al llegar al hospital me preparan para inducir el parto; me siento nerviosa. No podré ver a mi bebita, solo tocarla y besarla.

—Hola, cariño, he venido en cuanto he podido. ¿Cómo estás?

Escuchar la voz de mamá me llena de alegría. Tenerla conmigo en estos momentos tan difíciles me llena de emoción. Agarra mi mano y, besando mi frente, dice:

—Te amo mucho, Amaia. Te aseguro que todo va a salir muy bien. Tú y mi

nieta estaréis perfectas.

—¿Cómo está Daniel? ¿Qué han dicho los médicos?

Eloise suelta un suspiro y responde:

—Daniel está bien dentro de su condición. Los médicos han autorizado a que esté presente en el parto.

Toco mi vientre y suelto una lágrima melancólica. No falta nada, todo acabará pronto. Siento a mi princesa moverse dentro de mí y una lágrima se me escapa.

—Pronto estarás en mis brazos, pequeña. Tu papi te conocerá y será muy feliz.

Escucho la puerta abrirse y unas enfermeras me preparan para el proceso de inducir el parto. Estoy muy nerviosa y también asustada. Quiero que todo salga bien. Que mi princesa nazca sana y fuerte dentro de la situación. Siento su olor en el aire. Sonrío y rápidamente pregunto:

—¿Daniel?

Me toma la mano y, besando mi cabeza, responde:

—Me han dejado estar contigo en estos momentos, preciosa.

Aprieto su mano y trato de no llorar. La puerta se cierra y pregunto:

—¿Estamos solos?

—Sí, nena. Tú, yo y nuestra bebita.

Su voz se escucha apagada. Cada vez que habla le oigo cansado y agonizante. Sus manos están frías y su piel algo áspera.

—No sabes cómo extraño tu rostro, mi amor. Daría lo que fuera por volverte a ver.

Al menos antes de que te vayas y me dejes sola.

Toca mi vientre y, besando mi cabeza, suelta un suspiro dolorido.

—No estaré físicamente, pero siempre permaneceré a tu lado, aunque no me puedas ver. Cuidaré de mi hija y de ti con todo mi corazón. Y estaré a tu lado cuando encuentres nuevamente el amor. Porque quiero que seas feliz, vuelvas a casarte y me tengas en tu corazón como un bonito recuerdo. Pero nunca olvides que hubo un hombre que vivió y murió amándote con tanta intensidad que ni él mismo puede explicarse. Amaia, estaré aquí a tu lado hasta que dé el último respiro, cariño.

Aprieto su mano fuertemente guiñando los ojos. Las contracciones comienzan a joderme la vida. Son horribles y dolorosas, pero trato de no prestarle mucha atención. Pero, joder, es imposible. Mi bebita está algo

inquieta. Ya quiero que nazca y esté entre mis brazos.

—Tranquila, ya en un rato nace nuestra princesa —susurra Daniel.

—Duele mucho.

—Me imagino, mi amor, hagamos algo. Respiremos juntos y así se te alivia —respiro y lo hago desesperada—. No, despacio, con calma.

Cada vez que siento una me inmovilizo y bajo los santos del cielo. Estoy tres horas soportando dolor para que en la noche me pasen a la sala de partos. No veo nada. Me siento muy asustada. Nunca he dado a luz, nunca he estado en algo parecido a esto y muero del miedo. Comienzo a temblar y le digo a Daniel:

—Tengo miedo.

—No lo tengas, mi amor, todo va a salir muy bien. Ya pronto nace nuestra hija. Solo tienes que poner todo tu esfuerzo en ello, ¿vale?

—Vale, pero cuando nazca me dices cómo es. Si es hermosa y pequeñita.

—Cuenta con eso, cariño. Ahora trata de relajarte.

Cada vez son más fuertes las contracciones. La epidural apenas logra camuflar el dolor. Escucho muchas personas a mi alrededor hablando y solo quiero que mi niña nazca ya. Lo único que sé es que estoy de piernas abiertas y el dolor me invade.

—Amaia, necesitamos que seas fuerte, ¿vale? Vamos a traer a tu hija al mundo.

«¡Qué desesperación no poder ver!». Cada vez que puedo pregunto a Daniel qué está pasando y solo responde que sea fuerte y puje lo más que pueda. Pero por más que lo hago siento que no hay avance.

—Princesa, hazlo. Nuestra hija está a un pequeño paso de nacer. Esfuérzate un poco más.

—Daniel, no puedo, duele mucho. —Gimoteo.

—Sí puedes, cariño, ya falta poco. ¿Quieres sentir a nuestra bebita? —Asiento con la cabeza—. Entonces apúrate a pujar con todas tus fuerzas. Estoy a tu lado y no me iré.

Aprieto su mano, vuelvo a pujar y llego a sentir como si todo se quisiera quebrar dentro de mí. «Uno más, Amaia, solo uno más». Pujo esta vez con todas mis fuerzas y a los segundos escucho el llanto de mi princesa. Derramo una lágrima y siento que colocan sobre mi pecho un cuerpecito al que rápidamente toco y beso. Mi hermosa busca mi pecho rápidamente y, mientras la amamanto, la toco llorando.

—Hola, princesita. Te amo, cariño, me gustaría mucho verte.

Daniel besa mis labios y comenta:

—Es hermosa, Amaia, es muy preciosa. Gracias por permitirme esta felicidad, mi amor. Vosotras dos sois lo más importante que tengo en la vida.

Sonrío entre lágrimas y por un momento me quitan a mi bebita para limpiarla y revisarla. Daniel besa mis labios y yo le correspondo encantada. No quiero que se aleje de mí, no quiero que me deje nunca.

—Te amo, Daniel, te amo mucho.

—Y yo a ti, Amaia, te amo con mi vida.

Secando mis lágrimas, comento:

—Ya he pensado en el nombre para nuestra hija. Quiero que lleve tu nombre. Quiero que se llame Daniela.

Se queda callado y, luego de un breve silencio, responde:

—¿Por qué mi nombre?

—Porque quiero que nuestra hija lleve algo tuyo.

—No lo hagas, Amaia. Será más doloroso.

—Quiero que se llame así. Daniela Bachelli Carlini. Se oye hermoso.

—Si así deseas que se llame nuestra pequeña, pues así se llamará.

Suelto un suspiro, abraza mi cuerpo y yo solo deseo con todas mis fuerzas volver a ver.

Han pasado unas semanas. Ya hemos podido llevarnos a Daniela con nosotros y ahora viajamos a Ámsterdam. Nuestra bebita viene con nosotros y me hace mucha ilusión. No la suelto. Acaricio su rostro para grabar sus facciones en mi mente e imaginar cómo es su carita. Daniel ha tardado mucho en el baño. Ya me comienzo a preocupar.

—¡Daniel! Daniel, amor, ¿estás bien?

No me contesta y me desespero. Tengo a Daniela en brazos y no veo nada. Asustada, me pongo en pie y dejo a Daniela en el *playard* con cuidado. Tocando las paredes camino al baño y escucho la llave de agua abierta. Me tropiezo con su cuerpo y parece estar tendido en el suelo. Me tumbo a su lado y, entre lágrimas, lo sacudo.

—Daniel, mi amor, anda, háblame, por favor. Ahora no, no te vayas ahora. No me dejes sola, por favor. Te necesito.

Sus manos están frías, su cuerpo no se mueve para nada. Sigo sacudiéndolo y logro escuchar su voz sonar. Siento que el alma me regresa al cuerpo.

—¡Daniel!

—Mi amor, no te vayas aún. Quédate un poco más. Te lo suplico.

Sus pulgares secan mis lágrimas y, con voz estertorosa, replica:

—No llores, cariño. Sabemos que va a suceder en algún momento.

Lo ayudo a levantarse del suelo y lo llevo como puedo hasta la cama.

—Daniel, siento que me ocultas mucho.

—Quiero ser cremado. Ya te lo había dicho, ¿cierto?

—No quiero hablar de eso, Daniel.

Con tono resignado responde:

—Nena, ya no puedo aguantar mucho. Ya me duele hasta respirar. Mi cuerpo ya no soporta más dolor. Conocí a nuestra princesa y ahora puedo irme en paz. Solo quiero que recuerdes una cosa.

Derramo una lágrima quebrándome por dentro. Nunca pensé que me encontraría en esta situación. En esta donde sé que al hombre que amo le queda nada de vida. Trato de aceptarlo pero creo que nunca estaré lista para dejarlo ir. No es justo, la vida no es justa. Nada es justo. «¿Por qué él?».

—¿Qué quieres que recuerde?

Toma mi mano y, besándola, responde:

—Además de ser el hombre que más te amó en vida, quiero que me recuerdes como el hombre que te sacó de la burbuja en la que vivías descubriendo una hermosa mujer. Eres muy valiosa y le doy gracias a Dios por haberte puesto en mi camino.

—Entonces así acaba, yo ciega..., viuda y sin el hombre que amo. ¿En qué momento todo se fue abajo? ¿En qué momento la vida se ensañó con nosotros?

Se queda callado, pero sé que llora. Puedo escuchar sus sollozos. Eso me parte en dos. Cómo quisiera mirarlo a los ojos y decirle cuánto lo amo, cuánto me va a matar el no tenerlo cerca.

—¿Para qué hemos venido a Ámsterdam?

Toca mi cuerpo y, desatando mi vestido, susurra en mi oído:

—Te hice el amor por primera vez aquí. Te hice sentir mujer aquí, y aquí fue donde los sentimientos vencieron mi orgullo y razón. Quiero hacerte el amor una última vez también aquí. Quiero antes de irme hacerte sentir mujer como aquella noche. Quiero que aquí culmine así como una vez comenzó.

Asiento con la cabeza reteniendo las lágrimas y el deseo de gritar agonizando. Me tumba en la cama y desnuda mi cuerpo mientras besa mi piel erizándola como la primera vez. Cierro los ojos y me transporto a aquella

noche en la que mi vida cambió por completo. Sus manos quemando mi piel, sus labios agudizando sentidos y su erección causando revolución interna en mi cuerpo. Así como lo hace ahora. Sí, el amor si existe, pero lastima como ahora. Es un dulce dolor que en poco tiempo se convertirá en uno amargo y horrible. Siento su cuerpo sobre el mío poseyéndolo y sí, siento placer al tener al hombre que amo dentro de mí, pero con cada embestida recuerdo que son las últimas que sentiré. Suelto lágrimas y clavo los uñas en su piel aferrándome a él, a lo inevitable. Beso sus labios y él susurra:

—No llores, ya no lo hagas.

—No puedo evitarlo.

Abraza mi espalda.

—Lo harás. Pronto seré un recuerdo. Volverás a amar.

Niego con la cabeza entre hipidos.

—Eres el único que quiero en mi vida. Y si tú no estás, no estará nadie. Si tú no estás, mi alma morirá contigo. Me robaste el corazón y ya no quiere regresar conmigo. Daniel, no me pidas que no llore porque no puedo evitarlo.

Nos quedamos abrazados, desnudos, sintiendo el latir el uno del otro. Enredo mis piernas con las tuyas y esa idea que se me ha asomado a la cabeza no deja de azotar mi mente.

—No estaremos separados mucho tiempo, amor —mascullo.

—¿Por qué lo dices?

Encojo los brazos.

—Porque lo siento. Así será. La muerte no será obstáculo para estar junto a ti. Eso lo juro.

—Amaia, ¿a qué te refieres?

Me quedo callada y cierro los ojos. Lo abrazo y cada vez que estoy cerca de él noto que nuestras almas se abrazan y no se quieren soltar. Y es horrible separarlas. Sus manos aún acarician mi cuerpo con ternura y yo aprieto los dientes.

—Me gustaría que me prometieras que vas a rehacer tu vida. Que harás que Daniela tenga una linda familia. Eso me haría muy feliz.

—A mí no. Solo... solo déjame amarte a ti y a nadie más. No podría. No podría ser de alguien más.

—Vas a vivir mucho, y vas a morir cuando ya hayas hecho todo lo que te tocaba hacer en la vida. Morirás sin dolor, recostada en una suave y cómoda cama. Te dormirás y no despertarás, y será ahí cuando me vuelvas a ver.

Besa mi cabeza y no responde nada más. Se queda en silencio y yo también lo hago. Acaricio su pecho y trato de hacerme a la idea de que pronto la cama estará vacía.

A la mañana siguiente volvemos a viajar y esta vez me ha dicho que iremos a la playa. Que quiere ver un atardecer junto a mí y la bebida. Algo en mi interior se serena. Es como si aceptara de alguna forma lo que mi subconsciente se imagina, hoy quizá sea el día.

—Me encanta la brisa, la arena y escuchar las olas —dice Daniel con tono feliz.

—¿Por qué te gusta tanto?

Se sienta a mi lado y responde tomando un respiro:

—Me gusta por muchas cosas. En primera, muchas veces durante mi niñez el mar fue mi desahogo, mi paño de lágrimas. Me sentaba en una roca mirando las olas y hablaba al viento. Incluso hasta hace poco lo hacía. También me gusta porque se ve el cielo sin obstrucción alguna. Me gusta el mar porque trae paz. Por más problemas que haya te serena.

Nos recostamos en la manta junto a Daniela. Ella duerme y, según Daniel, parece una muñequita. Sultán está a mi lado también. Siento su pelaje acariciar mis piernas. Daniel me abraza y nos quedamos en silencio. Dejamos que la brisa nos arrope. Siento el sol quemar mis párpados. Es lo único que tengo más cercano al sol. Entrelazo mis manos con las de Daniel. Nos quedamos horas tumbados en la manta escuchando la respiración del otro. Daniel aprieta mis manos y casi sin poder escucharlo dice:

—La vida es injusta, pero, ¿sabes?, después de todo no me debe nada. Me iré conociendo el amor. Me iré siendo padre, me iré sabiendo que una mujer me ama tanto como yo. No, la vida conmigo ha sido justa. Aunque ya para mí sea hora de partir.

Toco su rostro y su nariz está humedecida. Otra vez está sangrando. Pero ya ni atención le presta y a mí me saca una lágrima. De vez en cuando tose y siento sus pequeños quejidos agonizantes.

—Daniel, has sido para mí mucho más que un ídolo a seguir. Pero jamás imaginé que llegaría a ser la esposa de un hombre tan maravilloso como tú. Solo te pido una cosa.

—¿Cuál?

—Espérame allá arriba, ¿sí?

Besa mi cabeza y, resignado, asiente:

—Cuenta con ello. Te amo, Amaia, y te amaré siempre.

Se queda callado, yo también me quedo callada y el sueño poco a poco nos vence. Me duermo abrazada de mi amor y nuestra niña protegida por nuestros brazos. «Todo estará bien, Amaia, todo estará bien». El sol penetra mis párpados. Abro los ojos lentamente y esta impotencia de no poder ver aún me persigue. Escucho las olas del mar golpear las rocas y, soñolienta, toco a Daniel para despertarlo, pero no responde. Tomo su mano y está muy fría. Busco con el tacto su rostro y, sollozando, digo:

—Daniel, mi amor, despierta. Ya ha amanecido. —Sigo sacudiéndolo—. Daniel, háblame, por favor. No me dejes.

Agarro su muñeca y con el corazón encogido busco pulso. Uno que está ausente. Niego muchas veces con la cabeza y suelto un grito de dolor. No, no puede dejarme. No puede. Me niego. Sigo sacudiéndolo, pero es inútil. Su corazón no late, y con el suyo se ha ido el mío. Destrozada, lo abrazo y yo me siento vacía. El alma lo extraña, se ha ido, Daniel se ha ido y yo quiero irme con él. No puedo dejar de abrazarlo y llorar sin cesar. En mi mente todos los recuerdos de nuestras vivencias se asoman y me hacen sentir una melancolía horrible. Busco sus labios y los beso con suavidad.

—Nunca te voy a olvidar, mi amor, mi vida eres tú y contigo se ha apagado. Nunca podré sacarte de mi cabeza. Te amo, Daniel, con mi vida, con todo lo que soy.

Me aferro a su cuerpo sin saber exactamente cuándo se ha ido y creando una falsa ilusión coloco su mano alrededor de mi cintura y enredo mis dedos con los suyos. Quiero morir. Es lo único que deseo.

Un mes después

Mamá ha insistido en que me haga el trasplante. Voy a volver a ver, pero ya ni me importa. Daniel no está, me da igual todo. Hoy me quitan las vendas de los ojos y todos están ansiosos. No me han querido decir quién fue el donante de las córneas. Eso me intriga mucho.

—Amaia, vamos a removerte las vendas. Abrirás los ojos despacio y nos dirás qué ves —dice el oftalmólogo.

Digo que sí con la cabeza, desganada. Me quita las vendas con delicadeza y descubre mis ojos. Los abro lentamente y siento mucho ardor, logro ver sombras, después estas se van aclarando hasta definirse por completo. No puedo creerlo, ¡veo! Puedo ver, los veo a todos, no..., no puedo creerlo.

Sonríó levemente y digo:

—Puedo verlos. La luz ha regresado a mis ojos.

El médico revisa mis ojos y todo parece estar bien. Al retirarse, mamá se acerca con mi pequeña Daniela. Me emociono mucho al ver a mi bebita.

—¡Hola, hermosa! No sabes las ganas que tenía de ver tu carita, eres bella —digo llorando.

Mamá me estrecha una carta y, algo nerviosa, me dice:

—Esto es para ti, Amaia.

—¿Qué es?

—No lo sé. Te dejo para que leas a gusto.

Sale de la habitación y yo con los nervios a mil la abro. Comienzo a leerla, las lágrimas se desbordan y el corazón..., ese quiere reventar. No podré soportar una vida sin él.

Amaia

Amaia, mi dulce, Amaia. Si estás leyendo esto es que no estoy a tu lado. Que el cáncer pudo más que yo. Tengo muchas cosas que dejarte saber. Una de ellas es que recordé la lista que había hecho. Esa donde decía las cosas que quería hacer antes de morir. Todas las cumplí menos una, conseguir unas córneas para ti. Y si bien no las conseguí en vida, las conseguí estando muerto. Días antes de irnos a Ámsterdam hablé con tu oftalmólogo y le dejé expresado mi intención de donar mis córneas. Él aceptó siempre y cuando se hiciera el trasplante una vez yo falleciera. Y siempre cumplo mi palabra. Espero que a través de mis córneas te comas el mundo y disfrutes de la vida, de volver a ver. Disfruta por los dos, cariño. Me hará muy feliz verte a ti serlo. Ya he cumplido aquella lista. Ah, otra cosa, gracias por ser la mujer hostigadora e insistente que eres. «Señorita Anónima» fue el primer paso que diste para entrar en mi corazón y luego no tener forma de cómo sacarte. Sí, descubrí hace mucho que «señorita Anónima» y Amaia eran la misma persona. Eran igual de dulces, igual de soñadoras. Gracias por crearla a ella y ayudarme a mí en momentos de soledad. Me llevo conmigo a «señorita Anónima», por último, cuida de nuestra pequeña. De Daniela. Es..., ella es mi todo. Esa bebita que no tendré el privilegio de ver crecer, dile que tuvo un padre que la amó con locura. Que durante los meses en que estuvo en tu vientre soporté el dolor y la agonía para conocerla. Haz de ella una mujer tan bella e inteligente como tú. Que ame la pintura como yo tú la amas. Que se parezca lo más posible a ti. Son mis mujeres y las llevo en el corazón.

Pd: Te amo, Amaia, gracias por tu amor, gracias por haber entrado en mi vida. Ahora estoy en un lugar donde sé que en algún momento compartiremos juntos.

Con amor

Daniel Bacchelli

Epílogo

Veinte años después

Ella está nerviosa. Pero más nerviosa estoy yo. Se verá hermosa. Será la mujer más bella. La miro y no puedo evitar sonreír. Eloise me ayuda a arreglarla y mamá muy feliz le coloca el velo. Ha pasado tanto, jamás pensé que este día llegaría. Jamás pensé que sería madre de una mujer tan hermosa como ella.

—Eres la nieta más bonita que tengo —dice sonriendo mamá.

—Soy la única que tienes, abuela —responde Daniela riendo.

El vestido es precioso, parece una princesa y aún no puedo creer que se case hoy. Ha encontrado ese hombre que llena su vida así como su padre llenó la mía.

—Amaia, ¿puedes buscar en el cuarto de Daniela sus tacones? —inquire Eloise.

—Claro, vengo en un momento.

Salgo de la sala de estar y camino por el corredor. Antes de pasar por los tacones entro a mi habitación. Abro el guardarropa y veo la urna donde descansan las cenizas de mi amor. Me pongo de cuclillas y, llena de nostalgia, digo:

—Ya son veinte años, amor. Ya son veinte y aún te sigo extrañando y amando como la primera vez. Ahora estoy mayor, tengo cuarenta y no soy como era antes. He hecho lo que me pediste, he cuidado de nuestra hija y una vez se case, haré lo que por tantos años he querido hacer. Te amo mucho.

Miro la urna unas cuantas veces y, apretando los labios, la guardo en el guardarropa. Agarro los tacones y, caminando con lentitud, regreso. Miro a mi hija, ya es toda una mujer bella y con una vida por delante llena de cosas hermosas. Cada vez que miro sus ojos verdes veo en ellos a su padre, a Daniel.

—Aquí están los tacones. Hay que terminar de arreglarte. Deben de estar ansiosos por ti en la iglesia —digo sonriendo.

Daniela corre hacia mí y, dando una vuelta, pregunta entusiasmada:

—Mamá, ¿cómo me veo?

—Te ves hermosa, eres la novia más bella que he visto.

Baja la cabeza y, algo triste y melancólica, comenta:

—Es lindo, pero más lindo y hermoso sería tener a papá conmigo.

Su comentario me cae como balde de agua fría. Retengo las lágrimas y respondo con un pequeño hilito de voz:

—Tu papá está contigo, Daniela. Siempre ha estado con nosotras, aunque no lo podamos ver. Y sé que donde quiera que esté, se siente muy feliz al ver a su pequeña convertida en toda una mujer.

Tras darle unos pequeños toques finales nos marchamos a toda leche para la iglesia. De lejos veo al hombre que ha hecho de mi hija una hilarante y llena de vida, y sonrío con satisfacción. Ya casi termina, ya he hecho y cumplido con mi promesa de hace veinte años. Ver a mi hija frente al altar junto al hombre que ama me hace soltar unas cuantas lágrimas. Es feliz, yo soy feliz. Nada más me importa. Se escuchan cientos de aplausos y la sonrisa de Daniela es hermosa, ahora tiene una nueva familia y todo será distinto a partir de muy poco. La recepción es en la playa, Daniela ama el mar como su padre y ha querido celebrar su matrimonio frente a las olas del mar y el sonido de violines deleitan los oídos de todos. Veo a Eloise junto a su marido y dos hijos sentados en su mesa riendo entre ellos y compartiendo con otros invitados. Mamá está bailando con su esposo, aquel hombre que la sacó de la prostitución. Yo estoy sentada sola en la mesa y una voz me sacude a la realidad.

—Hola, Amaia.

Levanto la mirada y sonrío.

—Hola, Emanuel.

Se sienta a mi lado y, mirando la decoración de todo a nuestro alrededor, comenta:

—Todo está muy bonito, tu hija es hermosa. Se ve muy feliz.

—Sí, es muy feliz.

—¿Tú lo eres?

—Si ella lo es, yo lo soy.

Se cruza de brazos y, luego de un pequeño silencio, responde:

—Desde que Daniel falleció te has olvidado de ti, de tu felicidad. Has visto cómo todos a tu alrededor hacen sus vidas, tienen hijos y viven felices mientras tú vives sola sin nadie a tu lado.

Trago saliva, algo incómoda.

—Tú tampoco has hecho tu vida. Estás solo y nunca te has casado.

—He tenido mis relaciones, pero a ninguna la amé. Ninguna me llenó como

lo hacías tú cada vez que te miraba. Entonces decidí quedar solo. Entendí que tú nunca estarías a mi lado, no quiero a nadie más que a ti.

—Emanuel, mi felicidad murió con Daniel hace veinte años. Con él murió la mujer en mí. Solo quedó la madre y así he vivido todo este tiempo.

Toma mis manos y me mira con algo de esperanza en los ojos.

—Inténtalo, Amaia, Daniel ya se fue. Tienes que superarlo y seguir con tu vida. Le has guardado luto veinte años y es hora de que te abras, que tengas a alguien a tu lado.

Negando con la cabeza, replico:

—Daniel no se ha ido Emanuel, sigue viviendo dentro de mí. No puedo dejar de amarlo, no le guardo luto, simplemente no puedo amar a nadie más. Daniel se metió muy dentro de mí y jamás podrá salir de mi corazón. Solo haría sufrir a alguien más si lo intento. Sabes, en veinte años no he hecho el amor con nadie porque sé que si lo hago pensaría en Daniel y nadie merece algo así. Si esperas por mí te digo que pierdes el tiempo, tengo otros planes ahora que Daniela se ha casado.

Dicho esto se queda callado y me acompaña a tomar champaña en la mesa. Daniela baila y ríe con su ahora esposo y yo la observo con amor. Es todo para mí y siempre será mi pequeña. Me alejo un poco del bullicio y me acerco a la orilla del mar. Mojo mis pies y cierro los ojos.

—Hola, mi amor, ya pronto. Aguarda y espera —susurro sintiendo el agua de mar arropar mis pies.

Sigo caminando y lleno mis pulmones de aire mirando a lo lejos el atardecer. Aprieto los dientes y, sintiendo algo extraño pero hermoso dentro de mi cuerpo, vuelvo a comentar:

—He esperado mucho este momento, sé que tú también lo esperas, cariño.

—¡Mamá! —Me giro y veo a Daniela tras de mí—. ¿Qué haces aquí sola?

—Pensaba, cariño. No te preocupes, regresa a tu fiesta.

—¿Pensabas en papá?

Digo que sí con la cabeza y ella pregunta curiosa:

—¿Tanto lo amaste?

Doy unos pasos hacia el frente y, cruzándome de brazos, respiro con un nudo en el estómago.

— Fue más que amor, tu padre era mi otra mitad. Era todo lo que deseaba, con él aprendí a vivir. Aprendí a amar. Tu padre es el único que ha logrado que mi corazón sienta lo que siente. Él era perfecto, él es mi amor —digo

entre sollozos.

Daniela me abraza y yo la abrazo fuertemente respondiéndole. Cierro los ojos y de momento siento calma, mi corazón se encoge de dolor, pero de a poco vuelve a serenarse.

—Te amo, nena, nunca lo olvides —digo en su oído.

—Yo también te amo mucho, mamá. Eres muy importante para mí.

Respiro y me llevo en mis recuerdos este último y hermoso abrazo con mi pequeña.

Han pasado dos días. Daniela y su esposo están de luna de miel y ahora la casa sí se siente totalmente vacía. Solo los cuadros que ha pintado Daniela me acompañan. Tengo el boleto para viajar a aquella playa donde Daniel me dejó hace veinte años. En unas horas sale el vuelo, pero antes me siento en el comedor y agarro una hoja de papel y un lápiz.

Daniela

Si lees esto, es porque no puedo decírtelo en persona. Espero que seas muy feliz con tu esposo. Sé que serás muy feliz a lo largo de toda tu vida. El motivo por el cual te escribo esta carta es por varias cosas. Una de ellas es para dejarte saber lo importante que eres para mí. Eres mi hija, la luz de mis ojos, eres lo más lindo que me ha pasado en la vida. Lo mejor que pudo haberme ocurrido, lo único que me queda de Daniel. Son las dos personas más importantes que he tenido y jamás los dejaré de amar. Espero que tengas hijos y una gran familia. Que ames cada día de tu vida y vivas haciendo lo que te gusta. Hace veinte años, cuando supe que te tenía en mi vientre me llené de emoción. A tu padre también le emocionó mucho saberlo. Pero, aunque era feliz por saber que venías en camino, también me dolía saber que pronto perdería a tu padre. Nunca te quise decir cómo se fue porque al sol de hoy me duele recordarlo, pero mereces saberlo. Tu padre tenía leucemia. Estaba desahuciado y no tenía mucho tiempo. Yo estaba ciega y no podía ver su sufrimiento y la agonía de esa enfermedad consumiéndolo día a día. Aun así siempre dejaba ver su felicidad por saber que venías en camino. Me cuidó como a nadie y a menudo te hablaba y decía que te amaba mucho. Como no sabría si podría soportar hasta que nacieras para conocerte, decidí adelantar tu llegada. Fue el momento más bonito y a la vez doloroso. Escuché a tu padre derramar lágrimas doloridas. No te vería crecer, no podría ver cómo su hija de niña se convertiría en mujer. Eso me destrozó el alma. Antes de fallecer me hizo prometer que después de que

él se fuera te protegería y velaría por ti. Que no estaría triste para que tú no sufrieras por ello. Me hizo prometer que de ese momento en adelante solo seríamos tú y yo. Que haría de ti una mujer de bien y así lo he hecho. Te has casado y ya eres toda una mujer. He terminado mi trabajo. Quiero que comprendas antes de nada que lo que voy a hacer no es porque no quiera vivir. Sí quiero vivir, pero de otra forma. Quiero estar con tu papá. Quiero terminar con mi vida para comenzar otra. Ya nada me detiene en este mundo. Estando con él me sentiré viva, volveré a ser feliz. Daniela, me iré también. Iré con tu padre y es lo que he querido desde hace veinte años. Con él se murió gran parte de lo que soy. Quiero que me recuerdes con los mejores momentos. Que nunca olvides que te amo, tu padre te ama y siempre estaremos a tu lado, aunque no nos puedas ver. Vive, cariño, vive y haznos estar más orgullosos de ti de lo que ya estamos.

No estés triste, mejor piensa que hice algo que he esperado por mucho tiempo.

Te amo, y te amaré siempre.

Mamá

Con unas cuantas lágrimas en el rostro le hago un doblaje a la hoja de papel y la dejo sobre la mesa junto a una fotografía nuestra. Agarro los boletos y saco del guardarropa la urna con las cenizas de Daniel. Salgo del apartamento y tras unas horas en avión llego al lugar donde siento que todo me recuerda a Daniel. No me hospedo en ningún hotel, no es necesario. No traigo ropa conmigo ni pertenencias. Solo la urna con las cenizas de Daniel. Tomo un taxi hasta la playa donde Daniel dio su último aliento. Las olas están salvajes y el viento es muy fuerte. Derramando una lágrima abro los ojos y miro la urna.

—Mi amor, ya es hora de vernos. Nuestra hija ya es toda una mujer y ya no me necesita. En cambio yo te necesito a ti. Hace veinte años te dije que ni la muerte podría separarnos. Aquí estoy, deseando volver a verte. He hecho lo que prometí, he cuidado de ella, pero ahora quiero estar siempre junto a ti.

Abro la urna y dejo que el viento las esparza en el mar. Dejo caer la urna por el acantilado y, antes de reunirme con él, susurro:

—Eres todo lo que he querido.

Coloco sobre la arena una manta junto a unas pequeñas almohadas. Me recuesto en la manta, cierro los ojos y dando un pequeño suspiro siento que estoy en paz conmigo misma. Quedo dormida y todo se vuelve oscuro. Poco a

poco se alumbra la oscuridad y a lo lejos veo a Daniel sonriendo. Me mira y no puedo creerlo, está igual que como lo recuerdo. Llorosa, doy unos pasos que rápidamente se convierten en zancadas y corro hacia él, extiende sus brazos y yo lo abrazo desbordada en lágrimas. Me susurra al oído lo feliz que está de verme. Solo puedo sonreír y abrazarlo fuertemente.

—Te amo, nena, te he extrañado mucho —dice.

—Yo más, Daniel, siempre juntos, ahora y siempre.

Dicen que el amor es pasajero, otros que lastima, hiera y engaña. Muchos piensan que no existe; yo descubrí que el amor no solo existe, sino que es lo más hermoso del mundo, el amor sí rompe barreras, el amor sí lo puede todo, mi amor por Daniel venció la muerte, ahora aunque sea en otro plano, soy feliz, Daniel está conmigo. Yo estoy con él, fuimos una historia, dos corazones que se enamoraron amándose por esta y mil vidas más. Mi vida ha acabado, pero, por fin, soy feliz junto a la razón de mi existencia, a la razón de mis ganas de amar.

Sobre la autora

Natural de Puerto Rico, autora de la saga *Tuya por una noche*, la cual tuvo excelente acogida en las redes y posteriormente fue publicada por editorial. Desde pequeña se ha deleitado creando historias pero no fue hasta hace dos años atrás, que decidió mostrarle al mundo, a través de la plataforma Wattpad, lo que su mente soñadora imaginaba bajo su seudónimo; April Russell. A su corta edad ha escrito diez libros de los cuales dos, la han llevado a darse a conocer entre las lectoras del género. Estudiante actual de psicología y viviendo día a día con mil historias por escribir en su cabeza. Apasionada, amante de las atmósferas dramáticas, eróticas, llenas de pasión y seducción. Fanática de los finales realistas y dramáticos, aun así dejando espacio para los felices. Dedicada al género romántico y erótico. Disfruta leerse a sí misma y sentirse parte de la historia de sus protagonistas mientras escucha sus canciones favoritas, dejando surgir ideas y nuevos mundos por leer.

